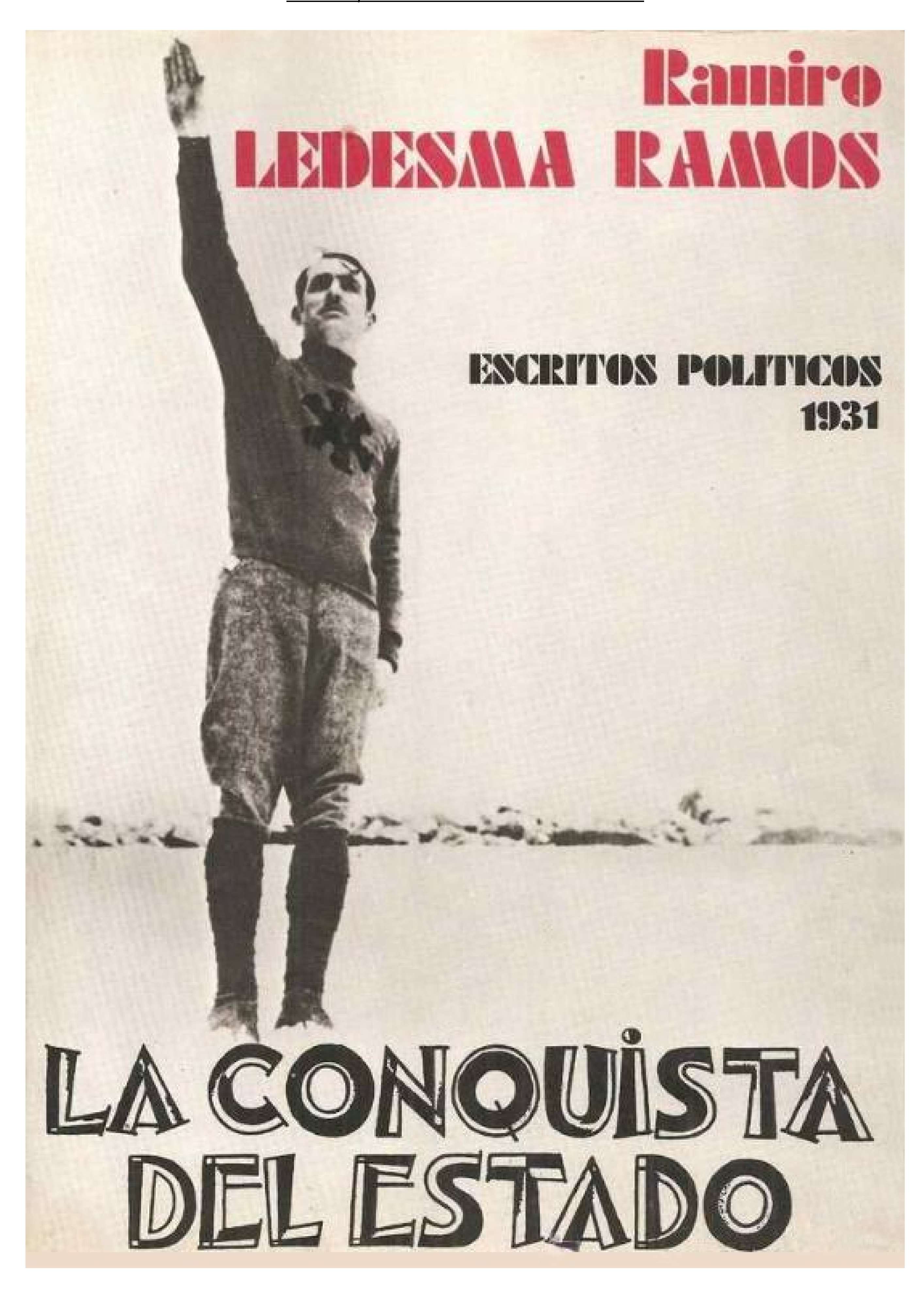

Ramiro
LEDESMA RAMOS
ESCRITOS POLITICOS
1931
LA CONQUISTA
DEL ESTADO

«La Conquista del Estado»

escritos de

Ramiro Ledesma Ramos

Edición digital actualizada Julio 2013

La Conquista del Estado. Semanario de lucha y de información política. Salió a la calle el 14 de marzo de 1931 y los 23 números que se editaron se extendieron hasta el 24 de octubre de 1931. Tomaba su nombre del grupo que dirigía Ramiro Ledesma Ramos en Madrid, que, a su vez, estaba tomado de la cabecera de la revista que, en Italia, editaba Curcio Malaparte 'La Conquista dello Stato'. El Secretario de Redacción fue Juan Aparicio López, estando la redacción en Av. Eduardo Dato, 7.
El formato era de 600 x 420 mm y el texto a seis columnas, hasta el nº 15 de 20 de junio estuvo formado por 6 páginas, para bajar a 4 en los números siguientes. Hasta el nº 16 su precio era de 25 cts., el nº 17 costaba 20 y desde el nº 20, 15 cts.

Nº 1 14-marzo-1931, Nº 2 21-marzo-1931, Nº 3 28-marzo-1931, Nº 4 04-abril-1931, Nº 5 11-abril-1931, Nº 6 18-abril-1931, Nº 7 25-abril-1931, Nº 8 02-mayo-1931, Nº 9 09-mayo-1931, Nº 10 16-mayo-1931, Nº 11 23-mayo-1931, Nº 12 30-mayo-1931, Nº 13 06-junio-1931, Nº 14 13-junio-1931, Nº 15 20-junio-1931, Nº 16 27-junio-1931, Nº 17 04-julio-1931, Nº 18 11-julio-1931, **1ª suspensión**, Nº 19 25-julio-1931, **2ª suspensión**, Nº 20 03-octubre-1931, Nº 21 10-octubre-1931, Nº 22 17-octubre-1931, Nº 23 24-octubre-1931, **3ª suspensión y definitiva**

ÍNDICE

NUMERO 1. 14 Marzo 1931.

Nuestro manifiesto político

Un grupo compacto de españoles jóvenes se dispone hoy a intervenir en la acción política de un modo intenso y eficaz. No invocan para ello otros títulos que el de una noble y tenacísima preocupación por las cuestiones vitales que afectan a su país. Y, desde luego, la garantía de que representan la voz de estos tiempos, y de que es la suya una conducta política nacida de cara a las dificultades actuales. Nadie podrá eludir la afirmación de que España atraviesa hoy una crisis política, social y económica, tan honda, que reclama ser afrontada y resuelta con el máximo coraje. Ni pesimismos ni fugas desertoras deben tolerarse ante ella. Todo español que no consiga situarse con la debida grandeza ante los hechos que se avecinan, está obligado a desalojar las primeras líneas y permitir que las ocupen falanges animosas y firmes.

La primera gran angustia que se apodera de todo español que adviene a la responsabilidad pública es la de advertir cómo España -el Estado y el pueblo españoles- vive desde hace casi tres siglos en perpetua fuga de sí misma, desleal para con los peculiarísimos valores a ella adscritos, infiel a la realización de ellos, y, por tanto, en una autonegación suicida, de tal gravedad, que la sitúa en las lindes mismas de la descomposición histórica. Hemos perdido así el pulso universal. Nos hemos desconexionado de los destinos universales, sin capacidad ni denuedo para extirpar las miopías atroces que hasta aquí han presidido todos los conatos de resurgimiento. Hoy estamos en la más propicia coyuntura con que puede soñar pueblo alguno. Y como advertimos que los hombres de la política usual -monárquicos y republicanos-, las agrupaciones que los siguen y los elementos dispersos que hasta aquí han intervenido en las elaboraciones decisivas, no logran desligarse de las mediocres contexturas del viejo Estado, nosotros, al margen de ellos, frente a ellos, más allá que ellos, sin división lateral de derechas e izquierdas, sino de lejanías y de fondos, iniciamos una acción revolucionaria en pro de un Estado de novedad radical.

La crisis política y social de España tiene su origen en la crisis de la concepción misma sobre que se articula el Estado vigente. En todas partes se desmorona la eficacia del Estado liberal burgués, que la revolución francesa del siglo XVIII impuso al mundo, y los pueblos se debaten hoy en la gran dificultad de abrir paso a un nuevo Estado, en el que sean posibles todas sus realizaciones valiosas. Nosotros nos encaminamos a la acción política con la concreta ambición de proyectar sobre el país las siluetas de ese nuevo Estado. E imponerlo. Una tarea semejante requiere, ante todo, capacidad para desvincularse de los mitos fracasados. Y la voluntad de incorporarnos, como un gran pueblo, a la doble finalidad que caracteriza hoy a las naciones: De un lado, la aportación al espíritu universal de nuestra peculiaridad hispánica, y de otro, la conquista de los resortes técnicos, la movilización de los medios económicos, la victoria sobre intereses materiales y la justicia social.

Las columnas centrales de nuestra actuación serán estas:

Supremacía del Estado

El nuevo Estado será constructivo, creador. Suplantará a los individuos y a los grupos, y la soberanía última residirá en él, y sólo en él. El único intérprete de cuanto hay de esencias universales en un pueblo es el Estado, y dentro de éste logran aquéllas plenitud. Corresponde al Estado, asimismo, la realización de todos los valores de índole política, cultural y económica que dentro de este pueblo haya. Defendemos, por tanto, un panestatismo, un Estado que consiga todas las eficacias. La forma del nuevo Estado ha de nacer de él y ser un producto suyo. Cuando de un modo serio y central intentamos una honda subversión de los contenidos políticos y sociales de nuestro pueblo, las cuestiones que aludan a meras formas no tienen rango suficiente para interesarnos. Al hablar de supremacía del Estado se quiere decir que el Estado es el máximo valor político, y que el mayor crimen contra la civilidad será el de ponerse frente al nuevo Estado. Pues la civilidad -la convivencia civil- es algo que el Estado, y sólo él, hace posible. ¡¡Nada, pues, sobre el Estado!!

Afirmación nacional

Frente al interior desquiciamiento que hoy presenciamos, levantamos bandera de responsabilidad nacional. Nos hacemos responsables de la Historia de España, aceptando el peculiarísimo substrato

nacional de nuestro pueblo, y vamos a la afirmación de la cultura española con afanes imperiales. Nada puede hacer un pueblo sin una previa y radical exaltación de sí mismo como excelencia histórica. ¡Que todo español sepa que si una catástrofe geológica destruye la Península o un pueblo extranjero nos somete a esclavitud, en el mundo dejan de realizarse valores fundamentales! Más que nunca la vida actual es difícil, y hay que volver en busca de coraje a los sentimientos elementales que mantienen en tensa plenitud los ánimos. El sentido nacional y social de nuestro pueblo -pueblo ecuménico, católico- será éste: ¡El mundo necesita de nosotros, y nosotros debemos estar en nuestro puesto!

Exaltación universitaria

Somos, en gran parte, universitarios. La Universidad es para nosotros el órgano supremo -creador- de los valores culturales y científicos. Pueblos sin Universidad permanecen al margen de las elaboraciones superiores. Sin cultura no hay tensión del espíritu, como sin ciencia no hay técnica. La grandeza intelectual y la preeminencia económica son imposibles sin una Universidad investigadora y antiburocrática.

Articulación comarcal de España

La primera realidad española no es Madrid, sino las provincias. Nuestro más radical afán ha de consistir, pues, en conexionar y articular los alientos vitales de las provincias. Descubriendo sus mitos y lanzándolas a su conquista. Situándolas ante su dimensión más próspera. Por eso el nuevo Estado admitirá como base indispensable de su estructuración la íntegra y plena autonomía de los Municipios. Ahí está la magna tradición española de las ciudades, villas y pueblos como organismos vivos y fecundos. No hay posibilidad de triunfo económico ni de eficacia administrativa sin esa autonomía a que aludimos. Los Municipios autónomos podrán luego articularse en grandes confederaciones o comarcas, delimitadas por un margen de exigencias económicas o administrativas, y, desde luego, bajo la soberanía del Estado, que será siempre, como antes insinuamos, indiscutible y absoluta. Para vitalizar el sentido comarcal de España, nada mejor que someter las comarcas a un renacimiento que se realice al amparo de realidades actualísimas y firmes.

Estructura sindical de la economía

No pudieron sospechar los hacedores del Estado liberal burgués las rutas económicas que iban a sobrevenir en lo futuro. La primera visión clara del carácter de nuestra civilización industrial y técnica corresponde al marxismo. Nosotros lucharemos contra la limitación del materialismo marxista, y hemos de superarlo; pero no sin reconocerle honores de precursor muerto y agotado en los primeros choques. La economía industrial de los últimos cien años ha creado poderes e injusticias sociales frente a las que el Estado liberal se encuentra inerme. Así el nuevo Estado impondrá la estructuración sindical de la economía, que salve la eficacia industrial, pero destruya las «supremacías morbosas» de toda índole que hoy existen. El nuevo Estado no puede abandonar su economía a los simples pactos y contrataciones que las fuerzas económicas libren entre sí. La sindicación de las fuerzas económicas será obligatoria, y en todo momento atenida a los altos fines del Estado. El Estado disciplinará y garantizará en todo momento la producción. Lo que equivale a una potenciación considerable del trabajo. Queda todavía aún más por hacer en pro de una auténtica y fructífera economía española, y es que el nuevo Estado torcerá el cuello al pavoroso y tremendo problema agrario que hoy existe. Mediante la expropiación de los terratenientes. Las tierras expropiadas, una vez que se nacionalicen, no deben ser repartidas, pues esto equivaldría a la vieja y funesta solución liberal, sino cedidas a los campesinos mismos, para que las cultiven por sí, bajo la intervención de las entidades municipales autónomas, y con tendencia a la explotación comunal o cooperativista.

Del breve resumen anterior deducimos nuestra dogmática, a la que seremos leales hasta el fin. Y es ésta:

1.° Todo el poder corresponde al Estado.

2.° Hay tan sólo libertades políticas en el Estado, no sobre el Estado ni frente al Estado.

3.° El mayor valor político que reside en el hombre es su capacidad de convivencia civil en el Estado.

4.° Es un imperativo de nuestra época la superación radical, teórica y práctica del marxismo.

5.° Frente a la sociedad y el Estado comunista oponemos los valores jerárquicos, la idea nacional y la eficacia económica.

6.° Afirmación de los valores hispánicos.

7.° Difusión imperial de nuestra cultura.

8.° Auténtica elaboración de la Universidad española. En la Universidad radican las supremacías ideológicas que constituyen el secreto último de la ciencia y de la técnica. Y también las vibraciones culturales más finas. Hemos de destacar por ello nuestro ideal en pro de la Universidad magna.

9.° Intensificación de la cultura de masas, utilizando los medios más eficaces.

10.° Extirpación de los focos regionales que den a sus aspiraciones un sentido de autonomía política. Las grandes comarcas o Confederaciones regionales, debidas a la iniciativa de los Municipios, deben merecen, por el contrario, todas las atenciones. Fomentaremos la comarca vital y actualísima.

11.° Plena e integral autonomía de los Municipios en las funciones propia y tradicionalmente de su competencia, que son las de índole económica y administrativa.

12.° Estructuración sindical de la economía. Política económica objetiva.

13.° Potenciación del trabajo.

14.° Expropiación de los terratenientes. Las tierras expropiadas se nacionalizarán y serán entregadas a los Municipios y entidades sindicales de campesinos.

15.° Justicia social y disciplina social.

16.° Lucha contra el farisaico pacifismo de Ginebra. Afirmación de España como potencia internacional.

17.° Exclusiva actuación revolucionaria hasta lograr en España el triunfo del nuevo Estado. Métodos de acción directa sobre el viejo Estado y los viejos grupos políticos sociales del viejo régimen.

Nuestra organización

Nacemos con cara a la eficacia revolucionaria. Por eso no buscamos votos, sino minorías audaces y valiosas. Buscamos jóvenes equipos militantes, sin hipocresías frente al fusil y a la disciplina de guerra. Militares civiles que derrumben la armazón burguesa y anacrónica de un militarismo pacifista. Queremos al político con sentido militar, de responsabilidad y de lucha. Nuestra organización se estructurará a base de células sindicales y células políticas. Las primeras se compondrán de diez individuos, pertenecientes, según su nombre indica, a un mismo gremio o sindicato. Las segundas, por cinco individuos de profesión diversa. Ambas serán la unidad inferior que tenga voz y fuerza en el partido. Para entrar en una célula se precisará estar comprendido entre los diez y ocho y cuarenta y cinco años. Los españoles de más edad no podrán intervenir de un modo activo en nuestras falanges. Inmediatamente comenzará en toda España la organización de células sindicales y políticas, que constituirán los elementos primarios para nuestra acción. El nexo de unión es la dogmática que antes expusimos, la cual debe ser aceptada y comprendida con integridad para formar parte de nuestra fuerza. Vamos al triunfo y somos la verdad española. Hoy comenzamos la publicación de nuestro periódico, LA CONQUISTA DEL ESTADO, que primero será semanal y haremos diario lo antes posible.

Las adhesiones, así como la solicitación de detalles explicativos, deben enviarse a nombre del presidente, a nuestras oficinas, Avenida de Dato, 7, planta D. Madrid. Ha de consignarse en ellas con toda claridad el nombre, edad, profesión y domicilio.

(«La Conquista del Estado», nº 1, 14 - Marzo -1931)

La vida política

El fracaso constituyente

El ansia de legitimar todos los poderes del Estado llevó a un núcleo de viejos políticos a proponer la fórmula constituyente. ¿Qué legitimación es esa que ellos entendían? Parece oportuno y de gran interés preguntarse esto, porque en la España actual las más leves confusiones se elevan a tinieblas. Si algo es hoy magnífico en la vida española, es el aletear corajudo que se advierte en las fuerzas nuevas. Hay que respetar ese coraje, y a la postre encomendarle incluso la elaboración de los minutos decisivos. No sólo en España, sino en el mundo todo, están en crisis los resortes históricos del Poder, y en todas partes se legitiman y se crean las victorias actuales, logradas de cara a nuestro tiempo.

España ha entrado felizmente ahora en período legitimador, y lo primero que debe impedirse es que controlen tal período las viejas organizaciones. Sería una burla para los españoles que, teniendo ante sí un problema universal del rango de éste, de la misma calidad que el que se les plantea a las grandes potencias europeas, como es el de constituir un Estado eficaz, se recaiga en los mitos fracasados y se acuda al siglo XIX en busca de formulitas salvadoras. Seria una burla, repetimos.

Hay dos Españas indudables en la pugna, a las que sólo el confusionismo puede hoy unir en la pelea. A un lado, la vieja España liberal, agotada y setentona, leguleya y miope, para quien las dificultades actuales se resuelven de plano en unas Cortes constituyentes. Enfrente está la España joven, nacida ya en el siglo XX, bien poco sensible a expansiones jurisperitas y retóricas. Fiel, por tanto, a su época, representada en su coraje y en sus puños. Los jóvenes serán comunistas o fascistas, no lo sabemos, pero sí auténticamente hispanos y actuales.

Por fortuna, el *bloque* constitucionalista se encontró sin fuerzas para gobernar. Hubiera sido triste cosa oír los discursos de don Melquiades y las risas de todos los tontos que se albergan en la choza rezagada. España no puede estar a merced de un capricho de la naturaleza, que ha permitido llegar a ochenta años a la media docena de honorables caballeros constituyentes. Que si algo necesitan constituir, es su sistema circulatorio.

Unas Cortes constituyentes significarían aquí la entrega de los destinos hispanos a las generaciones más viejas. Aceptando sus rencores, sus prejuicios y sus experiencias trasnochadas. Hay que impedir esto, y no creemos difícil un acuerdo sobre tal extremo con todas las fuerzas auténticamente jóvenes y nuevas del país.

La crisis socialista

Lo de menos es que en el partido socialista haya o no escisión. Más importante es advertir cómo, a causa de un rápido viraje hacia las preocupaciones burguesas, el socialismo español desvirtúa los orígenes marxistas que le informan y penetra en la fase decadente. El proceso socialista es el mismo en todas partes. Fracasada su capacidad revolucionaria en lo económico, intenta tener en los cuadros burgueses un papel interventor, a base de suplantar en su función a las fuerzas liberales de izquierda.

Quizá fuese el socialismo español, entre todos los de Europa, el que había permanecido hasta aquí más leal a la trayectoria marxista. No sufrió la prueba de la Gran Guerra, donde el espíritu socialista recibió los golpes más rudos. En cambio, forcejeó siempre con singular tacto y fortuna contra los viejos partidos, y logró salir inmáculo de entre ellos.

Hoy, en presencia de la cuestión del régimen, los socialistas no han logrado destacar ni un leve punto de vista que difiera del de los restantes grupos republicanos burgueses. Las últimas dimisiones y las palabras de los jefes comentándolas, así lo revelan. Aún más: si en algo se distingue y se distinguió la propaganda republicana que realizaron los socialistas, es por su esfuerzo en disuadir a las masas de poner los ojos en objetivos de índole social. La capacidad revolucionaria del socialismo se aminora, pues, en los momentos mismos en que se cree más revolucionario. Queda invalidado su ímpetu, ya que los militantes posibles obedecerán, si acaso, a una llamada que les ofrezca nuevas estructuras económicas, pero muy difícilmente aquella que tienda sólo a satisfacer veleidades de la burguesía.

La crisis socialista es universal y equivale a convertirse en un instrumento que utiliza la burguesía para obtener libertades frente al Estado. Con lo cual, si se va a alguna parte, es, desde luego, al extremo opuesto del marxismo. Pueden los socialistas hacer lo que les parezca; pero sería interesante que se dieran cuenta de ello. Ahora bien, el marxista que se da cuenta sabe ya dónde tiene que ir. No precisamente a las filas del socialismo.

La agrupación de intelectuales

La política es acción pura y eficacia pura. Quien no lo crea así, anda muy lejos de ser un político. En el manifiesto de intelectuales que hizo el señor Ortega y Gasset hay, por lo menos, la rectificación completa de todo cuanto hasta aquí ha escrito acerca de las relaciones del intelectual con la política. A los ocho meses de plantearse en España por las masas la defensa o la derrocación del régimen, surge el intelectual extrafino y acepta la contienda tal y como el pueblo antes que él la había comprendido.

El documento, de prosa perfecta, permanece todo él alejado de las realidades políticas universales -¡terrible cosa en un filósofo!- de este siglo. Se inicia una leva romántica para elaborar un Estado roussoniano, nacional y todo, que es el artilugio más desfallecido de futuro que hoy existe. Yo admiro mucho a Ortega como profesor -y aun creador- de filosofía. En cambio, me parece un político endeble sin valor para reconocer la fuerza de los hechos políticos nuevos que aún no tengan marchamo ideológico alguno. Este es un defecto radical, que invalida por completo la acción política de una persona. Además de ello, Ortega se ha movido siempre en el orbe de la vieja política, aun dedicado por entero a la tarea de censurarla. Por eso no ha salido de los problemas antiguos, y a lo sumo, después de veinte años, ha llegado a una mejor visión de ellos. Pero se le escapa lo actual, que es la palpitación más honda de los pueblos. Ese seguir engranado en la vieja política ha hecho que, por tremenda paradoja, ande Ortega ahora en los mismos afanes que los viejos políticos. Se hace responsable de sus rencores, aceptándolos, y esto si que es «hacer el primo». (Con frase suya reciente.)

El manifiesto nace con la intención de enrolar a los intelectuales en un entusiasmo político. Lo que va a acontecer con esa leva es que se descentren de sus tareas los buenos profesores de liceos y se crean con Ortega redentores del pueblo. A base de retórica y de ensueños líricos. En vista, como en el manifiesto se dice, de la «presencia activa y sincera de una generación en cuya sangre fermenta la substancia del porvenir». Creemos en la dimensión valiosa de esta generación a que se alude; pero también creemos que el hecho de ser valiosa la inmunizará contra esas levas inactuales y románticas.

Decir, como escribe Ortega, que fascismo y comunismo son callejones sin salida, equivale sencillamente a vivir de espaldas a los tiempos, con ceguera absoluta para los valores de hoy. El documento todo es inofensivo y el más gigantesco tópico que se ha puesto en circulación en estos años. Cualquiera puede suscribirlo, sin compromiso con nada ni con nadie. Lo único importante es su republicanismo. Pero ni en España ni fuera de España puede ser delito eso. Quizá todo lo contrario. En último extremo, cosa desde luego adjetiva. La República puede venir cuando guste.

(«La Conquista del Estado», nº 1, 14 - Marzo - 1931)

La violencia y la política actual

Es indudable que el mundo atraviesa una era revolucionaria. Hacen un viraje las rutas vigentes, y se invalidan. Los poderes históricos se encuentran de pronto vacíos de impulso, como si nada tuviesen que ver con los hechos del día. Desarticulados de los resortes íntimos y decisivos que rigen el mundo nuevo. Una fase de violencia se aproxima, pues, de modo inevitable al servicio de esas convulsiones. El ejemplo de las fuerzas políticas que se organizan en milicia civil es rotundo y claro. A través de la postguerra, los nacionalismos agresivos, que lograron un enlace social con la hora presente, han triunfado; esto es: han movilizado huestes valerosas. Asimismo, en porción menor, los comunistas.

Pero es curioso que fuerzas pacifistas, de ramplona mirada liberal y democrática, pretenden ahora adquirir también eficiencia guerrera. Como si el valor y el heroísmo fuesen mercancías que se abandonan o adquieren a capricho. Hay grupos sociales antiheroicos por constitución natural, a los cuales será risible entregar una bayoneta. Decimos esto a la vista de algunos fenómenos que hoy se dan. Así, esa manifestación de *Reischbaner* en las ciudades alemanas. Horsing, creador de esas banderas democráticas, ha sentido la necesidad de copiar a Hitler, uniformando sus huestes en un desfile incoloro.

Las falanges hitlerianas obedecen fielmente en su formación los imperativos políticos y sociales de estos años. Son, pues, algo vivo, que se enraíza en lo más hondo de nuestro tiempo, que interpreta los afanes de nuestro tiempo. Frente a ellas, de modo artificioso, para defender cosas que en 1931 no pueden pasar de la superficie de la persona, se forman otras milicias con ilusas esperanzas de predominio.

Nosotros denunciamos en el hecho mismo del plagio una subversión curiosa. Pues si yo me apropio y utilizo los valores que otro trae consigo, me convierto en dependiente suyo, en admirador fundamental de su gesto. Es la contradicción que existe en párrafos como el siguiente, publicado en un articulo de la revista madrileña *Nosotros*:

«Se impone la formación del bloque antifascista. Si las organizaciones de vanguardia no tienen el suficiente sentido político para concertar una acción ofensiva de gran envergadura, por lo menos hay derecho a esperar que sí podrían ponerse de acuerdo para exterminar en su punto de partida toda formación fascista».

Esto es, haciéndose fascistas. La cosa es clara, y, en este caso, el triunfo del fascismo rotundo.

(«La Conquista del Estado», nº 1, 14 - Marzo - 1931)

La España que deshace: El Ateneo de Madrid

Es, sin duda, triste lo que acontece con esta entidad cultural. La tristeza indecorosa que protesta de su caducidad haciendo tonterías. El Ateneo tiene en su haber histórico una dedicación auténtica al servicio de la cultura superior de España. Hasta hace quince o veinte años, las conferencias de su salón y los cursillos de sus cátedras constituían de seguro la cima de los valores intelectuales. Todo es hoy distinto. El Ateneo, con su estructuración anacrónica y sus resabios antiguos, no significa ya nada positivo en la vida española. No por culpa de estas o aquellas personas, de esta o aquella orientación, sino por algo más hondo, que afecta a la fatalidad de las edades. El Ateneo ha perdido el contacto con los tiempos y vive una vida estelar, junto a una galería de retratos familiares, creándose artificiosamente su universo y adorando los viejos mitos del viejo siglo.

La tarea intelectual de alto velamen se ha polarizado felizmente en España en otro género de organismos, que ahí están, a la vista de todos, satisfaciendo sus tributos de creación. Gracias a ellos, la decadencia intelectual y física del Ateneo no supone la de nuestras actividades culturales. Estos organismos nacieron de frente a los valores fundamentales de la cultura y son hoy la garantía de que España dialoga con acento firme en los pugilatos supremos de la Inteligencia. No es preciso citarlos, porque todo el mundo conoce el amplio cerco de su sombra. Así el resurgir del espíritu universitario. Así esos otros centros que se llaman Centros de Estudios históricos, Laboratorio de Investigaciones físicas, Seminario matemático, Instituto Cajal, Sociedad de Cursos, Seminario de Estudios Internacionales, etc., etc.

¿Y los estudios superiores de Política?, se me dirá. El Ateneo ha mostrado en los últimos años un afán incontenible por la política. Nadie puede censurar esto en sí, porque la Política es «la más noble de las preocupaciones humanas». Pero cuidado: no se olvide que ello coincidía en el Ateneo con su agotamiento para las genuinas y valiosas funciones adscritas a su historia. Y tenía que llegarse a esto de ahora, espectáculo triste y de palidez, que tanto nos duele a los que somos poco amigos de contemplar desnudeces en ruina. Al rodar los temas políticos por el Ateneo no había cuidado, pues, de que nadie pretendiese situarlos en serio como aconteceres históricos, exclusiva función propia del intelectual. Del Ateneo no ha salido ni una idea universal ni un síntoma de que el sentido de los nuevos tiempos era allí comprendido. En vez de eso, el Ateneo, en presencia de los hechos culminantes de estos años -Gran Guerra, pujanza de los yanquis, fascismo italiano, revolución soviética-, ha hecho un deplorable papel. Era ello inevitable. Agotadas para el Ateneo las posibilidades creadoras, tuvo que refugiarse en los dominios de un pasado, del suyo. Especuló -y especula- con su haber histórico, mostrando a España cuanto le debe como centro cultural, implorando así la limosna de su crédito.

Pero hay más. Lo que hace traigamos a esta sección de *deshacedores* al viejo Ateneo: Hoy la influencia directriz del Ateneo es nefasta para el pueblo español. Vive anclado, como dijimos, en 1830,

con sus valores progresistas. Todavía allí se grita con emoción eso de ¡Somos progresistas! Pero como sólo gritan, sin cuidarse lo más mínimo de progresar, se encuentran de pronto rezagados, midiendo los pasos del cangrejo, esto es, retrógrados. Da pena que en la vida española sean todavía posibles estas falacias de la reacción demoliberal. En los grandes días del actual Ateneo, cuando hay gran discurso montaraz, se forman en la puerta unas colas de hombres del pueblo. Siempre he identificado estos actos en que se sirve al pueblo con crueldad fría la morbosa y rutinaria prédica con la función adscrita a la literatura pornográfica.

Si uno redujese su cultura política a lo que se dice y se oye en el Ateneo, seguiría creyendo que nada ha acontecido en el Mundo desde la Gloriosa. La vida universal del último cuarto de siglo no ha suscitado problemas nuevos ni hecho desaparecer los antiguos, según la concepción ateneística. Algunos jóvenes que allí hay -lectores por lo menos de Marx- se salen un poco de esa vulgaridad; pero es lo cierto que predomina en el Ateneo el viejo espíritu podrido del siglo XIX y esos jóvenes, aunque guiñen el ojo, como quien no se deja engañar, a la postre resultan vencidos, entregados con disciplina a los imperativos del ambiente.

En fin, creemos que el Ateneo representa hoy en la vida española un tope y un tópico. El tope impide la marcha, no deja hacer, retiene a los españoles en tareas desvanecidas. *Deshace*, en una palabra. El tópico es hacer creer a la gente que allí hay finos intelectuales que pulsan la más leve vibración de los nuevos tiempos.

Entidad retrógrada, reaccionaria: el Ateneo. He aquí la verdad pura.

(«La Conquista del Estado», nº 1, 14 - Marzo - 1931)

Keyserling en España

Estará nuevamente en España, en las Baleares, isloteando, el gran conde de Keyserling, el gran vividor y bebedor de la filosofía alemana de posguerra.

¿A qué vuelve a España Keyserling?

Los periódicos lo dicen. Pero los periódicos nunca saben lo que dicen. Dicen los periódicos que va a ser el eje de una nueva inteligencia castellano-catalana de «selectos intelectuales». Que se le va a dedicar una especie de feria de ideas.

¡Menuda feria! ¡Es de hace años que el conde anda buscando esta Burgramesse española! Pero en España tenía buenos corredores y comisionistas y no ha tardado en encontrarla.

El conde -como siglos atrás el pío Erasmo, otro castizo flamenco de la filosofía- trata de consolidar dos negocios, que es uno mismo en el fondo: el pangermanismo. Por un lado, busca la amistad española para *dar que pensar* a la pobrecita Francia. Y, por otro, quiere asegurar el mercado hispano-americano cultivando bien los agentes más autorizados de la metrópoli hispana.

No es que nos parezca mal del todo el báquico conde del Balta. Y mucho menos el esfuerzo imperialista de Alemania por alumbrar «un nuevo mundo que la nace» frente a la decadencia «des Abendlandes», frente a la mezquindad occidental.

Pero conviene advertir que, aunque trate a nuestros selectos como a «colonizados», aún hay en nuestro país quien mira duro a las caras duras. Y que hay quien no se embarca en todos los tiovivos de las ferias. Por muy de ideas alemanas que sean estas lonjas de contratación.

(«La Conquista del Estado», nº 1, 14 - Marzo - 1931)

Guía de descarriados ¿Qué va a pasar aquí?

Nos preguntamos, claro, qué va a acontecer aquí en esta sección que hoy se inaugura. Prometemos un desfile magnífico de ingenios de estopa, a base de minorías seleccionadas. En modo alguno prodigar nuestra atención sobre personajes de sombra leve. Quien figure aquí, descarriado en esta Guía, ha de haber escrito, por lo menos, seis folletos, pronunciado seis discursos constituyentes, firmado seis proclamas terribles o conspirado seis veces a favor de la República burguesita de D. Niceto. Caben, pues, algunos marxistas de la Casa del Pueblo.

¡Oh, Maimónides! ¡Terrible cosa es el caminar! Sobre todo cuando a los senderos fáciles los borró una amplia nevada. ¿Qué hará el joven brillante que suspira por la brillante carrera de la política? Nuestros descarriados van a decirlo aquí en breve, con el gran talento que les caracteriza y nadie -ni nosotros- les niega. Esperemos, pues. Aquí van a llegar, en desnudez vistosa, todos los pobrecitos caminantes que se extraviaron de senda. Ni una luz ni una voz amiga les ha auxiliado, hasta ahora que salimos nosotros con faros potentes de socorro en su ayuda. No se deslumbren y mírennos en los ojos el afán cordial que mueve nuestros pasos hacia ellos. Todavía es tiempo.

Un descarriado, repetimos, no es un ser cualquiera. Ya lo irán advirtiendo ustedes en días sucesivos, cuando contemplen su arrogancia en este privilegiado sitial que le ofrecemos. Paso a los talentos. Nosotros no les hemos de regatear publicidad gratuita. Obedecemos así sagrados deberes para con «el progreso y la libertad».

Pero hay algo que quizá nuestros lectores no perdonen a la procesión descarriada. Es, digámoslo bajito, que ellos se saben a sí mismos descarriados, infieles al recto caminar de su tiempo. No les importa saber definitivamente idos los mitos que defienden ante el pueblo. Les basta, al esgrimirlos, saberlos eficaces para arrastrar la ingenuidad popular en torno suyo. ¡Oh, si nosotros dispusiéramos de voz engolada! Era la ocasión de decirles: En nombre del pueblo, por engañar al pueblo... (aquí la pena terrible, irreparable).

Pero, no. Nuestros descarriados, si merecen algún castigo, ha de ser infinitamente más leve. Una pequeña infusión de algo muy amargo, y a su asiento.

Los preferimos jóvenes, inteligencias tiernecitas. No obstante, habrá de todo. Pues existen también en este bello país viejos peces contumaces que no merecen de ninguna manera nuestro olvido. Fácil ha de sernos, desde luego, conocer qué jóvenes andan descarriados por ahí. Nos es suficiente una mirada a nuestros cuadros militantes. Los que falten, ésos. Con toda seguridad, ésos. No pueden estar con nosotros, y sí, en cambio, formar muy honrados y satisfechos en la Guía de descarriados, todos aquellos que van, como las aguas, buscando los desniveles fáciles. Hacia abajo, cuesta abajo, tras del igualitario nivel del mar, donde todas las turbiedades mediocres se confunden.

Frente a una alambrada arisca que se atraviesa en el camino recto, nosotros saltamos sobre ella. El descarriado, no. Toma las direcciones laterales, refugiándose en una posibilidad providencial. ¡Qué pena, oh descarriados, vuestra procesión cansina, sobre todo cuando sois jóvenes, engranándoos en las viejas categorías que los viejos intereses os dan como una limosna! La gran alegría, frente a eso, es inventar los nuevos mitos, lanzar los banderines recién creados y esperar la recia victoria de lo inédito.

Es muy fácil la lucha cuando se dispone de ancha capacidad para dar de lado a los verdaderos valores. Muy fácil y muy infecunda. No tarda en llegar la gran vergüenza que supone esa deslealtad primera. Así, oh descarriados, ciérrense vuestros ojos y tended a las tinieblas si la presencia de la luz os sirve sólo para eludir el recto camino de los justos.

El primer descarriado está ya aquí, junto a nosotros, relatándonos las incidencias de su senda. Le hemos dado caza con una red de capturar mariposas. En el número próximo veréis la sonrisa de su faz.

(«La Conquista del Estado», nº 1, 14 - Marzo - 1931)

Libros políticos extranjeros

G. GRINKO: *El Plan quinquenal de los Soviets*. Ed. Cenit. Madrid, 1930.

Muy pocos pueden hoy en España decir que pisan terreno firme cuando hablan de temas rusos. Si en los primeros años de la Revolución las agencias capitalistas se encargaban de aislarnos del mundo bolchevique, hoy, en que han surgido con gesto polémico luchas interiores, la confusión prosigue con intensidad igual. Hay algo, sin embargo, que se afirma cada día, que va adquiriendo cada día prestigio firme, y es la figura de Stalin. Este hombre, frente a Trotski, significa la continuidad victoriosa de la Revolución. El Plan quinquenal, que explica Grinko en este libro con datos profusos, es la gran tarea que Stalin imprime a la economía bolchevista, retirando de la atención morbosa, enferma, de ideólogos y teorizantes los temas y las desviaciones infecundas. La voz de Trotski, desde el destierro, clamando por tortuosas lealtades, es la voz triste del hombre un día valioso que se ha convertido en el mayor peligro para aquello que es su misma obra. Stalin, dictador, con el Plan quinquenal, no acomete sólo una gigantesca prueba acerca de la capacidad económica del régimen soviético, sino que intenta y logra una gran victoria política que asegura para la eficacia de su actuación cinco años -ampliables- de experiencia creadora.

El Plan quinquenal supone, desde luego, un hecho económico de suma trascendencia en el mundo actual. Tiene todas las ventajas de un plan jerárquico, que somete a sistema la proyección más leve. Nada puede decirse aún de su posible triunfo o de su fracaso. Pues el famoso *dumping* ruso de que tanto se habló en Europa los últimos meses no es, ni mucho menos, una prueba triunfal. La mercancía barata de Rusia obedecía, en efecto, al *dumping*, no a que realmente se produjese a costo tan bajo. El Plan tiene también la honda significación de que enlaza a la economía industrial la explotación agrícola de los campos. Es bien sabido que la Revolución soviética se ha estrellado hasta aquí en sus afanes de someter al campesino a un régimen de colectivización comunista. Los propietarios de tierras controlan aún la mayor porción de la economía agraria, que tiene, por tanto, un rotundo carácter burgués. Parece que el Plan quinquenal supone un avance de la explotación colectiva, pero su pretendida lucha contra el *kulak* no está muy clara. Mas bien, según muchos indican, en 1933 los *kulaks* habrán afianzado y extendido sus propiedades.

El libro de Grinko es sumamente polémico. Su título parece ofrecer una explicación serena de las interioridades técnicas del Plan; pero es a la vez que eso una lírica arremetida contra los enemigos de la política de Stalin. El entusiasmo del ingeniero Grinko llega, en muchas ocasiones, a tocar un poco el cándido optimismo primaveral. No es este el momento ni el sitio de que digamos nosotros algunas graves cosas a estos rojos entusiastas. Ya habrá ocasión y lugar propicios. Porque si el Plan es magnífico y triunfa, la economía soviética obtendrá la gran victoria. Pues nosotros, en estos meridianos occidentales, creemos que está muy bien y es de suma importancia que un pueblo aporte un nuevo régimen económico, pero que los pueblos tienen también que hacer muchas otras cosas en la historia. Dígalo, si no, la sombra suicida del poeta Mayakowski.

MAURICE LAPORTE: *Sous le casque d'acier*. París, 1931.

Un francés, por serlo, es ya casi un miope para comprender las nuevas estructuras que triunfan por el mundo. Un siglo entero transcurrido, en que los pueblos no han hecho sino exaltar la trinidad de la Revolución francesa, hizo creer al buen galo que nada quedaba por descubrir en el orbe. Pero la postguerra desarticuló la trinidad esa y puso en circulación posibilidades distintas, que hoy entusiasman a las gentes. Este señor Laporte, que coge sus maletas y llega a Alemania con la pretensión de someter a categorías viejo siglo los hechos que allí ocurren, es digno de observarse.

Se trata de un reportaje al que atenúa tan sólo la cualificación de que está hecho dominado el autor por el miedo insuperable. A cada paso, en cada esquina se encuentra un terrible casco de acero, un viva Hitler o el peligro soviético, destructores todos de la cultura francesa.

Laporte sigue en este libro la ruta de Hitler, y no deja de observar con pluma fina algunos rasgos de interés. No se olvide que el nacional-socialismo ha reclutado partidarios con gritos de revancha, y para Francia ha de ser lícito el combatir este movimiento con todas las armas. Pero hay que exigir entrar en los tiempos, renovar los tópicos gastados y no empeñarse en repetir de nuevo la conquista del mundo con falanges moribundas. Ya asoman en Francia preocupaciones juveniles, que significan este otro espíritu, reconciliado con lo actual. Esperemos la superación del viejo nacionalismo maurrasiano, algún día tan magnífico, pero hoy totalmente hueco de futuro.

(«La Conquista del Estado», nº 1, 14 - Marzo - 1931)

La España que hace.

La obra de Sbert.

Las F.U.Es.

Hay que rendirse a la evidencia de que las F.U.Es. representan la joven vitalidad universitaria. Frente a ellos, los estudiantes católicos, que disponían de los recursos magníficos que proporciona la cultura católica y la tradición hispana, significan bien poco. Por culpa suya, claro. Por falta de impulso nuevo, de talento y de visión. Al publicar la información siguiente, enviamos a las F.U.Es. un cordialísimo saludo de camaradería.— R.L.R.

(«La Conquista del Estado», nº 1, 14 de marzo de 1931, pág. 5. Entradilla)

NUMERO 2. 21 Marzo 1931.

¡Españoles Jóvenes!: ¡En pie de guerra!

Para salvar los destinos y los intereses hispanos, LA CONQUISTA DEL ESTADO va a movilizar juventudes. Buscamos equipos militantes, sin hipocresías frente al fusil y a la disciplina de guerra; milicias civiles que derrumben la armazón burguesa y anacrónica de un militarismo pacifista. Queremos al político con sentido militar, de responsabilidad y de lucha.

Quizá se asusten de nosotros las gentes pacatas y encogidas. No nos importa. Seremos bárbaros, si es preciso. Pero realizaremos nuestro destino en esta hora. La sangre española no puede ser sangre de bárbaro, y en este sentido nada hay que temer de nuestras acciones bárbaras.

Vamos contra las primordiales deserciones de la generación vieja y caducada. Esa generación que durante la guerra europea hizo que España cayese en la gran vergüenza de no plantearse en serio el problema de la intervención, al lado de los grandes pueblos del mundo. ¡Guerra a los viejos decrépitos por no ir a la guerra!

La generación maldita que nos antecede ha cultivado los valores antiheroicos y derrotistas. Ha sido infiel a la sangre hispana, inclinándose ante el extranjero con servidumbre. ¡Esto no puede ser, y no será!

Hoy hay que emplear el heroísmo dentro de casa. ¡Nada de alianzas con los viejos traidores!

El nervio político de las juventudes no puede aceptar los dilemas cómodos que se le ofrecen. La revolución ha de ser más honda, de contenidos y estructuras, no de superficies. Los viejos pacifistas y ramplones quieren detenerlo todo con el tope de los tópicos. ¡Fuera con ellos!

Volvamos a la autenticidad hispana, a los imperativos hispanos.

A un lado, el español nuevo con la responsabilidad nueva. A otro, el español viejo con la vieja responsabilidad de sus plañidos y sus lágrimas.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

Grandezas de Unamuno

Aquí estamos, frente a la realidad española, las falanges jóvenes de LA CONQUISTA DEL ESTADO. Ante nosotros se sitúa la faena intensa de dotar a nuestro pueblo de órganos políticos eficaces. Haciendo ver la gigantesca deslealtad histórica que en trance de resurgimiento se nos quiere introducir en el futuro hispánico. Hombres jóvenes, repetimos, que traen a España el fervor de la época nueva. El afán de potenciación de su país y de valorar sus valores. Difícilmente nos rendiremos en presencia de las vejeces tortuosas, ni acataremos otra normalidad que aquella que se elabore con la sangre misma de España. Venimos ansiosos de hispanidad, que es como ansia de vida y de atmósfera respirable. Y clamamos contra el régimen social injusto, exigiendo nuevas estructuras.

Antes de nosotros, ninguna actuación valiosa que podamos recoger. Todo sombras y llamas interminables, sin flor alguna. En los últimos treinta años, ni una minoría intelectual sensible ha creído necesaria una exaltación de los valores universales que entraña la hispanidad. No hablemos de actuaciones políticas. Polarizadas las fuerzas en torno a conceptos trasnochados, en cuya elaboración España no intervino, han sido pura ineficacia. Pero hoy convergen en el mundo dos rutas fecundísimas: de un lado, el afán imperioso de convertir las nacionalidades en crisoles de grandeza, creadoras de cultura; de otro, la licitud de los problemas económicos que entraña el marxismo. En esa corriente estamos nosotros, en proceso postliberal y actualista.

Si no podemos recoger tradiciones inmediatas, esfuerzos precursores articulados, sí, en cambio, disponemos de tareas solitarias y gigantes. Así, Unamuno, producto racial, voz de cinco siglos en el momento español. El hecho de que Unamuno esté ahí, patente, hablando, escribiendo, es una prueba de la vigencia hispánica. En la iniciación nuestra, en los minutos tremendos que anteceden a todo ponerse en marcha hacia algo que requiere amplio coraje, Unamuno, desde su palpitar trágico, nos ha servido de animador, de lanzador. Este hombre, que imaginó una cruzada para rescatar el sepulcro de Don Quijote, lanzó a los aires hacia 1908 las páginas más vigorosas de que el espíritu universal de estos años últimos -movilizado con bayonetas al grito imperial de predominio- ha dispuesto para expresar sus entusiasmos. Unamuno, en 1908, soñaba tareas geniales para el pueblo hispano. No han acontecido aún. Siguen los leguleyos su batallar en torno a los artículos constitucionales. Pero otros pueblos de Europa recogieron las voces aquéllas, y ahí están, victoriosos y resonantes. Aquella «locura colectiva», que decía Unamuno, había que «imbuir en las pobres muchedumbres». Ahí está Rusia, loca y triunfadora, ensayando con genialidad el mundo nuevo. Ahí está Italia, en pie, viviendo horas igualmente triunfales, en pos de las esencias de la Roma imperial, con sentido actual y fidelísimo. Ahí está la Germania hitleriana y comunista, vencida en la guerra y vencedora en la postguerra, con los ojos en las afirmaciones de estos tiempos. ¿Y España? ¿Qué ocurre aquí?

Unamuno, antes que nadie, en 1908, dio el tono de guerra, y hoy nosotros, falanges jóvenes, desprovistos de literatura y de cara a la acción y a la eficacia política, vamos a recogerlo en sus mismas fuentes. Párrafos que son hoy familiares a todo europeo de menos de cuarenta y cinco años, y que nadie recuerda aquí en los momentos en que miles y miles de ciudadanos juegan a la revolución.

Escribía y aconsejaba Unamuno:

«¡En marcha, pues! Y echa del sagrado escuadrón a todos los que empiecen a estudiar el paso que habrá de llevarse en la marcha y su compás y su ritmo. Sobre todo, ¡fuera con los que a todas horas andan con eso del ritmo! Te convertirán el escuadrón en una cuadrilla de baile, y la marcha, en danza.»

Unamuno daba a ese escuadrón el sentido de interpretar una locura colectiva. Sabiendo bien que los pueblos nunca están locos. Cuando hacen algo que a un espectador parece locura, el loco es él, el espectador. De ahí que los pueblos tengan siempre razón, sin necesidad de sufragio universal alguno que legitime sus actos. Las revoluciones las hacen los pueblos, no las tertulias de casino. Y más diríamos: ni siquiera los Comités heroicos que las dirigen. Si no hay pueblo, no hay revolución posible, y si no hay algo entrañable que afecte a la entraña del pueblo, las revoluciones no triunfan.

Y sigue Unamuno:

«Si alguien quiere coger en el camino tal o cual florecilla que a su vera sonríe, cójala, pero de paso, sin detenerse, y siga al escuadrón, cuyo alférez no habrá de quitar ojo de la estrella refulgente y sonora. Y si se pone la florecilla en el peto sobre la coraza, no para verla él, sino para que se la vean, ¡fuera con él! Que se vaya, con su flor en el ojal, a bailar a otra parte.

El escuadrón no ha de detenerse sino de noche, junto al bosque o al abrigo de la montaña. Levantará allí sus tiendas, se lavarán los cruzados sus pies, cenarán lo que sus mujeres les hayan preparado, engendrarán luego un hijo en ellas, les darán un beso y se dormirán para recomenzar la marcha al siguiente día. Y cuando alguno se muera, le dejarán en la vera del camino, amortajado en su armadura, a merced de los cuervos. Quede para los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos.»

El espíritu ascético, hispano, de eficacia luchadora y activa, que brota de la pluma de Unamuno, es el mismo que hoy en Europa sostiene el entusiasmo de cientos de miles de hombres, armas en mano frente a los viejos tópicos y las viejas inepcias. Es el espíritu que nosotros quisiéramos ver triunfante aquí, para batir toda la tontería suelta que por ahí andan buscando resquicios cobardes que la hagan dueña de los mandos.

Contra esta tontería usurpadora, Unamuno dice:

«Hay que contestar con insultos, con pedradas, con gritos de pasión, con botes de lanza. No hay que razonar con ellos. Si tratas de razonar frente a sus razones, estás perdido.

Mira, amigo: si quieres cumplir con tu misión y servir a tu patria, es preciso que te hagas odioso a los muchachos sensibles, que no ven el universo sino a través de los ojos de su novia. O algo peor aún. Que tus palabras sean estridentes y agrias a sus oídos.»

Nosotros desafiamos a Europa para que nos diga si entre sus escritores, entre sus hombres de espíritu, a quienes tiene como antecedentes inmediatos de sus gestas actuales, hay nada de tan ajustada emoción y de tan preciosa grandeza como estas frases de Unamuno, escritas, repetimos, en 1908. Cuando nadie hablaba ni podía hablar de soviet, de fascismo, ni de empresa alguna violenta y genial de los viejos pueblos europeos.

Y dice más Unamuno:

«Y, ante todo, cúrate de una afección terrible que, por mucho que te la sacudas, vuelve a ti con terquedad de mosca: cúrate de la afección de preocuparte como aparezcas a los demás.»

Esto último, sobre todo, para el ambiente español enrarecido, es de una oportunidad magnífica. Aquí, cuando brota algo nuevo, aunque proceda del centro mismo vital de las gentes, se le ahoga en ridículo. Se le combate con el ridículo. Pero, ¡ah, viejos peces contumaces! Las falanges jóvenes de LA CONQUISTA DEL ESTADO vienen inmunizadas para el ridículo. Con careta eficaz y resistente.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

La colaboración en la propaganda

Algunos buenos ángeles inocentes han creído una ligereza el hecho de que hayamos incluido como colaboradores en un prospecto -sin consultarles definitivamente- algunos nombres de nuestra charca literaria.

Nuestra Revista buscaba dos tipos de colaboraciones: y las ha encontrado las dos.

Uno es el de las plumas perfectamente respetables, claras, directas, que no podían hacer traición a nada. Que no podían sentirse comprometidos en el manejo de ideas. Porque las ideas, cuando son sinceras, son también valientes y acuden a todos los campos, aun a los no coincidentes. Aun a los enemigos.

Y otro es el de aquellas gentes que en vez de ideas tienen sólo gritos. Y sus gritos eran lo que buscábamos. Sabíamos de antemano su protesta y la hemos buscado. Sabíamos de antemano su colaboración en la propaganda de introducir -gracias a sus gritos inocentes- nuestra Revista en medios que, de otra manera, hubieran permanecido herméticos.

Esta colaboración era la única que de ellos pretendíamos. Nos la han dado. No nos queda, pues, más que darles las más expresivas gracias por su importante servicio. Ahí es poco el crear el ambiente de hostilidad, de expectación y de irritación, en el que sólo podrán vivir quienes no quieren vivir en una charca de barro, como las ranas.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

La vida política

El Centro Constitucional

El señor Cambó vive desde hace unos dos años con la pequeña obsesión de gobernar. Se ha hecho así esclavo de unos problemas, preparando minuto a minuto el torpedeo de ellos. Pero los problemas de un país fluctúan, poseen elasticidad y no suelen respetar las fechas salvadoras. Cuando el señor Cambó pide el Poder y habla de sus soluciones para las dificultades de índole social y política que en España existen, deben acogerse sus palabras con la mejor buena fe, y creer, desde luego, que, en efecto, el señor Cambó ha estudiado con afán los problemas actuales de España.

Pero esto no es suficiente para seguir a un político. Un pueblo no puede entregarse a un político si no se le garantizan, a más de las seguridades presentes, las seguridades futuras. Estas últimas consisten en esa fidelidad y esa lealtad de los hombres a los destinos históricos de su país. Es un poco fatal y absurdo lo que en España acontece con los hombres públicos. Ninguno de ellos ha logrado desasirse de los imperativos de una hora, sin capacidad para orientaciones amplias y

continuadas. Y como de otra parte, es muy difícil que esa hora de cada uno coincida con la llegada al Poder, su actuación es siempre perturbadora, inactual. Es posible que en 1912 Melquiades Alvarez hubiera representado un valor en la gobernación de España. Es, desde luego, seguro que Cambó en 1920, ante los desequilibrios de la postguerra, hubiera estado al nivel de aquellos tiempos. Horas provisionales, un poco en filo de dos mundos.

Hoy, no. Ese Centro Constitucional se elabora con vistas al presente, sin aliento alguno de grandeza. Es un resorte artificioso de Poder, que se enfrentará con el problema de la peseta, el de la exportación frutera, la cuestión del trigo, etc.; pero como no le ampara el optimismo público ni ha de manejar las normas eficaces de autoridad que son hoy imprescindibles, quedará reducida su garantía de acierto a la incierta garantía que ofrezcan las personas.

¿Qué mito nacional de amplia envergadura va a ofrecer a estas muchedumbres hispanas, y cómo va a enderezar en estas horas críticas los afanes rebosantes del pueblo? Las fuerzas políticas que no lleguen provistas de alientos de esta clase, y sí sólo dispuestas a continuar la jornada mediocre, deben rechazarse como inmorales.

El problema de Cataluña

No podía faltar Cataluña en el coro de dificultades que hoy se presentan. Con su problema, con el suyo, en las horas mismas en que a España importan de modo fundamental las cosas más graves. Todavía no conocemos suficientemente en el resto de España las poderosas razones que obligan a Cataluña a desentenderse de los destinos nacionales. Pues las razones históricas, como todo el mundo sabe, prescriben, y las que tengan su raíz en el panorama actual de España son por completo ilegítimas.

Bien está que Cataluña afirme su derecho a poseer una cultura. A conseguir la eficacia de sus valores. Lo que no puede permitirse -y no se permitirá- es un impedir sistemático del hacer español. De igual modo que en el siglo XVI, vuelve hoy a adquirir sentido plenísimo la existencia de grandes pueblos. Existen tareas y realizaciones en esta época que sólo millones de hombres, a la vista de un entusiasmo común, pueden abordar. Todo anuncia hoy en el mundo una posible y radical vigencia de lo hispánico. En fracaso y huida las imposiciones triunfales de los últimos dos siglos, a cuya creación España no colaboró, está ahí de nuevo la hora española, y el momento de enarbolar las grandes decisiones universales puede llegar de un día a otro.

El problema de Cataluña es urgente que se liquide de manera definitiva. Sin que puedan volver a plantearse clamores de disidencia. Estaremos muy atentos a la solución que se prepara, y que es ya programa del actual Gobierno.

Mientras tanto, ¡alerta, españoles! *Hay grupos políticos en Cataluña que especulan de modo inmoral con las dificultades internas del Estado*. Esta denuncia que hacemos puede comprobarse con la máxima facilidad, y la creemos suficiente para poner en pie el vigor de la protesta.

El Consejo de guerra de Jaca

Vuelve de nuevo a Jaca la expectación española. Van a ser juzgados los ejecutores del movimiento revolucionario de diciembre. En presencia de este hecho, de esta apelación a la violencia, hemos de situar nuestros juicios con serenidad. Nada nos interesan los objetivos que se perseguían, pues cuantas veces sean precisas afirmaremos que no forman parte esencial de los contenidos revolucionarios de estos tiempos las cuestiones que afecten a las meras formas políticas.

*(VISADO POR LA CENSURA) **

No andamos muy sobrados en España de esa capacidad revolucionaria a que aludimos para prescindir de los brotes que surjan. En buena hora sean llegados.

(VISADO POR LA CENSURA)

Nuestra indiferencia por las formas de gobierno es absoluta, y nos damos cuenta de los peligros de que un triunfo republicano significase algo así como otra restauración. España debe entrar en las vibraciones universales de hoy y no agotar sus energías persiguiendo ansias caducadas.

Pero esos hombres jóvenes de Jaca están ahí, como minoría esforzada y valiente, esperando los fallos militares. Si son auténticos revolucionarios, a ellos mismos no deben importarles mucho las sentencias. Si hay que morir, se muere, y nada más. Pero no se trata de eso. España ha de salvarse, y necesita del esfuerzo revolucionario. No para satisfacer rencores, sino para elaborar con toda lealtad las rutas hispánicas, para poner en circulación universal su potencia económica y la voz de su espíritu.

En cuanto se den cuenta los españoles del gran imperativo nacional y social que debe hoy obedecerse, esas cuestiones adjetivas de la monarquía o de la república quedarán en el lugar secundario que les corresponde. Esos hombres de Jaca no lo entendieron así, y sin más ni más querían traernos la República. El error es ingenuo, pero nada malicioso. Nosotros deseamos para ellos los castigos más leves que sean posibles. Y que se pongan al servicio de la Re

(VISADO POR LA CENSURA)

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

El despreciable pulpo extranjero en Tharsis

El pulpo del capitalismo extranjero continúa vorazmente chupando la poca savia de nuestra economía nacional. Despojo tras despojo, estruja y agota todas las posibilidades de rapiña. No se sacia con los suculentos dividendos ni con su influencia solapada en la política del Estado; aún interviene cerca del misérrimo trabajador español, exigiéndole servidumbres de tipo colonial. Tal ha sido la conducta de la dirección de la Compañía Minera de Tharsis (Huelva) al acordar últimamente el desahucio de 400 familias desamparadas, al arrojar -desde sus pocilgas al arroyo- a varios cientos de obreros despedidos, en represalia de una supuesta intervención en la organización de los Sindicatos.

La Compañía extranjera que explota a sus asalariados con los jornales más irrisibles y caciquea en el Ayuntamiento de Alosno (término municipal de las minas) y reparte a sus accionistas ganancias casi fabulosas, presenta a la opinión indignada la pueril excusa de la crisis en el mercado de la pirita. Nada puede excusarles de que en Tharsis -donde para mayor sarcasmo floreció la más antigua civilización española, la tartesia; donde vibró el espíritu nacional muchísimos siglos antes que los burgueses piratas se divirtieran en Londres o en París- se desencadenen persecuciones de esa índole contra la encadenada masa española. El ministro del Trabajo manifiesta que el atropello se ha detenido. No basta.

Queremos para el obrero español el máximo respeto y la máxima recompensa. Estas dos salvaguardias de la dignidad social son imprescindibles para su vida. Sin ellas, la Libertad que le brindan los demo-liberales-burgueses no deja de ser una broma de desocupados. Sin embargo, es evidente que estos demo-liberales-burgueses no podrán nunca conceder otra cosa. Pues están a merced de sus magníficos honorarios de abogados consultores de las empresas extranjeras. También es cierto que el Estado actual -el que enajenó las minas de Tharsis en cien millones de pesetas- es incapaz de nada justo ni nuevo.

Sólo nosotros, que hemos incorporado a nuestro programa la absoluta NACIONALIZACIÓN DE TODOS LOS YACIMIENTOS MINEROS ESPAÑOLES que están en manos extranjeras, podremos, en fecha muy próxima, asegurar a los trabajadores de España la satisfacción total de cuanto vienen reclamando, y es de justicia -no distributiva, sino imperial y civil- se le entregue en su día.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

El aniversario de Primo de Rivera

He aquí la ocasión primera que tenemos para hablar del general Dictador. No salvó a España. Hay que decirlo. Pero hizo cosas geniales que no pueden ser fácilmente olvidadas. Entre ellas, romper en mil pedazos las organizaciones viejas y empuñar en lo alto la bandera heroica de la acción.

Aquí, donde todo se disolvía en merengues blanduchos y en peripecias ramplonas, entronizo el coraje y el poderío auténtico.

En aquella farsa liberal del año 1923, podrida de Parlamento y de acechos cobardes, introdujo la pirotecnia de su uniforme, templado de afanes patrióticos y de sinceridades hondas.

Nosotros le debemos la posibilidad de nuevos aires en el antiguo zoco nacional.

Primo violentó las libertades ciudadanas, según proclama a cada paso la patrulla imbécil del morrión.

Primo dio a los intelectuales de la espita la valoración que merecen, gente impolítica, ensoberbecida y cobarde, que todo lo posponen a su vanidad de circo.

Ninguna intervención tuvimos en la política de Primo de Rivera. Somos posteriores, llegados hoy mismo a la responsabilidad nacional. Le rendimos, sin embargo, un tributo casi admirativo. A la vista de la bazofia que hoy llega de nuevo. De las frases que vuelven a tener circulación. De los gestos que triunfan.

Hay que agradecer a Primo su ponerse ahí, espada en mano, pronto a la pelea y a la hazaña. En medio de la charca burguesa que toma chocolate y fuma puro todas las tardes en el café. En medio del ambiente antiheroico y lechuzo de los señoritos liberales que pasean.

El año próximo, en este mismo día, diremos más cosas de Primo de Rivera. Hombre que merece los recuerdos. Hombre que no resolvió nada, que fracasó en todo, pero que tuvo la magnífica iniciativa de vocear y hacer contra todos los viejos valores que aquí se adoraban como mitos.

Vamos nosotros adelante. Y ahí queda Primo de Rivera, imperfecto y magnífico, como dando que hacer a la miopía abogadesca de turno, que sigue las huellas de su espada por el articulado de la vieja Constitución.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

La hora de la verdad

La plañidera de don Luiz de Zulueta, cual un Jeremías valetudinario, ha gimoteado sobre el arpa celestial de su periódico, agüeros y lamentaciones. Poco nos importarían las lágrimas del melifluo profesor reformista, si no las acompañase de un retintín de calderilla falsa: «Nada se renueva. Todo sigue igual en la vetusta mansión del Estado... La hora no suena.»

Porque es evidente el encharcamiento de nuestra historia, nosotros escribiríamos con mayor sinceridad, historieta contemporánea, y son conocidísimas las ocasiones desaprovechadas para cambiar el rumbo y la estructura del Estado español, no dejaremos la retórica zuluetesca sin su correspondiente comentario.

Ni la palabra ardiente de Joaquín Costa, *ni el verbo inflamado* de Nicolás Salmerón, ni el proceso de Ferrer, ni el nacimiento del partido reformista, ni el triunfo de los aliados, ni la Asamblea de parlamentarios, ni la Comisión de responsabilidades, ni la derecha liberal republicana, ni el mismo señor Zulueta, aprovecharon nunca la coyuntura revolucionaria con el fin de apoderarse del Gobierno e imponer desde allí su triunfo y su razón. La culpa de tanto fracaso repetido no debemos atribuirla a las derechas. Que tuvieron acaso el espíritu animal de saber lo que querían, y así maniobraron en la lucha política. Todo el remordimiento de la derrota ha de caer sobre las falanges izquierdistas, quienes confiaron sus mandos y su destino a jefes venerables, inútiles y caducos. Cuya ancianidad y compromisos anteriores eran una barrera para cualquier acción radical y eficaz. Mediatizados los impulsos de revuelta española por la más solapada marrullería de los viejos santones, no ha sido posible aún en nuestro país la actuación desligada y responsable de un grupo de jóvenes. Carlos Marx percibió agudamente esa incongruencia nacional, que pone siempre a la cabeza de todo movimiento rebelde los derechos pasivos y el sagrado escalafón de reservistas.

Señor Zulueta: la hora de la verdad no ha sonado ni esperamos que suene todavía. No sonará, mientras al revés de las tribus salvajes africanas, donde los jóvenes cumplen el deber religioso y

piadoso de devorar a los viejos, en España continúen los espíritus seniles -como usted y compañía- devorando o mistificando a la juventud.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

Guía de descarriados 1. Don Luis Recasens Siches

¿No lo creían ustedes? Pues, sí. El primero en llegar, muy adelantadito en la procesión descarriada, es este don Luis. Nos presenta sus seis folletos, y reclama un lugar en este sitio. Que nosotros, muy gustosos, le concedemos.

-Es el caso -nos declara- que me he torcido un poco, pero no me va del todo mal. Hay por ahí veredas descarriadas que son un primor. Ya ven: por una alcantarilla me introduje en la Universidad de Santiago. Otros venían en aviones, como flechas, pero se quedaron en la mitad del camino. No hay como descarriarse para llegar antes que nadie. Después, de flor en flor, hasta Valladolid, donde ustedes me han encontrado, y casi casi haciendo la maleta para Madrid, porque se lo diré al oído: quiero ser en Madrid catedrático de Filosofía del Derecho. ¡Oh! Esta es la ilusión de mi vida, el eje de mi eje, mi razón de ser. Tengo esperanza de que uno de los primeros decretos de la República conservadora ordene y mande mi traslado.

-¡Pero, hombre!

-Sí. Desde que don Niceto hizo posible la República conservadora, católica, burguesa, yo me hice republicano. Busco las perspectivas de futuro. Soy de la derecha liberal republicana, sección centro izquierda, un poco inclinado a la derecha.

-¡Caramba, que topografía!

-Es la complejidad de los tiempos. Hay que acostumbrarse. Esas son mis coordenadas, las mías. Ante todo, el fondo insobornable, sagrado, de la persona. *Mi vida*, como dice mi divino maestro Ortega. El liberalismo es una gran sugerencia. Hoy por hoy, en España hay que ser liberal. ¡Qué bien, qué cómodo resulta esto de ser liberal! Todo está hecho, y yo necesito mi tiempo para otras cosas. Por ejemplo, leer a Kelsen. Es un demonio. Hay días que le dedico veinte horas, y nada. Me reconozco un poco tosco, sin alcanzar los quilates necesarios, pero no tengo otro remedio que seguir adelante. Sin él, no hay cátedra en la Central. Confieso que aquello del personalismo me resultó un poco deficiente y camelítico, pero me consuelo al pensar que muy pocos se dieron cuenta.

-Bien, bien. ¿Es usted católico, don Luis?

-Desde luego. Aunque en las oposiciones se movilizaron contra mí cincuenta y siete obispos. Me interesa decir esto. Claro que por otra parte tengo mis enlaces secretos con los frailes, pero a nadie le importa. Mi confesor es el padre Bruno Ibeas. Todo a mayor gloria de la *Rechtswissenschaft*.

-¿Hombre de acción?

-¡Claro! Cuando la penúltima huelga de estudiantes dirigí en Santiago las operaciones de la F.U.E. Pues no hagan ustedes caso de las malas lenguas que dicen que me fugué a La Coruña y me hacía visible todos los días al gobernador para hacer resaltar mi inocencia. ¡Eso es una calumnia!

-¡Pero usted es un descarriado! Lo hemos encontrado *in fraganti*, haciendo su hoyito de salvación al borde del camino. Esto no lo negará. Vamos, anímese y díganos con franqueza sus errores. Un poco de buena fe, hermano. Todo ha de llegar; hasta esa cátedra.

-¿De veras? Pues se lo diré todo. Me acuso de ser viejo liberal, aunque ya sé que eso es marcha atrás. ¡Pero cómo aplauden los ateneístas! Hay que subir, hay que subir. Después... todo lo que ustedes quieran. Me acuso de odiar un poco a Ortega, a pesar de amarlo tanto. No puedo vivir sin él, sin el maestro, aunque no se me oculta que se ríe de mí y no me toma en serio. Necesito un nombre, y hay que sacrificar a eso todos los pequeños desprecios. Me acuso de no comprender a Emil Lask, pero mi buena voluntad de comprender es innegable. Me acuso de grave delito de pedantería. Es cierto que mi lenguaje está esmaltado con frecuencia por palabras germanas. Hay que distinguirse de la plebe ignorante. Ya le hago bastantes concesiones con ser republicano de don Niceto. Me acuso de haber gestionado y obtenido de esos luteranos de la Junta de Ampliación cinco pensiones para

estudiar en el Extranjero. Se dice que acaparo las pensiones. Pero dense cuenta de que es preciso facilitar a los pocos genios que han sido -que somos- su formación. No que haya muchos pensionados, sino pocos, los mejores. Y, por último, me acuso -pero, ¡por Dios!, no lo diga- de no haber leído entera la «Crítica de la razón pura.»

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

¡Atención a Francia!

En la palabra de Raúl Follereau, durante su visita a América, no se encierra ningún anhelo de cordialidad cultural con las Repúblicas hispanas, sino el deseo que Francia ha tenido siempre de suplantar la cultura española y de ejercer la tutela espiritual en los Estados americanos, así como Inglaterra y los Estados Unidos han pretendido ejercitar allí su sistema económico burgués. Nada más que este deseo es la causa de que Francia regale a Argentina doce bibliotecas de obras francesas y que continúe esta labor en otras poblaciones del continente colombiano.

Frente a esta invasión de capitales extranjeros y de idearios extraños a los nuestros, la juventud hispanoamericana trataba hace unos años de dilucidar -mediante fútiles polémicas literarias- si la sede pontificia de su cultura radica en Madrid o en Buenos Aires; pero muy bien pudiera suceder que la Roma de nuestra cultura pasase a París si continuasen estas campañas de propaganda a nombre de una ridícula «Liga de una Unión Latina» que nada tiene de común, por su espíritu, ni con España ni con América, ni aún con alguna de las naciones latinas, a no ser con la misma Francia del paneuropeísmo y de la galización de la Europa meridional.

Y ante la «Obra del libro francés en el extranjero», burgués y pseudo-imperial, debe existir, como valladar infranqueable, la de todo joven hispano, marxista o imperial, para construir el imperio de nuestra cultura, que nos lleve al predominio del mundo.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

Águila inglesa

Legítima *Eagle*, de garras inteligentes, plumaje ultramarino y otear presagioso. En la Gran Bretaña, todavía enfeudada a los lores y a las pelucas de sus jueces, ha partido el horizonte, después de sus vuelos; las dos mitades de la vida pública serán tercamente irreconciliables: Sir Oswald Mosley, el yerno de lord Curzon, el ex *príncipe del partido proletario*. Mosley lleva con arrogancia esta cesantía, que la mediocridad puritana de los burócratas laboristas se empeña en recordarle a diario. Su fuerte intuición política y su desmedida capacidad de capitán de hombres se ahogaba en las minuciosidades chinchorreras con que MacDonald y otros líderes pretendían resolver los tremendos problemas que acogotan al Imperio. Como secuela de la última guerra europea, el paro forzoso no es un latiguillo retórico de las oposiciones. Surgen los remedios y los planes de reajuste de la economía; pero cada hora, la unidad del pueblo inglés, la unanimidad de todos los partidos ha muerto. Los lectores pierden la fe en la política, en los partidos; aumenta, en cambio, la esperanza en el *hombre fuerte*. En el taumaturgo que acertara a resolver el endiablado conflicto de los salarios, dominios, minería, etc. Sir Oswald Mosley, en 1918, diputado conservador -luego de haberse batido en las trincheras del Continente- a los veintidós años. Disidente de sus filas en 1923. Diputado laborista en 1926, ministro en 1929, acaba de segregarse del Labour Party y lanzar a la atmósfera archiconservadora de la isla el reto y el ademán brioso de una heterodoxia. No más fórmulas pseudo evangélicas de Míster MacDonald. No más componendas de Lloyd George -ese conde de Romanones británico-. No más

malos humores de Snowden. Claridad, máximo afán de claridad, de deslindar lo turbio y lo chabacano. De un lado Maxton, el ala izquierda de los laboristas, lindando casi con Moscou. De otra parte, Mosley, a quien se le ha motejado en seguida de Hitler inglés, de caricatura reaccionaria. Pero que, sin duda, presenta sobre su actualísimo programa nacional socialista -envolvente de conservadores, liberales y laboristas; aspira a conquistar cuatrocientos diputados; se dirige, sonriente, a los campesinos, a los obreros, a la clase media- la más concentrada voluntad de que no decline la ambición, el coraje y la fuerza de los sempiternos aguiluchos del Reino Unido.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

El nacionalsocialismo alemán. El partido de Hitler

La elecciones alemanas del 14 de septiembre de 1930 popularizaron por el mundo Las fuerzas políticas que acaudilla Adolfo Hitler. Fue el suyo un triunfo tan inesperado para los que desconocían la capacidad de propaganda y agitación del bloque nacionalsocialista, que por algún tiempo constituyó el eje de todos los comentarios sobre política internacional. De doce diputados en 1928, pasó a ciento siete en las elecciones a que nos referimos.

El nacimiento del nacionalsocialismo en su forma definitiva tiene lugar en febrero de 1920. Lo fundó Hitler con el nombre de *Nationalsozialistiche Deutsche Arbeiter-Partei*. Es, pues, un partido de postguerra, a base de ideales de revancha, exaltación nacionalista y propaganda antisemita.

El éxito entre las masas ha sido de tal naturaleza, que acontece el hecho inexplicable de que en una época como la actual, donde la posición económica de las gentes polariza los ideales políticos, el nacionalsocialismo tenga adeptos entre la alta burguesía, la pequeña burguesía y el proletariado.

Programa del partido

Copiamos a continuación el programa inicial, al que cabe adscribir buena parte del triunfo. Naturalmente, un partido revolucionario como éste posee en alto grado desarrollada su capacidad oportunista, y no hay que esperar una fidelidad exagerada a sus artículos.

El programa, tal como se publicó en München el 24 de febrero de 1920, dice así:

«El programa del partido nacionalsocialista alemán es temporal. Reside en los jefes la facultad de trazar al partido nuevos fines, una vez que éstos sean alcanzados.

1.º Pedimos la unión de todos los alemanes, a base de una democracia del pueblo que haga posible la gran Alemania.

2.º Exigimos para Alemania los mismos derechos de que disfrutan los demás pueblos, y, por tanto, anulación de los Tratados de Versalles y San Germán.

3.º Exigimos campo y territorios (colonias) para la alimentación de nuestro pueblo y expansión del exceso de población.

4.º Sólo podrá ser ciudadano alemán el alemán nativo, racial. Sólo se considerará alemán racial al que tenga sangre alemana, sin referencia alguna confesional. Ningún judío puede, por tanto, ser de nuestra raza.

5.º Quien no sea ciudadano alemán sólo podrá vivir en Alemania a título de huésped y sometido a la ley que regule la vida de los extranjeros.

6.° El derecho a influir en la orientación y en las leyes del Estado es privativo del ciudadano. Por tanto, exigimos que cualquier empleo público, sea el que sea, del Imperio, ciudad o Municipio, esté desempeñado por ciudadanos alemanes.

7.° Exigimos que el Estado se comprometa a proporcionar trabajo y medios de subsistencia a los ciudadanos. Si no fuera posible la alimentación de toda la población debe expulsarse a los extranjeros.

8.° Debe evitarse la inmigración de no alemanes. Exigimos que los inmigrados no alemanes desde el 2 de agosto de 1914, sean inmediatamente expulsados del país.

9.° Todos los ciudadanos deben tener los mismos derechos y obligaciones.

10.º El primer deber de todo ciudadano consiste en trabajar, intelectual o físicamente. La actividad del individuo debe desenvolverse dentro de los intereses de la colectividad.

Para ello exigimos:

11.º Suspensión de los ingresos que no reconozcan por origen el trabajo. No más explotación y servidumbre.

12.º Teniendo en cuenta los enormes sacrificios en vidas y dinero que la guerra cuesta al pueblo, todo enriquecimiento personal debido a la guerra debe considerarse como un delito contra el pueblo.

13.º Queremos la nacionalización de todos los *trust*.

14.º Exigimos la participación en las grandes explotaciones.

15.º Deseamos protección segura para la vejez.

16.º Deseamos que se forme una clase media sana; que sean municipalizados inmediatamente todos los grandes consorcios y alquilados a bajos precios a los pequeños comerciantes, teniendo sobre todo en cuenta a los industriales que abastezcan al Estado y a los Municipios.

17.º Exigimos una reforma del régimen agrario que se acomode a las necesidades nacionales; creación de una ley de expropiación de terrenos en beneficio de la colectividad. Anulación de la contribución territorial y la especulación de terrenos.

18.º Exigimos lucha implacable contra aquellos que, por su actuación, perturben los intereses de la colectividad. Pena de muerte para los usureros y explotadores del pueblo.

19.º Pedimos que se sustituya el Derecho romano por un Derecho colectivo alemán.

20.º El Estado proporcionara medios a todos los alemanes capacitados de lograr una cultura superior y poder ocupar puestos directivos. Los planes de enseñanza de todos los establecimientos docentes han de acomodarse a las necesidades de la vida práctica. La idea del Estado debe explicarse en la escuela a los niños al tener uso de razón. Los niños pobres capaces y aptos para el estudio deben ser auxiliados por el Estado.

21.º El Estado se ocupará de modo preferente en la sanidad pública, protegiendo a las madres y niños, favoreciendo la cultura física del pueblo por medio de leyes que hagan el deporte y la gimnasia obligatorios y ayudando de un modo decidido a las sociedades y corporaciones que fomenten el desarrollo físico de la juventud.

22.º Pedimos la desaparición de las tropas asalariadas, y la formación, en su lugar, de un ejército del pueblo.

23.º Exigimos sea perseguida de modo implacable por la ley la mentira política intencionada. Y para posibilitar una Prensa alemana pedimos:

a) Que todos los redactores y colaboradores de los periódicos que aparezcan en lengua alemana sean ciudadanos alemanes.

b) Los periódicos no alemanes han de estar por completo de acuerdo con el Estado. Y no podrán imprimirse en alemán.

c) Prohibición de que los no alemanes influyan económicamente o idealmente en los periódicos. La infracción debe castigarse con la suspensión del periódico y la expulsión inmediata del interesado.

Debe prohibirse toda publicación que perjudique el bienestar público. Lucha contra las tendencias artísticas o literarias que produzcan efectos desintegrales en la vida de nuestro pueblo.

24.º Queremos libertad para toda clase de creencias religiosas dentro del Estado, siempre que no supongan un peligro o estén en oposición a las costumbres y moral de la raza germana.

El partido en sí es positivamente cristiano, sin puntualizar una creencia determinada. Luchará contra el espíritu materialista judío, convencido de que la salvación de nuestro pueblo llegará a la base del siguiente principio: el bien comunal antes que el bien individual.

25.º Para la realización de todo esto, queremos la formación de un Poder central del Estado. Autoridad del Parlamento político central sobre el resto del Estado y su organización. Formación de Cámaras corporativas y profesionales para su actuación dentro del margen que permita el Estado.

Los directores del partido prometen poner en juego todos los medios que sean precisos, incluso sus propias vidas, para llegar a la realización de los Puntos anteriormente expuestos.

München, 24 febrero 1920.»

El ejército del tercer imperio

Los nacionalsocialistas han organizado un ejército numeroso que tiene la doble finalidad de constituir unas falanges revolucionarias y ser, después del triunfo interior, el verdadero ejército del pueblo. El que hará posible un tercer imperio germano. Su organización sigue en todos los detalles al viejo ejército prusiano.

La unidad más pequeña es el *grupo*, de tres a dieciséis hombres. Varios grupos forman la *Trupp* (banda, cuadro), que corresponde a la *Compañía*.

Cuatro o cinco Trupp forman un *Sturm*, el cuerpo de asalto, que equivale al Batallón. Otros tantos Sturm forman el Estandarte, o sea el Regimiento. A cuyo frente hay un jefe auxiliado por un adjunto. Cada Estandarte tiene, naturalmente, secciones de música y sanidad. Los Estandartes de una comarcación se reúnen en un *Gausturm*, y éstos pueden dividirse en brigadas.

Existen cinco inspecciones del ejército, cuyo control corresponde al inspector general de los ejércitos.

Las fuerzas van rigurosamente uniformadas y las relaciones entre jefes y subordinados se atienen siempre a la disciplina militar. Además de los cuerpos normales, hay los grupos de *Schutzstaffeln*, que vienen a ser la *élite* del partido, de veintitrés a treinta y cinco años, y miden 1,70 metros como mínimo. Son los S.S. Para entrar en ellos ha de haberse estado un año en el otro ejército y tres años, por lo menos, en el Partido.

Por el modo como este gran ejército nacionalsocialista se ha formado, no parece tenga mucha eficiencia en el caso de una guerra, pero sí, en cambio, para una movilización revolucionaria. Aun así, los jefes, como se ha visto, no se determinan al *Putsch* sin la garantía de que el ejército oficial permanezca en neutralidad.

Actuación del partido

El partido de Hitler es, desde luego, un partido popular que moviliza grandes masas. Para ello, agita las cuestiones sociales con una intrepidez y una precisión notables. Las dificultades económicas de la postguerra, de un lado, y de otro, las ideas sentimentales de grandeza y de revancha, unidas al odio racial contra los judíos, han obrado el milagro.

La campaña antijudía había sido emprendida en Alemania antes del nacionalsocialismo por Rosenberg. Este hacía sus campañas en *Volkische Beobachter* (El observador popular). En 1920 compraron este periódico los nacionalsocialistas, convirtiéndolo en órgano del partido, y además Hitler encontró en Rosenberg un valioso e íntimo colaborador. El arquitecto Rosenberg es el gran optimista del partido, y dispone de una fantasía demagógica eficacísima.

El nacionalsocialismo dispone relativamente de pocos periódicos. En 1930 se publicaban doce diarios, treinta y cuatro revistas semanales y un periódico ilustrado. Estas cifras son irrisorias si se comparan con los 170 diarios de que disponen los socialdemócratas. El de más circulación y autoridad es el antes citado, *Volkische Beobachter.*

Las fuerzas de Hitler, si tienen pocos periódicos, realizan, en cambio, una propaganda directa, de mitin, no igualada por nadie. Desde Hitler -que es un magnífico y genial orador- hasta el último nacionalsocialista, todos muestran gran preferencia por los mítines populares. Estos actos aparecen incluso como uno de los capítulos más importantes de ingresos del partido. Las entradas valen desde 0,50 hasta 2 marcos. Y en alguna ocasión, hablando Hitler, se han llegado a pagar hasta 10 marcos.

La actuación de los nacionalsocialistas es revolucionaria. Tienden a una estructura del Estado radicalmente distinta de la actual. Mejor dicho, a la edificación del Estado alemán. Bien es cierto que en los últimos meses los jefes afirman una actuación legal, y sobre esto deben tenerse en cuenta unas frases del doctor Goebbels, escritas en *Dar Angriff* (Sic.) el 18 de febrero de 1929: «Un revolucionario debe hacerlo todo... Empero, tendrá sumo cuidado en que al desencadenar pasiones volcánicas, despertar cóleras, poner en marcha masas de hombres, organizar odios y desesperaciones, lo efectúe con frío cálculo, un poco, por decirlo así, con medios legales; proponerse esto es lo que distingue al auténtico revolucionario del falso.»

Normas para la estructura del Estado

Las líneas generales del hitlerianismo para la elaboración del Estado siguen la actual tendencia postliberal. Tienden a la eficacia, y reclaman la desaparición de las instituciones fracasadas. La organización interna del partido y el tono de las arengas indican clarísimamente una preferencia por el régimen de dictadura. En las propagandas de Hitler hay un notorio afán por exaltar las decisiones de la

personalidad responsable. Frente a las decisiones de las mayorías, la decisión personal de un hombre. Del Dictador.

Forma de gobierno. Son totalmente indiferentes a la forma republicana o monárquica, aunque el hecho de actuar frente al régimen actual y la necesidad de combatirlo les haya hecho parecer antirrepublicanos algún tiempo. En aquellos de su contacto con Huggenberg.

A este efecto, dice Hitler: «La mejor forma del Estado será aquella que de modo más seguro dé significación rectora a la cabeza más sobresaliente de la comunidad.»

Y dice también Goebbels: «El Estado será nuestro Estado, y lo configuraremos según nuestros principios.»

El nacionalsocialismo tiende a la supresión del Parlamento político. En su lugar, la creación de un organismo -*Standeparlaments*-, con finalidad exclusivamente económica. Una asamblea corporativa o de profesiones.

Además, un Senado compuesto de 200 personalidades -la *élite* del pueblo- vitalicias para auxiliar al Dictador.

En cuanto al carácter federativo o unitario del Estado, debe tenerse en cuenta el punto 25 del programa. Ahora bien: no ha de olvidarse que el nacionalsocialismo tiende a la integración del imperio germano. A constituir por vía natural la Gran Alemania. Para lo cual se desea y se pide la completa libertad de los pueblos.

Programa social y económico

Es uno de los sectores más confusos del nacionalsocialismo. Ha influido, desde luego, su actitud en el desarrollo de la crisis económica alemana de postguerra. Desde la inflación hasta los compromisos internacionales últimos; por ejemplo, el plan Young. En su programa económico hay una mezcla de influencias marxistas y de oportunismo sentimental. Todo ello indudablemente bien trabado en unidad orgánica, pues los nacionalsocialistas saben muy bien lo que quieren y cómo lo quieren.

Hay, en primer lugar, una preocupación contra el capital financiero internacional, que contrarrestan valiéndose de su nacionalismo económico. Aquí debemos hablar del *Zinsknechtschaft*, gran concepto del economista Feder, voz especializada del nacionalsocialismo. Feder da a ese concepto el de ser la clave de una situación económica de un pueblo que está libre del influjo nefasto de la alta banca judía.

Para ello, se recluyen en la economía del Estado, confiriéndole la posibilidad que niegan a las economías privadas: *Geld machen*. Hacer dinero.

En cuanto al problema agrario, van a la expropiación de las tierras, buscando la máxima eficiencia en la explotación.

Los hombres del nacionalsocialismo

En primer lugar, Hitler. Es su artífice innegable. Su energía y sus propagandas han dado al partido eficacia y cohesión. Nació en 1889, y tiene, por tanto, cuarenta y un años. Está, pues, en su plenitud física y tiene la adhesión ciega de sus partidarios. Es de padre austríaco y madre checa. Intervino en la guerra europea en los ejércitos alemanes y posee amplia capacidad de organizador. Es un orador sobresaliente y preciso que triunfa ante el pueblo de un modo rotundo. Si estuviese en el Reichstag, no cabe presumir hasta dónde llegaría la eficacia de sus intervenciones.

Otro hombre del nacionalsocialismo es Goebbels, el Doctor. Jefe del grupo parlamentario en el Reichstag. Goebbels organizó triunfalmente en Berlín el nacionalsocialismo. Es hombre de increíble juventud, treinta años, de oratoria simpática, que lleva a las campañas agitadoras su perfil preciso de doctor joven en Humanidades. Contaba diecisiete años al terminar la guerra, y estaba ya movilizado, sin que tuviera luego que ir al frente. En 1926 fundó en Berlín el primer Comité del partido con 400 miembros. Hombre frío y sistemático, pueden suponérsele ambiciones hondas. Ya se habla de posibles -creemos que imposibles- rivalidades con Hitler.

Por fin, se habla y no se termina de los orígenes financieros del nacionalsocialismo. Preferimos no hablar de esto, aunque lo hagamos en otra ocasión, pues los datos y las cifras circulan.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- marzo - 1931)

NUMERO 3. 28 Marzo 1931.

¡En pie de guerra!

Las falanges jóvenes de LA CONQUISTA DEL ESTADO combatirán, armas en mano si es preciso, la anacrónica solución que ofrece la ancianidad constituyente.

¡¡ABAJO LOS LEGULEYOS!! ¡¡VIVA LA ESPAÑA JOVEN, IMPERIAL Y REVOLUCIONARIA!!

De nuevo los vejestorios del bloque desactualizan la actualidad con su fórmula ramplona. Hay que acabar con ellos. Un pueblo es más sincero cuando pelea que cuando vota. ¡Queremos y pedimos sinceridad a nuestro pueblo!

Queremos y pedimos semblantes heroicos. Nada de farsa. Nada de concesiones. Es inútil confundir el sentido de la dificultad española. Es la pugna de la España de los jóvenes con la España de los viejos.

Queremos organizar una liga joven -hombres de veinte a cuarenta y cinco años- que impongan violentamente su política. Si hay elecciones deben votar sólo los españoles comprendidos en esas edades.

Nada nos interesa la Monarquía ni nada nos interesa la República. ¡Cosa de leguleyos y de ancianos!

Nos interesa, sí, elaborar un Estado hispánico, eficaz y poderoso. Y para ello seremos revolucionarios. ¡No más mitos fracasados! España se salvará por el esfuerzo joven.

Queremos y pedimos un Estado de radical novedad. Una nueva política. Una nueva economía. Una cultura de masas. Una nueva estructuración social. La entrada definitiva en los tiempos actuales.

¡Fuera el viejo liberalismo burgués y cochambroso! ¡Abajo el radio corto de la mirada corta!

Queremos y pedimos una ambición nacional.

Queremos y pedimos lealtad a nuestros alientos hispanos.

Queremos y organizaremos una fuerza política, de choque revolucionario, que lleve al triunfo los nuevos aires.

¡Ni el más leve pacto con los traidores!... Han fracasado y fracasarán, llevándonos, si pudieran, a la ruina y al hundimiento hispánico.

Requerimos el esfuerzo joven para impedir estas vergüenzas. ¡Acudid! Pero sabiendo lo duro de las jornadas que se avecinan, el temple y la temperatura alta que es preciso alcanzar. ¡Los débiles y los cobardes, que no vengan! ¡Que se queden con sus novias, con sus mujeres o con sus llantos!

Hay que estar al nivel de los tiempos. De cara a las auténticas dificultades. Sin eludirlas cobardemente ni falsearlas con retórica.

¡¡VIVA LA ESPAÑA JOVEN, IMPERIAL Y REVOLUCIONARIA!!

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 - Marzo - 1931)

Nuestra batalla. Frente al comunismo

Teníamos que ser nosotros, surgidos de lo más hondo del coraje hispánico, fieles a nuestra época, con un programa postliberal en cada mano, quienes con mejor eficacia combatiésemos la sociedad y el Estado comunistas.

Odiamos el espíritu liberal burgués, trasnochado y mediocre, pero nuestro enemigo fundamental, aquel cuyo mero estar ahí significa siluetearse el combate con nosotros, es el comunismo.

Frente al comunismo, con su carga de razones y de eficacias, colocamos una idea nacional, que él no acepta, y que representa para nosotros el origen de toda empresa humana de rango airoso. Esa idea nacional entraña una cultura y unos deberes históricos que reconocemos como nuestro patrimonio más alto.

El comunista es un ser simple, casi elemental, que acepta sin control unas verdades económicas no elaboradas por él y da a ellas su vida íntegra. El fraude que realiza de ese modo trasciende de su orbe individual para convertirse, si triunfa ese sistema, en el fraude total de un pueblo que deserta de sus destinos y juega al peligro del caos.

No puede esto tolerarse. Nosotros aceptamos el problema económico que planteó el marxismo. Frente a la economía liberal y arbitraria, el marxismo tiene razón. Pero el marxismo pierde todos sus derechos cuando despoja al hombre de los valores eminentes. Y le señala un tope minúsculo, que detiene sus impulsos. Los partidos socialistas de todo el mundo resuelven esas limitaciones recayendo en el viejo liberalismo que ellos vinieron precisamente a destruir y superar.

Los partidos comunistas, en cambio, aceptan todas las consecuencias, y creen que el marxismo es capaz de asumir todos los mandos. Pero un pueblo es algo más que un conglomerado de preocupaciones de tipo económico, y si de un modo absoluto se hacen depender de los sistemas económicos vigentes los destinos todos de ese pueblo, se recae en mediocre usurpación.

Tienen lugar hoy en la historia hechos radicales que tienden precisamente a la defensa y exaltación de esos valores supremos que el comunismo aparta de su ruta. Nosotros andamos en la tarea de resucitar en España un tipo así de actuación pública.

Porque los momentos españoles de ahora son tremendos y decisivos. Se quiere conmocionar al país para una Revolución de juguete, y se dejan a un lado los motivos revolucionarios de carácter social e histórico que son la médula de las revoluciones. ¿Qué se pretende con eso? España debe ir, sí, a una Revolución. Pero auténtica y de una pieza, a realizar cosas de alto porte y a expresar su voz en el hacer universal.

Para ello hay que abordar, no eludir, las cuestiones de tipo social. Entregarse a ellas. Acabar con las crisis agrarias. Reglamentar y articular la producción industrial. Pero de cara. A la vista de los intereses supremos del Estado.

Hay que hacer una revolución en España para estimular al pueblo a que de una vez se ponga en marcha. Al servicio, como hemos repetido y repetiremos, de una ambición nacional. Todo lo demás, las algaradas y los conatos revolucionarios para copiar las gestas viejas de nuestros abuelos, son despreciables e inmorales entretenimientos de un sector de burgueses, despreciables e inmorales.

Todos esos caprichos de los burócratas de espíritu corto no nos importarían nada si no significasen el abrir y cerrar de ojos de la fiera comunista. Que está ahí, contra lo que creen los miopes.

Y podemos decirlo con valentía. Preferimos, desde luego, un régimen soviético al predominio imbécil de la patrulla del morrión. Si no creyéramos con firmeza que triunfará hoy en Occidente -y particularmente en España- el espíritu nacional y social que propugnamos, nosotros desertaríamos. A los gritos huecos y a las majaderías solapadas de la mediocridad liberaloide preferimos el sacrificio heroico del comunista, que por lo menos se encara con el presente y trata de realizar su vida del mejor modo que puede.

Frente al comunismo no hay sino una fidelidad de cada gran pueblo a sus destinos. Entregarse a la época sin temores, aceptando lo que exige de heroísmo, de lucha y de lealtad.

Frente a la empresa comunista cabe la empresa nacional. El hundir las uñas en el palpitar más hondo. El sentirse llamado a la genial elaboración de elaborar humanidad plena.

(«La Conquista del Estado»), n. 3, 28 - Marzo - 1931)

El grito de nuestra acción

Algunos pobres majaderos buscan al título de nuestro periódico alusiones pequeñitas. LA CONQUISTA DEL ESTADO, dicen, equivale a la conquista de la nutriz presupuestaria. Nada más. Eso dicen los que están muy conformes, porque ya lo han conquistado de esa manera.

Muy pronto hablaremos de estas cosas, porque en España estamos llenos de «conquistadores» de ese linaje. ¡Oh, la gente liberal! Esos que reclaman libertades del Estado. Esos que desean podar al Estado todos sus resortes. Esos que hablan y no acaban sobre las limitaciones del Estado. Que no quieren que les moleste el Estado. Pero... que les parece muy bien una cosa del Estado: su capacidad para dar sueldos y prebendas.

¡Conocemos cada liberal con seis, ocho y diez sueldos cada uno!

Nosotros, en cambio, vamos a la conquista del Estado con otros objetivos. Vamos en busca del solar del Estado. Para elaborar un Estado, el Estado hispánico. Hoy tembloroso y en zigzag. Esto es, conquistado por las vulpejas liberales. Burócrata y rapaz. Abesugado y mediocre.

¡Ya lo creo! A la conquista del Estado. Tiene esta frase otros sentidos más profundos. De raíz hondísima, que no es ésta ocasión de destacar. Que los aludidos a quienes se encaminan estas notas no comprenderían.

Gracias al Estado, a un Estado, somos entes políticos. Sin él, seríamos cualquier cosa, pero no personas políticas con unos derechos y unas libertades. Con un destino colectivo, grande o pequeño, y un futuro. Con algo que hacer en común unos con otros.

Pero, repetimos, estas son razones que no se les alcanzan a los cerebros de corcho que andan por ahí. Esos que cobran ocho sueldos y piden libertad. Libertad para eso, claro, y no disciplina ni deberes que trasciendan sus egoísmos cazurros.

Más sobre esto hemos de hablar largo, muy largo.

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 - Marzo - 1931)

Los sucesos últimos

Una cosa hay desde luego en la actitud de los estudiantes que merece nuestro elogio radical. Su apelación a la violencia. Aquí, en España, donde las frías temperaturas han sido en los últimos veinticinco años norma de las actuaciones políticas, ese gesto heroico de no cerrar los ojos al disparar una pistola, hay que cultivarlo como merece. Habíamos perdido un poco, por exceso de apagamiento y cobardía, esas ejecutorias del valor, y en buena hora sean llegadas de nuevo.

Junto a los grandes peligros están las victorias magníficas. Si queremos para España en los próximos años realizaciones de tipo valioso, ha de ser preciso equiparse y dar cara a estos acontecimientos, que nunca son síntoma de debilidad popular. No seremos nosotros quienes reprobemos la violencia que por ahí circula.

Ahora bien; frente a los gritos que se pronuncian por unos y otros, proclamamos una vez más que no nos identificamos con ese pleito. Resuélvase como se quiera. De cualquier modo nos parece bien. Nosotros nacemos para otra cosa. Nuestra fuerza tendrá muy otro sentido que el de defender la Monarquía o la República. Esta actitud, que muy pocos grupos defienden en España, la creemos necesaria y urgente.

Asistimos ahora a una movilización universal en torno a dos ideas y actuaciones polares. O con una o con otra. Este es el verdadero problema. LA CONQUISTA DEL ESTADO se reafirma antiliberal y antiburguesa. Pero, sobre todo, se reafirma anticomunista, antisoviética; se reafirma exaltadora de una idea nacional, hispánica y del coraje revolucionario de los nuevos tiempos. Esta es nuestra palabra.

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 - Marzo - 1931)

Águila joven

Disparos en Atocha... Muertos... La desazón de la juventud española se ha encrespado actualmente con fiebre auténtica y ambición aquilina hacia nortes futuros.

Ha dejado sobre la ruta de los demás la resobada algarabía de los clamores preventivos, blandos e inocuos, como gomas higiénicas. Ya no chilla con hipos de menopáusica para pedir luego socorro a la justicia de los papás. Tampoco acude a los proyectiles de primera o segunda comunión de barrios bajos: con ladrillo o teja. Serenamente, jubilosamente, juguetonamente, disparará su pistola. Da la bala el coraje y la pureza de sus mejores sueños. Todavía casi infantiles.

Otra vez ha venido a España la posibilidad de perderse una vida joven, no por una blenorragia pesetera, que era hasta hoy la mayor y única heroicidad admitida, sino por la refriega en la calle, cuerpo a cuerpo... Con riesgo, pasión y sangre. Disparos en Atocha. Muertos.

Aquí, ahora, con el puño erguido, os saludamos, valientes camaradas estudiantes. Aquí, ahora, confiamos en vuestro ahínco para hazañas más hondas, más tremendas, más de nuestra generación revolucionaria.

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 - Marzo - 1931)

La vida política

El viaje del señor Alba

Ha llegado el señor Alba de París. Como vivimos aún en las atmósferas de la vieja política, nada sabemos de modo oficial y firme acerca de la finalidad de su viaje. La acción política de nuestros viejos hombres públicos se desenvuelve todavía entre los cuatro muros de una entrevista particular o de un almuerzo. Debe anotarse como un síntoma.

Si algo hay que vigilar de modo extraordinario en estos momentos, son los pasos políticos del señor Alba. Hombre que viene de París, enamorado sin duda de unos procedimientos de gobierno y de unos dogmas que allí rigen. Representa el espíritu apagado de un Briand, y se enlaza con todo ese grupo de viejos europeos que cifran y limitan sus entusiasmos en la paz perpetua y mediocre. En que nadie se dedique a la morbosa tarea de descubrir nuevas estructuras políticas. En que no se pongan en circulación ideales nacionales fecundos.

Por tanto, nada nos interesa el señor Alba. Influido por las corrientes europeas más viejas. Esclavo del Extranjero, con sus prejuicios y sus normas. ¿Qué representa hoy para nuestro posible resurgimiento? Este hombre no comprende el sentido del mundo actual sino a través de Francia, país en declive que baila su decadencia en todos los tonos.

Pero el señor Alba gobernará de un día a otro. Nada puede impedirlo sino el triunfo definitivo de un afán hispánico, al que la pugna inútil que se mantiene en torno a la cuestión del régimen deja hoy en segundo término. Ese afán hispánico lo exaltan voces jóvenes como las nuestras, y se funda en la máxima fidelidad a los destinos históricos de España y en el deseo robusto de que hoy mismo el pueblo español entre en tensión creadora. Nacional y social.

Esos afanes no puede servirlos el señor Alba, ni, claro es, ningún otro superviviente de la política vieja. Por muy republicano que sea.

Mientras llega el momento de una intervención eficaz en ese sentido, nosotros permaneceremos expectantes. Provistos y alerta. Con semblante ceñudo y rigoroso.

Como el señor Alba es, desde luego, más inteligente que sus compañeros de corro político, es muy posible que les gane la batalla y sea gobierno. Ya lo tenéis ahí, constitucionalista y todo, dispuesto a la magnífica jugada. Por lo pronto, los jefes de las fuerzas que se llaman de izquierda, no ordenan, como ordenaron a comienzos del verano último, que se bata al señor Alba con los cañones

más gruesos. Esa es la virtud del constitucionalismo, de eficacia ya probada en los vejestorios que forman el bloque. Aplaudidos por el pobre pueblo. Ese pueblo ingenuo a quien se le van los ojos tras de las frases cucas. Bien sabía el señor Alba desde París todas estas cosas. Ahí está, aprovechándose de ellas y dispuesto a la máxima caza.

Dejémoslo ir. A ver a dónde llega. Pero sépanos corajudos y alerta. Con la clave valiosa de las gentes recién llegadas. Frente a frente.

Mucho nos tememos de que es con el Gobierno Alba con el que las falanges de LA CONQUISTA DEL ESTADO tendrán que batirse. Sea monárquico o republicano. Esté donde esté.

La sentencia del Consejo supremo

La sentencia dictada equivale a la absolución. Los seis meses y un día tienden a evitar el «Ustedes perdonen las molestias sufridas», que se le dice a los procesados que no debieron serlo. El régimen, pues, opta por no condenar a los jefes del movimiento republicano. Allá el régimen con su política. No contra España, sino contra el régimen, conspiraron estos hombres, y nada tenemos que decir en las mutuas concesiones que se hagan. Todos los republicanos, y los representantes socialistas más que ninguno, han acentuado el carácter conservador y burgués que se imprimiría a la posible República. Antes de aprobar un plan de ataque a cualquier organismo, se tenía en cuenta el margen de peligro para las autoridades constituidas. Si se advertía el más leve peligro, el plan era inmediatamente desechado.

Se preparaba, pues, una Revolución peregrina. Con algodón en rama y puentes de plata para el enemigo. Una vez más el pueblo español sufriría el gran fraude. A las estructuras sociales, ni tocarle. En edificar un Estado eficaz que respondiese a las exigencias de hoy, aun volviendo la espalda a los gritos fáciles del siglo viejo, ni pensar siquiera. Nadie sabía nada acerca de qué clase de Estado sobrevendría. Algunos sí lo sabíamos. Sería el actual Estado, liberal y mediocre, con la sola diferencia de la cima.

El fraude fracasó, por fortuna. El pueblo hispano debe hacer, y hará sin tardanza, su Revolución. Pero revolución auténtica, sin miedo a la sangre ni al rigor. España necesita atravesar esos minutos tremendos en que se decide el fracaso o la victoria de una subversión profundísima. Al grito de resurgimiento, de eficacia social y de grandeza histórica. Eso iban a impedir los jefes del conato revolucionario de Diciembre. Entre los que se contaban los socialistas burgueses, traidores a la ruta marxista que sigue el proletariado.

Tan sólo un hombre entre los del Comité famoso, Indalecio Prieto, nos garantizaba con su talento y firmeza un viraje radical. Este hombre, si lograba desasirse del ambiente y disponía de una intuición genial, es posible que diese auténtico sentido revolucionario a la cosa. Y edificase grandezas. Aún no es tarde.

Por lo demás, la sentencia es innocua, como lo era a su vez el Comité. Esperemos cosas en torno a este pequeño pleito.

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 - Marzo - 1931)

Don Juan de la Cierva, hombre inactual

En los últimos días se ha hablado mucho de la laboriosidad y de las excelencias de este político.

Ahora bien, los juicios que hoy se hacen sobre los personajes públicos tienden, más que al elogio actual, a conferirle capacidad de próximo futuro. Existe alguna preocupación mesiánica por encontrar un hombre, el hombre.

Esto nos parece bien. No creemos en los resortes de gobierno que el viejo liberalismo proporcionó a la democracia. Necesitamos, sí, el hombre. Más que una Constitución y un Parlamento. Pero, ¡cuidado! Los que busquen el hombre provéanse de luces de alto voltaje, y busquen afanosos, porque está bien fiarlo todo a un hombre; pero no a un hombre cualquiera.

El señor Cierva, en esta hora, es pura infecundidad. No basta la energía, el empaque autoritario, para garantizar la eficacia que hoy necesitamos.

El señor Cierva es el viejo abogado que servirá quizá para aplicar la ley con toda inflexibilidad y rigor. Pero no es el hombre capaz de crear la ley. Para esto es ya preciso encauzar un entusiasmo histórico, poner en circulación un optimismo nacional, poseer genialidad política. A esto equivale el Dictador de una pieza.

El señor Cierva tiene en su haber histórico unas cuantas intervenciones eficaces. Ha tendido a la dureza y al rigor. Esto ha bastado para que ciertos sectores de la derecha fijen en él la mirada. Lo denunciamos como un error craso.

Lo decimos nosotros, hombres jóvenes que caminamos tras del procedimiento dictatorial de la eficacia. Por tanto, nada sospechosos de defender los viejos mitos que el señor Cierva pudo hollar y sacrificar. Que no le recordamos el año 1909 sino para enviarle una felicitación por aquello. (Pues el año 1909 -¿cuándo va a llegar la hora de que lo digan y lo proclamen todos?- significó el florecimiento de unas heces sociales, de disolución y de negación, que era preciso exterminar a toda costa.)

Pero el señor Cierva es un político de mediocre contextura que hoy nos hundiría en la inercia más incolora. Hombre viejo, ajeno a las preocupaciones en que hoy andamos sumergidos, sin grandeza ni vigor para representar un alzamiento hispano. Debe, pues, rechazarse. No bastan las aficiones autoritarias, repetimos, para conferir autoridad a las gentes. No basta garantizar a un pueblo la estabilidad y el orden para ponerse a la cabeza de ese pueblo. Hay que garantizarle también que se llegará en la marcha a algún sitio fértil.

El señor Cierva, si es que realmente ha sido aprendiz de Dictador, no pasó de las primeras letras. Se aficionó demasiado a los códigos, se quedó boquiabierto ante los trompetas de Murcia. ¿En qué se parece eso a la capacidad de acción de un grande hombre? ¿En qué también a la hazaña triunfal, a que todo gigantesco conductor de pueblos debe y tiene que comprometerse? Porque a los dictadores, como a los poetas, hay que exigirles genialidad.

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 - Marzo - 1931)

Guía de descarriados 2. Don Felipe Sánchez Román

Aquí está don Felipe, rizadito, bonito y señorito. Viene bueno, con unas declaraciones que tumban. No hace falta ser diablo como yo para saber cosas estupendas de don Felipe. Síganle los pasos. Del Código al codo, del codo al Código. ¡Un, dos! ¡Un, dos!

Circula desde hace unos dos años por los territorios aviesos de la política. Un día don Felipe se dijo:

-¡Hombre, Felipe! Tienes más talento que Ossorio. Eres mejor jurista. ¿Por qué razón va a ganar Ossorio más dinero que tu? ¿Y qué hace Ossorio para ganar tanto dinero? Muy sencillo. Interviene en política. Se mueve de aquí para allí. Va a todas partes y habla de los asuntos políticos más picantes del día. En resumen, que de cada *raid* se trae los diez o doce pleitos de mejor minuta que haya en la provincia.

Nuestro señor Sánchez Román oyó esa voz profética. Y se consagró a salvar al pueblo. Tanto, tanto, tanto, que casi se volvió tonto. El, el niño listo de la cátedra lista. Heredó de su buen padre los apellidos jurisperitos, la cátedra y el librito de texto. ¿Quién da más?

...Casi, casi, de tan revolucionario que se hizo, llegó a las lindes mismas del comunismo. Y cuando ya iba a armarse caballero comunista, le dijo uno que ya lo era, pero de verdad:

-¿Y juráis vos, don Felipe, no volver a intervenir en los pleitos cuya materia de litigio sea la propiedad cochina?

Don Felipe se echó atrás con un ¡zape! Y vacilante estuvo en si entrar o no en una cofradía de arrepentidos. No, no. A ese precio no podía ser comunista. ¿Como renunciar él a los pleitos? De ningún modo. Entonces se le ocurrió una idea genial. Triplicaría las minutas. ¡Abajo el capitalismo! El acabaría con la propiedad apropiándosela. La receta fue aceptada, celebrada y engomada.

Desde entonces ¡oh, desde entonces! La vida alegre. El Palace. Las masas republicanas. Los ojos tras de los rizos. El inmenso azul. La envidia de Jiménez de Asúa. El llamamiento de Urgoiti. El Ateneo.

Don Felipe redacta los escritos de protesta contra el régimen imperante. Ved en ellos su prosa leguleya y sus decires. Buen discípulo de Bergamín, el viejo nefasto y feo. No conozco en mi larga vida de diablo unas prosas de trayectoria tan ramplona.

Ahora bien; don Felipe es valiente. ¡Tiene unos riñones! Cuando los sucesos de diciembre fue sorprendido. ¡El no era figura nacional! ¡Cosa terrible! Se le había escapado la primera fila. Su nombre no estaba al pie del manifiesto. Y nadie preguntaba por él. Ni la Policía.

¿Qué creerán ustedes que hizo? Enarboló su pluma ramplona de leguleyo. Escribió una, dos, tres carillas macizas. Pidiendo que lo encarcelaran. Que él, aunque no iba a ser ministro, era también figura. Prestigio revolucionario. No le hicieron caso. Aquello fue tremendo. Intolerable. Todas las noches daba vueltas alrededor de la cárcel. Quería aprovechar un descuido de la guardia para colarse dentro. ¿Iba a ser menos que Galarza? ¡Horror!

En fin, ahí está don Felipe. Conspira y sueña. ¡Si no fuera abogado...! La cosa es que dicen que vale.

¡Este hombre, este hombre, este hombre descarriado!...

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 - Marzo - 1931)

Gandhi e Inglaterra

Somos enemigos natos del pueblo inglés. Es quizá el único pueblo del universo que presume de tontería pura. Su predominio y su imperio significan entronizaciones mediocres que es preciso rechazar en esta hora. Es un imperio caducado, repleto de lacras infecundas. Hay, pues, que destruirlo, porque impide la evolución triunfal de la Historia, porque contribuye a desalojar del éxito a los nuevos entusiasmos que hoy llegan.

Ahora bien: desear el hundimiento del poderío inglés no equivale precisamente a encomendarle a Gandhi y a sus huestes la ejecución de esas ruinas. Eso, no. Gandhi es, frente a la luz y los valores de Occidente, un bárbaro. Gandhi representa las negaciones fundamentales de nuestra cultura. Es, pues, el enemigo.

Los grupos políticos incluseros que por ahí andan especulan con el conflicto indio de modo vergonzoso. Exaltan a Gandhi en nombre de turbias libertades y no reparan sino en las satisfacciones de radio corto. Gente, al fin, sin grandeza ni visión profunda de los destinos humanos.

¡Abajo Gandhi, el bárbaro! Su crimen es alzarse contra los valores europeos, que son de rango superior a todos los demás que hoy existen.

La caída del imperio inglés es fatal que acontezca en estos años, agotada su acción creadora. Debe reconocerse así, y obligar incluso al pueblo inglés a que lo reconozca. Pero no intervengan en el debate los pueblos extraños, enemigos de las bases mismas que sustentan la idea imperial. Que niegan a Occidente, que desprecian, porque son quizá ciegos para ellas, las categorías auténticas de la humanidad.

Entiéndase bien nuestra protesta contra Gandhi. No supone favor para el ingles. No. Guía nuestras palabras un sentido más hondo de los hechos históricos Una defensa misma de las obligaciones económicas de Europa. La economía europea necesita controlar la producción india. Es ello imperativo esencial para la salvación nuestra.

Es preciso, pues, que el gesto europeo sea respetado en Asia. Que los cálculos europeos estructuren la economía mundial, dispongan de los mercados y de los focos productores. A una mirada europea basta ese hecho para aceptar todas las medidas implacables que se adopten contra los pueblos y los destinos extraños que perturben el desarrollo de los destinos y los pueblos europeos.

Y nada más: ¡Abajo Gandhi, el bárbaro! ¡Fuera la Inglaterra mediocre y usurpadora!

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 - Marzo - 1931)

Los comunistas y las elecciones

Publicamos a continuación un fondo del semanario comunista *La Batalla.* Su actitud nos parece congruente y terminante. Dan la cara auténtica, y la preferimos a la de esos burgueses que viven en —o de— la Casa del Pueblo. Lo reconocemos, como enemigos de unos y otros.

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 de marzo de 1931, pág. 2. Entradilla)

Cómo se desarrolla el Plan quinquenal. La electrificación del "Dniéper"

En Rusia, la dictadura de Stalin ha impuesto un sistema económico, el Plan quinquenal, que está en plena realización. Su triunfo o su fracaso en 1933 significará uno de los hechos más importantes de estos años. Están frente a frente las economías capitalista y comunista. Sin que nosotros creamos que el éxito del Plan quinquenal debe influir en las rutas políticas y sociales de Europa, pues la cultura occidental tiene más hondas raíces, sí nos parece de sumo interés prestar atención a estos ensayos. Publicamos por ello el siguiente objetivo reportaje.— R.L.R.

(«La Conquista del Estado», nº n. 3, 28 de marzo de 1931, pág. 3. Entradilla)

La España que hace. El Ateneo de divulgación social

Con las desorientaciones consiguientes a un Centro de cultura improvisado, el Ateneo de divulgación social realiza una obra. Sin que se nos oculten sus finalidades políticas, de radio social bien preciso, publicamos la información siguiente. Estamos y estaremos siempre a disposición de nuestros enemigos. Para el diálogo y para la pelea. Para todo.— (N. de la D.)

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 de marzo de 1931, pág. 5. Entradilla)

NUMERO 4. 4 de Abril 1931.

¡¡Confusionistas, no!! Nuestras afirmaciones

Frecuentemente se nos denomina por ahí confusionistas. A esto conducen las campañas políticas mostrencas: a convertir las cabezas en cabezas confusas, que no ven claro sino lo que les dice el dilema montaraz: Monarquía o República.

Pero nosotros hemos irrumpido en la vida española con más hondas fidelidades a la necesidad actual de nuestro pueblo, y nada ni nadie puede impedirnos que exijamos a las contiendas el pequeño sacrificio de pensar.

Venimos poblados de afirmaciones terminantes. Que ofrecemos al pueblo con las dos manos. Dispuestos a su difusión máxima. Es intolerable la circulación de la farsa, que no vacila en ofrecer la sangre del pueblo para el triunfo de todos los equívocos. Frente a toda esa morralla de los jefes republicanos, que enardecen al pueblo y luego le abandonan en los momentos revolucionarios críticos. Que despiertan la apetencia revolucionaria y luego no desean ni quieren la revolución, dejando a las masas inermes sin caudillos. Frente a las huestes socialistas que se satisfacen con el afán señorito de los mandos fáciles, traidores a la finalidad social que informa la raíz misma de su fuerza. Frente a todo eso, un régimen alicaído, depauperado y moribundo, que hace y no hace, desertor y tembloroso.

Y surgimos nosotros con un haz de afirmaciones claras y eficaces. Frente a todo y frente a todos, con independencia y coraje, obsesionados por algo radicalísimo y tremendo.

Hay que elaborar el Estado hispánico. Eso dicen también los republicanos. Pero nada sabemos aún de cómo iba a estructurarse ese Estado con la República. Nadie nos lo dice, pues en los mítines sólo se requiere la presencia salvadora de los tópicos. Así, cualquier currinche es orador y la algarabía adquiere resonancia.

Algo hay indiscutible para nosotros, y es nuestro estar ahí, disconformes con los grupos que vocean. El Estado hispánico debe quedar listo para grandes bregas nacionales y ser podado de toda la impedimenta que fracasa.

Pedimos y queremos un Estado hispánico, robusto y poderoso, que unifique y haga posibles los esfuerzos eminentes. Ya lo dijimos en números anteriores y hemos de insistir: sin un Estado hispánico auténtico seriamos cualquier cosa, pero no personas políticas con unos derechos y unas libertades. Con un destino colectivo, grande o pequeño, y un futuro. Con algo que hacer en común unos con otros.

Pedimos y queremos la suplantación del régimen parlamentario, o, por lo menos, que sean limitadas las funciones del Parlamento por la decisión suprema de un Poder más alto.

Pedimos y queremos una dictadura de Estado, de origen popular, que obligue a nuestro pueblo a las grandes marchas.

Pedimos y queremos la inhabilitación del espíritu abogadesco en la política, y que se encomienden las funciones de mando a hombres de acción, entre aquellos de probada intrepidez que posean la confianza del pueblo.

Queremos y pedimos la desaparición del mito liberal, perturbador y anacrónico, y que el Estado asuma el control de todos los derechos.

Queremos y pedimos la subordinación de todo individuo a los supremos intereses del Estado, de la colectividad política.

Queremos y pedimos un nuevo régimen económico. A base de la sindicación de la riqueza industrial y de la entrega de tierra a los campesinos. El Estado hispánico se reservará el derecho a intervenir y encauzar las economías privadas.

Queremos y pedimos la aplicación de las penas más rigurosas para aquellos que especulen con la miseria del pueblo.

Queremos y pedimos una cultura de masas, y la entrada en las Universidades de los hijos del pueblo.

Queremos y pedimos que la elaboración del Estado hispánico sea obra y tarea de los españoles jóvenes, para lo cual deben destacarse y organizarse los que estén comprendidos entre los veinte y cuarenta y cinco años.

Queremos y pedimos la unificación indiscutible del Estado. Las entidades comarcales posibles deben permanecer limitadas en un cuadro concreto de fines adjetivos.

Queremos y pedimos que informe de un modo central al Estado hispánico la propagación de una gigantesca ambición nacional, que recoja las ansias históricas de nuestro pueblo.

Queremos y pedimos el más implacable examen de las influencias extranjeras en nuestro país y su extirpación radical.

A eso venimos nosotros. A difundir estos afanes hispánicos y a llevarlos al triunfo. Por todos los medios. Los que crean que deben ayudarnos, que se inscriban en nuestras células de combate. Nada de simpatías ni de cuotas. Los brazos y el coraje.

A ver si de una vez superamos esa polémica rencorosa y vengativa en torno a la Monarquía y la República. Y presentamos al pueblo español los verdaderos objetivos. Su liberación económica y su grandeza como pueblo.

¿Quiénes son, pues, los confusionistas? Ahí quedan nuestras palabras. Ahí quedan nuestras frases terminantes. Las confusiones están en las cabezas que nos critican. Revestidas de farsa y de comicidad. Mascando trapacería leguleya y desmanes rencorosos. Sin grandeza creadora. Sin generosidad para el pueblo. Sin efusión. Egoístamente. Traidoramente.

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

LA CONQUISTA DEL ESTADO denunciada por el fiscal y recogida por la Policía

Nuestro número anterior fue denunciado. El señor fiscal no tolera muchas atmósferas y tira del manómetro con increíble nerviosismo.

Nosotros no decíamos sino que el pueblo español necesita hoy más que nunca atravesar unos minutos de sinceridad honda, y ésta sólo tiene efectividad en una lucha auténtica, cualquiera que ella sea, para sostener la Monarquía o para lo contrario. Más de una vez hemos dicho que la República que se prepara no nos interesa y no daremos ni un solo paso para contribuir a su advenimiento, por próximo que lo veamos y palpemos.

El esfuerzo revolucionario hoy no puede gravitar en torno a esos conceptos envejecidos de monarquía o república, sino que los objetivos deben ser otros. Nosotros planteamos la necesidad hispánica, y desearíamos movilizar actividad revolucionaria sobre unos afanes constructivos que contribuyan a despertar o a crear en nuestro pueblo una ambición nacional, hoy inexistente. A la par que esto, la estructuración de un nuevo Estado, donde sea posible una justicia social de la que hoy nadie se preocupa. Ni a nadie interesa.

Se nos denuncia y se recogen nuestras ediciones. Sépanlo los lectores nuestros. Y sépanlo también esos señoritos lechuzos de la izquierda que propalan contra nosotros las calumnias viles.

Pero dijimos ayer, decimos hoy y diremos mañana: España se salvará en la lucha. Hay, pues, que luchar y presentar a nuestro pueblo la gran ambición que necesita.

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

El reconocimiento de los Soviets

España debe reconocer el Gobierno ruso. Nosotros, enemigos radicales del Estado comunista, podemos expresar esta opinión con todo vigor y autoridad. Es inútil obstruir un hecho triunfante, como es el hecho ruso, y no comprendemos qué clase de temores impide a España llegar al reconocimiento ese.

Hoy la Rusia soviética es un pueblo donde se realizan experimentos económicos y sociales de gran radio. Conviene tenerlos muy a la vista. De otra parte, se ha convertido en un Estado nacional, atento a sus preocupaciones de orden interior, y nadie cree ya que a los Soviets interese hoy otra cosa que el éxito nacionalista de su tarea. Quizá uno de los nacionalismos más fervorosos de Europa sea éste de los rusos, recluidos en sí mismos, cultivando la empresa optimista de la prosperidad rusa. Como cualquier otro pueblo.

A más de esto, en la Rusia actual se tiende a un tipo de Estado que se apartará cada día más del patrón comunista. Hay que esperar en breve que surjan las aristocracias de la revolución, las minorías inteligentes y dominadoras que con un poco de cinismo y un mucho de visión histórica se apoderen con todas las formalidades que se quieran de los medios de producción y de todos los resortes políticos del Estado.

Es el tránsito del Estado comunista incipiente que surgió con la Revolución de octubre al Estado nacional, eficaz y poderoso, que la Europa postliberal comienza a adoptar también. Véase como ejemplo el Estado fascista.

Llega, pues, la fase crítica del Estado soviético, y la dictadura de Stalin garantiza la trayectoria que señalamos.

España debe reconocer a los Soviets. Dialogar y establecer relaciones comerciales. No volver la espalda mediocremente a ese orbe por ellos descubierto.

Rusia, repetimos, ha abandonado sus sueños primeros de revolución universal y permanente. Podrá algún día superar el estadio nacionalista que hoy atraviesa y convertir sus afanes en afanes de imperio. Mas esto pertenece ya a las posibilidades legítimas de los pueblos.

España es fuerte y posee bien arraigadas sus esencias hispánicas. No creemos muy airosa su posición actual, de ser débil que vuelve la cara por no recibir contagios de los aires que llegan. No es un gran pueblo aquel que elude las dificultades, sino el que va hacia ellas y las vence.

Prometemos insistir en este punto. Deseamos y pedimos relaciones diplomáticas y comerciales con los Soviets. Y para ello daremos a nuestras notas aires de campaña.

Sólo el viejo espíritu liberal burgués puede asustarse de la presencia en Madrid de una bandera soviética. Como se asusta de las camisas negras fascistas. De todo lo que huela a eficacia y a violencia creadora.

Pero si algo sucumbe de modo definitivo en España es el viejo espíritu liberal. Los que todavía se llaman liberales, o son unos cucos que obran, desde luego, como si no lo fueran, o son unos ingenuos ateneístas.

Precisamente las polarizaciones de fuerzas que deseamos para España son las que se realicen en torno a una idea nacional, hispánica, de legítima ambición española, con todas sus consecuencias de Estado fuerte y auténtico, o bien de una idea comunistizante, desertora de los destinos de España y al margen de los valores eminentes del hombre. He aquí los dos polos. Todo lo demás, vejez, escombros y abogadismo liberal burgués.

¡Pedimos y queremos relaciones diplomáticas con Rusia!

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

Unos minutos con Unamuno

Hemos visto a Unamuno, nuestro gigantesco Unamuno, hombre de España. Está ahí, en Madrid, ahora, a merced de los aplausos tendenciosos. Los nuestros los tiene íntegros, sin reservas, y preferimos dárselos de cara, frente a él, en breve charla calurosa.

Don Miguel vive obsesionado por una dificultad concreta -¡y tan concreta!- que en España existe. Nadie le hable de hervores nacientes, que grupos recién llegados pueden significar.

-No, no, no. Ahora, no.

Este «no» de Unamuno en presencia de otras ambiciones que no sean la concretísima a que hemos aludido, nos produce un vago recelo, de generación herida.

-Vea usted -me dice-; yo no pienso en el después. Ahora, sólo eso. Después, lo que sea.

-Pero...

-Sí, sí. Nada de regadera. Hay que tapar todos los orificios, y que quede uno, uno sólo. Ése, ése.

-Bien estaría ello si ustedes, los hombres maduros, que son los que identifican su afán absoluto con la tarea exclusiva ésa, se bastaran a sí mismos. Pero ustedes requieren a los jóvenes, requieren a los proletarios y a todos los utilizan para eso, sin respetar lo que estos hombres que terminan de llegar pueden traer con ellos. Que puede ser más que eso, y aun otra cosa que eso.

Don Miguel me detiene.

-Pero eso también, ¿no? Pues eso antes que nada. Vea usted los dos equipos en el estadio. Si hay una piedra en medio del campo, el acuerdo instantáneo y previo es que la retiren todos juntos.

-La pirámide sin cima es todavía pirámide, tronco de pirámide.

-No, no. Fuera las imágenes. No hay pirámide ni cima, sino clave de bóveda.

-¿Qué orden general de la plaza daría usted a los batallones jóvenes que llegan, en marcha hacia el futuro hispánico?

-Un solo artículo. Ése. Ningún otro más que ése. Y cuidado que me separan cosas de los republicanos... Esa nefasta idea federal... Ese seguir a los militares... Pero no, no. Repito que un solo orificio en la regadera.

-¿Y hasta donde hay que llegar en los procedimientos? ¿Bastarán los gritos?

-Desde luego. Claro que bastarán. No hacen falta más que gritos. Los gritos solos.

Don Miguel está seguro de que los gritos solos. Nos permitimos la duda. Pasó el momento de los gritos. La eficacia cambió de meridiano.

El equívoco circula por ahí ampliamente. Todavía se cree en eso de los gritos. Los burgueses quieren hacer su revolución con gritos. Gritos de señorito que se divierte gritando.

Don Miguel se declara liberal fervoroso. Liberal y liberal. Benjamín Constant es el eje supremo del rodar político. Compendia la civilización cristiana y todas las culturas. El liberalismo perfecto, decisivo. Al decir esto, Unamuno se pone casi en pie. Es la raíz misma de su ser político, y el tema lo apasiona. Es el Unamuno de sus treinta y cinco años. El de 1895.

Ahora don Miguel es traído, llevado y vuelto a traer. Los señoritos republicanos ríen sus frases y aplauden rabiosos. Y, sobre todo, gritan.

Unamuno tiene con nosotros, los de LA CONQUISTA DEL ESTADO, menos reservas que las que nos cercan por ahí, de manera mostrenca.

-En resumen de cuentas -me dice-, soy un solitario en medio de todos. Solitario en medio del tumulto.

Este gigantesco Unamuno, grande de España, es muy capaz de decir eso. Nos lo ha dicho como resumen.

-Pero ¿qué empresa colectiva, qué cosa lanzar sobre España con eficacia? ¿No cree que el liberalismo tiene que hacer concesiones, podar algunos de sus brazos?

Y responde:

-No, no. Dentro de lo liberal, también son posibles los engranajes colectivos, España es anarquista, y sin embargo...

De nuevo tendremos ocasión de dialogar con Unamuno sobre esto. Pues nosotros, postliberales, postuladores de eficacia, negamos rotundamente esa posibilidad. Llega el momento de decir: ¡El liberalismo ha muerto! ¡Viva el liberalismo! Lo más, lo más, por tanto, que concedemos para el liberalismo, es un sepulcro glorioso.

Hasta otra, don Miguel.

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

La España que hace: El Centro de Estudios Históricos

El reciente monumento que acaba de ofrecer el *Centro de Estudios Históricos* a la vida nacional nos mueve hoy a exaltar este Centro de hispanidad a una superior categoría política.

Nos referimos a la edición definitiva de la *General Estoria*, de Alfonso el Sabio (primera parte), que este Centro Histórico había confiado a uno de sus más jóvenes y valiosos miembros: Antonio G. Solalinde.

Desde hace muchos años ya, Solalinde, con una tenacidad digna de una disciplina monacal y suprema, había dedicado gran parte de su vida a la consecución de esa tarea: sacar a la luz española ese momento básico de nuestra españolidad, de nuestro orgullo de ser españoles, que es la *General Estoria*, de Alfonso el Sabio.

No es éste el sitio ni el momento de analizar lo que este libro magno significa para España: el sentido *universitario y universal* de esta obra, condensadora de una voluntad nacional de superación y de heroísmo intelectual.

Hoy queremos sólo arrancar de este intrépido punto de partida -la *General Estoria*- para hacer otra historia general de nuestro supremo Centro Histórico.

* * *

No queremos exaltaciones vacuas, comentarios retóricos.

En una España como la de anteguerra: exhausta de fe, de grandezas nacionales, envenenada de fracaso, de escepticismo, de derrota, de *noventa y ochismo* soñar en una estructuración enérgica, actual y ciclópea de nuestra Historia, soñar en mirar cara a cara a otras potencias europeas, en desafío de aptitud para la investigación histórica, resultaba casi fabuloso.

Sin embargo, no fue un sueño aquello. Ha sido una espléndida realidad.

Como toda espléndida realidad, ello se debe a héroes de ancho ánimo. Y por mejor señalar, a un héroe máximo. (Inútil descubrir ahora en Menéndez Pidal su capacidad de jefe conductor de fuerzas intelectuales.)

Formado Menéndez Pidal, en aquel ambiente trágico y triste del costismo, del fracaso nacional, supo recoger, como la única llama viva, lo que en el costismo había de creación, de esperanza, de resurgimiento, simbolizado en la figura del Cid.

Se diría que Menéndez Pidal quedó ungido del espíritu cidiano. Pronto logró huestes, frentes, castillos y peleas: triunfos. Conquistas.

Verdaderas *conquistas del Estado* son esas plazas fuertes ganadas por el Centro de Estudios Históricos. Pidal a la cabeza: cuyo plano o índice distendemos y ondeamos a continuación; sin contar otra serie de organizaciones -como las magníficas de los *Cursos de extranjeros*:

Introducción a la lingüística románica, *por W. Meyer-Lubke. -Versión de la tercera edición alemana, con notas y adiciones, por Américo Castro*.

Antología de prosistas españoles, *por R. Menéndez Pidal*.

Manual de pronunciación española, *por T. Navarro Tomás*.

La versificación irregular en la poesía castellana, *por Pedro Henríquez Urena*.

Paleografía española, *por Zacarías García Villada, S. I*.

Poesía juglaresca y juglares, *por R. Menéndez Pidal*.

Fuentes de la historia española e hispanoamericana, *por B. Sánchez Alonso*.

Introducción al latín vulgar, *por C.H. Grandgent.- Traducción del inglés adicionada por el autor, corregida y aumentada con notas, prólogo y una antología, por F. de B. Moli*.

Menéndez Pidal, R.- Documentos lingüísticos de España. I. *Reino de Castilla*.

Mendizábal, R.- Monografía histórico-morfológica del verbo latino.

Cancionero de Romances impreso en Amberes sin año. *Edición facsímil, con una introducción, por R. Menéndez Pidal*.

Serrano, L.- Cartulario de Monasterio de Vega, *con documentos de San Pelayo y Vega de Oviedo*.

Serrano, L.- Cartulario de San Pedro de Arlanza, antiguo Monasterio benedictino.

Serrano, L.- Cartulario de San Vicente de Oviedo, 781-1200.

Libro de Regla o Cartulario de la antigua Abadía de Santillana del Mar. *Publicado por E. Jusué*.

Pérez de Hita, G.- Guerras civiles de Granada. *Edición de P. Blanchard-Demouge*.

Alonso Cortés, N.- Casos cervantinos que tocan a Valladolid.

Farinelli, A.- Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. *Divagaciones bibliográficas*.

Paz, J.- Archivo general de Simancas. Catalogo IV. Secretaria de Estado. *Capitulaciones con Francia y negociaciones diplomáticas de los embajadores de España en aquella Corte; seguido de una serie cronológica de éstos*.

Datos documentales inéditos para la Historia del Arte español. I: Notas del Archivo de la Catedral de Toledo, *redactadas por el canónigo obrero Francisco Pérez Sedano. Prólogo de E. Tormo Monzó*.

Datos documentales inéditos para la Historia del Arte español. II: Documentos de la Catedral de Toledo. *Colección formada en los años 1869-1874, y donada al Centro en 1914 por D. Manuel R. Zarco del Valle. Prólogo de E. Tormo y Monzó. Publicación y notas de F. J. Sánchez Cantón*.

Sánchez Cantón, F.J.- Fuentes literarias para la Historia del Arte español. Tomo I: Siglo XVI. *Dieggo de Segredo, Cristóbal de Villalón, Francisco de Holanda, Francisco de Villalpando, D. Felipe de Guevara, Lázaro de Velasco, Fr. Juan de San Gerónimo, Juan de Arfe, Diego de Villalta, Hernando de Ávila, Gaspar Gutiérrez de los Ríos, Fr. José de Sigüenza*.

Gómez-Moreno, M.- Iglesias mozárabes. Arte español de los siglos IX a XI.

Orígenes del español.- *Estado lingüístico de la península ibérica hasta el siglo XI, por R. Menéndez Pidal*.

Contribución al Diccionario hispánico etimológico, *por V. García de Diego*.

Inflexión de las vocales en español, *por Max Krepinsky.- Traducción y notas de V. García de Diego*.

El dialecto de San Ciprián de Sanabria, *por Fritz Krüger*.

Observaciones sobre las fuentes literarias de «La Celestina», *por F. Castro Guisasola*.

El pensamiento de Cervantes, *por Américo Castro*.

Los textos españoles y gallego-portugueses de la demanda del santo grial, *por P. Bohigas*.

Mosén Diego de Valera: Crónicas de los Reyes Católicos (hasta ahora desconocida). *Edición y estudio por J. de M. Carriazo*.

Cuatro poemas de Berceo *(Milagros de la iglesia robada y de Teófilo, y vidas de Santa Oria y de San Millán). Nuevo manuscrito de la Real Academia Española.- Edición de C. Carroll Marden*.

Berceo: Veintitrés milagros. *Nuevo manuscrito de la Real Academia Española.- Edición de C. Carroll Marden*.

La negación en español antiguo, *con referencias a otros idiomas, por E.L. Llorens*.

Caracteres generales del judeo-español de Oriente, *por M.L. Wagner*.

Garcilaso de la Vega, *contribución al estudio de la lírica española del siglo XVI, por Margot Arce Blanco*.

EN PRENSA

Erasmo: Enquiridion o Manual del caballero cristiano *y otras obras religiosas. Traducciones españolas del siglo XVI.- Edición de Dámaso Alonso. Prólogo de Marcel Bataillón*.

Glosarios Hispanolatinos.- *Editados por Américo Castro*.

Guillen de Segovia, Peros: La Gaya.- *Edición, de J.O. Tallgren*.

Leomarte. Sumas de Historia Troyana.- *Edición, prólogo, notas y vocabulario por Agapito Rey*.

Cartas inéditas de Juan de Valdés, *con un estudio sobre la estancia de Valdés en Italia, por José F. Montesinos*.

TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL

TEXTOS Y ESTUDIOS

La Serrana de la Vera, *de Luis Vélez de Guevara.- Publicada por R. Menéndez Pidal y María Goyri de Menéndez Pidal*.

Cada cual lo que le toca y la viña de Nabot, *de Francisco de Rojas Zorrilla.- Publicadas por Américo Castro*.

El rey en su imaginación, *de Luis Vélez de Guevara.- Publicada por J. Gómez Ocerín*.

El cuerdo loco, *de Lope de Vega.- Publicada por José F. Montesinos*.

La corona merecida, *de Lope de Vega.- Publicada por José F. Montesinos*.

El marqués de las Navas, *de Lope de Vega.- Publicada por José F. Montesinos*.

El cordovés valeroso Pedro Carbonero, *de Lope de Vega.- Publicada por José F. Montesinos*.

EN PREPARACIÓN

Barlaán y Josafat, *de Lope de Vega.- Publicada por José F. Montesinos*.

TEXTOS LATINOS DE LA EDAD MEDIA ESPAÑOLA

SECCIÓN PRIMERA: CRÓNICAS

Crónica de Alfonso III.- *Edición preparada por Z. García Villada, S. J*.

Historia Silense.- *Edición preparada por Francisco Santos Coco*.

Crónica del Obispo don Pelayo.- *Edición preparada por B. Sánchez Alonso*.

Viajes por España y Portugal, *suplemento al volumen de las* Divagaciones bibliográficas 1921, *por Arturo Farinelli*.

Cartulario de San Millán de la Cogolla, *por D. Luciano Serrano, O. S. B., abad de Silos*.

Textos latinos de la Edad Media Española.- *Sección tercera: Varia*, Taionis et Isidori Nova Fragmenta et Opera.- *Edidit el ilustravit Eduard Anspach*.

* * *

No ganó más villas y afincamientos Mio Cid el de Bivar, que ciñó espada en buen hora. Ciñendo pluma sólo y fe en España y en los españoles, Menéndez Pidal ha conquistado todos esos bienes, hoy ya patrimoniales.

¡En la España que hace, en la España que conquista palmo a palmo un estado superior de cosas, no puede faltar esta exaltación actual del Centro de Estudios Históricos! ¡No puede faltar esta proclamación! ¡Ni este ondear de banderas triunfales, que son todas esas obras, en falange!

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

El General Burguete

Ha sido la actualidad mediocre de la semana última. Está visto que es imposible desasirse en España de inoportunidades así. El general Burguete, mezcla o mixtura de intelectual y de soldado, sigue la tradición vieja y molestísima de perturbar con su uniforme y con su literatura maltrecha la pura emoción nacional.

Hombre del 98, amigo de abogados y aficionadete a las lecturas indigestas. Ahí está ahora, cuartilla en ristre, olfateando las prensas. Este escritor ilustre, para quien han sido abiertas todas las columnas europeas. Colaborador de la Dictadura, que hoy execra. Aupado y favorecido por el régimen

que hoy dificulta. Jaleador en África del «salvador de España» en aquellas épocas. (Más de un aplauso forzado le procuro.) Y etcétera, etc.

Nada nos importa el contenido de sus notas. Nos basta el hecho de haber sido escritas. Nos basta el verle ahí, cargado de taras actuales y muy obligadito al silencio.

Este señor, cazador de alimañas en Asturias -¡no lo olvidéis, obreros!- y gran estratega de nuestro ejercito.

Un poco nos mueve al respeto su situación, y no quisiéramos le molestasen mucho los juicios que exponemos.

Pero la generación que llega está muy escamada de los peces sin escamas. No admitimos hombres renovados, hombres tribulados, hombres renegados.

¡Con todos los respetos, ilustre general Burguete!

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

Un libro de Maurín. Los hombres de la Dictadura

Un libro de Maurín

Ante el libro de Joaquín Maurín, las plumas burguesas de izquierda se han mostrado desorientadas y burlonas. Maurín hace la disección de la política española desde un punto de vista hasta aquí desconocido, a base del mecanismo interno de las fuerzas sociales que en España existen. La actuación de la vieja política aparece rodeada en este libro de su sistema natural de reacciones, obediente a una fidelidad de intereses y de normas.

Maurín presenta como los hombres auténticos de la Dictadura a Sánchez Guerra, Cambó, Pablo Iglesias, Largo Caballero, Lerroux y Melquiades Alvarez. Para una mente simplista de pequeño burgués, esto es un solemne disparate. Para quien examine la mecánica revolucionaria desde cierta altitud y sea dueño de un ojo perspicaz, esa lista de acusaciones adquiere plenísimo sentido.

La revolución rusa de Octubre introdujo un objetivo potente y patente en los hechos revolucionarios del proletariado. Maurín es un comunista que gira en torno al eje soviético con perfecta lealtad crítica. Y su libro, que posee un indiscutible vigor en el análisis, está hecho bajo el resentimiento contra la pequeña burguesía y sus hombres, que al no haber efectuado a tiempo su revolución, amenazan ahora con transferir sus mismas mediocres apetencias revolucionarias al proletariado.

Algunos capítulos del libro adolecen de cierto natural desvío, forzando los hechos con el afán de prestarles sentido de unidad. Son los menos. Otros, como los dedicados a la actuación de los socialistas, son certeros y magníficos. Es indiscutible que si triunfa el movimiento republicano, los jefes socialistas se quedan tan contentos con una estructuración conservadora. El socialismo español sigue las huellas de las socialdemocracias europeas y sirve a la economía y a la política burguesas con la mejor de las colaboraciones: penetrando en su orbe, aceptando sus problemas e identificándose con los pequeños conflictos políticos de la burguesía. Maurín explica claramente cómo el socialismo, por obra y gracia de Largo Caballero, pretendió durante la Dictadura convertirse en una fuerza gubernamental monárquica. Ahora, en los últimos meses, el nombre del mismo Largo Caballero figura en los minúsculos y mediocres pactos con la burguesía descontenta, para traer una republiquita a la medida de los señoritos y de los pequeños burgueses de la Casa del Pueblo. A la que servirían desde la izquierda, impidiendo todo acento eficaz.

No parece que sea tan fácil en esta hora desviar el curso revolucionario. Maurín señala la ruta comunista. Los ojos en esa finalidad le impiden, sin duda, advertir la lentitud y el timbre confuso con que en España aparecen los hechos revolucionarios.

Maurín aprendió en la experiencia rusa la acción y reacción de las clases. Tiene su sistema de leyes, que aplica a los acontecimientos de aquí. En ese previo sistema que posee ha ido distribuyendo las personas y las cosas. Por lo demás, Maurín domina la eficacia expositiva, y su libro es fertilísimo en observaciones valiosas de muy varia índole.

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

El semanario extranjerizante

¿Quiénes son ustedes, señores de *Nosotros*? O más bien, ¿es usted solo, señor solo, que se esconde bajo la denominación plural?

Sea quien sea, uno o muchos, presentamos al juicio nacional esas hojas frías, esqueléticas, hambrientas de suscripciones a su favor, que introducen en el alma española el vacío del caos. Lo alimenta ese mulato, halcón o Falcón de alas rastreras.

Mientras más dificultades se ciñan sobre el pueblo, con más rigor hay que rehuir la solapada intervención extranjerizante. Ese señor Falcón tiene su sitio adecuado en el Perú, y si le caldea el noble afán de dotar a un pueblo de normas políticas eficaces, debe esforzarse por que ese pueblo beneficiado sea su pueblo, el Perú. Aquí no. No nos duele el hispanoamericanismo herido.

¿Quién es él, el señor Falcón, para influir en la marcha concreta de la vida española? Bien está así, expulsado, al margen de la eficacia activa, aunque sus páginas lleguen postalmente sin retraso.

Era ya intolerable la intromisión concreta de este señor tortuoso, para quien el pueblo español es una pobre colonia donde verter sus indigestas ensoñaciones. Rodeado de la clásica media docena de intelectuales de pandereta, catedráticos de herencia, que desayunan inmoralidad y hieden a histerismo descastado.

Causa pena ver esas huestes descoloridas esgrimiendo las armas fundamentales, mostrando al pueblo las rutas sin salida con morbosa complacencia.

Pedimos una leva de alimañas así y su reclusión en perpetuo lazareto. Responsables del máximo delito contra el pueblo, como es el de acidular sus esencias mismas y de impedir las orientaciones fecundas.

Gentes sin raíz nacional, sin angustias hispánicas, que no han sentido ni un minuto el hondo palpitar de nuestro pueblo. Hay que darles el pasaporte, guiarlos a la Luna, para que allí sinceren su actitud.

España debe reaccionar contra esta penetración extranjerizante que huele a polilla y trae como programa la desarticulación de nuestro pueblo. No hay que vacilar, y debe destruírsela de modo implacable.

El semanario del señor Falcón moviliza y halaga esa inquietud española de hoy en torno al régimen. En el fondo, guía sus campañas la arista masónica y confusionista de Europa, que abre las garras para dar el zarpazo definitivo a nuestro pueblo.

¡No haya beligerancia con el extranjero! ¡Es inmoral todo contubernio con él, y debe castigarse su audacia! Impedirse su actuación. Invalidar sus movimientos. Lo pedimos y lo exigimos.

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

Sandino y Norteamérica

He aquí un imperio fallido: Norteamérica. Este pueblo anglosajón ha sido dueño en los últimos años de los resortes triunfales. Cuando en la historia universal un pueblo lanzaba sobre el resto del mundo la cantidad de apetencias que el mundo actual debe al pueblo yanqui, ese pueblo convertía

todos sus afanes en afanes imperiales. El imperialismo yanqui existe, ciertamente, pero en forma ramplona, cobarde y, a la postre, según ha de verse, ineficaz.

Ahí está Sandino, héroe anacrónico y absurdo, que bordea la ridiculez a cada paso, enseñando los pobres dientes al yanqui poderoso.

La pugna de Sandino con los yanquis exhibe como en un espejo toda la infecundidad y todo el artificio de la supuesta garra imperial. Lo peor que puede ocurrirle a Hispanoamérica es, desde luego, que se identifique con Sandino, ese pobre romántico de las más viejas épocas del XIX. ¿Qué exalta Sandino frente al yanqui? ¿Qué pueblo es ése cuya independencia reclama, y qué impide hacer el yanqui a ese pueblo para que su opresión sea calificada nada menos que un crimen?

Yanquilandia es, en efecto, una república despreciable. Pueblo sin grandeza que se entrega a un centenar de banqueros y les encomienda la indicación de las rutas. Los banqueros prefieren un imperialismo hipócrita, la captura de las aduanas y el falso respeto a la libertad de los pueblos, a esa otra tarea fundamental que exigiría hondas sinceridades y peleas gravísimas: el ejercito imperial agarrotando pueblos más débiles y truncando destinos pequeñitos.

No ha faltado voluntad de imperio a los magnates que dirigen la república yanqui. Pero, repetimos, afanes mediocres, sin dar la cara, temiendo las complicaciones leguleyas, huyendo el escándalo internacional, sin firmeza, cobardemente, como quien hace un delito y teme que lo vean. Yanquilandia se acusa a sí misma, se declara a sí misma criminal, tolerando a Sandino y penetrando en las economías hispanoamericanas por la puerta desconocida del contubernio sucio con los dictadores.

Ha faltado a Yanquilandia una minoría de políticos de acción que hubieran desplazado a los banqueros de las supremas decisiones históricas -sin destruirlos, claro, pues gran parte del poderío actual se les debe a ellos, a sus métodos de águila- y obligado al pueblo yanqui a encararse con los deberes superiores.

No conocemos en la historia universal un caso análogo. Los yanquis han controlado los últimos veinte años. Su influjo está ya en decadencia, y un día cualquiera veremos que se rompe en mil pedazos su pretendido poderío. No se peca en balde contra los valores eminentes ni deja de castigarse de algún modo la mediocridad.

Hispanoamérica tiene ahora la palabra. O con Sandino, defendiendo ideales trasnochados, infecundos, que hoy nada significan, o reconociendo de otra parte el derecho imperial. En ambos casos debe ir contra el yanqui, su enemigo, y obligarle a renunciar a la mascarada repugnante.

¡Nada con Sandino, héroe anacrónico y absurdo! ¡Nada con Yanquilandia, pueblo desleal, mezquino e hipócrita!

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

Nosotros, los señoritos y los golfos. Valor superrealísta y poético de los guardias de Seguridad

En el ensayo siguiente, el Sr. Giménez Caballero enlaza las preocupaciones subversivas del superrealismo con el tipo de política que defendemos en *LA CONQUISTA DEL ESTADO.* La cosa tiene, sin duda, gracia literaria, y el talento de nuestro amigo le asegura atisbos felices. Pero bien está decir que no nos interesan nada las guerrillas de la literatura y que nos movemos en sectores donde pierden toda eficacia sus disparos. De otra parte, preferimos la acción y la rotundidad violenta a la violencia y el grosor de las palabras. El superrealismo huele a farsantería cuca. A espantapájaros o espantaburgueses bobos.— N. de la D.

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 de abril de 1931, pág. 4. Entradilla)

NUMERO 5. 11 de Abril 1931.

Ante el comunismo. La batalla social y política de Occidente

Por muy retrasados que andemos por aquí, fuera del orbe auténtico de las preocupaciones mundiales, en busca y captura de las libertades fugitivas, no es posible sustraerse a la raíz central que informa la vida toda de Occidente. Hay unos valores en peligro. Hay unas posibilidades magnas que pueden resultar fallidas. Si en España los grupos se empeñan en vivir en anacronismo perpetuo, repitiendo las gestas políticas que hace ochenta años constituían la actualidad europea, allá ellos. Pero permítasenos a nosotros, hombres recién llegados, que demos cara a nuestro tiempo y destaquemos lo que en él hay de palpitación viva.

En España existe un guirigay absurdo en torno a la forma de gobierno. Se polarizan las fuerzas políticas sobre esos dos conceptos de Monarquía o República, sin sospechar que ambos perdieron hace muchos años su vigencia como mitos creadores. Esa cuestión del régimen es algo que debió liquidarse de modo definitivo hace veinticinco o treinta años. Por lo menos, antes de la guerra. Las generaciones que nos precedieron, y que aún viven y circulan por ahí, no lograron una solución que entonces podría haber sido actual, y hoy se empeñan en que toda la savia joven les ayude en sus afanes rencorosos. No sólo, pues, merecen nuestros padres repulsa por lo que no hicieron, sino también por lo que nos imponen a nosotros que hagamos.

Esas plañideras de izquierda, que llevan veinte años en actitud cursi de quejumbre, sonríen hoy ante la musculatura joven que, al parecer, les ayuda en la infecunda tarea. No hay tal cosa. La juventud española no es demoliberal, como pudiera creerse ante el equívoco que plantean los viejos rencorosos. Se educa en los aires y en los hechos de este siglo, y está en la mojigatería liberal burguesa al acecho tan sólo de una ocasión de lucha y de pelea. Pueden existir equívocos de palabras, de rotulaciones, pero nunca de hechos y de objetivos. Nosotros invitamos a que se examinen los actos políticos en que intervienen los jóvenes, y a que se nos indique la filiación demoliberal de ellos. Son, por el contrario, protestas violentas, citas en las líneas de fuego, entusiasmos por las marchas militares desde las posibles Jacas españolas.

Ahora bien; llegan nuevos deberes al coraje occidental. El clarín histórico señala hoy a los pueblos unos instantes de fidelidad a los principios superiores que informan de modo entrañable su cultura. Aquellos que no obedezcan, aquellos que eludan los dilemas auténticos, perecerán frívola y traidoramente. Pero los que logren intuir los verdaderos peligros, los que posean la clave de los destinos actuales, los que se interesen por la fiel continuidad de la vida del pueblo, ésos deben salir a campo abierto y presentar batalla.

Nos referimos al comunismo que triunfa, que amenaza disolver las grandezas populares, que está ahí bien provisto de mitos y de alientos. La ola comunista dejó de ser una inundación ideológica y romántica para convertirse en un resorte actual, a cuyo tacto se buscan y pretenden victorias sociales y económicas. No hay que desconocer la potencia y el radio del comunismo, que se despliega a todos los aires en caza de atenciones.

Nosotros las recogemos, y advertimos la gigantesca dosis de futuro que posee. Pero el comunismo es nuestro enemigo. Destruye la idea nacional, que es el enlace más fértil de que el hombre dispone para equipar grandezas. Destruye la eficacia económica que nuestra civilización persigue y solicita. Destruye los valores eminentes del hombre. Deforma el estadio postliberal que hoy se extiende por el mundo, y lo convierte en restringido servidor de unos afanes pequeñitos.

Pero frente al comunismo carecen de vigor y de eficiencia las viejas actitudes. Si los pueblos de Occidente no disponen de otros recursos políticos que ese de las consabidas, huecas y mediocres libertades. Ni de otras eficacias económicas que las que proceden de la arbitrariedad liberal burguesa, a base de Estado inerte y trusts poderosísimos, de tierras infecundas y campesinos esquilmados. Si no tiene otras fuentes de coraje que el de unirse a un viejo mito -republicano o monárquico, igual importa-, y recluirse en él como en una fortaleza negativa. Si no logra renegar de esa teoría política tradicional, diecinuevesca, que confiere al individuo poder coactivo frente al Estado y subordina los intereses colectivos a los individuales. Si no se superan de modo radical las instituciones políticas vigentes, buscando la entraña popular y abriendo paso a los verdaderos conductores de pueblos, sin turbamultas ciegas ni disidencias críticas. Entonces... será que el comunismo tiene razón para el desahucio de Occidente.

Más que nunca es hoy imprescindible sincerarse con la verdad de nuestro tiempo. ¡Qué le vamos a hacer si pasó la hora de batirse por la libertad! Hoy nos interesan cosas muy distintas, y los viejos traidores deben retirarse a los cenobios antes que perturbar las nuevas experiencias.

Hay que esgrimir contra el comunismo dos eficacias. Y aunque el comunismo no estuviese ahí, habría que descubrirlas también, porque los grandes pueblos no renuncian fácilmente a los deberes supremos. Esas dos eficacias, para nosotros, son: los valores hispánicos y la victoria económica.

Ya hemos dicho que si arribamos a la vida española con alguna intrepidez, ésta se alimenta de anhelosidades hispánicas. Queremos a España grande, poderosa y victoriosa. Cumpliendo con su deber universal de dar al mundo valores fecundos. Hace dos siglos que España deserta de sí misma y se refugia en las cabañas extranjeras. ¡Orden de expulsión a los traidores! El Estado hispánico, que hoy no existe, ha de abrir paso al hervor nacionalista y servir sus exigencias. En otro lugar de este número ofrecemos la clave de constitución de ese Estado, por el que estamos dispuestos a sacrificar vidas españolas.

Y llega la posible victoria económica. Nosotros oponemos a la economía comunista acusación de ineficacia. En cuanto trata de elevar los niveles de producción, se refugia en un capitalismo de Estado -véase la actual Rusia- y deriva a las normas industriales corrientes. No vemos la necesidad de romper todas las amarras para volver luego la cabeza e ingresar en la sistemática capitalista. Nosotros propugnamos la inserción de una estructura sindical en el Estado hispánico, que salve las jerarquías eminentes y garantice la prosperidad económica del pueblo. El Estado hispánico, una vez dueño absoluto de los mandos y del control de todo el esfuerzo económico del país, vendrá obligado a hacer posible el bienestar del pueblo. Inyectándole optimismo hispánico, satisfacción colectiva, y a la vez palpitación de justicia social, prosperidad económica.

Frente al comunismo, el Occidente no puede mostrar sino esto: grandeza nacional, Estado eficaz y robusto con una estructura económica sindical y nacionalizada.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 - Abril - 1931)

Pedimos y queremos

Pedimos y queremos un Estado hispánico, robusto y poderoso, que unifique y haga posibles los esfuerzos eminentes.

Pedimos y queremos la suplantación del régimen parlamentario o, por lo menos, que sean limitadas las funciones del Parlamento por la decisión suprema de un Poder más alto.

Pedimos y queremos una dictadura de Estado, de origen popular, que obligue a nuestro pueblo a las grandes marchas.

Pedimos y queremos la inhabilitación del espíritu abogadesco en la política, y que se encomienden las funciones de mando a hombres de acción, entre aquellos de probada intrepidez que posean la confianza del pueblo.

Queremos y pedimos la desaparición del mito liberal, perturbador y anacrónico, y que el Estado asuma el control de todos los derechos.

Queremos y pedimos la subordinación de todo individuo a los supremos intereses del Estado, de la colectividad política.

Queremos y pedimos un nuevo régimen económico. A base de la sindicación de la riqueza industrial y de la entrega de tierra a los campesinos. El Estado hispánico se reservará el derecho a intervenir y encauzar las economías privadas.

Queremos y pedimos la más alta potenciación del trabajo y del trabajador. El Estado hispánico debe garantizar la satisfacción de todas las necesidades materiales y espirituales del obrero, así como un amplio seguro de vejez y de paro.

Queremos y pedimos la aplicación de las penas más rigurosas para aquellos que especulen con la miseria del pueblo.

Queremos y pedimos una cultura de masas y la entrada en las Universidades de los hijos del pueblo.

Queremos y pedimos que la elaboración del Estado hispánico sea obra y tarea de los españoles jóvenes, para lo cual deben destacarse y organizarse los que estén comprendidos entre los veinte y cuarenta y cinco años.

Queremos y pedimos la unificación indiscutible del Estado. Las entidades comarcales posibles deben permanecer limitadas en un cuadro concreto de fines adjetivos.

Queremos y pedimos que informe de un modo central al Estado hispánico la propagación de una gigantesca ambición nacional, que recoja las ansias históricas de nuestro pueblo.

Queremos y pedimos el más implacable examen de las influencias extranjeras en nuestro país y su extirpación radical.

Nuestra organización

Nacemos con cara a la eficacia revolucionaria. Por eso no buscamos votos, sino minorías audaces y valiosas. Buscamos jóvenes equipos militantes, sin hipocresías frente al fusil y a la disciplina de guerra. Milicias civiles que derrumben la armazón burguesa y anacrónica de un militarismo pacifista. Queremos al político con sentido militar, de responsabilidad y de lucha. Nuestra organización se estructurará a base de células sindicales y células políticas. Las primeras se compondrán de diez individuos, pertenecientes, según su nombre indica, a un mismo gremio o sindicato. Las segundas, por cinco individuos de profesión diversa. Ambas serán la unidad inferior que tenga voz y fuerza en el partido. Para entrar en una célula se precisará estar comprendido entre los diez y ocho y cuarenta y cinco años. Los españoles de mas edad no podrán intervenir de un modo activo en nuestras falanges. Ha comenzado en toda España la organización de células sindicales y políticas, que constituirán los elementos primarios para nuestra acción. El nexo de unión es la dogmática que antes expusimos, la cual debe ser aceptada y comprendida con integridad para formar parte de nuestra fuerza.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 - Abril - 1931)

La peculiaridad y la política de Cataluña

Todo cuanto acontece en la política de Cataluña es de una infecundidad fastidiosa. Las fuerzas políticas de Cataluña mantienen con el resto de España una discordia mediocre. Los grupos republicanos que se llaman de izquierda son incapaces de advertir con alguna grandeza los destinos históricos del gran pueblo español. Gente miope, aletargada y absurda, que sueña con glorias de pequeño radio. De otra parte están los altos burgueses de la Lliga, que colaboran obligados por sus negocios.

Pero falta en Cataluña el afán decidido, franco y sin reservas, de colaborar con el resto de España para la iniciación de una política nacional robusta.

Por el contrario, nosotros advertimos en Cataluña un deseo traidor de aprovechar las circunstancias difíciles y especular con las dificultades internas del Estado español. ¡Nunca será esto tolerado, creemos que ni por los republicanos ni por los monárquicos del resto de España!

Nosotros reconocemos la peculiaridad de Cataluña. Y debe destacarse como ejemplo valioso de una comarca española que prospera, que trabaja y honra a nuestro pueblo. No somos sospechosos de frialdad hacia Cataluña. Nuestro director formó parte del viaje de intelectuales castellanos, y el mismo fervor de entonces por el admirable «hecho diferencial» lo mantiene hoy exactamente con idéntico tono.

Ahora bien: frente al hecho diferencial famoso, hay el indiscutible y grandioso hecho español, que obliga a subordinación a todos los demás hechos que surjan. De otra parte, la afirmación de la peculiaridad catalana obliga a considerar que en nombre de ella misma debe engranarse en un orden de totalidad que la comprenda y exalte.

Las mejores jornadas para Cataluña serán aquellas que realice y forje dentro de la realidad imperial de España. Ese gran pueblo catalán ha de encontrar sus más briosas posibilidades en un orden hispánico de política cultural y económica.

Le citamos con la gran consigna.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 - Abril - 1931)

Los intelectuales y la política

En España, más que en ningún otro pueblo, la intervención de los intelectuales en la política constituye un grueso problema. La crítica es una función peculiarísima de la inteligencia como tal, y desde 1898 apenas si ha circulado por la vida española otra cosa que crítica. Ha sido el período de los intelectuales. En que se han presentado ahí, con una voz y un escalpelo. Como frente a ellos no ha existido sino un régimen en declive, en franca huida, su tarea crítica encontró aceptación en sectores populares, consumándose de este modo la gran faena de edificar negaciones.

El ciclo que comenzó en 1898 y ha devorado estérilmente dos generaciones, llega hoy a su culminación con esos quince mil intelectuales que el Sr. Ortega y Gasset enarbola. Las circunstancias por que atraviesa la España actual hacen posibles las subversiones más cómicas, y tendría verdaderamente poca gracia que esas falanges meditadoras se hiciesen dueñas de los mandos.

La política no es actividad propia de intelectuales, sino de hombres de acción. Entiendo por intelectual el hombre que intercepta entre su acción y el mundo una constante elaboración ideal, a la que, al fin y al cabo, supedita siempre sus decisiones. Tal linaje de hombre va adscrito a actividades muy específicas, que no es difícil advertir y localizar. Así, el profesor, el hombre de ciencia, de letras o de pensamiento. Y esas otras zonas adyacentes, que corresponden a los profesionales facultativos. Entiendo por hombre de acción, en contraposición al intelectual, aquel que se sumerge en las realidades del mundo, en ellas mismas, y opera con el material humano tal y como éste es.

Política, en su mejor acepción, es el haz de hechos que unos hombres eminentes proyectan sobre un pueblo.

Pero las propagandas políticas son propagandas de ideas, se me dirá. Un siglo de palabrería hueca abona una afirmación así. Es lo cierto, sin embargo, que no hay ideas objetivas en política, única cosa que podría justificar la tarea interventora del intelectual.

No de ideas objetivas, esto es, no de pequeños orbes divinos, sino de hechos y de hombres, es de lo que se nutren las realidades políticas. Primero es la acción, el hecho. Después, su justificación teórica, su ropaje ideológico. Insistiré mucho en que nadie confunda esto que digo con el materialismo marxista, que es muy otra cosa. Pues aparte de que a nadie se le ocurrirá desnudar de espíritu la acción política, existe la radical diferencia de que aquí no establecemos causalidad alguna entre acción e idea.

Las cosas reales que dificultan y moldean la marcha y la vida de los pueblos se rinden tan sólo al esfuerzo y a la intrepidez del hombre de acción. En la medida en que un pueblo dispone de hombres activos eminentes y les entrega las funciones directoras, ese pueblo realiza y cumple con más o menos perfección su destino histórico. En cuanto se intercepta el intelectual y le suplanta, el pueblo se desliza a la deriva, tras de horizontes quiméricos y falsos.

El intelectual prefiere a la realidad una sombra de ella. Le da miedo el acontecer humano, y por eso teje y desteje futuros ideales. De ahí su disconformidad perenne, su afán crítico, que le conduce fatalmente a hazañas infecundas. El material humano le aparece imperfecto y bruto. Hurta de él esas imperfecciones posibles, que son la vida misma del pueblo, y se queda con lo que sea de fácil sumisión al pensamiento, a su pensamiento.

El hombre de acción, el político, se identifica con el pueblo. Nada le separa de él. No aporta orbes artificiosos ni se retira a meditar antes de hacer. Eso es propio del intelectual, del mal político. Precisamente el tremendo defecto de que adolece el sistema demoliberal de elección es que el auténtico político, el hombre de acción, queda eliminado de los éxitos. En su lugar, los intelectuales -y

de ellos los más ramplones y mediocres, como son los abogados- se encaraman en los puestos directivos. El sistema político demoliberal ha creado eso de los programas, falaz instrumento de la más pura cepa abogadesca.

El hombre de acción no puede ser hombre de programas. Es hombre de hoy, actual, porque la vida del pueblo palpita todos los minutos y exige en todos los momentos la atención del político.

Al intelectual se le escapa la actualidad y vive en perpetuo vaivén de futuro. De ahí eso de los programas, elegante medio de bordear los precipicios inmediatos. El intelectual es cobarde y elude con retórica la necesidad de conceder audiencia diaria al material humano auténtico, el hombre que sufre, el soldado que triunfa, el acaparador, el rebelde, el pusilánime, el enfermo, o bien la fábrica, las quiebras, el campo, la guerra, etc., etc.

Ahora bien, en un punto los intelectuales hacen alto honor a la política y sirven y completan su eficacia. En tanto en cuanto se atienen a su destino y dan sentido histórico, legalidad pudiéramos decir, a las acciones -victorias o fracasos- a que el político conduce al pueblo. Otra intervención distinta es inmoral y debe reprimirse.

Si el intelectual subvierte su función valiosa y pretende hacerse dueño de los mandos, influir en el ánimo del político para una decisión cualquiera, su crimen es de alta traición para con el Estado y para con el pueblo. En la política, el papel del intelectual es papel de servidumbre, no a un señor ni a un jefe, sino al derecho sagrado del pueblo a forjarse una grandeza. Afán que el intelectual, la mayor parte de las veces, no comprende.

La cuestión que abordamos en estas líneas es de gravedad suma aplicada a este país nuestro, que atraviesa hoy las mayores confusiones. Aquí, el intelectual sirve al pueblo platos morbosos, y busca el necio aplauso de los necios. Sabe muy bien que otra cosa no le es aceptada ni comprendida, y es sólo en el terreno de las negaciones infecundas donde halla identidad con la calle.

Ahora bien, el intelectual constituye un tipo magnífico de hombre, y es de todas las castas sociales la más imprescindible y valiosa. Su concurso no puede ser suplantado por nada y le corresponden en la vida social las elaboraciones más finas. El intelectual mantiene un nivel superior, de alientos ideales, sin el que un pueblo cae de modo inevitable en extravíos mediocres y sencillos. En España no hemos podido conocer todavía una colaboración franca de la Inteligencia con las rutas triunfales de nuestro pueblo. El intelectual se ha desentendido de ellas, ajeno a la acción, persiguiendo tan sólo afanes destructores. Puede ocurrir que ello se deba a que no ha gravitado sobre el pueblo español el imperio de una gran política. Y a que se requería al intelectual para contubernios viles. Sea lo que quiera, el hecho innegable es que el intelectual no ha contribuido positivamente, como en otros pueblos, a la edificación de la problemática política de España.

Además de esto, los intelectuales españoles ofrecen hoy el ejemplo curioso de que no se han destacado de ellos ni media docena de teóricos de una idea nacional, hispánica, figurando en tropel al servicio de los aires extranjeros. Ello es bien raro, y explica a la vez que los sectores de cultura media de España tarden en percibir las corrientes políticas que hace ya un lustro circulan por Europa. Se sigue rindiendo culto exclusivo a las ideas vigentes hace cincuenta años, y estos retrasos de información y de sensibilidad se traducen luego en dificultades para conseguir y atrapar las victorias que nuestro tiempo hace posibles.

Hay tan sólo una política, aquella que exalta y se origina en el respeto profundo al latir nacional de un pueblo, que pueda y merezca arrastrar en pos de sí la atención decidida de los intelectuales. Un intelectual, si lo es de verdad, vive identificado con las aspiraciones supremas de su pueblo. La acción política que esté vigorizada por la sangre entusiasta del pueblo encuentra fácilmente enlaces especulativos con los intelectuales. Es lo que acontece hoy en Italia, país donde reside un anhelo único entre intelectuales, políticos y pueblo. Es lo que acontece casi en Rusia, a pesar de que su política nacional es de tendencia exclusivamente económica y marxista, esto es, extranjera. Es lo que acontece en grandes sectores de Alemania, y en este país tenía ese mismo sentido la adhesión tan comentada de los sabios universitarios al Káiser, supuesto supremo representante del alma germana.

Y la colaboración nacional, positiva, de los intelectuales a la política hispana, ¿dónde aparece?

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 - Abril - 1931)

Nuevo discurso constituyente

Don Melquiades ha hablado en Sevilla a sus amigos. Otra vez la fórmula constituyente que formulan estos leguleyos formularios quiere trepar a las decisiones ejecutivas. Sería monstruoso y sintomático de que estamos como pueblo en declive irremediable.

La fórmula constituyente que agrupa a la media docena de viejos farsantes es un medio desgraciado de resolver la hondísima inquietud nacional. Supone la existencia de un Poder constituyente que asumiría de modo absoluto la ejecución gubernamental durante ese período.

¿Qué fuente legítima de Poder sería la de ese bloque gobernante? La mediocridad leguleya olvida esa legitimación originaria, y se entrega a su algarabía con fervores chiquillos. Todo cuanto dicen y exclaman estaría adecuadísimo para ser recogido por un movimiento revolucionario cualquiera que triunfe. En efecto, un Poder constituyente surgido de una revolución tiene en el triunfo mismo de su hecho violento la legitimidad que necesita -según estos abogados- todo poder político. Pero eso es otra cuestión. Los hombres del bloque no quieren ni pueden querer revoluciones. Quieren, sí, que una decisión del Poder que hoy residencian les entregue los mandos para la puesta en marcha de su fórmula.

La cosa es peregrina y muy propia de talentos abogadescos. Gente cobarde, ramplona y miseriosa, incapaz de enfrentarse de cara con la rotundidad magnífica de un hecho. Nosotros repudiamos esta vieja solución por ineficaz y, sobre todo, por vieja. Los hombres que la patrocinan han perdido toda la confianza del pueblo y son puras momias de la política que representan la consunción y los suspiros fracasados.

Un poder constituyente es algo que surge y se origina de una revolución triunfante. O de la voluntad total de un pueblo que lo expresa así y señala los hombres que han de encarnar ese período grave. Los señores del bloque no han hecho ninguna revolución ni tienen sangre en las venas suficiente para empresas de esa jerarquía. Tampoco pueden acreditar que poseen la confianza del pueblo, pues no bastan los discursos ocasionales a base de tópicos y leguyería repugnante. ¡Oh, ese Bergamín energuménico, gracioso rábula de feria!

Todo puede y debe ocurrir aquí menos ese triste espectáculo de la danza vieja en torno a la piragua constituyente. Significaría la definitiva proscripción del espíritu nuevo que ha surgido y la entrega de los destinos nacionales a una turba mediocre de sentidos averiados. Ya es conocida la algazara ingenua y procaz de unas tertulias candorosas al recibir la noticia del encargo a Sánchez Guerra.

Don Melquiades puede seguir inundando a España de huecas resonancias. Bergamín puede seguir buscando pleitos por ahí. El señor Villanueva puede continuar exhibiendo sus cien años en las fotografías. Burgos Mazo puede seguir yendo y viniendo. Pero están mandados retirar, y ello es irremediable, impepinable e inflexible.

(La Conquista del Estado, nº 5, 11 - Abril - 1931)

Los detritus de EL SOL

Una cosa no saben, de seguro, esos humoristas trisemanales: que los detritus, aun purificados en crisol, no dejan de ser detritus. Ahí están, debatiéndose ante el fracaso, sin reconocer el inmenso cono de sombra que les cerca. Son los residuos de una generación invaliosa, vendida al espíritu extranjero y a la frívola caducidad.

Nacieron y surgieron del viejo *Imparcial*, y a la zona imparcial regresaron de nuevo. Para ese viaje no era preciso ir a Alemania y regresar con empaque de genios. La cosa es sencillísima. Hace veinte años existía en España un periódico acreditado: *El Imparcial*, que dejaba bien cumplidos los afanes pequeñitos de cultura. Eran hojas liberales, de discreto semblante familiar. Allí andaba ya don Félix Lorenzo, rezagadísimo caviano, con su misma mediocridad y su mismo éxito cazurro. Llegó una nueva generación, y a su frente el auténtico maestro Ortega y Gasset, que no cabía ya en aquellos

estrechos límites, y fundó el nuevo órgano «España», revista de compleja memoria y de historia aún más compleja.

El proceso continuó, naciendo *El Sol*. Iban a alimentar el fuego solar aquellos jóvenes de entonces, al grito de europeizar los espíritus. Así el periódico era de corte inglés y savia germana. No podía pedirse más. *El Sol* tuvo, al parecer, momentos magníficos, que nosotros, jóvenes recién llegados, no conocimos. Pero no pudo durar mucho la hoguera entusiasta. Se especulaba con ideales extranjeros, y muy pronto se agotaron los repertorios aprendidos. ¿Qué iba a pasar? Aquellos economistas, escritores, abogados y filósofos solares se encontraron un buen día con que la realidad española repudiaba sus esfuerzos. ¿Qué hacer? La desbandada inevitable rasgó los aires. *El Sol* rompió sus vestiduras. Encargó a Félix Lorenzo, superviviente de *El Imparcial*, que charlase, que achabacanase las páginas un día pulcras. El fenómeno revestía unas características lógicas intachables. Agotado el repertorio de ideas extranjeras, no quedaba sino la mediocre cantera anterior, a base de tópicos. Es lo que hizo *El Sol*. Se convirtió de nuevo en *El Imparcial* de hace veinte años. Fueron desalojados por causas y fuerzas que no nos interesa analizar. Pero el hecho es que están ahí, caídos, fracasados y solos, extendiendo el brazo en actitud de limosneo. Dios los ampare.

Quieren purificarse, al parecer, y viven en crisol. ¿Quiénes serán los timoneles? Sean quienes sean, padecen increíble infección cursi. Hay que fijarse bien en eso de crisol. Y no para ahí la cosa. Anda en trámites la Empresa «Fulmen». Hay que fijarse también en eso de «Fulmen». Estos jupitérinos padres de familia no cabe duda que vienen arreando. Todavía hay más. Fundarán un periódico diario llamado *Luz*. Pero ¿en qué tiempos viven estas gentes reaccionarias? El siglo de las luces. La venda en los ojos. La ilustración.

Para todo eso se requiere el concurso y el dinero de la gente. Ya andan el empréstito y la mano pedigüeña por las esquinas. Pero don Nicolás ha aprendido mucho. Dictará el «¡Hágase Luz!», con entera seguridad de ser obedecido. Nadie podrá con él. Sus acciones, doble voto. ¡Caramba!

Además, no se engañen ustedes, señores de *Crisol*, pues ese «Crisol» no viene etimológicamente, como podría suponerse, de «chrysos», oro, sino de «crisuelo», candil, candileja. De modo que esa *Luz* que anuncian será luz aceitosa, pringosa, auténtica luz de cavernas.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 - Abril - 1931)

Guía de descarriados 3. Don José Yanguas Messía

Naturalmente que sí. Este señor vizconde no es vizconde de nacimiento, es vizconde consorte, pero nació vizconde. ¿Es esto un lío? Quiero decir en el mejor castellano posible que el señor Yanguas es el perfecto vizconde. Vizconde por naturaleza, por derecho propio y por haber contraído matrimonio con una vizcondesa.

Es una inteligencia descarriada a puro voltear ortodoxias. A un buen franciscano, montaraz allá por los riscos de Béjar, le oí decir hace tres años que don José era el más formidable político de España. Los elementos de juicio de que disponía aquel frailecico no los conozco. Su idea de la política y de los políticos es de presumir que se ilustraba en las páginas luminosas de *El Siglo Futuro*, su periódico predilecto. Por tanto, un español representativo -¡y tan representativo!- cree que el señor Yanguas es un político genial. Disimulemos.

Primo de Rivera lo enderezó de un sopapo y le dio categoría de hombre de acción, de gobernante. El fracaso llegó al Polo sin avería. De la cátedra al Ministerio hay un cierto trecho de sendas policromadas que llevaron tras de sí los ojos embelesados del genio. ¡Ah, pero la política no tiene de femenino sino el nombre! Todo cuanto a ella se acerca es músculo robusto y tenso, mala cosa para catedráticos y niños empollones.

Nuestro señor Yanguas Messía conoció los alientos dictatoriales. En sus mejores y más cálidas salsas. No le sirvieron apenas de nada. Nadie lo diría, viéndolo hoy, ahí, camaleón y fugitivo, resguardado y pulcro. Es la tragedia de la dictadura de Primo. Ni uno solo de aquellos hombres que se sentían heroicos protegidos por la alta espada es capaz, en esta hora del demonio, de ensayar gestos

arrogantes. Ni uno solo. Se ocupan y preocupan de guardar las formas, de que se le olviden, por Dios, los pequeños disparates...

Aquí tenéis al ilustre Yanguas Messía, ejemplo gallardo de sonrisas en la hora triste. ¿Dónde estáis, vizconde, que no salís ahí con un abanico destructor de pequeñas tormentas? Tanta gente, tanta, como fiaba en los talentos vuestros, y, a lo más, os contempla contemplando las grandezas jurídicas del siglo XVI. (Eso del padre Victoria, ya tan vulgarcito y adobado.)

El pobre anda oculto por veredas umbrosas, sin dejarse ver, oír o tocar de ninguno de los buenos mortales que esperaban salvarse ante su sola presencia. ¿Qué hacen esos queridos compañeros de la Prensa, sustrayendo a los públicos la figura estilizada del vizconde? Muy triste cosa es para mí -diablo Cojuelo de buena voluntad- no encontrar en los escombros de la Dictadura hombres más nutridos. Aún no es tarde, don José; pruébese los espadines y díganos al pueblo su palabra. Esperamos candorosos y entusiastas su decisión. No podemos creer que usted también acepte como heredero universal de la Dictadura a ese doctor, ignaro y chirle, que moviliza las terribles y tremendas legiones.

Aún es hora, don José, y no se malogre. No olvide las glorias triunfales que esperan a los salvadores de pueblos. Atienda su destino y no se desvíe de ruta, de senda, de camino.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 - Abril - 1931)

La supuesta derrota del nacionalsocialismo

En los últimos días, los telegramas de Prensa de Alemania anunciaban borrascas peligrosas para Hitler. Muchas gentes no han sabido comprender el sentido que encierra su entrada en la legalidad que Hitler anuncia. La creen un gesto de renuncia, un fracaso, cuando es la táctica finísima de un jefe de partido que siente muy cerca de sí la proximidad del Poder.

Todo partido político se constituye con vistas al Poder, y toda su actuación queda subordinada a las posibilidades que se ofrezcan. El nacionalsocialismo ha organizado militarmente cientos de miles de hombres y hecho sus programas al grito de violencia y predominio revolucionario. De acuerdo. Pero acontece que, en la hora actual, los medios legales ofrecen al partido suficientes garantías de arribada al Poder. Hitler se acredita de poseer un sereno pulso político aceptando esas posibilidades de legalidad. Algunos extremistas del partido toman el rábano por las hojas, y acusan a Hitler de alta traición. Ello es inevitable. El capitán Stenner, jefe de tropas de asalto del nacionalsocialismo en Berlín, no ha acatado la decisión de Hitler, declarándose en rebeldía.

La cosa no ha pasado de ahí. Hitler atajó inmediatamente con energía el foco rebelde y detuvo la disgregación que amenazaba. Parecía, en efecto, extraño que una fuerza política como la del nacionalsocialismo, de tan admirable estructura interna, sucumbiese a la primera dificultad disciplinaria. No ha ocurrido así. Y deben felicitarse de ello todas las fuerzas políticas de esencia postliberal.

El incidente permite a Hitler prescindir de algunos elementos indisciplinados, útiles, sin duda, en horas de pelea, pero que perturban la consecución de los objetivos primordiales.

Alemania permanece hoy en vacilación histórica. No es dueña de sí misma, violentada por hechos y sucesos ciegos que impiden respetar sus preferencias políticas. Pueblo inestable, al borde de las dos decisiones supremas que presiden el mundo actual. Todo acontecerá a Alemania menos ese detenerse ahí, en la infecunda llanura socialdemócrata, mascando y rumiando unos pobres destinos que le impuso el fracaso de la guerra.

En Alemania, las falanges combativas y magníficas de Hitler representan la superación de las soluciones viejas. Son hombres jóvenes, en su mayoría de treinta a cuarenta años, con nuevas ideas y nuevos afanes. Nunca comprenderán los supervivientes de anteguerra esa capacidad de sacrificio que domina a las gentes recién llegadas, disponiéndose a ofrecer sus vidas en pro de unas esencias políticas que ellas traen consigo.

El nacionalsocialismo gobernará muy pronto en Alemania, al menos en coalición con otras fuerzas, y ello le ha de proporcionar la ocasión definitiva para apoderarse del Estado de un modo absoluto. Entonces será su batalla, y no ahora, cercados y provocados por el enemigo que les invita traidoramente, con artera procacidad, a gastar su pólvora en salvas.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 - Abril - 1931)

Libros políticos. M. FARBMAN: Der fünfjahres Plan. Fischer.- Berlín, 1931.

He aquí un libro notable. Con claridad auténtica examina el autor el origen y las posibilidades del plan económico que se desenvuelve actualmente en Rusia. Existen ya varias publicaciones de esta índole, pero todas, o la mayor parte, carecen de las más elementales garantías de respeto informativo. O bien son obras tendenciosas, surgidas de las oficinas rusas de propaganda con destino a los papanatas europeos, o bien, y esto es aún peor, se deben a críticos indocumentados que flagelas sin examen todo marchamo soviético.

El libro de Farbman se sale de una clasificación así. Es una obra seria en torno a lo que él llama «la nueva ofensiva del bolchevismo», o sea el Plan quinquenal.

Todos los detalles que sirven para un juicio a fondo son tenidos en cuenta, y por ello el trabajo de síntesis y comentario alcanza alto nivel. Dudamos mucho que exista por ahí un libro que en tan pocas páginas ofrezca un caudal más fino de información y de crítica exacta.

Divide la obra en tres partes. En una se presenta el panorama de la Rusia de 1930 con su problema del Plan en franca realización. En la segunda se indican las cuestiones industriales a que afectan las particularidades del Plan, examinando el influjo del *tempo* -la duración-, el problema del trabajo, el costo, la inflación. Por último, la tercera presenta el hecho de la revolución agraria y sus conatos colectivistas.

Los tractores y su sentido para la eficacia del sistema de explotación, etc.

Tan completo y precioso nos parece este libro de Farbman, que muy pronto lo ofreceremos traducido en las ediciones de *La Conquista del Estado*.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 - Abril - 1931)

Libertad y revolución

Curcio Malaparte es uno de los temperamentos más interesantes que ha destacado el fascismo. Sólo en una lucha así, para la que eran requeridas toda clase de armas, pudo aparecer el buido ademán de este hombre, enarbolando la pluma y la pistola. Sus libros fascistas son certeros y magníficos, y fijan la experiencia italiana en su perfil más exacto y bello. El lector español conoce ya uno de sus libros, traducido por Giménez Caballero. Al frente de esa traducción, este querido camarada nuestro puso un prólogo famoso, que quedó ahí como primer grito de la España naciente.

El artículo de Malaparte que publicamos a continuación es un capítulo de su libro *Inteligencia de Lenin,* que muy pronto aparecerá traducido en nuestras colecciones editoriales.— N. de la D.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 de abril de 1931, pág. 3. Entradilla)

Notas Universitarias La U.F.E.H. se declara incompatible ante el régimen [1]

*"**H**ace tiempo, los estudiantes españoles venimos contemplando una teoría inacabable de agravios del actual régimen que agobia con la misma pesadumbre el recuerdo de nuestros hostigados días recientes y la inminencia de los que aguardan.*

Sucintamente recordaremos las incursiones que, por el fácil atajo del real decreto, hizo en nuestras casas de estudio el modesto y laureado general Primo de Rivera, expulsiones, confinamientos de profesores y alumnos, hurto de cátedras; destitución y nombramiento arbitrario, cuando no oprobiosos, de autoridades académicas; el artículo 53 de aquella reforma de la enseñanza, que para poner ésta en manos clericales manuscribió el pequeño ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes que firmaba entonces... Conocida es nuestra larga lucha contra aquél ademán; el cierre de las universidades y escuelas que S.M. el rey se sirvió decretar, en fracasado intento de castigo por nuestra protesta, los numerosos encarcelamientos gubernativos de estudiantes... Luego, otra vez, la lucha para lograr la rehabilitación de un compañero y la vuelta a sus cátedras, de quienes, solidarios con nosotros, estaban ausentes de ellas.

Cesado en el empleo de dictador el marqués de Estella, ocupó su vacante el amnistiado comandante general de alabarderos. Erróneamente quisimos reintegrarnos en plenitud a nuestra actividad escolar. Y pronto el 1 de mayo de 1930, las masas estudiantiles indefensas que recibían al maestro Unamuno en la estación del Norte, de Madrid, eran apaleadas, sableadas y acorraladas en la celada dispuesta por la Dirección General de Seguridad, al parecer sin conocimiento del Gobierno, el cual, no obstante, apenas conoció la real motivación de los hechos, se apresuró a refrendarlos.

Meses después, el nuevo ministro de Instrucción Pública, despreciando su condición de catedrático al supeditarla a las urgencias de régimen, mandaba cerrar las universidades durante un mes, con el expreso fin de que los estudiantes no presenciaran las elecciones que preparaba aquel ministerio.

Pocos días hace, nuestros claustros y hospitales, anexos, han sido ametrallados por las llamadas fuerzas de orden, con el beneplácito del Gobierno que por estos días tiene en sus manos el poder. En lo externo, tal agresión tuvo por motivo el impedir la manifestación pro amnistía, para cuya celebración demandaron los estudiantes madrileños permiso que, con trato de excepción respecto a otras entidades y localidades, les fue denegada.

Pareció fulminante la destitución del director general de Seguridad, que lanzó a la Guardia Civil contra la Facultad de Medicina. Pero el Gobierno no tuvo otra preocupación que encomendar al ministro de Instrucción Pública la extirpación del fuero universitario, y reverencialmente el propio ministro abre las puertas de la Universidad a la Guardia Civil. Hace pocos días, cuando los heridos por las guardias civil y de seguridad, en la Facultad de Medicina madrileña, iniciaban unos su curación y agonizaba otro, sin haber sido —ni lo están aún— depurados los hechos en que esos heridos y muertos se produjeron. Su Majestad, con palabras protocolariamente augustas, felicitaba por su lealtad a la Guardia Civil, dándole el nombre de Benemérita, que se le acordara cuando perseguía al bandidaje, y "ponía de relieve con palabras de gran afecto la prudencia y el humanitarismo con que, aun en trances difíciles, y a pesar de la calidad de su armamento, procede en el cumplimiento del deber". Según la autorizada información de "ABC".

Claramente puede advertirse la existencia de una voluntad de encono que enhebra con grosero y visible hilo todas las tropelías gubernamentales que venimos padeciendo desde 1923, y fácil es descubrir su clave. No es posible la vida universitaria, a la cual el régimen ha ido negando todo: dignidad para el que estudia, libertad para el que explica, paz para el trabajo y seguridad para las vidas. La labor de tres cursos ha sido destrozada, y hoy en nuestras mentes, descentradas de lo que

[1] El texto reproducido en cursiva corresponde al comunicado de los representantes de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos —Antonio María Sbert y Ángel L. Ganivet—, el comentario que sigue es de Ramiro Ledesma Ramos.

en una nación organizada hubiera constituido su peculiar labor, sienten sobre sí el peso agobiante de este régimen, y, casi físicamente, el de su encarnación.

La defensiva pugna que las instituciones culturales mantienen ante estas agresiones al pensamiento y ala conciencia, ha de abreviarse para lograr la paz y en bien de todos. Por otra parte, no hay opción: el enemigo no está fuera de la universidad, penetró ya en ella y en su ámbito va a agredirnos.

Por ellos, previa consulta a sus mandatarios, el comité ejecutivo de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos declara la incompatibilidad de la vida académica con el régimen de hecho imperante en nuestra patria, y lo hace convencido más que nunca de no servir a ningún sectarismo político y sí de salir en defensa de nuestras instituciones, que sólo merecieron al régimen desdenes y desafueros, y el proyecto de una Ciudad Universitaria, en combinación con la Lotería Nacional y la dadivosidad de las gentes, que acredita el infinito rango en que los que se dicen al frente de España colocan los problemas culturales y la lisonja que a las clases intelectuales se ofrenda sin perjuicio de disparar contra ellas un impotente rencor.

El comité ejecutivo de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos, al comunicar este acuerdo a sus mandatarios, excítales a su más acabado cumplimiento, buscando pronta eficiencia y procurando que las labores académicas tengan, independientes del régimen bajo el cual son imposibles, una total realización, procediendo cada federación y asociación con la autonomía de que disponen para cumplir sus fines, según sus circunstancias particulares.

Percatados de la trascendencia de nuestro acuerdo, entendemos que en estos momentos de honda y fundamental perturbación que vive España, sólo quien esté desalmado puede dedicarse a la ciencia, colocándose de espaldas al bien, a la verdad y ala justicia, bajo cuya tutela nos colocamos nosotros."

Madrid, 6 de abril de 1931.

El comisario general presidente, Antonio María Sbert.

Aprobado en sesión del comité ejecutivo de 6 de abril de 1931. El comisario, secretario accidental, Ángel L. Ganivet.

*** * ***

A propósito de la nota de la U.F.E.H., declarándose incompatible con el régimen circulan rumores altamente alarmantes respecto a la separación de la F.U.E. madrileña de algunas Asociaciones profesionales importantes. Se dice que algunas Asociaciones profesionales de ingenieros se separan de la F.U.E. de que son miembros, a causa de la mencionada declaración de incompatibilidad con el régimen. De ser verdad, sería lamentable que las organizaciones estudiantiles más poderosas y las que en los comienzos contribuyeron con mayor empuje a la constitución de la F.U.E. se desintegraran ahora de la Federación de Madrid.

Desde luego, no hay que pensar ni un momento que esta separación significase el acercamiento o la entrada en otras organizaciones escolares de tipo confesional, sino que supondría solamente la declaración de independencia de unas Asociaciones que creyeron que la declaración de la U.F.E.H. vulneraba el principio de apoliticismo, norma de las F.U.E.s.

Confiamos, para bien de la Unión Federal, en que estos rumores no se confirmen y en que la Unión de los estudiantes continúe compacta y firme como hasta ahora.

El nuevo Rector

La Universidad madrileña tiene ya su nuevo rector, elegido por el Claustro, exclusivamente por el Claustro, en contra de las promesas del señor Gascón de que el elemento escolar organizado tendría intervención directa en el nombramiento de su rector. Pero ya está aquí don Pío Zabala y Lera, ex lugarteniente de Silió y ex asambleísta e historiador, todo sonrisas marrulleras y declaraciones anodinas.

¿Cómo piensa desenvolverse el nuevo rector frente a los graves problemas palpitantes de la actividad universitaria?

No lo sabemos, y tenemos motivos para sospechar que él tampoco lo sabe, pues ante la amenaza reiterada de ser interrogado, ha evitado graciosamente nuestro encuentro.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 de abril de 1931, pág. 5)

NUMERO 6. 18 de Abril 1931.

La proclamación de la República

Una fase de la revolución española. Muy pronto llegarán los minutos decisivos del porvenir hispánico. ¡¡Españoles!! ¡¡Alerta!!

Ante la República

No necesitamos violentar lo más mínimo nuestras ideas ni rectificar el programa político y social que defendemos para dedicar un elogio y un aplauso al régimen republicano. LA CONQUISTA DEL ESTADO lleva publicados cinco números. Su íntegro bagaje ideológico y táctico se nutre de aspiraciones muy distintas a esas que quedan enmarcadas en una forma de gobierno. La voluntad del pueblo español se ha decidido de un modo magnífico y vigoroso por la República, y nosotros, férvidos exaltados de la energía nacional, hispánica, celebramos su disciplinado triunfo. ¡Viva la República! Nunca hemos creído subversivo este grito, que hoy es y representa el clamor entusiasta de los españoles. Todos cuantos estiman que la emoción primera de las luchas políticas es la voluntad del pueblo, deben hoy acatar sin reservas a la República. Así lo hacemos nosotros, con la indicación incluso de que en esta hora la defensa de la República es la defensa nacional.

Ahora bien, los entusiasmos primeros, los saludos y los vítores, van a tener una fugaz y rapidísima vigencia. Serán suplantados por la enérgica decisión de que el Estado republicano naciente sea un producto de la misma entraña hispánica, leal a los afanes de nuestro pueblo, y concentre las auténticas eficacias, que son las de índole social y económica.

Dentro de la República, iniciaremos en la vida española las propagandas de responsabilidad nacional y de lealtad suprema a los imperativos de nuestro pueblo. Y, además, la estructuración económica que nos distingue: sindicación obligatoria de las industrias, control por el Estado hispánico de las economías privadas y entrega de tierra a los campesinos.

La República llega rodeada de alientos liberales. Con más de un siglo de retraso; el pueblo exalta hoy mitos ineficaces, y hemos de impedir que se le hurten las verdaderas conquistas de esta época. Nada de estancarse en la fase mediocre de una socialdemocracia más. Nada de pelea ante enemigos inexistentes. Y sí, en cambio, enderezar el coraje a los objetivos grandiosos: el poderío hispánico, la justicia social y económica.

La República naciente hará posibles las batallas actuales. ¡Nadie nos niega hoy la libertad, camaradas! Hacen falta, pues, otros gritos y otros disparos más certeros. Ha triunfado en España la fase liberal de la Historia, y bien está ahí, abriendo los caminos nuevos. ¡Que la parada sea de muy pocos minutos! Otros pueblos vienen ya de regreso, y conseguirán las primicias de nuestra época. Que es, digámoslo claro, antiliberal, antiburguesa.

¿Cómo será el Estado republicano?

Las propagandas políticas que han traído y logrado el triunfo de la República son, no hay que olvidarlo, de tipo burgués y liberal. Cabe, pues, presumir qué clase de Estado será el primero que estructure la República. El Gobierno provisional y sus altos cargos están ocupados lógicamente por los hombres que en la última época española defendieron los ideales de libertad. Es natural y legítimo que así sea. ¿Elaborarán ellos el Estado según ese anacrónico criterio?... Este es el enigma.

Nosotros estaremos enfrente de esa tendencia republicana liberalizante y socialdemócrata. Propugnamos el Estado colectivista, sindical, a base de la suplantación de los derechos del individuo por los derechos del Estado hispánico. Un derecho de esos es el de la propiedad. Otro es el derecho de la disidencia frente al Estado. Nosotros negamos los derechos de ese carácter, y quisiéramos que el Estado triunfante en la República fuese un Estado robusto y poderoso, indiscutible y eficaz, que iniciase las grandes marchas hispánicas.

El pueblo debe reclamar satisfacción inmediata a las exigencias de tipo económico. El Estado liberal burgués entrega a la arbitrariedad individual el control de la riqueza, y es preciso supeditarla a los intereses colectivos.

Nosotros estaremos en nuestro puesto para defender el derecho que tiene el pueblo a que no se realice el fraude revolucionario. Hay que ir adelante, sin detenerse, y apurar las conquistas.

La garantía de Indalecio Prieto

En nuestra breve colección hay ya señales del alto juicio, respeto y admiración que nos merece este hombre, la figura más eminente de la Revolución que hoy se pone en marcha. Su presencia es garantía de todo. «Este hombre -veníamos a decir en LA CONQUISTA DEL ESTADO del 28 de Marzo último-, si logra desasirse del ambiente y dispone de una intuición genial, puede dar auténtico sentido revolucionario a la cosa. Y edificar grandezas.»

En efecto, Prieto penetra totalmente en la emoción revolucionaria de los tiempos actuales. Su temple y su vigor son hoy la esperanza inmediata de los que deseamos que el hervor del pueblo se encamine sin pérdida de minuto a estas dos grandes tareas: la creación vigorosa de una fuerte conciencia hispánica, nacionalista, que constituya el soporte supremo del nuevo Estado republicano. La revolución de tipo económico que termine con los privilegios anárquicos e inmorales del régimen liberal burgués.

Esperamos la acción y la reacción de Indalecio Prieto. Con optimismo confianza.

¿Qué pasa en Cataluña?

De todos los episodios a que ha dado lugar el cambio de régimen, el único que sin duda ha hecho fruncir de preocupación la frente de los españoles es el episodio de Cataluña. ¿Qué pasa allí? Los telegramas no son muy extensos, pero sí lo suficiente para indicar que son cosas bien poco agradables.

El Gobierno provisional de la República dispone hoy de todos los poderes y de la máxima confianza del pueblo. Tiene, pues, toda la autoridad que se requiere para las intervenciones heroicas.

En Cataluña parece que los acontecimientos se precipitan. ¿Qué Constitución o decreto de la República española autoriza la formación de ese Estado catalán? ¿Es una realidad revolucionaria? Debe combatirse por la realidad revolucionaria de España, que también es una realidad.

Pero no escribamos más de esto. La información de que disponemos es insuficiente. Mientras tanto, elogiemos los rasgos de convicción y de energía de que esta dando muestras Emiliano Iglesias. Le acompaña el total aplauso de los que ponemos por cima de todo la grandeza hispánica. A la que no se llega precisamente concediendo satisfacción mediocre a las limitaciones cantonales.

El Gobierno provisional de la República, repetimos, tiene hoy autoridad revolucionaria suficiente para sujetar a disciplina hispánica las tendencias de la revolución. Para imponer quietud a los impacientes desmembradores.

(«La Conquista del Estado», nº 6, 18 - Abril - 1931)

El reconocimiento de los Soviets

Insistimos hoy en nuestro punto de vista, que exponíamos en uno de los números anteriores. España debe reconocer el Gobierno soviético. Después de catorce años de régimen, desaparecida toda posibilidad de derrota, asimilada por el pueblo ruso una tarea nacional que le adscribe a la función estricta de reconstruirse, no cabe peligro alguno que aconseje el aislamiento. Rusia es hoy un pueblo con inmensa capacidad reproductora y es absurdo mantener una ruptura comercial que sólo puede proporcionar pérdidas a nuestra economía.

Nosotros pensamos mover aquí este tema del reconocimiento soviético y traer opiniones de personas de muy varia tendencia política. Es, además, una realidad universal esta de volver los ojos a Rusia y entablar diálogos comerciales. Coinciden las crisis económicas del mundo con la elaboración del Plan quinquenal ruso, y los países maltrechos buscan las posibilidades de esos mercados que se ofrecen.

Hace pocos días hemos leído en la revista *New Republic*, de Norteamérica, que sólo el establecimiento de relaciones normales de comercio con los Soviets puede atenuar la crisis de los

capitalistas y de los sin trabajo americanos. Ya el año último el comercio de este país con Rusia aumentó en un 78 por 100.

La reconstrucción interior rusa ha elevado considerablemente la producción de algunas materias que son objeto de exportación y de intercambio comercial. Madera, trigo y petróleo son las tres mercancías que hoy Rusia produce en cantidades altísimas. Como se ve, ningún producto elaborado que requiera el desarrollo de una técnica. Ahora bien: Rusia necesita créditos del extranjero con qué alimentar su período reconstructivo. Los necesita de modo tan vital, que a ellos sacrifica todas las demás exigencias. El momento para Europa, y aun para el resto del mundo, es decisivo con relación a Rusia.

En Alemania es, quizá, donde se advierte mejor la necesidad de un acercamiento a Rusia. El 24 de abril expira el Tratado de amistad firmado hace cinco años entre el Reich y La U.R.S.S. para completar el Tratado de Rapallo, de 16 de abril de 1922. No cabe duda de que aquel pacto amistoso será ahora renovado.

Pero hay más. Ya está de regreso la expedición de altos industriales alemanes a Rusia, y sus opiniones son francamente optimistas a ese respecto. Fueron, como se sabe, 17 grandes industriales. Entre ellos, los directores del *trust* del acero, del *trust* Kloeckner, de las fábricas Krupp, Borsig, Siemens, de la A.E.C. El presidente de la Delegación, Kloeckner, es una figura muy influyente en el partido a que pertenece el canciller Brunning, y por eso revisten más importancia sus opiniones. Todos ellos han regresado muy bien impresionados por las perspectivas que les ofrece el Plan quinquenal. Ahora bien: la cuestión es ahora saber si el Gobierno del Reich consentirá garantizar el 70 por 100 de los créditos rusos. Esa es la incógnita.

De todos modos, lo que aparece claro es la necesidad de admitir diálogos de toda índole con Rusia. España, tanto como cualquier otro país, requiere apurar todos los resortes para la elaboración sistemática de una economía nacional, sin repudiar intercambios beneficiosos en nombre de absurdos remilgos, de los que no se debe hacer caso en estos tiempos. A los enemigos no se les da la espalda, sino la frente y los ojos fijos. ¿Y hasta qué punto es Rusia un enemigo radical?

(«La Conquista del Estado», nº 6, 18 - Abril - 1931)

La propaganda política en Alemania. Fotografía curiosa

Muy difícilmente comprendemos aquí, en las latitudes meridionales, el hecho que la fotografía adjunta significa. Se trata de un mitin político que celebran juntos los nacionalistas de Hitler y los comunistas. La cosa es increíble para la patulea fanática a que estamos acostumbrados. Pues esas dos fuerzas políticas representan en la actual Alemania los dos polos de las tendencias más opuestas que allí existen.

Pero ahí están los oradores en la misma mesa presidencial del mitin. En pie, en el uso de la palabra, el caudillo comunista Ullbricht. A su lado, a la izquierda, el lugarteniente de Hitler, Goebbels, que oye impertérrito las razones comunistas. Estos actos políticos, en que hablan representantes de las dos fuerzas irreductibles, ofrecen gran interés espectacular y de eficacia. Suelen realizarse en un teatro, y los partidarios de una y otra fuerzas se sitúan en cada lado del pasillo central de las butacas.

Las masas oyen y aplauden los discursos con una corrección estupenda. Cada sector lateral, naturalmente, a los que pertenecen a su partido. Claro que la cosa no es tan extraña si se considera que, tanto los nazis como los comunistas, tienen un enemigo común: la socialdemocracia, el espíritu de Weimar, el actual Estado.

No obstante, el hecho es sintomático y curioso. Unos hombres, unas masas que probablemente a la salida, a los pocos momentos, se van a acometer con violencia, se reúnen civilmente en un teatro y oyen y respetan los discursos adversos. Así, con ayuda mutua electoral, estos dos partidos son hoy los que dentro del espíritu de Weimar, en la legalidad de los comicios socialdemócratas, presentan unas filas nutridísimas de diputados en el Reichstag.

Nuestra fotografía es, realmente, una cosa bien exótica aquí, en España. Nosotros lo sabemos por experiencia. Pues hemos iniciado algún conato de inteligencia con los comunistas, a los que desde luego creemos con tanto derecho a hacer sus propagandas como cualquier partido burgués, y se han mostrado tan zafios e incomprensivos como unos señoritos burguesetes de la izquierda liberal.

(La Conquista del Estado, n. 6, 18 - Abril - 1931)

La España que deshace. Acción Nobiliaria

La aristocracia está en las masas. Oponemos rotundamente a los gentilísimos servilísimos lacayos de camarilla y saleta la augusta matriz del pueblo. Hasta ahora se había imaginado que la multitud anónima de la plebe era tal. Masa sin nombre, parda, envilecida, estática, pasmada. Rebaño dócil a cualquier bribón que enarbola la banderita patriótica. Enfrente del vulgo figuraban los magnates, los conocidos, los nobles. En España, se ha dicho, la vida nacional es solo un artefacto de dos caras: la nobleza y la chusma. Toda la retórica de los literatos, la verborrea de los políticos, las impresiones de los escritores extranjeros, han explotado la simplicidad de ese igualismo. Estado faraónico. Régimen de castas. Supervivencias señoriales. Pero se atribuía a la aristocracia feudal un impulso, un arrojo, una dinamicidad de única clase dominante y creadora.

Ahora bien, la imputación es falsa. Detentaba el poder, defendía sus prerrogativas, imperaban sus privilegios; mas tanto botín de gran victoria no era ganado luego del combate. Batallas que no se vieron, éxitos apócrifos por merecimientos nulos. (Hemos empleado una reacción de pretérito, pues suponemos la apoteosis de la nueva generación, donde su umbral linda con el derrumbamiento de los miasmas feudales y nobiliarios.)

Se han de exigir responsabilidades muy estrechas a los que desertaron de su función histórica, los que, no obstante, disfrutaron las ventajas de dicha merced política. Cuando en el mundo se ha vuelto cada vez más apremiante la necesidad para los nobles de liberarse y salvarse con ascetismo de campeonato, en pugna limpia y difícil con las otras virilidades del país, en España se organizó en sarcasmo de la Acción Nobiliaria. Con semejante presunción de actividad, que embriagaría a los sacristanes y mayordomos del Reino: con la guardarropía de las Órdenes Militares, con los pergaminos apolillados y polvorientos, con ridículos concursitos sobre heráldica o diplomática, con veladas estúpidas de juegos florales de capital de quinto orden, con memez y anquilosis cerebral, se aprestaban a blasonar y airear desde punta a punta de España. El pueblo, según su antojo, presenciaría alelado el torneo; al final entregaría sus aplausos, y se llevaría las lanzas y las costillas rotas. Esta concepción minúscula y cursi de unos caballeros que leen el Blanco y Negro, veranean en Biarritz y constituyen la selecta clientela de los camiseros y sombrereros más distinguidos. Y encima exprimen y atornillan el labriego al campo andaluz, o al foro gallego a la rabassa catalana, no pudo ser la depuradora de una propia y leal jerarquía.

Por esto, repetimos, la aristocracia está en las masas. Contra la pirueta y la osadía del noble palatino, que no arriesgando nada pretende conducir al pueblo, responde el mismo pueblo, su espíritu quizá confusionario, pero con la precisa intuición de ser el prócer, se templa para la pelea. Para arrebatar su soberanía está hecha de sudor de sangre, de júbilo, esperanza y desesperación. Las entrañas populares de la tierra española han de dar su fuerza a los mejores de los suyos. Seleccionados e impuestos por su valor entre el raudal de los desconocidos. Se impondrán valores de rango egregio. Vibrará una juventud obrera y campesina junto con los estudiantes y los empleados conscientes. Será diaria la tarea de luchar y vencer. Y, como en Rusia, los militantes comunistas son ya jerarcas de una Orden. Y todos los jóvenes aspiran a inmortalizarse por el triunfo, por el riesgo y por la disciplina.

Cada hombre, creador de sus obras. Las obras, troquelando y empujando a los hombres. Ya no es el ser abstracto de iguales derechos e iguales deberes, ni el infanzón de los linajes, árboles genealógicos y galería de antepasados. El primero representa una entelequia que fue acogotada por Lenin al dictar la carta magna del trabajador. El segundo es el espectro de Acción Nobiliaria, que ha sido infiel a los mandatos de su época, y en lugar de reconstruir una nación diseminada, decadente y

estéril, sin desatar el vínculo con ayer —que serían los siglos de historia imperial, poderío cósmico y civilización hispánica—, reconquistara palmo a palmo, hazaña tras hazaña, heroísmo tras heroísmo, los entronques con la vena popular y el hacer de este tiempo.

Acción Nobiliaria viene a esta sección por su espíritu nihilista, despistada e inútil, por cuanto no hizo, porque no fomentó ni protegió el desarrollo de aristocracia contemporánea. Y su gesto es ñoño, cerril, pusilánime y tercamente interesado. Pudiéramos anunciar las maldiciones y las imprecaciones, que aniquilarán hasta su remordimiento. En España no darán sus lindos pescuezos a la guillotina, ni danzarán después en un cabaret de noche, dentro del frío y espectacular París. Tampoco ofrecerán a los papanatas del universo burgués el espectáculo de barrer las damitas de la nobleza caída las avenidas proletarias. No, nuestra Acción Nobiliaria, cazurra y poltrona, irá al destierro bien asegurada y comodona, a gozar de sus rentas en valores estables. Desvinculada del terruño, convertida en rentista perfecta, tragadora y devoradora de la cosa abstracta, matemática y vil del tanto por ciento.

Aquí, en España, queda nuestra generación, la nobleza del porvenir, magníficamente plantada sobre el campo, confiando e interviniendo en las rutas más audaces del pueblo, cuando la masa se ha movilizado hacia las cumbres con ilusión y fe.

(«La Conquista del Estado», nº 6, 18 de abril de 1931, pág. 2)

Las nuevas voces europeas

No es nación Francia que pueda ser motejada de arbitraria, inconsciente o paradojal. Reconoce a este propósito el medio español Cassou que la mente gala eslabona y se explica la misión de monarquía francesa, tras de la cual vino postulatoriamente la burguesía francesa a engrandecerse y a crecer el capital, para luego dejar la función directriz a la cuarta clase: al trabajador proletario. Esta cadena en el estadio de las ideas va con la sugestión de un silogismo desde Aristóteles, por Augusto Comte, a Carlos Marx. Por lo tanto, se le ha asignado siempre a tal país a su espíritu las características de Lógica y Política.

Ahora no podrían faltar tampoco en Francia las voces actuales y nada sospechosas de sucia reacción, pues brotando de un grupo de escritores donde chisporrotea la fe sindicalista —casi todos son sorelianos— y el entusiasmo higiénico y moderno del arquitecto Le Corbusier, son una llamarada de pura consciencia revolucionaria, dentro de la hipócrita con chambrería, dentro de señor Briad o de las grandes estafas financieras de los políticos y abogados de derecha.

Nos referimos a la revista *Plans,* de París, que nació con el año 1931 y cuyo director es una mujer, Juana Walter. *Plans* ha destrozado todos los moldes apestosos y manidos de la vieja revista burguesa: sea la *Nouvelle Revue Française* o *Comerce* o la *Revue de Deux Mondes.* Ha tomado una factura original, movida y novísima. Su orientación política y social es también de este tono. Copiamos y hacemos nuestro un trozo de su Línea General, nombre de película soviética que es como una oriflana de pasión del día.

"Un gran movimiento de juventud se señala en toda Europa. A pesar de las oposiciones aparentes de sus diversas manifestaciones y aún los odios que mantienen entre sí, están animadas por un espíritu común. Bolchevismo, fascismo y hasta en su esencia nacionalsocialismo hitleriano, son, ante todo, los tres aspectos diferentes en razón, tanto de los orígenes históricos, como de la distinción del clima, de la ruptura con el mundo antiguo y de la pesquisa de u n nuevo orden. Anticapitalistas y antiparlamentarios, aceptando las necesidades de las sociedades colectivas, encuentran muy pronto, más allá de las pasiones, las posibilidades de armonía que les impone la exigencia de los hechos. No se trata de aprobar o desaprobar, ni por el momento de criticar, sino de constatar un hecho. Estos movimientos tienden a dividir horizontalmente entre dos generaciones todas las ideologías europeas y a ser las fases de un gran partido de la juventud, completamente inclinado hacia el porvenir y enderezado contra todo un personal político demasiado cobarde para hacer la guerra y demasiado bestia para hacer la paz."

De la misma revista son estos párrafos de un artículo de su colaborador alemán Will Grohmann, sobre el espíritu de la joven generación alemana, donde se escucha y se defiende un criterio de intervención de la última juventud en las tareas del Estado.

"El espíritu de oposición contra la cultura intelectual invariablemente transmitida a la juventud y contra el Estado gobernante penetró hasta en las inocentes asociaciones juveniles... Mientras que la juventud de antes de 1914, sin ningún prejuicio procuraba penetrar en el espíritu de las grandes obras de todas las naciones, se renuncia hoy a esta especie de lujo para lanzarse sin demora a la propia vida y para colaborar a su nueva estructura... La juventud de antes de la guerra ha descuidado muchas cosas, especialmente el considerar con espíritu crítico el Estado gobernante. Lo ha abandonado todo a los más viejos que podían sin reserva y en todas sus empresas contar con los jóvenes... Ni el socialismo ni aún el pacifismo supieron despertar el entusiasmo. La idea del primero está restringida en Alemania a los problemas económicos, sin haber todavía encontrado su coronamiento espiritual y humano. Y el pacifismo es en la hora actual mal comprendido por la mayoría de los alemanes, que lo consideran una capitulación delante de la superioridad del enemigo de ayer... Las necesidades más urgentes obligaron a descuidar el deber de propagar la idea de un nuevo Estado y de un espíritu nuevo. Nos adaptamos a las necesidades económicas que en todos los tiempos son ilimitadas y no se reconoció que la nueva generación deseaba ver un nuevo símbolo sorprendente de la nueva era."

* * *

En Lisboa ha comenzado a publicarse el semanario *Acción Nacional,* dirigido y editado por Antonio Pedro y Dutra Faria. Con Portugal nos une, entre tantas cadenas de hermandad, nuestra devoción por Oliveira Mar-tins, el autor de Civilización Ibérica, ese libro tan preñado para Unamuno.

Con los jóvenes de Acción Nacional también nos enlaza su emoción revolucionaria y además parte de su credo político: "Somos —escriben— antidemócratas, antiliberales, antiindividualistas, tanto cuanto somos anticonservadores, anticapitalistas, antiburgueses".

Sólo lamentamos y nos separa, que todavía les quede un simplón y anacrónico monarquismo rezagado —todo su programa sería imposible dentro de cualquier monarquía feudal— y ese turbio deliquio primaveral de muchachitos religiosos.

(«La Conquista del Estado», nº 6, 18 de abril de 1931, pág. 2)

Conferencia de Álvarez del Vayo sobre el campo andaluz

Difícilmente ha surgido en los últimos tiempos españoles un grupo político que recoja con la intensidad de LA CONQUISTA DEL ESTADO la voz anhelosa de los campesinos. Por eso destacamos aquí con toda simpatía la conferencia que el socialista señor Vayo pronunció hace unos días en el Ateneo. Hizo mención de este periódico, y se aprovechó de la rotunda frase de nuestro título para levantar la temperatura de la sala. Aunque él no lo crea, eso indica que no andamos muy lejos, y si supiera y pudiera desasirse de las cobardes y viles calumnias que los señoritos de la izquierda han hecho circular contra nosotros, lo reconocería con nobleza.

Pero, en fin, eso es cosa suya y no nos importa mucho.

(«La Conquista del Estado», nº 6, 18 de abril de 1931, pág. 2. Entradilla)

Españoles campesinos:

La tierra es de la Nación. El campesino que la cultiva tiene derecho a su usufructo. El régimen de la propiedad agraria hasta hoy imperante ha sido un robo consentido y perpetrado por la Monarquía y sus hordas feudales.

* * *

¡Campesinos! Pedid la nacionalización inmediata de los 19.353.546 hectáreas de terreno baldío, que está destinado a coto de caza o a dehesas para la ganadería

* * *

En Muñopedro (Segovia) hay cinco fincas de cinco propietarios forasteros que comprenden un total de 7.592 hectáreas.

* * *

En Piedrabuena (Ciudad real) hay otras cinco fincas de más de tres mil hectáreas, tres de mil a tres mil y cuatro de quinientas a mil, también en poder de unos pocos subterratenientes.

* * *

En Oropesa (Toledo) hay una finca de más de tres mil hectáreas; doce, de mil a tres mil, y once, de quinientas a mil, cuyos dueños son unos cuantos señores.

* * *

En Romanones (Guadalajara) hay una propiedad de doce mil hectáreas.

* * *

El Duque de Hornachuelos posee en Jerez de los Caballeros cincuenta y seis mil hectáreas sin cultivar.

* * *

¡Campesinos: Ciento cuarenta y siete grandes terratenientes tienen en sus manos más de un millón de hectáreas de tierra! Toda esta tierra es vuestra. ¡Exigid su nacionalización!

(«La Conquista del Estado», nº 6, 18 de abril de 1931, pág. 6)

NUMERO 7. 25 de Abril 1931.

EN ESTA HORA, DECIMOS:

La instauración de la República ha subvertido todas las circunstancias que imperaban en el ambiente político español. Subversión feliz. Pues es ahora, a la vista de las rutas blanquísimas que se abren ante nosotros, cuando se ve claro el número y el calibre de los propósitos que eran imposibles con la Monarquía. Han variado, pues, las circunstancias, el contorno que nos rodeaba. Nosotros seguimos igual que en la hora de nuestra salida. Nacimos para promover en la vida española un linaje de actuaciones de muy diferente sentido a las que simboliza y representa un mero cambio de forma de gobierno. Nos satisface, sí, la llegada de la República, e incluso la defenderemos contra los enemigos que surjan. Pero no podemos vincular nuestro programa al de los grupos republicanos triunfadores.

Defendemos un ideal hispanista, de sentido imperial, que choca con la podrida pacifistería burguesa que hoy se encarama.

Sabemos, y así lo decimos al pueblo, que la República, como finalidad exclusiva, es un concepto infecundo. Tuvo hace un siglo carácter de lucha de clases, pues su triunfo equivalía al desahucio de los privilegios feudales, pero hoy es sólo cauce hacia victorias de tipo nacional y social. Por eso nosotros no nos identificamos ni conformamos con la primera victoria que supone la República y queremos un Estado republicano de exaltación hispánica y de estructura económica sindicalizada.

Somos postliberales. Sabemos también, e igualmente lo decimos al pueblo, que el liberalismo burgués ha caducado en la Historia. Nadie cree ya en sus eficacias y sólo los gobernantes hipócritas lo esgrimen como arma captadora del pueblo. El individuo no tiene derechos frente a la colectividad política, que posee sus fines propios, los fines supremos del Estado. El problema, hoy, es descubrir los fines del Estado hispánico.

La etapa republicana que comienza enarbola sus propósitos de instaurar en España un franco régimen liberal. Bien sabemos que esto son sólo palabras. La realidad política se nutre de los hechos y las energías de los hombres que gobiernan. No de sus discursos. Si los Gobiernos de la República van a dedicarse a proporcionar libertad política a los españoles, y no, en cambio, a ponerlos en marcha, a disciplinarlos en obligaciones y tareas colectivas, propias de la grandeza de nuestro pueblo, entonces nada ha pasado aquí.

Pero hay en esto que decimos un poco de aquella fatalidad triunfadora que tanto éxito y confianza prestó al socialismo en sus primeros años. Su triunfo, su vigencia, es históricamente fatal e ineludible. Quiérase o no, protesten o no los gobernantes de una imputación así, el hecho verdadero es que todos los Estados adoptan los medios coactivos y violentos. Esto es, guillotinan las disidencias.

Nuestras ideas, esas que pueblan nuestra dogmática y nutren «Queremos y pedimos», triunfan y aparecen en las batallas políticas que hoy se realizan en todo el frente universal. Y ello de un modo inexorable. Sólo hay dos verdades en la política de este siglo:

No hay fines de individuo, sino fines de Estado. Todo el mundo está obligado a dar su vida por la grandeza nacional.

No hay economías privadas, sino economías colectivas. Las Corporaciones, los Sindicatos, son las entidades inferiores y más simples que pueden intentar influir en la economía del Estado.

Contra esas dos verdades está el liberalismo burgués, nuestro enemigo.

Grandeza nacional y economía de Estado. He ahí el signo y la clave de los tiempos.

La República hispánica necesita crecer del brazo de las impulsiones más altas. Tiene ante sí todas las magnas posibilidades que le confieren la confianza del pueblo y el entusiasmo de las multitudes.

Si se la sujeta a empresas y parodias de fácil alcance, con el solo auxilio de la palabra y el gesto, la República será una desilusión nacional, sin reciedumbre ni futuro.

Con más firmeza que nunca, nosotros reafirmamos hoy nuestra disposición para luchar por los ideales de eficacia, de hispanidad y de imperio.

Los burgueses desvirtuaron las glorias del pueblo, limitándolo a sus apetencias mediocres. Cuando se hacen precisas de nuevo las dotes guerreras y las decisiones heroicas, el burgués se repliega y entontece, empequeñeciendo los destinos del pueblo. Confiamos en que la República abra

paso en España a un tipo de política que destruya esas limitaciones y destaque en la altura de los mandos las energías hispanas más fieles.

(«La Conquista del Estado», nº 7, 25 - Abril - 1931)

¿Qué pasa en Cataluña?

Repetimos nuestra pregunta, que ya hicimos en el número anterior, porque en la última semana la velocidad de la preocupación española ha sido más grande que la de las noticias que se recibían. El pueblo español requiere de un modo unánime que se diga en clarísimo lenguaje qué acontece y qué amenaza acontecer en Cataluña. Han ido allí tres ministros del Gobierno provisional. A su regreso han hecho declaraciones muy vagas, auténticos balbuceos que nadie ha entendido. Hace tres días hemos viajado muchos kilómetros por España. Eran emocionantes los grupos hispánicos que se advertían anhelosos de noticias, rodeando el aparato de radio transmisor que comunicaba la situación del problema catalán.

España entera mira hoy a Cataluña y la ve entregada a esa minoría de hombres absurdos que es inevitable surjan y resurjan en todas partes. Por dos motivos debe intervenir el resto de España de un modo inmediato y heroico en la cuestión catalana. Uno, el de salvar la unidad nacional, que peligra de una manera mediocre. Otro, el de salvar la misma Cataluña, parte de España, que peligra también en manos de la minoría traidora. Nosotros no ponemos en duda la plena autoridad revolucionaria del Gobierno provisional. Ya lo dijimos también hace ocho días. España entera tampoco, y por eso le pide hoy que inicie con rapidez la política interventora cerca del seno rebelde y minoritario de Cataluña.

Bien está que se lleve a las Cortes constituyentes todo cuanto se quiera. Ya se encargarán de aprobar y votar lo que deba votarse y aprobarse. El supremo interés nacional -incluso el revolucionario- no puede admitir que se consoliden situaciones de hecho, tan anómalas y perturbadoras como esta que brota en Cataluña.

Estamos en posesión de un gran número de recortes periodísticos que prueban el desmandado avance catalanista. Si esos recortes se popularizaran por toda España, hoy mismo iban a sentir los rebeldes de Cataluña la enérgica presión hispánica.

Ya se sabe que los separatistas introducen sus ideas en Valencia y Baleares, y pregonan que son las tres regiones las futuras integrantes de la nacionalidad catalana. ¿Se dejará arrebatar España la idea imperial, integradora, que constituye su savia misma como pueblo?

No es hora de meridianos locales, sino de fidelidad a las grandes nacionalidades históricas. España debe ser indiscutible a ese respecto, y el Gobierno provisional de la República no puede retrasar ni un minuto su palabra decisiva. ¡Fuera ese espectáculo de la Universidad española de Barcelona! ¡Fuera ese Gobierno de Maciá!

Y pedimos con energía: ¡Disciplina y patriotismo revolucionario en todos los frentes!

(«La Conquista del Estado», nº 7, 25 - Abril - 1931)

El señor Giménez Caballero ya no pertenece a LA CONQUISTA DEL ESTADO

Con gran frecuencia se enlaza por ahí el nombre de Giménez Caballero a nuestro periódico, presentándolo como el impulsor en la sombra. Hoy comunicamos a los lectores que Giménez Caballero no pertenece ya a la organización de LA CONQUISTA DEL ESTADO. Ha sido, sí, un amigo

nuestro, cuya colaboración hemos estimado mucho. Sin que aceptemos sus particularísimos puntos de vista, fluctuantes en presencia de los hechos, nos interesa decir que son un poco injustos los ataques que se le dirigen.

Giménez Caballero, en nuestra opinión, tiene sólo el defecto de lanzarse a los escarceos políticos con un exclusivo sentido literario, sin capacidad para enfrentarse con las durezas de la realidad. Pero es un hombre, sin duda, de emoción impoluta, que juega limpio en los escollos con que, sin quererlo ni saberlo, se tropieza.

Ha reconocido -y le hemos ayudado a reconocer noblemente- que no está hecho para las bregas políticas, y así, a completa satisfacción nuestra, abandona en estos momentos LA CONQUISTA DEL ESTADO.

Desde el primer día se nos tachó infundadamente de fascistas. Es verdad que este apellido sigue a Giménez Caballero como la sombra al cuerpo. Contra su voluntad, claro. No sabemos ni comprendemos qué es eso de ser fascista en España. También quisiéramos que desapareciese esa leyenda contra Giménez Caballero, y si se nos adscribió a nosotros por estar él aquí, parece lógico que nadie siga esgrimiendo la falsedad. Pero esto nos importa poco. Lo que somos está bien claro en los números de nuestro periódico. Léase con los ojos abiertos y la mente abierta. El que sea capaz de abrir ambas cosas.

(«La Conquista del Estado», nº 7, 25 - Abril - 1931)

Para LA LIBERTAD

Hemos leído en este periódico un suelto en que se comenta una posible actitud de LA CONQUISTA DEL ESTADO. Suelto injusto en lo que se refiere a nosotros, hombres jóvenes -la mayoría de veinticinco años- que conocen la dictadura de Primo Rivera, puede decirse que de oídas. Ahora bien, *La Libertad* endereza los disparos hacia el señor Giménez Caballero, y esto ya no nos interesa. Lo acusa de antiguo contemporizador del Directorio y de actualísimo republicano. Giménez Caballero se ha defendido, al parecer, de esas imputaciones. A su cargo exclusivo corre, claro, su defensa.

Nosotros no tenemos que hacer ni eso siquiera. Nacimos a la vida política hace dos meses, con unas ideas y unos propósitos que esgrimimos todavía íntegros con las dos manos. Pensábamos al nacer, y pensamos ahora, que el vincular una revolución a los objetivos de una forma de gobierno equivale a convertir la revolución en ineficacia pura. Ya tenemos República, y, por nosotros, bien está. Pero pronto ha de verse cómo eso es bien poco, y que lo fundamental y provisto de futuro es el fondo o contenido que se dé al Estado republicano.

Es, pues, malévola y poco noble la insinuación de *La Libertad* creyéndonos republicanos recientitos, que quieren aprovecharse. Seguimos como el primer día, impasibles ante los repartos de victorias ajenas.

Si el señor Giménez Caballero hace películas de los actuales ministros y le interesa poner ante ellos buena cara satisfecha, es cosa en la que no nos cabe intervención ni responsabilidad alguna. LA CONQUISTA DEL ESTADO no es ninguna Empresa de películas, no espera nada de los señores que hoy gobiernan, no quiere nada ni desea nada que se obtenga sin lucha ni combate. Que conste.

Somos un grupo político joven, que va forjando su destino minuto a minuto, con la garantía, la firmeza y la tenacidad que distingue a los que tienen en sus manos la clave de los éxitos verdaderos.

Esto decimos a nuestro colega *La Libertad*, y esto esperamos que acepte como contestación a su sospecha acusadora.

(«La Conquista del Estado», nº 7, 25 - Abril - 1931)

La República y los hombres jóvenes

El nuevo régimen ha puesto un gran número de altos cargos en manos de españoles jóvenes. Bastaría ese detalle para advertir en el pulso republicano capacidad de porvenir. Los hechos revolucionarios de esta época se caracterizan, tanto por la suplantación de las edades, como por las pugnas de sentido económico y de clase.

En primer lugar, hombres jóvenes. He aquí el remedio. Piensen como quieran y hagan lo que quieran. Aun en el peor caso, aquel en que los jóvenes utilicen el lenguaje mismo de las generaciones fracasadas, su presencia en los mandos directivos es garantía de fidelidad y de eficacia.

Entre los treinta y los cuarenta años reside el punto sensible de la eficacia política. Es la hora dinámica de las conquistas, en que los hombres recién llegados forjan el destino de su pueblo. Traen el secreto y la intuición certera de los objetivos de que es preciso apoderarse. Nadie como ellos calculará con mejor exactitud el alcance de las victorias obtenidas y el grado de empuje que requieren los escuadrones que pelean.

No sabemos bien aún la significación que cabe adscribir a esta movilización joven que la República termina de hacer. Desde luego, las ilusiones no han de ser exageradas. Muchos de esos jóvenes siguen la vieja ruta, sin plantear la disidencia de la generación. Otros, aun con el mejor deseo, verán imposibilitadas sus iniciativas.

Nada de esto importa, sin embargo. En España ha comenzado tan sólo el forcejeo revolucionario auténtico. Para las jornadas que sobrevengan es para las que debemos prepararnos. Y citar y requerir a los jóvenes que vibren ante el fulgor de las ansias hispanas.

LA CONQUISTA DEL ESTADO se dispone a ese linaje de luchas postinstauradoras. Quien desvirtúe nuestros propósitos, adscribiéndonos a una vulgar exaltación de victorias extranjeras, comete la máxima vileza y falta a la verdad a sabiendas. Nada de eso somos nosotros. Sí, en cambio, los intérpretes de una eficacia y de una política que se enlaza de modo exacto con los imperativos sociales, económicos y políticos del mundo actual.

Celebramos sinceramente el triunfo de algún sector joven, aun destacando su opuesta significación a lo que nosotros somos y representamos. Ya nos hemos de encontrar en alguna parte, e irán preparando el advenimiento inexorable de nuestro triunfo.

En estos primeros y próximos meses las diferencias serán, quizá, leves. Bien está ese primordial deseo de consolidar el régimen republicano. A ese concretísimo anhelo otorgaremos nuestro concurso. Pero nosotros somos nosotros, esgrimidores del nuevo afán hispánico, sin posibilidad de confusión ni de pactos, forjadores del grandioso porvenir de España. Con sacrificio, con abnegación. Sabiendo esperar.

(«La Conquista del Estado», nº 7, 25 - Abril - 1931)

La honda precisión de Luis Araquistáin

La República triunfante tiene sus hombres macizos y sus hombres entecos. Vidas magnánimas y abiertas, cuyo porvenir es elástico hacia todas las coyunturas españolas de mañana, e individuos que acaban de triunfar y ya son cadáveres para siempre. La ruta vital de aquellos nos proporcionará sorpresas y alegrías. Los últimos dejaron de interesar en seguida a las generaciones jóvenes, que los irán abandonando con el respeto y acaso la frialdad que inspiran los monumentos nacionales. Frente a éstos, perfilamos con esperanza fervorosa, entre muchos otros, al profesor Fernando de los Ríos, al comandante Franco, a Indalecio Prieto, al napoleónico alférez Manzanares, al estudiante Pinillos... Y especialmente, ahora mismo, a Luis Araquistáin. Al señor subsecretario de trabajo no le ha enervado su poltrona, con la seducción y la estulticia de la pompa ministerial, hasta hacerlo un personaje de té de las cinco. Sino que obediente a la palpitación de la Prensa, a pesar de sus ajetreos oficiales, no

olvida su naturaleza y su deber de una visión clara de la España del día, y su deber de volcarlo, además, en el periódico.

Araquistáin ha publicado hace poco en *El Sol* el primero de una serie de ensayos acerca del Complejo de Inferioridad histórica (para una psicología de las revoluciones). Son las primicias —no huecas ni retóricas— de un profundo sondaje de pensamiento y emoción dentro de la cantera actual del país. Nosotros seguiremos conmovidos y absortos esta faena, porque nos importa demasiado la estatua futura, la calidad del mármol y hasta los cinceles del artífice.

De las manos de Adler y Krestchner, Araquistáin se desase pronto. La teoría de la Mindrwertigkeit se desdobla inopinadamente con su fantasía y su inteligencia. Desde el complejo de inferioridad corporal —amargura resentida de hombrecillos defectuosos—. "Y nadie tiene porqué avergonzarse de él, porque si ese sentimiento se empequeñece en su fase negativa o rencorosa, puede ennoblecerse, en cambio, como impulso de superación, e incluso elevar al hombre a las cimas del genio", Araquistáin desemboca en el resentimiento social o nacional, donde cualquier pueblo "puede lanzarse como compensación personal, primero, a destruir lo que le oprime o humille; pero después, a organizar una superestructura colectiva, una revolución, un Estado que sea orgullo de propios y asombro de extraños".

Las perspectivas descubiertas por Araquistáin le llevan a conclusiones que asombrará a la pazguatería liberal y parlamentaria de ciertos contemporáneos ¡Adiós pueril y cándido entusiasmo ante monseñor Voltaire, ante el derecho natural de los señores enciclopedistas, ante el simpático Rousseau! Despiadada y sagazmente afirma Araquistáin: "No hay que pensar que los derechos del hombre y del ciudadano son al principio los únicos motivos determinantes de aquella muchedumbre de jóvenes abogados sin pleitos, de clérigos sin vocación, de intelectuales inéditos o sin prestigio que invaden la Asamblea Nacional y luego dirigen la revolución desde los clubs políticos, y, sobre todo, desde las logias masónicas. Desdeñados por la nobleza, por la autocracia y por las altas dignidades eclesiásticas, la revolución les brinda la coyuntura de su desquite."

Pensamos en el abogadete presumido —frac azul claro, chaleco blanco, calzones amarillos— Maximiliano Robespierre, en el medicucho Marat, en el botarate Mirabeau. Junto a su complejo individual sienten y alientan, y luego Napoleón más que ninguno, la fobia antibritánica; hacen suya la enconada y mohína actitud de Francia frente al poderío creciente de Inglaterra. "Como siempre ocurre, y muchas veces es verdad, se hace responsable al Estado, como clave del anacrónico sistema feudal, de la depauperación interna del país, y de su debilitamiento moral y material en el exterior."

Las sorpresas de nuestro vulgo, engatusado con abalorios de quincallería barata, serán aún mayores cuando tropiecen con esta confesión de Araquistáin: "Si buscan notas sinceras en el pensamiento de Mussolini, una encontraremos que nos suena a verdad: el imperativo de engrandecer a Italia."

Mussolini es el emigrante italiano; viajó lo suficiente por el mundo "para conocer el concepto de menospreció en que se tenía a su país": Potencia de segundo orden, Museo histórico y artístico para las vacaciones de los turistas extranjeros, cultura del pasado. Mussolini, por su parte, resentido e iracundo contra el Partido Socialista, tramó una gran vendetta. Su venganza y la de su pueblo. "De ahí el afán de Mussolini en creer que todos los italianos depongan sus diferencias políticas y sociales y sacrifiquen el interés individual a la idea de una nación poderosa y al hecho de un Estado fuerte, que la afirme en el mundo." Este retornelo en sus discursos, gestos y proclamas, constituye "su máxima sinceridad".

En Lenin nos ofrece Araquistáin idéntico anhelo, igual ambición. Lo cual es evidente. Comprimiendo cuantos libros —inris o laureles— se han escrito sobre el dictador ruso, rezuma una única consecuencia verdadera: "Que Lenin quiere la revolución, tanto para los rusos como para Rusia, para realizar el ideal de una Rusia inmensa y todopoderosa en Oriente y en Occidente." Odia al zarismo por motivos propios y familiares; "pero también, y sobre todo, porque el zarismo, corrompido e inerte, es el mayor obstáculo al engrandecimiento de Rusia". Derrotista en 1909 y en 1914, luego desde el Kremlin, prepara un imperio de liberados superior al de Iván el Terrible y al de Pedro el Grande. El resentimiento medio asiático de Rusia es un magnífico y afirmador peligro para los imbéciles de Europa.

Luis Araquistáin termina su primer ensayo al llegar a España. Sólo repetiremos dos de sus clarividentes remates del artículo: "La fuerza más honda de esta marca republicana que acaba de anegar el islote petrificado de la Monarquía, vino del convencimiento de que esta Institución fue la que más había contribuido —sobre todo desde la dictadura de Primo de Rivera— a mantener el concepto

de inferioridad de España 'en el mundo'." Concepción devenida popular; todos los ciegos pudieron cantarla en romance en todas las plazas pueblerinas de España. "Concepto que ha llegado ya a la conciencia de la inmensa mayoría de los españoles, precisamente por sentirse españoles; es decir, europeos de clase inferior." Concepción y pasión que bordonea la verbena de la enorme hora española.

Esperemos los siguientes ensayos de Araquistáin; mientras tanto, al borde de cualquier júbilo transeúnte: castañuelas, percalina, bailoteo y cohetes; reflexionemos con ahínco, con despierta ilusión juvenil, en esta frase del ensayo: "El sentimiento de inferioridad política, que empieza por querer una revolución moderada —como la querían Lenin y antes los franceses—, acaba en un sentimiento mesiánico, en la paradoja napoleónica de un imperio universal." "Poco a poco, la revolución proletaria evoluciona a un comunismo de guerra, paralelo al fascismo de guerra en Italia, como en Francia la revolución burguesa evolucionó a un liberalismo de guerra, personificado en Napoleón."

Junto al comunismo de guerra, al fascismo de guerra, a las guerras liberales de Napoleón, nosotros también queremos una revolución española de guerra, de liberación y de victoria.

(«La Conquista del Estado», nº 7, 25 de abril de 1931, pág. 2)

Cataluña al desnudo. Un artículo de Rovira y Virgili

Publicamos a continuación un artículo de Rovira y Virgili, escrito en *La Nau,* bajo el título de "Cataluña en el período provisional". En él se comenta la situación política de Cataluña después del viaje de nuestros ministros. Trata de justificar las concesiones de Maciá. Y nosotros decimos que no hay tales concesiones. Que eso de la *Generalidad* es un mero cambio de palabras. Que el separatismo gravita sus propagandas sobre Cataluña con todo el apoyo de los organismos oficiales. Fíjense los lectores en que este artículo que trascribimos está hecho en plan de transigencia. Supónganse, pues, las peticiones máximas. España debe aprestarse a cortar de raíz expansiones de este linaje sin perder minuto.

Léase, léase este artículo en que el Sr. Rovira y Virgili tiene todavía el atrevimiento de hablar de concesiones, de transigencias y de tactos políticos de Maciá.

(«La Conquista del Estado», nº 7, 25 de abril de 1931, pág. 2. Entradilla)

Cartas de Rusia. Sobre el Manifiesto político de "la Conquista del Estado"

Ya dijimos en otra ocasión que el comunista suele ser un hombre elemental, simple, que no logra ponerse en contacto con los valores eminentes. Todo lo subordina a una clave problemática que le ha sido trasmitida, y lo único admirable de su gesto es la fe disciplinada que transmite a las contiendas. Jesús Ibáñez es un comunista español que reside en Rusia, y le hemos rogado nos envíe una serie de crónicas. Hoy publicamos la primera; un comentario crítico sobre nuestro Manifiesto. El lector advertirá en él con facilidad las limitaciones comunistas a que antes hicimos alusión. Pero a la vez, el talento interesante de nuestro amigo.— N. de la D.

(«La Conquista del Estado», nº 7, 25 de abril de 1931, pág. 5. Entradilla)

NUMERO 8. 2 de Mayo 1931.

El momento español ¡Hispanos, de frente a Cataluña!

Hay que impedir que España y la República caigan en el deshonor... Todos los españoles deben meditar sobre la nueva arquitectura del Estado

El ciclo histórico

El acontecimiento social y político más grandioso de nuestra época es esa nueva capacidad humana de no liberarse, de emprender con alegría la ejecución de magnas empresas colectivas, de renunciar al afán burgués por asegurarse su propio destino individual, pequeñito y solo. Las masas proletarias fueron las primeras en desasirse del amor burgués por la libertad. Ahí está como ejemplo gigante su revolución, la Revolución rusa, antiliberal y antiburguesa. Otro gran pueblo, Italia, sin recaer en las limitaciones marxistas, ha encontrado igualmente su senda de eficacia, y a costa de las libertades del viejo siglo, se entrega a la gran faena de poner en marcha nuevas glorias.

Aquí en España hemos hecho, terminamos de hacer, una revolución liberal, muy justificada. Pues es evidente que urgía liquidar de modo rotundo los más leves resquicios de las tiranías feudales. Pero es también urgente salir de esta etapa inactual y mediocre. Y lanzarse a la realización sistemática del supremo destino hispánico, que consiste en el triunfo de nuestros valores y en el hallazgo de una articulación económica justa.

Pues bien, en esta hora de unificación nacional surgen voces de disidencia. Hay partes de España que se resisten a aceptar la nueva época y a mirar de frente las nuevas responsabilidades. Responden así a los últimos vestigios de las ansias caducadas. Aplican y traspasan los principios liberales de los individuos a las regiones. Es el liberalismo en su última consecuencia. Si la libertad, decía Lenin, destruye el Estado, nosotros añadimos que los romanticismos regionales destruyen los pueblos.

Pero nosotros nos opondremos a que se lleve a efecto sin lucha la destrucción de España.

Para ello hay que advertir el ciclo histórico completo que finalizo con la Gran Guerra. En el siglo XVI aparecieron robustos y equipados, capaces para la gran empresa que imponía la época renacida, tres o cuatro grandes pueblos: España, Francia, Inglaterra, Alemania. Todos ellos acomodaron la variedad interior al único imperativo de servir la grandeza nacional. Ello se consiguió adoptando cada pueblo sus futuros y entregándoles la vida sin reparo. Cuando periclitó la vigencia de las clases feudales y se hizo dueño de los mandos económicos el burgués, tuvo lugar en el orbe político una revolución, la instauradora de la libertad y del derecho del hombre a la disidencia. Sin duda, en el siglo XIX fueron fecundas tales afirmaciones. Hoy, cumplido el ciclo, los pueblos advierten, en cambio, la necesidad de algo que posea una firmeza absoluta. Es la rotunda eficacia del Estado soviético, que ofrece al pueblo ruso, de un modo coactivo e indiscutible la posibilidad de tomar posesión augusta de la disciplina nacional. Hoy Stalin asegura su Plan económico esgrimiendo la furia nacionalista rusa. Identificando al extranjero con el enemigo. El Estado fascista lleva a cabo en Italia una faena idéntica, que se nutre en realidad de las mismas fidelidades: sacrificio del individuo, imperio del pueblo como disciplina colectiva.

Vuelven, pues, las disciplinas nacionales requiriendo a los hombres para aceptar los destinos supremos, los que trascienden de su control y satisfacción individual. He aquí la era antiburguesa ante nosotros, seccionando los apetitos ramplones. La gran España, que es nuestro gran pueblo, está mejor dotada que nadie para triunfar en la hora que se inicia. Tenemos reservas universales, espíritu imperioso, capacidad de riqueza y de expansión económica. Nuestro es y debe ser el mundo.

La deslealtad de Cataluña

Estos minutos optimistas que España vive no logran, sin embargo, interesar a las figuras directoras de una región hispánica, Cataluña. En su anacrónica ceguera, se empeñan en condenar a ineficacia a nuestro pueblo. Quieren su vida aparte, royendo nuestro prestigio histórico e impidiendo el futuro de España. Se basan en románticos anhelos y representan la época caducada. Son la reacción, la voz vieja. España debe obligarles a ir hacia adelante, a abandonar sus plañidos infecundos.

Todo ha de sacrificarse en esta hora al logro de una marcha nacional que garantice la pujanza hispánica. ¿Cataluña libre? ¿Liberada de qué? ¿Del compromiso de colaborar en la grandeza de España? Eso tiene un nombre gravísimo, que hemos de pronunciar con emoción serena: *ALTA TRAICIÓN*. Y debe castigarse. Estamos seguros de que el pueblo catalán no sigue a su minoría directora hasta el límite extremo de su actitud. Desde luego, los obreros sindicalistas, en magníficas declaraciones, han procurado quedar limpios de toda responsabilidad desmembradora. Es una prueba más de lo que antes dijimos acerca del actualísimo sentido político del proletariado. Quedan, pues, reducidas las apetencias hispanófobas a los núcleos retardatarios de pequeños burgueses y de intelectuales de mirada corta.

El pensamiento de Cataluña, hoy recluido en tan exiguos trechos, realiza una labor bien desgraciada, justificando y excitando los pequeños objetivos. La tradición hispánica, los siglos que sellaron la unidad, las glorias mismas locales de Cataluña, imponían actitudes muy diferentes. Los derechos históricos prescriben todos de un modo inexorable. Y el darles satisfacción, contrariando el espíritu del tiempo, supone inconsciencia suicida.

Al implantarse en España la República, los núcleos catalanes separatistas antepusieron la satisfacción de sus afanes a los intereses del Estado republicano naciente. Sin temer la posible reacción que en el Ejército o en el pueblo españoles pudiera provocar su actitud egoísta, proclamaron el Estado catalán y nombraron su Gobierno. Les bastó una mínima seguridad de que por lo menos en Cataluña se aseguraba el nuevo régimen para desvincularse de lo que aconteciera en el resto de España.

La estructura federal

No nos oponemos a que el futuro Estado republicano adopte una articulación federal. Tan sólo hemos de insistir en un detalle, y es el de que todo el período constituyente esté presidido por el interés supremo, que es el interés de España. Inclinarse hacia o preferir la estructura federal porque una o dos comarcas sientan reverdecidas sus aspiraciones locales, nos parece un profundo error. En nombre de la eficacia del nuevo Estado, sí. En nombre de los plañidos artificiosos de las regiones, nunca.

De ahí la necesidad de que, adoptando el régimen federal, todas las comarcas autónomas posean idéntico estatuto en sus relaciones con el Poder supremo. Las Cortes constituyentes no deben examinar el estatuto catalán, sino más bien el estatuto de las comarcas. Si queremos dar nacimiento a un pugilato absurdo de aspiraciones localistas y empequeñecer el radio de la mirada hispánica, desentendiéndola de los destinos superiores, basta con un desequilibrio en los privilegios comarcales.

Nos damos cuenta del peligro de que esto acontezca, otorgando a Cataluña un régimen distinto al de otras regiones. Si Cataluña pide más que Galicia, Vasconia o Castilla, es que se siente a sí misma menos dispuesta a acatar y servir los intereses comunes, los de la totalidad de la Patria, y entonces se hace merecedora, no de privilegios, sino de castigos implacables.

Siempre hemos creído que debe modernizarse el concepto comarcal, de forma que comprenda tanto los núcleos históricos como aquellos que se enlacen por conexiones actuales de sentido económico y comercial. Véase un ejemplo: la Confederación del Ebro, que extiende intereses comunes de regadío por territorios de tan diversa filiación histórica, como es la Rioja, la Navarra meridional, Aragón, sur de Cataluña, impide de seguro la fijación de un régimen autonómico idéntico al que se hubiera forjado hace quince años. Por eso ponemos tanto interés en que se robustezcan las entidades municipales. Estos organismos, una vez purificados de las extrañas faenas a que han venido dedicándose, pueden mejor que nadie tejer de nuevo las líneas articuladoras de las comarcas. Una vez acordada por las Cortes la preferencia federal, deben los municipios tender sobre el suelo patrio la red auténtica de las ramificaciones fecundas. Es el único medio de que no se intercepten voces artificiosas que reclaman ilusorias redenciones. Cuando los intelectuales de un gran pueblo no se elevan por cobardía histórica a la concepción nacional y pierden la justificación de los fines imperiales, acaecen las polarizaciones en torno a pequeños focos románticos, de cien kilómetros de radio, engendradores de todas las decadencias. Cuando muy pronto se proyecte sobre España la necesidad de su articulación federalista, conviene eludir el influjo de esos núcleos, y para ello nada mejor que el contacto inmediato con el pueblo. De ahí nace nuestro deseo de vigorización de la vida municipal, de atención a los clásicos concejos, que pueden muy bien ser la más limpia voz del pueblo.

Atención, pues, a los clamores falsos e ilusorios de algunas regiones, sobre todo de Cataluña. De un Estado en período constituyente nadie puede quejarse. No existen tiranías ni mordazas. Repitamos: ¿de qué quieren liberarse hoy los núcleos insumisos?

España, potencia de imperio

España, por naturaleza, esencia y potencia, es y tiene que ser un candidato al imperio. Las frases nacionalistas son aquí frases imperiales. España es un país de Universo, como las líneas cósmicas de Einstein. Sus rutas dan la vuelta al mundo, como nuestros navegantes gloriosos. En la hora actual, de frente a los proyectos federalistas, hay que acentuar el carácter de imperio que encierra la hispanidad. Sea ese concepto grandioso del imperio el soplo eficaz que presida la articulación de las comarcas autónomas.

Otorgar y permitir autonomías regionales, sí, pero a cambio del reconocimiento por todos de que la España grande es nutriz de imperio. Si todavía hay opiniones medrosas que se asustan de la magnitud de este vocablo, deben ser condenadas al silencio, como enemigas de la auténtica grandeza nacional.

Nada impide que las instituciones de la República, y quizá hoy ellas mejor que otras, dejen vía libre a la España grande, imperiosa y floreciente, a cuyo servicio deben estar sin titubeos todas las vidas españolas.

(«La Conquista del Estado», nº 8, 2 - Mayo - 1931)

Sobre un libro político de Ortega y Gasset

Cuando un filósofo se acerca a las cosas, a los hechos, actúa muy frecuentemente de corruptor. Le ofrece unas categorías magnas, que los pobres hechos nunca sospecharon, y aceptan con fácil servidumbre el imperio de la idea. Es la eterna polémica en torno a la imposible objetividad de toda Filosofía de la Historia. Nosotros, no obstante, creemos que esa es la única Historia posible. Ahora bien, la Política no es una disciplina investigadora, sino una acción. Si el filósofo se ciñe a los hechos actuales y les somete a una soberanía sistemática, entonces es cuando tiene lugar la corrupción de que hablamos antes. Se verifica el gran fraude de la realidad, destruyendo así la palpitación política, que es acción directa sobre los hechos vírgenes. De ahí que el político tenga algo de primitivo, y aun de bárbaro. Y que desoriente a los filósofos alguno de sus rápidos virajes.

Don José Ortega y Gasset, mi gran maestro de Filosofía, es un escritor de la máxima solvencia filosófica. Creo -yo, que conozco bien este aspecto suyo- que es antes que nada filósofo, y de los de primer rango de una época. Los españoles semicultos poseen tal incapacidad para la percepción de los valores filosóficos, que le niegan de plano ese carácter, y, en cambio, le reconocen valores de otra índole. Siempre he defendido a este maestro mío frente a esos juicios malévolos, que al adscribirle un exclusivo y gigantesco sentido literario buscaban un indudable efecto peyorativo.

Pero hoy no se trata de considerar o comentar un libro filosófico de Ortega, sino un libro político. *La redención de las provincias* (1931). Nadie puede ignorar la rectitud meditadora que preside a los ensayos políticos de Ortega. En este terreno de la política me separan de él hondísimas discrepancias, que debo exponer con toda lealtad. Su libro contiene críticas exactas de todo ese tinglado artificioso que se llamó vieja política. El análisis de la Constitución canovista, el proceso de la descomposición interna del viejo Estado, a base de ósmosis y endósmosis curiosas entre el Poder central y el ruralismo cacique, es pulcro y preciso. Se trata del próximo pasado nacional, de la política de los últimos treinta años, que el filósofo aprehende con facilidad suma.

Ahora bien: Ortega adopta luego su índice político y se mezcla a la polémica diaria del presente. Aquí ya el timón falla, y surgen de un lado contradicciones, de otro infidelidades al espíritu de nuestra época. Se da muy bien cuenta, sí, del supremo carácter que debe informar una política de altura. Por eso es magnífica la apreciación siguiente: «Se disputa sobre formas del Estado, como tal y sin más; pero no se nos insinúa qué vamos a hacer con ese Estado, qué gran tarea histórica debemos emprender.» (Pág. 40.) Y más adelante: «Una política que no contiene un proyecto de grandes realizaciones históricas queda reducida a la cuestión formal de gobernar, en el sentido menor del vocablo, a la cuestión de ejercer el Poder público.» Exacto. En estos dos párrafos está, sin embargo, escondida la fuente radical de discrepancia política que nos separa de Ortega.

Ortega y Gasset no ha conseguido desprenderse en política del viejo concepto de Estado. Se mueve en el orden de ideas roussonianas y de la Revolución francesa, según las cuales el Estado es pura y simplemente una institución al servicio de la nación, del pueblo. Un instrumento útil, algo sobrepuesto de que la nación se sirve. Ese era, en efecto, el Estado liberal burgués, vigente en el mundo durante todo el siglo XIX. Hasta la Gran guerra. Todo eso se halla hoy rotundanente superado. El Estado es más bien la base misma del pueblo, se identifica con el pueblo, y no es un mero auxiliar del pueblo para realizar sus hazañas históricas. Gracias al Estado, hoy se comprende que los pueblos consigan una acción colectiva de volumen histórico. Al idear, por tanto, una política, mejor dicho, al realizar una política, es indispensable que preceda ese período creador de un pueblo en que éste se torne un Estado, obtenga de sí mismo una orden de marcha. El Estado no es, pues, un marco externo que se le coloca a un pueblo desde fuera, sino algo que nace de él, se nutre de él y sólo en él tiene sentido. El Estado liberal burgués se fabrica en serie y los pueblos lo adoptaron en su día en forma de Constituciones, dictadas asimismo en serie. Recuérdese cómo el sociólogo y moralista inglés Bentham escribía constituciones de encargo, según se le hacían los pedidos.

Frente a todo eso triunfa hoy en el mundo el nuevo Estado, cuyo precursor ideológico más pulcro es Hegel. El Estado es ya eso que hace posible el que un pueblo entre en la Historia y lleve a efecto grandes cosas. Pueblo y Estado son algo indisoluble, fundido, cuyo nombre es todo un designio gigantesco. No es ya un tinglado artificioso que un pueblo se pone y se quita como si se tratase de un vestido.

En el libro de Ortega, igual que en todos sus escritos de política, se advierte la filiación ideológica del viejo Estado, que le impide penetrar en los nuevos tiempos. No le basta su destreza y su gran talento. El vicio es radical y anega el resto de virtudes. Es lástima, porque si hay en España alguna mente ágil, con soltura y elegancia para hacernos la disección de los fenómenos políticos, es la de Ortega. ¡Qué estudios hubiera podido escribir sobre el férreo Estado soviético, o bien sobre la musculatura del Estado fascista!

(«La Conquista del Estado», nº 8, 2 - Mayo - 1931)

La jerarquía normal

Una vez triunfante la República, y satisfecho, por tanto, el afán burgués de libertades, conviene ir seleccionando los frentes revolucionarios que van a permanecer.

El proceso anterior -de la revolución pequeñita- ha sido de una inmoralidad y de un arribismo repugnantes. No ya los valores políticos -que ello podía ser, en algún aspecto, legítimo-, sino otros, los que tienen su base misma en la cultura, fueron escarnecidos, tolerando y exaltando en las cúspides a los ignorantuelos de turno.

«Todo es necesario para la Revolución -se decía-. Conviene que las voces revolucionarias aparezcan rodeadas de prestigio ante el pueblo, y así sus gritos y sus acusaciones serán más eficaces.» Hemos tolerado esta explicación hasta hoy, en nombre de la eficacia revolucionaria invocada. Aun creyéndola inmoral y absurda.

Las jerarquías de la cultura llegan quizá a nutrirse del ambiente revolucionario cuando éste es tan poderoso y profundo, que crea y descubre en un pueblo posibilidades culturales nuevas. Ello sólo acontece en las revoluciones auténticas, que se sumergen en la entraña popular y consiguen un módulo vital distinto.

Pero cuando las revoluciones no son tales, sino entretenimientos graciosos de buen burgués, surgen los falseamientos jerárquicos en todas las áreas. El escritor currinche pasa a ser un celebrado literato. El profesor mediocre, un foco inmenso de saber. El mediquillo, un consumado genio. El leguleyo más ínfimo, un prestigio de la toga. En fin, se subvierten las jerarquías, de tal manera infecunda, que peligra la capacidad misma para reconocer los valores superiores, objeto del fraude.

En los últimos meses, ahí estaba el periódico del señor Urgoiti, este corruptor de todas las inteligencias corruptibles aparecidas en España desde hace quince años. *El Sol* del señor Urgoiti

circulaba entre los intelectuales papanatas como las hojas sagradas de la cultura, sin un desliz ni una concesión a la ignorancia de la gente.

Es lo cierto, sin embargo, que en ese periódico han aparecido los disparates más calificados y las pruebas más notorias de vaciedad intelectual que es posible exhibir al público.

Ahí va un ejemplo. Como en *El Sol* del señor Urgoiti había un verdadero frenesí por servir a la cultura, iniciaron unas páginas de libros. Encargaron del comentario semanal de libros nuevos a un desconocido currinche, el asturiano Díaz Fernández, que hizo sus folletones con toda pulcritud de tamaño. Pues bien, hablando del libro de Wassermann sobre Colón, escribió ese analfabeto cronista de *El Sol* antiguo, que era muy interesante porque, entre otras cosas, se demostraba que Colón, al descubrir América, creía haber llegado a tierras de Asia, a la India. De modo que para ese señor Díaz Fernández estaba inédita tal aseveración sobre el descubrimiento. No paran aquí los *pequeños* deslices. A docenas se cuentan en tonos regocijados por todas las tertulias un poco cultas de Madrid. No añadiremos sino uno más. Hablaba el mismo Díaz Fernández de un libro filosófico de Lenin. (Es sabido que Lenin, auténtico conocedor del marxismo, poseía un buen bagaje de cultura filosófica.) Y en la reseña decía con todo aplomo que Lenin refutaba «el materialismo histórico de Berkeley». Sin comentarios. ¿Qué entenderá ese señor Díaz Fernández por materialismo histórico?

En fin, véase cómo en un periódico que se decía exaltador de los valores culturales se exaltaba en realidad a la incultura. Hay que limpiar la vida española de subversiones así. La revolución que haremos no precisará de esos fraudes valorativos ni que sus elementos aparezcan ante el pueblo sino como lo que en realidad van a ser: ni más ni menos que unos revolucionarios.

Cumplida la etapa revolucionaria burguesa, conviene, repetimos, limpiar las filas de sus residuos inmorales.

(«La Conquista del Estado», nº 8, 2 - Mayo - 1931)

El halcón rastrero

No es la primera vez que nos ocupamos de ese semanario plural, dirigido por el mulato tétrico. En España otorgamos a esta figura renegada una consideración que no merece. Interviene en nuestras luchas políticas, sin aportar a ellas otra cosa que resentimiento de inferioridad racial. Es intolerable que un individuo así, a quien nuestros tribunales han procesado ya por calumnia sistemática, pretenda influir en la marcha de la vida española. Es un extranjero, sin emoción nacional, que postula y limosnea nuestros bolsillos con primor inigualado.

La República española haría bien situándolo en la frontera, o por lo menos restringiendo sus actividades a las puramente contemplativas y poéticas.

Despierta hoy en España un purísimo y noble afán nacional, a base de fidelidades profundas para con la intimidad de nuestro pueblo, y en una hora así debe prescindirse totalmente del consejo extranjerizante, rencoroso y traidor, que procurará por todos los medios nuestra ruina.

Hay que impedir que esas hojas mercenarias del mulato violen la ingenuidad auroral de nuestro pueblo, vestidas de sacerdocio redentor y de radicalismos falsos.

Hoy nuestro pueblo busca una tarea nacional, a la que llevar su optimismo y su fuerza. El problema hispánico, pues, consiste en señalar esa ruta y articular la disciplina que logre su realización victoriosa.

Es, por tanto, una labor para la que se precisa entusiasmo hispánico, intensísimo fervor nacional. Quien se sienta desarraigado de ambas cosas debe salir de España. Este es el caso, naturalmente, de los extranjeros. Más que nunca se impone el castigo ejemplar de esa turba de colonizadores que penetra e invade nuestro territorio, como si fuera una selva africana.

¿En nombre de qué el semanario extranjerizante a que nos referimos de modo directo trata de guiar los pasos españoles? *Pedimos al Gobierno de la República española que mientras dure el*

período constituyente no puedan hablar en España las voces extranjeras. Por eficacia, por decoro, por respeto a los delicados y supremos intereses de la Patria.

(«La Conquista del Estado», nº 8, 2 - Mayo - 1931)

Entusiasmo burgués y peligroso de Vandervelde

Es sabido que se celebra actualmente en Madrid un Congreso de la Federación Sindical Internacional. En uno de los discursos pronunciados por el señor Vandervelde, socialista burgués de Bélgica, dijo lo siguiente, que merece nuestra protesta de republicanos españoles:

"Y si algún día la República se viera amenazada y vuestras fuerzas no fueran suficientes a defenderla, todos los miembros de la Internacional Sindical y de la Internacional Socialista se pondrían en pie para defender la revolución española."

Pero, ¿qué pureza internacional invocan estos señores socialistas, estando tan reciente su actuación en la Gran Guerra? No nos merecen ninguna confianza, y son para nosotros unos extranjeros.

Llamamos la atención del Sr. Lerroux sobre las frases que transcribimos, para que tome nota de los propósitos de esos bisnietos de San Luis.

A la vez convendría que el Sr. Vandervelde adquiriese un más exacto sentido de la hospitalidad y del respeto que merecen los pueblos que visita.

La República española no necesita de esos apoyos, que el Sr. Vandervelde puede utilizar mejor en que triunfe este mismo régimen en su país.

(«La Conquista del Estado», nº 8, 2 de mayo de 1931, pág. 2)

Meteoros. Águilas y angulas

Vaya el águila más caudal de nuestra alcándara a los pies de madame Curie. Permanezca allí con humildad y respeto. Que suavemente se deslice detrás de sus pasitos. Que vigile el reposo del tic-tac de sus manos. Espléndidas manos de sabia o de cocinera del mejor flan de la Ciencia.

* * *

A Cataluña la ha conquistado siempre un andaluz. Seguramente el soldado que con la noia Marieta bajo desde la Font del Gat hasta Barcelona era del Puerto de Santa María o del Barrio del Perchel. La oronda xicota también tiene su corazoncito, que se derrite como el de cualquier cocinera con una poca fulería. No se por qué me parece que cuando D. Niceto gritaba en las ramblas —ceceando graciosamente— "Visca Catalunya", su grito era cual un pellizco zalamero en las caderas amplias de aquella bien plantada Teresa que entusiasmó la mocedad de D'Ors. ¡Ay, D. Eugenio, su clásica Cataluña se ha puesto en jarras, melosita y cachonda, ante un simpático y romántico califa cordobés! El Sur va a vencer a la Categoría. Este Sur delicioso de los contrastes y de las sorpresas que vibra en Alcalá Zamora. Quien tuvo un tío cura y diputado más radical que Lerroux. Que estuvo dispuesto a hacer la revolución del bracete del Nuncio. Y que ahora —justísimo es señalarlo y aplaudirlo— se ha llevado de calle hasta la melena merovingia y zarzuelera de Ventura Gassol.

* * *

Hemos soportado infinitas chirigotas acerca de las carabinas de los somatenes. Su finalidad parecía absurda e inútil. Después de los sucesos de Biota ya tiene algún periódico de los que blasonan de nodrizas de la República un argumento más para su tesis puritana: las armas monárquicas colaboran a los manejos del comunismo.

Una tarde, el Sr. Navarro Mingo abandonó su tertulia de la botica o su partida de tresillo, con el fin de apoderarse del Ayuntamiento y organizar el primer Municipio soviético de España. A este médico rural, efímero dictador de Biota, aupado al poder sobre cincuenta o sesenta carabinas del somatén difunto, lo nombraríamos —antes que sea llamado así por todos los sacristanes— capitán honorario de bandoleros generosos. Como un símbolo perenne de la majeza de Aragón. Y no ofendemos su honradez política ni personal, pues hasta Luis Candelas, a diferencia de cualquier Gutiérrez fugitivo, junto a la horca, tuvo el orgullo de desear: "¡Patria mía, sé feliz!"

* * *

Estuvimos en el banquete que se dio el domingo pasado a Heliófilo. El menú fue variadísimo: entremeses de señoritos de Bilbao, chuletas de accionistas católicos y monárquicos, los hígados de fray Junípero, salchichas de El Viejo Verde, atún de Barbate, suspiros de monja y cerveza, mucha cerveza. El acto se desarrolló entre grandes aplausos y libaciones. Al final, el frailazo de Heliófilo se bailó una rumba encima de la mesa, y le concedieron las orejas de Callejo, y para que se discipline en adelante, el rabo de Satanás.

* * *

Los monárquicos empiezan a organizar círculos independientes. Por lo visto, no han escarmentado del fracaso de los sillones de peluche y de las tertulias junto al brasero. Aconsejamos a los monárquicos que vendan todos esos chirimbolos en el Rastro, y que después se vayan a cazar gamos a Fontaineblau.

* * *

Azorín, que tiene regodeos de sibarita, pide a grandes voces que le concedan seis diputados comunistas para las próximas Constituyentes.

Una vez se entretuvo en examinar tres arañitas: Ron, King, Pik y anotar sus impresiones.

Quizá desearía ahora hacer lo mismo con esos comunistas que pide. Verlos desde una tribuna en el Congreso, agazapaditos y domesticados, y luego contarnos que no son tan malos bichos.

* * *

Reliquia histórica.— El Sr. Bergamín ha enviado al Museo Arqueológico las zapatillas que calzaba la mañana del día 12 de abril. Nos refieren que la Dirección ha rechazado ese regalo, diciendo que se trata de un objeto y de un donante demasiado viejos para el Museo.

* * *

Antes, cuando después de algún motincito, tocaban en España el *Himno de Riego,* ya se sabía que aquello era *La Marcha del Nuncio.*

Ahora, por el contrario, el representante de Su Santidad ha perdido el tren.

* * *

Han ingresado en las filas de la juventud del Partido Centro Izquierda Republicano, que acaudilla D. Melquíades Álvarez, los aprovechados políticos Miguelito Villanueva y Manolito Burgos Mazo.

* * *

Se rumorea por los corrillos teatrales que el conde de Romanones va a dedicarse a las tablas, en seguida que aprenda a cantar *La Marsellesa.*

* * *

Don Jaime de Borbón ofrece sus servicios al pueblo español, garantizándole de paso —como técnico experimentado— la extirpación del peligro comunista.

Le brindamos la ganga a los influyentes de *La Libertad,* por si consiguieran una plaza de guardia de la porra para el pretendiente.

(«La Conquista del Estado», nº 8, 2 de mayo de 1931, pág. 2)

Imprecación en la hora decisiva

Inicia hoy su colaboración en *LA CONQUISTA DEL ESTADO* don José María Salaverría. Con un artículo ejemplar, que ha de satisfacer plenamente a nuestros lectores. La hora española es grave y, sobre todo, decisiva. Hay que hacerle frente del modo más eficaz. Unos con la pluma. Otros en la trinchera, sosteniendo con su vida la vida grandiosa de la patria. Nosotros —los que hacemos este periódico—, nuestros amigos —los españoles corajudos afiliados en nuestras células de combate— y los cama-radas anónimos que se nos unirán, cumpliremos el supremo deber cuando sea necesario. Y no pediremos, amigo señor Salaverría, sino que exigiremos hacer. Pues el futuro de España es nuestro futuro, y nos pertenece.

(«La Conquista del Estado», nº 8, 2 de mayo de 1931, pág. 3. Entradilla)

NUMERO 9. 9 de Mayo 1931.

España, hoy. Carta al comandante Franco [2]. ¡Hay que hacer la Revolución!

La revolución que haremos

«La revolución no está hecha», ha dicho usted, intrépido y magnífico comandante Franco, y luego lo ha repetido su superior, el ministro de la Guerra, señor Azaña. En efecto, señores, y ésta es nuestra única esperanza. Pues esa revolución no hecha la haremos nosotros, los jóvenes, los nuevos revolucionarios, sin retroceder ante los fusiles burgueses del Gobierno liberal de la República. Por fortuna, decimos otra vez, la revolución está sin hacer. Hubiera sido cosa tristísima entregar a la vieja generación reaccionaria, hoy triunfadora, el coraje revolucionario de nuestro pueblo. Son caudillos viejos, de poltrona y de café, que desconocen los resortes de la gallardía española que hoy resurge. Hombres enfermizos, temblorosos, sin pulso ni sangre de disciplina guerrera. ¡Que no hagan ellos la Revolución! ¡No comprenden la hora joven, vinculados a la putrefacción demoliberal, sin estusiasmos para nada!

¿No cree usted esto mismo, comandante Franco?

¡Queremos que se nos utilice en una grande y genial tarea! Este es nuestro grito de jóvenes. El entusiasmo burgués y bobalicón por la libertad queda para los ateneístas bobos. No libertad frente a España, sino entrar gigantescamente al servicio de España. Por eso en España es preciso y urgentísimo hacer una gran Revolución. Para dar salida y hallazgo a la genial tarea hispánica. Para encontrar nuestra voz universal. Para desalojar a esas mediocridades que hoy, como ayer, son dueñas de los mandos. Para disciplinar nuestra economía y evitar el hambre del pueblo.

¿Qué juventudes pueden formar en las filas de un movimiento revolucionario así? Todas aquellas que sepan despreciar los merengues republicanos y monárquicos y vibren tan sólo a impulsos de la grandeza nacional y de la justicia económica. Todos los que no cierren los ojos al disparar una pistola y estén dispuestos a dar su vida por la vida genial de España. Todos aquellos que no quieran abandonar los destinos hispanos a la repugnante y decisiva intervención del liberalismo burgués que hoy triunfa.

¡Pero sea inminente la Revolución! El movimiento republicano último ha destacado valores revolucionarios a quienes no debe conformar su estancia en las covachuelas. Hay que ir adelante, camaradas, e impedir que se desmoralicen los corajes.

Nuestras frases son claras y limpias, de rotunda expresión joven. Por eso esperamos y queremos que aparezcan ante los rostros como látigos. Entendemos el imperativo revolucionario como una suplantación de generaciones. Han fracasado los viejos y deben arrebatárseles los puestos directores.

No basta, no basta, viejos cucos, con la caída del Capeto. Pronto se verá cómo ése ha de ser, en todo caso, el episodio mínimo. No toleraremos el fraude ni dejaremos la trinchera hasta que España no entre en la vía revolucionaria que le pertenece. Los cobardes y medrosos, que se queden ahí, llamando a rebato a la Guardia Civil contra las balas comunistas. No hay comunismo, señores. Nosotros, y ésta es nuestra máxima y formal promesa, combatiremos al comunismo cuando éste sea aquí realmente un peligro. Pero los combatiremos nosotros, no llamando a la Guardia Civil, sino haciéndoles frente, como a traidores que son contra el espíritu sublime de la Patria. Pero hoy no hay peligro comunista, repetimos, y será inútil que los burgueses y los socialdemócratas de la Casa del Pueblo intenten ahorcar el ímpetu revolucionario esgrimiendo la falsedad comunista.

¡Fidelidad a la juventud!

Hagan lo que hagan y quieran lo que quieran, hay que dejar paso a las juventudes. En sus artículos sobre España, insinúa Marx que las convulsiones revolucionarias del siglo XIX fracasaron y se desvirtuaron porque los viejos interceptaron las iniciativas de los jóvenes. Algo análogo se pretende que acontezca ahora, aun destacando de modo aparente los valores nuevos en media docena de altos cargos. ¡Pero qué jóvenes! (Porque fuera de Rodolfo Llopis, de Galarza y de algún otro de probadísima lealtad a los años mozos, invitamos a que se contemplen las figuras y los apellidos de los

[2] Comandante de Aviación don Ramón Franco Bahamonde.

destacados: Ahí están el tontín Recasens Siches y los hijos de los papás, señores Sánchez Guerra y Ossorio.

Bien está la República, y a nadie se le ocurrirá, suponemos, intentar que encalle y que peligre. Pero urge convertirla en lo que en realidad debe ser: cauce por donde derive, de modo eficaz, la energía revolucionaria y asegure o favorezca el cambio radicalísimo que debe efectuarse. La República, en sí y por sí, es pura ineficacia. Hemos dicho repetidas veces en este periódico que hace un siglo el concepto de República lo era todo. Su enunciación sola aludía a las palpitaciones más vivas del pueblo. Hoy no significa nada, y no pasarán muchos meses sin que se den cuenta de ello las gentes.

Por eso sería fatal que nuestro pueblo, cuando apuntan por el horizonte los clarinazos que enuncian sus deberes para con el mundo en este siglo, se entregase definitivamente a festejar el triunfo bobo de los viejos santones republicanos. No. Con el mismo coraje que lanzó por la borda a la Monarquía debe hoy vigilar su propio destino, oponiéndose a que se lo esquilmen y falseen.

Ahora veremos la autenticidad revolucionaria de las juventudes. Nosotros no tenemos fe sino en núcleos pequeños y audaces, que, eso sí, prestarán todo su empuje al movimiento. Y nuestras falanges de combate, creadas con dificultad en dos meses debatiéndonos contra las calumnias del vil señoritismo de izquierdas, están ahí dispuestas a entrar en fuego para defender el hervor revolucionario.

La República llegó sin lucha. Eso, que se proclama por ahí como la máxima virtud de la ciudadanía, ha dejado inéditos, por fortuna, los episodios revolucionarios que ahora deben iniciarse.

No hay que desaprovechar la gran suerte de que coincidan nuestros años jóvenes con la necesidad revolucionaria de la Patria. Las juventudes fieles al movimiento tienen que reconocer los supremos imperativos de nuestro pueblo. Otra cosa supondría una deserción cobarde. ¡Paso a los jóvenes quiere decir paso al combate, al heroísmo y al sacrifico de guerra!

¿No es así, comandante Franco?

La ruta imperial

Nuestro resurgimiento consistirá en saber descubrir nuevas ambiciones. Ya se inicia en España unas poderosísima apetencia de imperio, representada por el afán de equiparse en un orden hispánico que seccione y supere la leve mirada regional. De ahí que cuanto acontezca en relación a Cataluña signifique para nosotros una especie de prueba de nuestra capacidad de imperio. Ni la más mínima concesión puede hoy ser tolerada. Compromete la grandeza de nuestro futuro y nublaría las magníficas posibilidades históricas que hoy existen.

España ha de acostumbrarse desde hoy a ambiciones gigantes. Cuando un gran pueblo se pone en pie es inicuo conformar su mirada a los muebles caseros que le rodean. Nos cabe a nosotros el honor -y no tenemos por qué ocultarlo- de ser los primeros que de un modo sistemático situamos ante España la ruta del imperio. Todo esta ahí, a disposición nuestra. Los pueblos hispánicos de aquí y de allí se debaten entre dificultades de tipo mediocre, y es deber nuestro facilitar e incrementar su desarrollo.

Para ello hay que cultivar con amorosa complacencia la táctica imperial que nos convierta en el pueblo más poderoso de Occidente. Si España es hoy infiel a este imperativo de grandeza, merece el desprecio del mundo. Los enemigos no son tanto los extranjeros como la comparsería traidora del interior. Las batallas primeras hay que librarlas, pues, dentro de casa, contra la impedimenta cobarde, liberal y socialdemócrata que trate de detener el vigor hispánico.

Nadie mejor que las juventudes, incontaminadas y valientes, pueden recoger hoy la coyuntura imperial que se nos ofrece. Atropellando a los timoratos, a los liberales burgueses, que son la reacción y el deshonor.

Hay, pues, que someter a un orden la Península toda sin la excepción de un solo centímetro cuadrado de terreno. Hay que dialogar para ello con los camaradas portugueses, ayudándoles a desasirse de sus compromisos extraibéricos, e instaurar la eficacia de la nueva voz. Portugal y España, España y Portugal, son un único y mismo pueblo, que pasado el período romántico de las independencias nacionales, pueden y deben fundirse en el imperio.

Frente a esa Europa degradada, mustia y vieja, el imperio hispánico ha de significar la gran ofensiva: nueva cultura, nuevo orden económico, nueva jerarquía vital.

Solo así, en pleno y triunfal optimismo, puede tener lugar la creación de nuevos valores sobre que apoyar el imperio. Están aún sin adecuada respuesta los mitos europeos fracasados, y corresponde a

España derrocarlos de modo definitivo. Hay que poner al desnudo el grado de mentecatez que supone una democracia parlamentaria. Hay que enseñar a Europa que vive en absoluta ceguera política, con sus artilugios desvencijados por los suelos, mereciendo de nosotros el desdén supremo. Italia, Rusia y la nueva Alemania nos ayudarán a desarticular los reductos viejos de Europa, arrebatándoles los atributos de poderío que conserven.

¡Mucho tenemos, pues, que hacer, jóvenes revolucionarios de España! ¡Nada de entregarse a los triunfadores de hoy, gentes enamoradas de Europa que siguen sus mismos pasos y nos condenarían a perpetua ineficacia! La ruta a seguir es clara y limpia: ¡Adelante la Revolución! Eligiendo como veredas las crestas más altas. Sin detenerse. Camino del triunfo. Cuando el lobezno comunista aparezca se afina la puntería y... adelante. Hasta el fin.

Ni derechas ni izquierdas

Antes que nada es preciso invalidar estas denominaciones. Los que se empeñan en permanecer anclados en estas viejas filas es que desertan del vitalísimo orden del día. Hay que aislarse de ellos por corruptores, por reaccionarios y enemigos de la Patria. No tienen ya vigencia esas palabras, habiendo dado el mundo un viraje pleno, y hoy sólo debe interesarnos la articulación eficaz de nuestro pueblo, obligándole a hacer en dos meses cincuenta años de historia. Esos que creen que un pueblo hace una Revolución cuando clama y proclama por lo que en otros pueblos hay, carecen de impulso creador, son incapaces y hay que apartarlos de los mandos. Si nuestra ruta revolucionaria va a consistir en copiar los episodios de nuestros vecinos los franceses, no merecería la pena dar un paso.

Nada, pues, de derechas e izquierdas, grupos que responden a las categorías parlamentarias de Europa. Tan sólo debemos admitir entre nosotros tres grupos: 1.° El grupo retrógrado, reaccionario, cuyo programa sea establecer aquí una purísima democracia parlamentaria, mediocre y burguesa. 2.° El grupo marxista, socializante e internacional, pacifista y derrotista, al que hay que vigilar como posible traidor a la Patria. Y 3.°, el grupo joven, corajudo y revolucionario, que entone marchas de guerra y se disponga a sembrar con sus vidas los caminos del imperio; a iniciar la rota de las economías privadas y disciplinar el desenfreno capitalista. No tenemos que decir que nosotros formaremos en este grupo último y que todas nuestras fuerzas de actuación y de pelea estarán a su servicio radical.

¡Salud, comandante Franco!

(«La Conquista del Estado», nº 9, 9 - Mayo - 1931)

Los comunistas y la violencia

En España existe un desconocimiento absoluto de la política universal. Las minorías intelectuales viven ancladas en el siglo XIX, y carecen de preparación y de valor para hacer frente a los fenómenos de hoy. Así se les escapa el sentido de esas fuerzas surgidas a la vida europea en los últimos diez años. Una de ellas es el comunismo.

Por muchos caminos se va a Roma. El comunismo, en sus bases teóricas, sólo es asequible al intelectual. Requiere trato filosófico y gimnasia histórica. Pero las masas encuentran un camino mucho más fácil y expedito: la liberación económica, la lucha de clases.

Aquí no hay intelectuales comunistas. Tampoco los hay -fuera de leves excepciones- que levanten con ambas manos el deseo de eficacia histórica para nuestro gran pueblo. Aquí hay tan sólo patulea socialdemócrata e himnos de Riego.

Por ello, el mito con que se quiere envolver a los comunistas y condenar a ineficacia pura sus batallas, es el de presentarlos como una minoría salvaje, verdaderas alimañas sociales, a quienes es preciso destruir.

La cobardía demoliberal se asusta del grave ademán que adopta un comunista defendiendo con la pistola sus ideas. Nosotros somos enemigos de los comunistas, y los combatiremos dondequiera que se hallen; pero jamás hemos de reprochar su apelación viril y heroica a la violencia. Es más, gran

número de batallas las libraremos a su lado, junto a ellos, contra el enemigo común, que es la despreciable mediocridad socialdemócrata.

¿Quién niega legitimidad a la violencia? Sólo en una época de vergonzosa negación nacional, de la que pugnamos ahora por salir, en la que se fraguaron todos los complots contra las fidelidades hispánicas, pudo aparecer nuestro pueblo como un pueblo enclenque, asustadizo y pacifista, como una Suiza cualquiera, sin voz ni entusiasmo para nada.

Ahí está una de las consecuencias. Ahora, frente al coraje comunista, la gran España, si hacemos caso de los plañidos demoliberales, sólo enarbola el pacifismo, «las virtudes ciudadanas». Como los comunistas no respetan, naturalmente, esas virtudes, se les califica de alimañas y se dan vivas a la libertad buscando la eficacia embriagadora del grito.

Pero, ¿es que España no dispone de otras armas que enfrentar al comunismo sino la cobardía del susto ante los héroes?

El comunismo no es sólo acción violenta. Le caracterizan otras muchas cosas, enormes, monstruosas, a las que España, mejor que ningún otro pueblo, puede dar la gran respuesta.

Para ello, lo primero es que España se recobre, se afirme a sí misma. Cosa que no se consigue anulando el coraje, exaltando los valores que niegan la hispanidad.

De todo esto hemos de hablar mucho. Es el gran tema español.

(«La Conquista del Estado», nº 9, 9 - Mayo - 1931)

Los Consejos obreros en las fábricas

Es legítimo el afán interventor de los obreros en la marcha de las industrias. Ahora bien, el hecho de que asuman una función de esa índole les obliga al reconocimiento de unas finalidades económicas, a cuyo logro cooperan con sus decisiones y estudios. Porque es inútil engañarse: mientras predomine la economía capitalista, cuyo fin último no trasciende de los intereses de un individuo o de un trust, los Consejos obreros carecen de sentido. Comienzan a poseer un vigoroso carácter en cuanto la economía adquiere una modalidad sistemática, de Estado, sujeta a una regulación nacional, a una disciplina. A esto equivale una intervención superior, estatal, en las economías privadas, que al dotar a éstas de una casi absoluta seguridad de funcionamiento, les arrebata a la vez el libre arbitrio en las decisiones industriales.

Los Consejos obreros son entonces colaboradores eficaces de los fines económicos a que están adscritas las correspondientes industrias. Por eso, los únicos países donde actualmente alcanzan eficacia unos organismos así son Italia y Rusia. En Italia, los Sindicatos obreros viven en el orden oficial del Estado fascista, y su misma existencia les vincula a la prosperidad de los fines económicos que el Estado reconozca. En Rusia, esa interdependencia es aún más patente.

Pero el problema en España no es de este género. El régimen político de nuestro país impide, hoy por hoy, que los obreros reconozcan y se identifiquen de un modo total con la articulación económica. Les importa, por el contrario, que se acelere el proceso capitalista y sobrevengan coyunturas favorables. De ahí que los Consejos obreros tuvieran una mera función de avance social, como reivindicaciones de clase, y no aquella otra más fecunda de auxiliar un sistema económico articulado en una disciplina nacional.

De ahí que *Solidaridad Obrera*, periódico de la gran fuerza sindicalista, adscribiese los Consejos obreros a misiones de orden interior, solución de conflictos, corrección de abusos, etc. En su número de 24 de abril ampliaba, sin embargo, la influencia de estos organismos, señalándoles como campo de acción todas las cuestiones que se relacionen de alguna manera con la producción. Estudio de los mercados, estadísticas de precios, organización del trabajo, etc.

Nos adherimos, desde luego, a la petición de que se establezcan los Consejos obreros. Nosotros propugnamos un cambio social radicalísimo en la estructura del Estado, que lleva consigo, naturalmente, reformas de esta índole. Pero sometidas a un orden de totalidad que les asegure eficacia y grandeza.

(«La Conquista del Estado», nº 9, 9 - Mayo - 1931)

Homenaje a la España profunda

Recogemos los párrafos certeros y simpáticos que Jean Cassou publica en *Les Nouvelles Litteraires* con motivo de la revolución española. Distingue a Cassou de los demás hispanistas su afán por destacar el antieuro-peismo de nuestro pueblo. En efecto, comenzamos a sentir desdén hacia Europa, y ello se traducirá bien pronto en la nueva arquitectura vital que nos forjemos. Es de agradecer que Cassou advierta nuestra oposición al decaído y mustio signo europeo, sin que su perfil parisino se sonría con mediocre petulancia. Europa está muerta. Pero la reserva española salvará a Occidente.

(«La Conquista del Estado», nº 9, 9 de mayo de 1931, pág. 2. Entradilla)

Meteoros. Águilas y angulas

Otro desfile de embajadores. (Ave Cesar Imperator. Morituri te salutant). La República española ha sacrificado sus mejores criaturas, las de mayor calibre intelectual y mundano. (¿Dónde vas con mantón de Manila...?) Los nuevos diplomáticos se van a sacrificar por la República. La emoción del pueblo los ve partir, llorando y riendo. Ya están las víctimas propiciatorias sobre la arena. Ya empezarán muy pronto a defenderse de los zarpazos de las Cancillerías de Europa. Dentro de sus uniformes nada temen; impávidos, como gladiadores o toreros, sortearán las argucias y las zancadillas. Contra la antigua diplomacia monárquica de secretos, bailoteos y mariposeos alrededor de una taza de té. ¡Viva la honesta literatura, pura o con manchas de periodismo! ¡Vivan las republiquitas de América, que nos precedieron mucho antes en ser representadas por sus más lindos y ociosos poetas! Gran desfile de embajadores. ¡Adiós! ¡Adiós! Seremos las castellanas de nuestro espíritu. Mientras volvéis, aquí, entre cuatro paredes, se aprovecharán los libros que dejasteis; recrearán nuestros ocios, estudiaremos sobre ellos. Lo leeremos todo, todo; hasta las pastorales de D. Luis de Zulueta y los deslices amatorios de Wilde, condenados en folletón por el señor Baeza.

* * *

Elogiemos a los cien niños que se perdieron el Primero de Mayo en la Casa de Campo. La democracia es espléndida y compensadora; produce en un mismo día 15 ciudadanos contusionados para asustar al *ABC o a. El Debate,* y dos para asustar al *ABC* o al *Debate,* un centenar de héroes futuros para nosotros. Porque los reivindicamos como nuestros. Jesús de Nazaret fue un niño perdido. El comandante Franco, otro niño perdido. Y no cabe duda que los Siete niños de Écija también se perderían alguna vez. El chaval que se asquea de presenciar a su padre borracho sobre el césped, a su mamá desgreñada y grasienta de tortilla, y a sus hermanitas tarareando alguna copleja contra el Borbón; el chaval que no resiste tan candoroso espectáculo de familia feliz y se escabulle como un cortejo entre los árboles y las malezas, infaliblemente, este chaval será mañana —nosotros lo auguramos— el posible señor de todas las Casas de Campo.

* * *

Hay un traje ahora mismo en España que se merece un águila. Que él mismo es un águila: el de paisano de Ramón Franco. Miradlo: es de color esclarecido; el último botón de la americana se abrocha entre la sonrisa de unos pliegues; sus bolsillos son simpáticos y están repletos de perfume de nube; los pantalones llevan acaso rodilleras; pero no importa, es un traje fotogénico y jovial. Las

fotografías de los periódicos lo reproducen cada mañana en medio de severos uniformes oscuros. Miradlo. Admiradlo. Que acaso pueda ser el símbolo de la verdadera revolución civil de los jóvenes.

El sarampión de la República son los himnos republicanos. Todo el mundo ofrece tocar su pito. Pero la Guardia civil no quiere llevar el compás.

* * *

Hemos descubierto secretas relaciones de compinchería entre el doctor y el mundo tétrico.

El verano pasado, cuando nadie conocía al mulato, el doctor le hizo popular rompiéndole los muebles de su periodiquito.

Ahora, cuando nadie se acuerda del doctor, el mulato le hace la reclame publicando las necedades de su archivo.

* * *

Los de *Nosotros* dicen que estamos vendidos al oro italiano. Los de *Nueva España* denuncian como nuestro mecenas a un buen señor de Bilbao.

"El dinero no huele", exclamaba Vespasiano. Quizá por lo mismo no olfatearán el origen de nuestro capitalito los chuchos de los dos colegas.

* * *

Nos comunican que cuatro satélites del "avi" Maciá, después de arrancar las cuatro barras de su escudo, vienen hacia Madrid para medirnos las costillas. Cataluña está triste porque sólo le han dejado las cadenas.

* * *

Las esposas de los políticos intelectuales les han amenazado con declarar la huelga de las labores propias de su sexo, mientras no les concedan el voto activo. Porque el pasivo ya están hartas de soportarlo.

* * *

SECRETO A VOCES: "Aemece" que escribe en el *ABC* el "Madrid al día", firma sus artículos en *El Sol* con el pseudónimo de "Ramón María Tenreiro".

* * *

El amigo Melquíades se definirá, por fin, el día 17, si el tiempo no lo impide.

Estos antiguos camaleones monárquicos, antes de dar el sí y que la República los viole, hacen muchos más dengues que una jovenzuela presumida.

Uno de los próximos sellos de Correos reproducirá la heroica y legendaria defensa de San Carlos por los alumnos de Medicina.

Parece ser que alguien tiene muchísimo interés en que se comience a matasellar a los estudiantes revolucionarios.

Trostky solicita permiso para venir a España. Se rumorea que prepara su ingreso en la Legión Extranjera.

VOZ DE BERGAMÍN: Todavía no me he muerto. VOZ DE VILLANUEVA: Soy un bebé; dejadme chupar. VOZ DE BURGOS MAZO: Hoy somos chiquititos, mañana creceremos y defenderemos la Santa Libertad.

(«La Conquista del Estado», nº 9, 9 de mayo de 1931, pág. 2)

La juventud del mundo. Fascismo, Sovietismo, Racismo

El ensayo siguiente, del magnífico escritor francés Felipe Lamour, recoge con toda fidelidad el espíritu de la nueva política europea. Su hondo análisis de esos tres movimientos triunfales, que son el fascismo, el sovietismo y el racismo de Hitler, le permite conseguir el rasgo de unidad que los caracteriza. Frente a las viejas instituciones europeas, afirman los tres el derecho a la invención

política. Nos complace mucho introducir en España un estudio así. Aquí, donde los fanatismos bárbaros tratan de impedir que algunos nos acerquemos con limpia mirada a contemplar las auroras del siglo.— N. de la D.

(«La Conquista del Estado», nº 9, 9 de mayo de 1931, pág. 5. Entradilla)

Correo. A un estudiante catalán

Entre la numerosa correspondencia, con elogios de aliento y ataques de enemistad, que recibimos cada día, se ha destacado su interesante carta anónima. Como una voz atenta, inteligente y cordial venida desde la Cataluña en armas. Por este valor insólito de aportación regional y comprensiva a nuestro imperio hispánico, estrechamos su diestra desde ahora. Apretón de manos de jóvenes camaradas. Queremos saber su nombre para publicar su carta. Queremos su colaboración posterior en *La Conquista del Estado.*

(«La Conquista del Estado», nº 9, 9 de mayo de 1931, pág. 5)

Vanidad comunista

El camarada Bullejos es un hombre demasiado sencillo. Nos consta que su humildad de cartujo le ha llevado a rehuir la sindicación de su persona. Vanidad operaría exigida por los Estatutos del Partido. También sabemos que hace mucho tiempo fue repartidor de Telégrafos, y que en las últimas elecciones figuraba en las papeletas con la profesión de telegrafista. El ascenso de categoría es, sin duda, una prueba más de su modestia comunista.

(«La Conquista del Estado», nº 9, 9 de mayo de 1931, pág. 6)

NUMERO 10. 16 de Mayo 1931.

La hora de España. La Revolución en marcha

¡COMUNISMO, NO!

La Revolución en marcha no debe detenerse hasta que se efectúe el hallazgo de la nueva eficacia hispánica

La actitud del momento

Vivimos horas revolucionarias. El pueblo se entrena para las nuevas jornadas, y muy pronto preferirá debatir el problema de España en la calle, armas al brazo, en vez de emitir votos en las urnas. Desde nuestro primer número hemos mostrado una decidida intervención revolucionaria, creyendo que lo único y primero que hoy corresponde hacer al pueblo español es una verdadera y auténtica Revolución. Nada de sufragios ni de asambleas electorales, sino todos ahí, movilizados en un esfuerzo supremo, para salvar y garantizar la victoria revolucionaria. Dijimos ya una vez que un pueblo es más sincero cuando pelea que cuando vota. No hay minuto más sincero que aquel en que un hombre pone su vida al servicio de un afán grandioso. Las revoluciones son sólo fecundas cuando el pueblo las elabora y hace hasta el fin. En otro caso, desmoralizan el entusiasmo optimista del pueblo, dándole conciencia de su inutilidad histórica.<7p>

Una revolución no es nunca lo que se proponen la media docena de dirigentes. Las máximas lealtades al espíritu del pueblo resultan siempre a la postre triunfadoras, y todo cuanto resulte y salga de la Revolución posee el mayor grado de legitimidad apetecible, es la esencia misma del pueblo sin falseamientos ni trucos. Lo de menos es en nombre de qué se hace la Revolución y qué elementos directores la impulsan. Todo es mero pretexto que no influirá absolutamente nada en los resultados finales. Aquí en España se puso en marcha la Revolución para instaurar una República. Muy pocos ingenuos habrá que estimen el que ésta pueda ella sola constituir un objetivo revolucionario en el siglo XX. Debe, pues, seguir adelante la Revolución hasta que se descubran y triunfen los nuevos mitos políticos y sociales que el pueblo español requiere y necesita para desenvolver su futuro. La Monarquía, por otra parte, perdió toda vigencia, y hay que combatir como contrarrevolucionarias las tentativas que hoy se efectúen en favor suyo. Si la República no es en el siglo XX un objetivo, la Monarquía lo es aún menos. Esto queremos decirlo con toda claridad, para detener la ola de calumnias que se forjan en torno a la significación de nuestra fuerza política.

Todo debe ponerse hoy al servicio de la Revolución. Pues téngase en cuenta que ésta será lo que el pueblo revolucionario quiera que sea. Hay, pues, que nutrir de revolucionarios nuestras filas y lanzarse violentamente a la conquista del Poder. Poco a poco se va formando en España conciencia combativa, espíritu guerrero, de asalto, y es de presumir que disminuyan esas multitudes vergonzosamente inertes, ajenas a la hora hispánica, que contemplan desde los balcones las peleas y salen luego a la calle como espectadores curiosos de la tragedia. Hay que hacer campaña revolucionaria, hacer popular la Revolución. Sacarla del artificio de los grupos de pistoleros profesionales y de los provocadores a sueldo, del albiñanismo inmundo. Darle una ruta sistemática y alimentar constantemente su odio y su energía. Crear una doctrina revolucionaria y enarbolar como bandera una revisión total de los principios políticos y sociales que hasta aquí han condenado a infecundidad a nuestro pueblo.

¿Quiénes se oponen a la Revolución?

En primer lugar, el Gobierno liberal de la República. En segundo, las organizaciones socialistas moribundas. En tercero, los nuevos burócratas, los burgueses medrosos y las mujeres. Frente a todos ellos hay que afirmar la Revolución. Comprometen el destino hispánico, asignándole una ruta pequeñita, a base de la concesión de libertades y de discursos parlamentarios. Nada ha conseguido aún en España la Revolución, y por tanto, ésta no debe detenerse ni un minuto a contemplar victorias falsas. Conseguir libertades políticas era quizá el sueño de nuestros abuelos, pero hoy lo calificamos de bobería reaccionaria, liberal y burguesa. La España joven que hará la Revolución no exigirá del Estado libertad, sino que se la enrole en una tarea colectiva, genial y grandiosa, que garantice la eficacia histórica de nuestro pueblo. Sólo los burgueses traidores, que se recluyen en sí mismos egoístamente, que se aíslan de los destinos del pueblo y del Estado, se dedican y pueden dedicarse a

la caza de libertades. La Revolución debe brincar por cima de esos afanes bobos y despreciar esa índole de clamores.

De la Revolución tiene que salir nuestro pueblo rebautizado de nuevo, mostrando características desconocidas hasta ahora, con otro vocabulario y otras apetencias. De modo que no lo reconozcan las momias liberales burguesas que circulan por ahí, los leguleyos de la farsa y todo el tinglado imbécil de la politiquería parlamentaria.

España se salvará en la Revolución, edificando su grandeza. Sólo por vía revolucionaria pueden imponerse las reformas sociales que se precisan. Incorporar a la vida del Estado la totalidad del vigor hispánico. Implantar una disciplina colectiva, con poderes del pueblo, que destruya el cáncer de la disidencia y forje una eficacia. Sólo por vía revolucionaria puede condenarse al silencio la voz opaca de la España vieja y retirar de la influencia pública las personas y los intereses de la reacción demoliberal.

Hay que arrollar a todos los que oponen dificultades a la Revolución. Acusándolos como cómplices de una traición nacional, puesto que la Revolución elabora y busca la senda de nuestra grandeza. España tiene hoy sobre sí la tarea de crear un orden nuevo de aspiraciones sociales y políticas, que frente al orden caduco de Europa nos entregue la posibilidad de que atrapemos finalidades de imperio. España es hoy la reserva de Occidente, y necesita un equipo de instituciones públicas suficientemente enérgicas y eficaces para dar cara a esa nueva y gigantesca responsabilidad.

Hace tiempo que clamamos por una ambición nacional, de radio amplísimo, que requiera y necesite para su triunfo las energías españolas todas. Sólo una Revolución que vuelva del revés los afanes diarios del español puede abrir paso a aspiraciones así, y derivar el impulso actual del pueblo a un orden radicalísimo y fecundo. Limpiando las rutas de residuos alfonsinos, de legionarios analfabetos, de señoritos de la izquierda, de la derecha y del centro.

¡Comunismo, no!

Nosotros queremos, naturalmente, una Revolución hispánica. Hecha por el pueblo español, obedeciendo sus propios imperativos. Sin que se cruce la falsificación comunista. Sin que se enturbie la energía popular con hechicería extranjerizante. El comunismo es hoy bolchevismo, fenómeno especifico de Rusia, al que sólo un grupo de descastados y miopes puede encomendarle la solución de nuestro pleito. Bien está aprovechar las experiencias europeas, pero deténgase ante el gesto de un pueblo que se dispone a obtener de sí mismo la originalidad revolucionaria que necesita.

El comunismo es una solución muy problemática a la crisis económica del presente. A lo más, consigue un capitalismo de Estado, meta valiosa, desde luego, pero a la que llegaremos nosotros sin anegar nuestra personalidad en las brumas comunistas. Encomendar la creación de una cultura y del futuro de un pueblo a un régimen económico es una monstruosidad incalculable, y sólo la ceguera absoluta para los valores supremos del hombre explica el triunfo radical del comunismo.

Ahora bien: la doctrina comunista es de tan particular carácter, que resulta imposible desalojarla de los cerebros atacados, al menos por vía suasoria. Carlos Marx era un filósofo magnífico, y encerró su sistema económico en unas categorías mentales tan prietas, que los cerebros sencillos las admiten como dogmas. Es, desde luego, de una comodidad angelical levantarse una buena mañana, leer un par de libros luminosos y encontrarse sin más en posesión de la verdad social y política del Universo. Por esto que decimos, el comunismo se nutre de fanáticos, especie peligrosa a que hay que hacer frente con el vigor más enérgico.

Pero en modo alguno debe detenerse la Revolución por miedo al comunismo. Hay tan sólo que preocuparse de que la Revolución consiga recoger las ansias nacionales más hondas, hace siglos despreciadas por las oligarquías mediocres que han desarticulado y desvirtuado la ruta histórica de nuestro pueblo. Las filas revolucionarias nuestras tienen que comprometerse a combates decisivos y ofrecer a los hispanos corajudos la garantía de que son las más revolucionarias, las que disponen de más clara idea sobre los objetivos que se persiguen, las que reúnen la joven energía española, dispuesta a desalojar los caminos gloriosos de toda esa tropa de señoritos holgazanes y frívolos que los convierten en paseo bobo de sombras.

La Revolución española que hoy se efectúe tiene que esgrimir antes que nada el derecho de los jóvenes a apoderarse del timón y de los mandos. Los españoles que han rebasado los cuarenta y cinco años son todos sospechosos de pacto con las ideas y los intereses responsables de la hecatombe de que ahora salimos. Además, no sirven para la Revolución, que precisa mocedades bravas y entusiasmos valerosos. El gran Larra, como clavado con un alfiler en el siglo XIX, en el siglo tuberculoso y alfeñique, ya soñó para España «hombres nuevos para cosas nuevas; en tiempos

turbulentos -decía-, hombres fuertes, sobre todo, en quienes no esté cansada la vida, en quienes haya todavía ilusiones, hombres que se paguen de gloria, en quienes arda una noble ambición y arrojo constante contra el peligro». Pódense estas frases de alguna impedimenta romántica y se advertirá, pulcra y rotunda, la necesidad española de hoy, la más urgente: suplantar a la vejez fracasada.

Algunos jóvenes cansinos, vagos y medrosos, son quizá comunistas. Bien por diletantismo político, bien porque el ser comunista es lo más fácil del mundo; todo se lo dan hecho: sistema económico, ideas sobre esto, aquello y lo de más allá, con formulitas de validez universal para todos los tiempos y pueblos.

Nosotros impediremos con las armas que la Revolución española se hunda en el pozo negro comunista, que hundiría la firmeza revolucionaria, antieuropea, de nuestro pueblo.

La quema de conventos

En nuestro programa revolucionario hay la subordinación absoluta de todos los poderes al Poder del Estado. ¡Nada sobre el Estado! Por tanto, ni la Iglesia, por muy católica y romana que sea. Ahora bien; el orbe humano en que se mueven las preocupaciones de tipo religioso las creemos en un todo ajenas al orbe político, y nada nos importan, una vez asegurada aquella supremacía. La tea incendiaria denuncia unos objetivos un poco anacrónicos, enderezándose a inquietudes de tipo burgués, como esa de herir el corazón mismo de la frailería. De todas formas, no seremos nosotros los que neguemos cierta eficacia rotunda a las llamas purificadoras. Pero no se trata de esto. Se trata de hacer una Revolución que desde arriba abajo acentúe la grandeza de nuestro país. Para ello no sirve el concurso de las turbas que incendian conventos. Hay que convencerse de que una Revolución violenta y heroica no es tarea precisamente de los niveles sociales más bajos.

Saciar el entusiasmo revolucionario quemando conventos es el más claro indicio de la limitación revolucionaria de las turbas. No hay que despistar al pueblo escamoteando los objetivos revolucionarios más directos. El problema hondo es el problema económico, el del hambre campesina y el del paro fabril, que piden una urgente intervención revolucionaria. A la vez, el gran problema de dotar a España de futuro grandioso, creando revolucionariamente un anhelo imperial, al que debe lanzarse nuestro pueblo con todos los fervores.

Frente a la concepción demoliberal, que quiere y no quiere, que tiembla y retrocede ante las angustias históricas, nosotros queremos una Revolución que obligue a España a efectuar la gran marcha que le corresponde. España tiene hoy ante sí la posibilidad del imperio, y hay que impedir por todos los medios que esa genial coyuntura se malogre.

(«La Conquista del Estado», nº 10, 16 - Mayo - 1931)

Un libro del comandante Franco

Franco representa hoy en la vida española muchas cosas. Es una figura heroica, exaltada por el pueblo, y todos sus actos adquieren en la hora española que vivimos fervor y eficacia de mitos. Franco ha descrito en los últimos diez años la trayectoria más gigantesca que podía presumirse en nuestro pueblo. Ha actuado en toda ocasión al servicio de las inquietudes fecundas de cada momento.

Primero, en viaje triunfal a las Américas, logrando para España los máximos honores.

Después inicia sus luchas contra la aviación burocrática, que no vuela y frustra las mejores iniciativas de los aviadores auténticos.

Más tarde, en pugna abierta con la Dictadura mediocre de Primo, señala al calor de su coraje la dirección decisiva, la más alta.

Por fin, le vemos en una magnífica tarea de conspirador al servicio concreto de un cambio de régimen, con limpia mirada revolucionaria.

Ahora escribe y publica un libro -*Madrid bajo las bombas*- donde los episodios revolucionarios en que intervino adquieren majestuoso relieve de eficacia. Franco es en todo el brazo ejecutor que

imprime carácter de rotundidad a los hechos, prestándoles una emoción popular, una significación de hazaña que los hace grandiosos y triunfales.

Franco ha demostrado ser de esta forma una de las primeras capacidades revolucionarias de nuestro país. Su libro aparece lleno de detalles que denuncian en él al hombre que dispone de fuerte energía para la acción política. También de afanes hispánicos suficientemente hondos para comprometer su vida en una conspiración revolucionaria que garantice la grandeza nacional.

El comandante Franco colaboró lealmente en la instauración de la República. Hay que ser ciegos en la apreciación de los fenómenos políticos para creer que un triunfo así, limitado a otorgar al pueblo unas libertades problemáticas, puede satisfacer a Franco, que vibra todo él en el sentido de incorporar a España las conquistas políticas y sociales de tono más eficaz.

Nada ha acontecido aún en España que permita la paralización del entusiasmo revolucionario. Más que nunca se hace precisa una intervención heroica que ponga al servicio de la auténtica grandeza hispánica los esfuerzos de la Revolución.

El libro de Franco que comentamos contribuye de modo magnífico a perfilar su gran temperamento de acción. Ante el lector desfilan hechos incompletamente conocidos hasta hoy. Son la clave de las horas más intensas y dramáticas de que dispuso el movimiento revolucionario que dio el triunfo a la República. Así la evasión de las prisiones militares. Así el vuelo de Franco por Madrid, aquel famoso lunes de diciembre, con unas bombas en el avión y la más corajuda decisión revolucionaria en el ánimo. Por último, su marcha a Portugal. Los meses de la emigración. Las peripecias policíacas en el extranjero.

Su gran descubrimiento, que Franco repite en su libro, es que la libertad no se halla sino en la selva. El no la encuentra en parte alguna por ahí. Todo es presión policíaca y freno. Y Franco, que precisamente cooperaba en su país a una revolución de tipo liberal, exclama ante el difícil hallazgo: «¡Libertad! ¿Dónde te hallas?» Por fortuna, en nuestro país eso no satisface ya a nadie, y el problema de cada día no es exigir y reclamar libertades, sino algo grandioso que hacer unos con otros.

(«La Conquista del Estado», nº 10, 16 - Mayo -1931)

Nuestro comentario [3]

Es lógico y naturalísimo que los señores Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala protesten del vandalismo de las turbas. Pero no es del todo legítimo que pulsen la hora revolucionaria con el termómetro de la tea salvaje. España hará hoy su Revolución en contra del parecer de las gentes de buen sentido. Y una Revolución tiene siempre algunas dimensiones elementales y bárbaras por las que es preciso pasar con la mano en los ojos. Es lo cierto, que se puso en marcha al pueblo hace unos meses con un repertorio de arcaísmo de tal índole, que tarde o temprano fracasarán con estruendo. Si la Revolución que se haga no destruye ese foco de ineficacias artificiosas, nuestro pueblo se encontrará sin ruta. No puede detenerse una Revolución con frases luminosas. La Revolución debe proseguir a toda costa, hiera las sensibilidades y los intereses que hiera. Las mentes directoras del calibre de esas tres que firman el documento, deberían preocuparse por aclarar las dificultades que bloquean lo hasta ahora conseguido. El mejor medio de salvar la República es proveerla de ideas, instituciones y propósitos que pertenezcan a la eficacia de la nueva época. Es lo que nosotros intentamos y hacemos. Para ello, lo primero que se precisa es salir del orbe liberal burgués que informa al Gobierno y a la mayor parte de las fuerzas republicanas que lo apoyan.

La juventud española quiere y debe llegar hasta el fin, sin detenerse ante la prudencia magistral de los maestros. Por mucho respeto que merezcan. Por mucho que se les honre, estime y enaltezca. Aparte de que viven un poco en el mundo viejo, se han quedado rezagados.

(«La Conquista del Estado», nº 10, 16 de mayo de 1931, pág. 2)

[3] Aparece publicado junto a un documento firmado por Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala con motivo de la quema de conventos que tuvo lugar a las pocas semanas de instaurarse la II República.

Los leguleyos

Días pasados discutían en una sesión del Ateneo la señora Campoamor y el señor Roces sobre el concepto jurídico de la Dictadura.

Hasta ese concepto lo quieren encuadrar estos leguleyos en categorías jurídicas. Parece que se referían a la Dictadura soviética. Y por fin uno de ellos encontró la justificación jurídica: Stalin no es el dictador, pues la Dictadura es colectiva. ¡Descansemos!

Nosotros nos caracterizamos por una oposición tan ruda al abogadismo, que llegamos a negarles capacidad para ejercer mandos de gobierno.

¿Qué será eso de lo jurídico que estas gentes leguleyas andan aplicando a todo cuanto acontece, ocurre y pasa?

Mientras España no se deshaga de la miope turba abogadesca, estamos irremediablemente perdidos.

(«La Conquista del Estado», nº 10, 16 de mayo de 1931, pág. 2)

Lo presidencia de la República francesa

Deben utilizarse las experiencias inmediatas que se nos ofrecen. En vísperas de que aquí procedamos a la elección del jefe del Estado, se verifica la elección francesa.

El señor Briant, representante de una política de pacifismo cuco, ha sido derrotado. Coincide esta derrota con el resurgir de la vida juvenil francesa. Hombres jóvenes en el Gobierno, afanes imperiales de Tardieu, revalorización inteligente por las juventudes de los valores de Francia.

¡Alerta, pues, nosotros!

Ciertamente, el jefe del Estado es en el país vecino un puro espectador de la política, un símbolo inerme. Así, el buen galo señor Doumer seguirá sonriendo como el buen galo señor Doumergue.

¿Qué tipo de presidente preferiremos en España? Parece que la eficacia de nuestra época aconseja que nos apartemos del ejemplo francés. Nada de símbolos inermes, sino de jefes de una pieza. Que manden, gobiernen y dirijan.

(«La Conquista del Estado», nº 10, 16 de mayo de 1931, pág. 4)

Discusión en el Ateneo

En el Ateneo hay elementos para todo. Para aupar y para combatir al Gobierno. Para darse un paseo por el siglo XIX y presumir de progresistas. Para calumniar a LA CONQUISTA DEL ESTADO y luego apropiarse sus principios fundamentales. He aquí una proposición que presentaron dos socios comunistizantes, no muy radical que digamos, y que despertó, al parecer, las iras de los ateneístas moderaditos. Nos adherimos casi íntegramente a ella, y desde luego al espíritu eficaz que la informa.

(«La Conquista del Estado», nº 10, 16 de mayo de 1931, pág. 6. Entradilla)

NUMERO 11. 23 de Mayo 1931.

La firmeza revolucionaria. La Revolución y la violencia

La legitimidad y la fecundidad de la violencia

En las horas supremas en que un pueblo efectúa su Revolución, las frases pacifistas deben ser condenadas como contrarrevolucionarias. De igual modo que se fusila en tiempos de guerra a los derrotistas cobardes, hoy el pueblo español tiene derecho a exigir la última pena para los que se opongan a la marcha de la Revolución. Cada día aparece con más clara rotundidad que la Revolución no ha obtenido aún ningún género de conquistas. Ni triunfos de tipo social, del carácter radicalísimo que algunos piden, ni, de otra parte, señales de que las nuevas alturas comprendan los imperativos grandiosos que urge garantizar al pueblo hispánico. Nada de eso. Mediocridad hipócrita y viejos trucos del siglo tuberculoso, decimonónico, definitivamente ido. He aquí el producto de las jornadas gubernamentales.

El Gobierno liberal burgués penetra en el islote de los desengaños. Nosotros auguramos un trágico hundimiento a su miopía. Esas ideas que enarbolan justifican la llegada al Poder por vía parlamentaria, de discurso y tópico, pero no por la ancha vía de una Revolución. Insistimos en que la Revolución no se ha hecho, y las fuerzas que haya en el país con capacidad y valor revolucionario deben armar sus filas cuanto antes. La España valiente y violenta soportará con bríos las jornadas revolucionarias, por muy trágicas, duras y combativas que resulten.

La Revolución tiene que impedir muchas cosas. No sólo la mediavuelta alfonsina, que en eso todos estamos y estaremos conformes. Sino también la definitiva momificación de España en una vulgar democracia parlamentaria. A esto último se camina con tambores, himnos y juventud bobalicona de Casa del Pueblo, de Ateneo y de señoritismo burgués. La Revolución tiene que destruir esas migajas revolucionarias de otros siglos y lanzarse en pos de la caza auténtica, que consiste en inundar el temple español de acción voluntariosa y corajuda. El español tiene hambre, y hay que quitársela. El español se pudre entre los muros tétricos de una moral angosta, y hay que dotarle de una moral de fuerza y de vigor. El español vive sin ilusiones, arrojado de la putrefacción europea, en limosneo cultural, en perruna mirada hacia el látigo de la Europa enemiga, y hay que dotarle de ambición imperial, de señorío y de dominio; hay que convencerle y enseñarle de que Europa está hoy mustia y fracasada, y España tiene que disponerse a enarbolar a su vez el látigo y los mandos.

Todo ello hay que conseguirlo por vía revolucionaria, saltándose a la torera las ametralladoras burguesas del Gobierno liberal, mediocre y europeo, que nos deshonra y nos traiciona. Nosotros estamos seguros de que si la Revolución sigue su marcha, los objetivos que hemos señalado antes se lograrán íntegros. La oportunidad es magnífica, pues todo español tiene hoy entusiasmo revolucionario y firmeza de combatiente. Finalizar las campañas en el día y en la hora de hoy, encomendar a la patraña electoral la falsificación revolucionaria, es un crimen de lesa patria, cuyo castigo exigiremos.

No hay fatigas ni derecho alguno de nadie al descanso. Nadie tiene hoy fuerza moral ni autoridad suficiente para detener la marcha de la Revolución.

Contra toda la España joven que no ha claudicado, se alzan las voces de los ancianos desautorizando la violencia. Son voces cascajosas, miserables y cobardes, que deshonran nuestra raza. También las voces de los sabios maestros, hombres de pensamiento y de estudio, de laboratorio y de cuartilla, a los que, con todo respeto, no debe hacérseles el menor caso, pues jamás comprenderán, desde su exigua perspectiva de inválidos, la tremenda grandiosidad de una Revolución.

Un país a quien repugna la violencia es un país de eunucoides, de gente ilustradita, de carne de esclavo, risión del fuerte. Dijimos en otra ocasión, y lo repetimos ahora, que España debe serlo todo antes que una Suiza cualquiera, suelo de Congresos pacifistas, de burguesetes que bailan, de vacas lecheras, incoloro y suave.

Cuando todos los hipócritas celebraban la Revolución sin sangre, nosotros sabíamos que aquello no era la Revolución, sino la farsa, el fraude. Una Revolución electoral es incomprensible. El nombre augusto de Revolución no puede utilizarse para denominar hazañas así. Las Revoluciones no las han hecho nunca las colas de votantes, sino falanges valerosas, con audacia y armas.

Hay que reaccionar frente a esa campaña de cobardía que trata de despojar al español de los alientos fuertes. Adscribiéndolo a destinos limitaditos y pequeños. Retirando de sus cercanías los objetivos de valor. Engañando su mirada con colorines burgueses y parlamentarios. Hay que ir contra todo eso.

En España existe una organización obrera de fortísima capacidad revolucionaria. Es la Confederación Nacional del Trabajo. Los Sindicatos únicos. Han logrado la máxima eficiencia de lucha, y su fidelidad social, de clase, no ha sido nunca desvirtuada. Ahora bien: su apoliticismo les hace moverse en un orden de ideas políticas de tal ineficacia, que nosotros -que simpatizamos con su tendencia social sindicalista y soreliana- lo lamentamos de veras. Pero la realidad desviará su anarquismo, quedando sindicalistas netos. De aquí nuestra afirmación de que la burguesía liberal que nos gobierna tiene ya un enemigo robusto en uno de sus flancos. Lo celebramos, porque los Sindicatos únicos representan una tendencia obrerista mucho más actual y fecunda que las organizaciones moribundas del socialismo.

Pero hay que cubrir con enemigo otro de los flancos. La ramplonería burguesa y parlamentaria tiene que perecer en una ratonera eficaz. Nuestras campañas de exaltación española, de anticapitalismo y de veredas imperiales tienden a eso: a suplantar en el ánimo de las gentes los propósitos mediocres que hoy les ofrecen, por otros de radio más amplio, más adecuado a la grandiosidad histórica de nuestro pueblo.

Pero el bloqueo debe hacerse con todas las garantías de eficacia armada. Las filas revolucionarias tienen que prevenirse contra el régimen liberal burgués, bien provisto de guardias pretorianas y de sicarios repugnantes, que se opondrán a la Revolución. El burgués no saldrá a la calle, pero se cuidará de que disparen por él los fusiles mercenarios. Y que nadie levante la bandera de defensa de la República, porque nadie irá contra esa institución, sino contra los contenidos mediocres con que se quiere usufructuar a la República. Enemigos de la República no somos ni seremos. Porque contra los resabios de las tiranías feudales estamos y estaremos siempre.

O dictadura o libertad

Una prueba terminante de que el Gobierno no se cree intérprete del movimiento revolucionario es que no proclama la dictadura ni ejerce el Poder fuera de los antiguos Códigos. La cosa es peregrina, porque ello le somete a un régimen de tiranía hipócrita que a la postre ha de despojarlo de toda autoridad sobre el pueblo. El Gobierno no se erige en dictadura, pero reprime la libertad. No tiene serenidad para los ataques y no se atreve a servir el cauce revolucionario.

Atravesamos la etapa kerenskiana de la Revolución. Nuestro magnífico régimen liberal tendrá como única justificación el dejar paso franco a otras etapas. Si las impide y coarta, su responsabilidad revolucionaria debe exigirse luego con todo rigor. El hecho actual es que existe un Gobierno que logró poderes en nombre de la libertad y para conceder libertad integral al pueblo.

Aun los que somos enemigos del liberalismo burgués, podemos, por tanto, exigir del Gobierno cuanta libertad necesiten y requieran nuestras propagandas. No nos haga recordar el caso de Arlequín, que compró trompetas y tambores para sus chicos, y al entregárselos les ordenó que tocaran y jugaran con ellos, pero sin meter ruido. A tanto equivaldría el que un Gobierno liberal otorgase libertad al pueblo para que se estuviese quietecito, sin moverse.

Nosotros confiamos en que alguno de los caudillos de que la Revolución dispone derrumbe la situación contradictoria e inicie la marcha en pos de un objetivo firme. Las Cortes constituyentes no van a ser capaces de constituir nada. El pueblo, en un fuerte y sincero afán de fidelidad a sí mismo, se salvará con ellas o sin ellas.

Todo menos asegurar y consolidar la nota lánguida, de repetición francesa, a que quieren algunos que se condene nuestro pueblo.

A la extranjería gala de los Borbones, sucede el extranjerismo nórdico de la Reforma, de la burguesía avara y del Parlamento. Mientras España no se desprenda de esos influjos y niegue vasallaje a esos valores de la Europa vieja, nada brotará entre nosotros que posea vigor y fuerza.

De nuevo, y siempre, Cataluña

Se advierte ahora una especie de conquista de Madrid por los catalanes. Vienen, dan sus conferencias y regresan de nuevo. Los disparos son suaves, de una cordialidad pegajosa y falsa. Todos llegan con el truco de que no son separatistas. Y eso basta para que les aplaudan las bocas abiertas de los ingenuos. ¿Pues qué se creían aquí? Llamarse separatista equivaldría, ni más ni

menos, al compromiso de luchar y guerrear por la independencia. Sería proclamar un delito gravísimo que conduciría a esos desgraciados a la cárcel.

Pero esa minoría de catalanes del *Estat catalá*, aunque es un manojo de orates, no están tan locos como para llamarse y proclamarse separatistas. La cobardía tradicional de las fuerzas políticas de Cataluña les ha impedido demoler esa presidencia grotesca de Maciá, y la han aceptado y enaltecido. El resto de España, por amor a Cataluña, por sentido universal de cultura, debe libertar a esa región magnífica de la minoría directora y rezagada que padece. A la menor sospecha de que una gran parte del pueblo catalán repudia esa política de campanario, el resto de España debe intervenir con mano durísima, y recordar a los disidentes que vivimos y queremos vivir con arreglo a la línea universal de nuestra época.

No se llaman separatistas en público y aquí, en Madrid. Pero examínense su historia y sus discursos. Tejen y manejan el equívoco que desarma al enemigo y les permite hacer. Pero los peligros no paran ahí. No se relacionan sólo con lo que los catalanes quieran y deseen para Cataluña. Hay que considerar y examinar y escrutar lo que los catalanes quieran y deseen para la totalidad de España. Su política es debilitarnos como pueblo, dejarnos sin Ejército, inermes, combatir nuestra cultura, localizar en torno a sus industrias la ruta internacional, apoderarse, pues, de España, empequeñeciendo su radio y su mirada. La verdadera atención que se precisa para los catalanes reside aquí, donde los peligros serán mayores y los daños más irreparables.

La Guardia cívica

Con un nombre decimonónico, el Gobierno intenta crear los nuevos milicianos del morrión. El fracaso va a ser tan evidente, que nos extraña mucho prosperen unos propósitos así. Bien se advierte el carácter fascistoide que se requiere dar a esos cuadros. Pero una disciplina y una eficacia de guerra como la lograda por Mussolini para sus camisas negras no se consigue sino aceptando, con todas sus consecuencias, el emblema antiliberal y violento. Unas milicias como las que se proyectan aquí, conseguidas por medio de levas en media docena de partidos, sin entusiasmo común alguno, creadas sin ningún fin grandioso, para consolidar una República que como institución no tiene el menor peligro, nos parece un puro error y un juego vano de señoritos.

Las fuerzas revolucionarias no debemos asustarnos de esos cuadros ineficaces, que servirán quizá para enfermeros sentimentales, pero no para detener un avance audaz, sostenido por un temple de que ellos carecerán, sin duda alguna. Frente a sus camisas, los revolucionarios deben ponerse otras de colores aún más destacados, y frente a sus pulsos temblorosos, que dejarán caer las pistolas, los revolucionarios deben atacar con pulso firme y sincero.

La genialidad de Mussolini creó sus milicias fascistas, dándoles antes que nada enemigo concreto y valiente y alimentando sus pechos con la esperanza probable y triunfal de la victoria. Los pobres burgueses de aquí, que formarán la Guardia cívica odian el entusiasmo guerrero, son pacifistas y desconocen los mandos y la disciplina de las batallas. Mussolini se sonreirá de esa segunda copia que aquí se incuba, pues la primera fue la Dictadura de Primo, ambas grotescas, ineficaces y de una mediocridad ejemplar.

La Guardia cívica son los somatenes de Primo de Rivera, equivale a ellos, y suponemos que tendrá los mismos fines: guardarse del pueblo, librar del pueblo a las oligarquías burguesas y socialistas. ¡Abajo el nuevo somatén!

(«La Conquista del Estado», nº 11, 23 - Mayo - 1931)

Unos minutos con el camarada Álvarez de Sotomayor, de los Sindicatos Únicos

La fuerza revolucionaria hay que buscarla donde la haya. Por fin, en nuestro país sonó la hora de que la Revolución circule, y hay que saludar a los estrategas animosos dondequiera que estén.

Nosotros nacemos a la vida política con entusiasmo revolucionario, felices de que coincidan nuestras preferencias de acción con las necesidades actuales de nuestro pueblo.

Los Sindicatos Únicos -la Confederación Nacional del Trabajo- movilizan las fuerzas obreras de más bravo y magnífico carácter revolucionario que existen en España. Gente soreliana, con educación y formación antipacifista y guerrera, es hoy un cuerpo de combate decisivo contra el artilugio burgués.

Cuando llegue el momento de enarbolar las diferencias radicales, nosotros lo haremos; pero mientras tanto, los consideramos como camaradas, y en muchas ocasiones dispararemos con ellos, en afán de destrucción y de muerte, contra la mediocridad y la palidez burguesas.

Aquí está Álvarez de Sotomayor, explicándonos la estructura interna de sus organizaciones sindicales. Hombre joven, de pocas ideas, las precisas, justas y firmes como músculos.

-La realidad inmediata -nos dice- es el Sindicato. La pujanza radical de éste nace de que la clave y raíz de la vida humana la constituyen los hechos económicos. El Sindicato es la entidad única que puede enfrentarse con las exigencias de la producción y del consumo.

-Los Sindicatos son apolíticos, ¿no?

-En efecto. Pero tenga en cuenta que eso de «política» es un concepto de la civilización capitalista, y somos apolíticos en tanto somos anticapitalistas y antiburgueses.

-Pero mientras la sociedad y el Estado capitalistas imperen...

-¡Ah! Los Sindicatos no colaboran con él. He ahí su carácter apolítico. La no colaboración con el Estado capitalista. Frente a frente. Le diría a usted más: un Estado frente a otro Estado.

-Sin relaciones diplomáticas.

-En absoluto.

-¿Y los Sindicatos darán la batalla al Estado? ¿Es uno de sus objetivos la suplantación del Poder actual?

-Indudablemente. Nuestras ideas nos permiten una incautación absoluta, total, del país. Formaremos cuadros de combate, armados, que den la batalla y consigan la victoria del proletariado. Es claro que preocupa e interesa a los Sindicatos ese triunfo.

-Una vez dueños del Poder, ¿no surgirían dificultades insuperables? Ustedes no son comunistas; por tanto, no les sirve ni seguirán la experiencia rusa.

-No creemos en esas dificultades. Los Sindicatos aseguran y garantizan la producción, y eso basta. Todo lo demás es pura y fácil consecuencia.

-¿No habrá tiranía del Sindicato?

-No. Imposible. Sus funciones no son coactivas sino en lo que afecta a la organización económica. Desde que alguien traspasara la frontera, no tendría más remedio que ingresar en un Sindicato. Es el único medio de que tuviese derecho a garantías de seguridad de subsistencia. Pues formando parte de un Sindicato, el de un ramo cualquiera, daría una prueba de su cooperación a una tarea productiva. En cambio, fuera de un Sindicato, el hombre, el trabajador, no ofrecería garantía ni valor alguno a la sociedad. Ahora bien, finaliza la intervención del Sindicato cuando se trata de otras cuestiones que las económicas. El hombre, pues, será libre.

-Sí, claro. El hombre es libre, pero dentro del Sindicato. Si en vez de Sindicato ponemos Estado, nos encontraremos con el fascismo.

El camarada Álvarez de Sotomayor se sonríe, y niega. Hemos de continuar el diálogo en otra ocasión. Pues se precisan, como se ve, muchas aclaraciones. Y con toda cordialidad las haremos. Uno y otro.

(«La Conquista del Estado», nº 11, 23 - Mayo - 1931)

Ideas actuales. El individuo ha muerto

Ideas actuales

Distingue a cada época una peculiar concepción del mundo, que es la clave de todas las valoraciones que en ella se hagan. El hombre exalta hoy lo que ayer despreciaron sus abuelos, y viceversa. Esto, que pudiera achacarse a la frívola caducidad de los valores, a relativismo ético y político, es, sin embargo, la raíz misma de la Historia, donde se denuncia y aparece la objetividad y continuidad de la Historia.

Con gran frecuencia se oyen hoy largos plañidos en honor y honra del individuo, categoría política que se escapa sin remedio. Un ligero análisis de la nueva política surgida en la postguerra señala el hecho notorio de que se ha despojado al individuo de la significación e importancia política de que antes disponía. El fenómeno es de tal rango, que encierra el secreto de las rutas políticas nuevas, y quien no logre comprenderlo con integridad, se condena a ser un espectador ciego de las hazañas de esta época. Resulta que un día el mundo ha descubierto que todas sus instituciones políticas adolecían de un vicio radical de ineficacia. Provocaban un divorcio entre la suprema entidad pública -el Estado- y los imperativos sociales y económicos del pueblo. El Estado se había quedado atrás, fiel a unas vigencias anacrónicas, recibiendo sus poderes de fuentes desvitalizadas y ajenas a los tiempos. El Estado liberal era un artilugio concebido para realizar fines particulares, de individuo. Su aspiración más perfecta era no servir de estorbo, dejar que el individuo, el burgués, atrapase la felicidad egoísta de su persona.

El Estado demoliberal aseguró al burgués cuantas garantías necesitaba para que nadie obstaculizara sus fines. Como respuesta, aparecieron las turbias concepciones socializantes, marxistas, en las que hoy comenzamos a ver con claridad cómo permanecen fieles a los valores burgueses que aparentemente combatían. Las bases que informan el fondo cultural y humano del socialismo son burguesas. El socialismo no es más que un afán de que se conviertan en burgueses todos los ciudadanos. Depende, pues, de la civilización burguesa, y reconoce su superioridad, sin que aporte a ella ni un solo valor original y nuevo.

Pero la economía burguesa ha creado ella misma la degeneración y la ruina de la burguesía. Las exigencias de la producción situaron ante los pueblos un valor nuevo: la solidaridad creadora. Los hombres descubrieron que junto a los «fines de individuo», que la civilización burguesa exalta, están los «fines de pueblo», los fines colectivos, superindividuales, antiburgueses, cuya justificación no es reconocida por el Estado de tipo liberal burgués. El socialismo teórico -y el práctico, de acción, hasta la Revolución rusa- no logró salir del orbe de los *fines de individuo*, y su anticapitalismo está basado en el deseo de que el Estado socialista garantice a «cada uno» la realización de sus fines.

Así, el socialismo -en contra de toda la terminología que utiliza- es individualista, burgués, y permanece anclado en el mundo viejo.

Hoy triunfa en los pueblos la creencia de que la verdadera grandeza humana consiste en la realización de *fines colectivos, superindividuales*. El problema que debe ocupar los primeros planos no es el de plantearse: ¿qué puedo hacer?, sino el de ¿qué puedo hacer con los demás? He aquí la verdadera etapa postliberal, antiburguesa, que hoy corresponde propagar al radicalismo político.

En el hombre cabe distinguir con toda claridad la coexistencia de dos focos o fuentes de acción. Uno es su yo irreductible, su conciencia individualísima, su sentirse como «algo» frente al mundo, que está afirmándose ante lo que no es él. A lo que en el hombre hay de esto, a su orbe anticivil, adscribía el Estado liberal, la civilización burguesa, los derechos políticos. El hombre poseía, pues, derechos políticos por lo que tenía de antisocial y negador de la política. Los derechos políticos eran capacidad de disidencia, equivalían a reconocer al hombre derecho a negar el Estado.

Pero el hombre no es sólo un *yo individual, una conciencia irreductible*, sino algo que posee capacidad de convivencia, un animal político, que decían los griegos. Eso que el hombre es además de *conciencia irreductible* lo es gracias al hecho de existir en un Estado. Si no formase en un Estado, si no conviviera con los demás, si no reconociera un Estado y unos *fines de Estado* que realizar en común, en unión de los otros, a nadie se le ocurriría adscribirle derechos políticos. Es, pues, el Estado quien hace posible la existencia de esos derechos. Sin él no existirían, y mal, por tanto, podría reclamarlos ser alguno.

El liberalismo se basaba, como vemos, en el craso error de reconocer derechos políticos a lo que en el hombre hay de antipolítico. Los nuevos Estados que hoy nacen y triunfan -Rusia, Italia, el Estado germano que postula Hitler- son antiliberales. En ellos se le reconocen al hombre derechos políticos por lo que en él hay de capacidad de convivencia, de cooperador a los fines del Estado. Por eso no hay derecho a la disidencia, o sea, a libertad frente al Estado. Que es entidad colectiva, fin último. (Pero prescindo ahora de seguir aquí este género de ideas que constituyen el objeto de un libro próximo, donde procuraré apurar todos los razonamientos que utilizo.)

Hay, desde luego, hoy una necesidad, y es la de romper las limitaciones burguesas individualistas; destruir sus finalidades e instaurar otras nuevas. A ello colaboran con magnífica eficacia las rutas económicas y las apetencias de grandeza que se despiertan en algunos pueblos. Es un hecho real, ineludible, la producción en serie. Y a la vez el afán europeo de uniformarse, de formar en unas filas y hundirse en ellas anónimamente. Estos dos hechos aclaran gran parte de las inquietudes políticas de ahora.

Distingue al burgués el afán de distinguirse. Su odio o indiferencia ante los uniformes ha sido hasta aquí mal interpretado. Se le creía surgido de una tendencia a no destacarse, a vivir en ignorada obscuridad. Nada de ello es cierto. El traje burgués es precisamente el que deja más ancho campo al capricho individual. Su aparente sencillez da, sin embargo, lugar a que exhiba una serie numerosísima de peculiaridades. Ahora bien: el burgués se conforma con distinciones mediocres: la sortija, la corbata, las pieles, el calcetín de seda. No en balde las destaca frente a otros burgueses para diferenciarse de ellos y provocar su envidia, o bien frente al proletario, a quien desprecia con odio de clase. El uniforme es prenda antiindividualista, antiburguesa, y debemos celebrar su nuevo triunfo. La producción en serie favorece esa tendencia a uniformarse que aparece en la nueva Europa. Quizá más que el burgués sea la burguesa quien concentra más puramente ese género de fidelidad a la era individualista. La producción en serie es para la mujer del burgués una cosa absurda, que la condena a vestir igual que la vecina de enfrente. Ella desearía unos abalorios especiales, producidos exclusivamente para su uso, pero la economía de nuestro tiempo no tolera ese género de satisfacciones...

La rota de la burguesía va también enlazada al descubrimiento de que no le preocupan ni le importan las auténticas grandezas nacionales. Prescinde fácilmente de ellas y se dedica a labrar su propio e individual destino. Carece de virtudes heroicas, de optimismo vital, y ello le impide dedicaciones grandiosas.

Valores y productos burgueses son, por ejemplo, los siguientes:

Pacifismo. **Indisciplina.**

Humanitarismo. **Arbitrariedad.**

Individualismo. **Despotismo.**

Seguridad. **Tiranía.**

Liberalismo. **Explotación.**

Teóricamente no ha sido aún superada la civilización burguesa. Pero, de hecho, sí. Lenin, contra la opinión socializante del mundo entero, imprimió al triunfo bolchevique un magnífico sentido antiburgués y antiliberal. Disciplinado y heroico. De lucha y de guerra. Mussolini, en Italia, hizo algo análogo, logrando que un pueblo que en la Gran Guerra dio muestras de cobardía y de vileza, adore hoy la bayoneta y los «fines de imperio». Hay que decir con alegría y esperanza, como paso a las victorias que se avecinan: El individuo ha muerto.

(«La Conquista del Estado», nº 11, 23 - Mayo - 1931)

Mirando a Galicia. Campo y Ciudad

Llamamos la atención de los lectores sobre estos artículos en que nuestro camarada Souto Vilas hace un análisis de los valores del campesino. Desde un punto de vista original y nuevo. Con notabilísima y rigurosa exposición de conceptos hasta aquí desconocidos. Sus ideas sobre la ciudad y el campo encierran una profunda subversión de las ideas actuales.— N. de la D.

(«La Conquista del Estado», nº 11, 23 de mayo de 1931, pág. 2. Entradilla)

Meteoros, águilas y angulas

Cuando nadie creía en las brujas, ni siquiera en las hadas. Cuando lo maravilloso de la vida nacional se personificaba simplemente en Ramón Franco. Cuando los ciegos de las esquinas, con unos compases de milonga dulzona, habían espantado al misterio de los bandidos generosos y del crimen de Cuenca. Ahora que todos somos ciudadanos de una República racionalista —con permiso del Nuncio y de D. Niceto—; sin embargo, ahora la intimidad y hasta la fe de muchos españoles dan vueltas alrededor de un encantamiento.

Para el sentir del pueblo, ya tenemos una bruja —o mejor, su hada— buena y caritativa. Que anda por todas partes. Que milagrea. Es la directora general de Prisiones: Santa Teresa de las Cárceles.

Antes, nuestra mujer, en función del Estado, sólo podía ser estanquera, maestra de escuela o reina. Primo de Rivera las llevó a la Asamblea como a una verbena. Victoria Kent viene después; es el triunfo de las meriendas safonas del Lyceum Club. Pero aquí no estamos en Londres, ni tampoco en Oslo. La primera cargo político de importancia del país, de intercesión de Patrona, de embrujamiento pueblerino. Con una varita de virtudes va recorriendo nuestros presidios aburridos en el mapa de la Península. Todos desean desaparecer, nadie quiere tener una cárcel a su lado. Victoria Kent escucha y promete; con poder mágico de trujimán, ella escamoteará la prisión molesta, el flemón o el quiste; en su lugar se construirá un salón para baile. Las madres y las novias confían en su gracia. El porvenir se presenta magnífico. La Nación libre, liberada de punta a punta por la mano con ángel de la Kent. Sin un presidio. Sin un presidiario. Sus antiguas compañeras, las descreídas y civilizadas del Lyceum, pidiendo por favor que encierren donde sea a la rebelde, que les salió santa y además castiza.

Mientras canonizan a Victoria Kent, rezamos tres salves.

* * *

No sabemos cuál es mayor mártir, si el hombre con cara de comunista o el albiñanista con cara de hombre. El primero está cada hora en peligro de muerte: tiros en Atarfe, garras de celtíbera en un pueblecillo de Palencia. El segundo desapareció de la calle después del último linchamiento y la detención de Albiñana. Indudablemente, el hombre con cara de comunista es el único conejo por matar que el Sr. Borbón ha dejado a los desocupados del país. La víctima de una cacería que no quiso ser regia. Dentro de algunos años el hombre con cara de comunista acaso conquistará el Poder y, como todo, su comunismo era el reverso de una cruz. Cosa de juego.

Nosotros apostamos que permaneciendo indeciso el hombre con cara de comunista, le ganaremos la partida, y así su calvario de hoy resultará inútil. Por inútil se lo aplaudimos.

* * *

El barco callejero de una epopeya ausente. La solución actual española ha de resumirse en su Carta de Primo de Rivera desde los Infiernos a don Dámaso Berenguer. Carta de soldados, con algún chiste grueso y las faltas de ortografía. Para la canalla del que bebería aventuras con pólvora y sangre, si tantos burgueses no estuvieran vivos. Amén.

Todos los meses se pierden en los tranvías de Madrid objetos más valiosos e interesantes que los encontrados en los archivos de Albiñana. Pues está resultando que el doctor recogía la basura de ciertas gentes y luego no se la aceptaban los traperos.

* * *

Media vuelta a la derecha es lo mismo que media vuelta a la izquierda. Solo que al revés.

Con razón dice un personaje, después, de la nota de Alba: Izquierda liberal es lo mismo que derecha republicana.

Estos señores que dan tantas vueltas, o han bebido vino o nos quieren marear.

* * *

París bien valió una misa. Una revolución bien se merece un aprobado general —piensan algunos estudiantes melancólicos—. Sin duda confunden la toma de la Bastilla con la toma de posesión del subsecretario Barnés. El hombre de los doce sueldos.

* * *

Cada momento nos trae despampanantes sorpresas. Ayer descubrimos que lo más afín a Lerroux es Manolito Burgos Mazo, cacique de Huelva y ahijado de la Virgen María.

* * *

Han solicitado ingresar como meritorios en la Brigada de Asalto, Romanones, Bergamín y Cambó.

* * *

Una anticipación de las grandes fiestas republicanas ha sido la quema de los conventos.

Otro número de gran risa, que no figura en el programa, es la definición de Melquíades. Y la traca final, la aparición de *Crisol,* diario anarquista de Urgoiti.

* * *

Decíamos que en el siglo pasado el Himno de Riego era la Marcha Real del Nuncio. Pero ahora con D. Niceto la Marcha Real es la fuga de los obispos.

* * *

Don Fernando de los Ríos proyectaba reformas procesales. Los leguleyos sospecharon que las reformas perjudicarían a sus intereses. Por esto, protestaron en nombre de la ley (de la ley de la moneda).

El ministro ha desistido ante tal actitud. Y ha hecho bien. No fueran los abogados, rencorosamente, a defendernos la legalidad de la Monarquía.

* * *

El Sr. Ossorio y Gallardo, el papá de su hijo, o el lazarillo de Berenguer, es el paño de lágrimas de los colegiales en prisión.

Parece ser que su gran experiencia de esos líos ha sacado de apuros a más de una víctima de las circunstancias. Como carabina, no está mal.

* * *

El mohatrero Fabián Vidal ha parido una nueva palabra: *Mogatacería.*

Para que rabien los de *Crisol* y vean que él es también un intelectualete.

* * *

Los artículos de Alcalá Zamora son el Folletín de Rocambole —sin Rocambole— o *El Mártir del Gólgota.* Con destino a las porteras y a los guardias civiles que sean vírgenes.

* * *

Serán destruidas las fichas en la Dirección General de Seguridad de los republicanos y socialistas. Nada más. Lo restante del fichero se pudrirá en la... los escondites o el destierro. Para zánganos molestos, ya tiene la República bastante con Maciá y los jesuítas.

(«La Conquista del Estado», nº 11, 23 de mayo de 1931, pág. 2)

El llanto trisemanal de "Crisuelo"

Es sabido que el trisemanario de Urgoiti no es *Crisol,* sino *Crisuelo,* o sea candil, candileja. Sin darnos cuenta, resucita en él un tipo de viejo periódico que creíamos ya rotundamente superado en España. Es el clásico organillo de asalto a las figuras y esferas del Poder, en limosneo de auxilios turbios e inconfesables.

Crisuelo es triste. No consigue interesar a los interesados, y contempla cómo las preferencias de rango siguen a la cara sonrosada del *Sol* naciente. Todo su dolor se precipita en airadísimos comentarios a los éxitos del enemigo, que debe recibir sus propagandas con sonrisas.

Crisuelo anuncia que será pronto diario. Que se aventura a dar el golpe definitivo para conseguir la confianza del Gobierno. Dios le ayude.

(«La Conquista del Estado», nº 11, 23 de mayo de 1931, pág. 2)

NUMERO 12. 30 de Mayo 1931.

España, sangre de Imperio

Una vez debelados los residuos feudales de la Monarquía, hay que ir adelante. Pues España no puede momificarse en una democracia burguesa y parlamentaria

Nuestra idea imperial

En la hora española actual somos nosotros los únicos que destacamos con firmeza el que los propósitos hispánicos de hoy deben y tienen que ser propósitos de imperio. La ramplonería burguesa lo niega, recluyéndose en los recintos mínimos y egoístas que le son propios. Pero un pueblo no puede orientar sus rutas en nombre de lo que convenga o no a un sector o grupo de ciudadanos. Aunque sí, en cambio, deben hacerse posibles los afanes justísimos de todos.

Pero hay sobre todo el hecho indudable de que grandes núcleos hispánicos se inclinan hoy a una estructura federal del Estado. A nosotros se nos considera injustamente como partidarios de un rabioso unitarismo. No hay tal. Lo que sí nos preocupa es la captura de un contrapeso nacional que impida la reclusión de las energías regionales en los pequeños orbes de su vida. Cuando llega el momento de que la unidad hispana comparezca ante las miradas universales y se encargue del timón europeo, será absurdo y criminal que se interpongan las aspiraciones de rango localista, desarticulando la eficacia de nuestro pueblo.

Es, pues, sólo admisible y deseable un Estado federal en España, en tanto se acepte y admita por todos la necesidad de incrementar los propósitos de imperio. Hay muchos espíritus débiles y enclenques que creen que esto del imperio equivale a lanzar ejércitos por las fronteras. No merece la pena detenerse a desmentir una tontería así. Por de pronto, el imperio sería la idea común que adscribiese a los pueblos hispánicos un compromiso de unidad. Pues concedidas las autonomías -aunque, claro es, de régimen administrativo tan sólo-, ¿se nos quiere decir qué contrapeso unitario equilibraría la tendencia a polarizarse en torno a las capitalidades de las regiones? ¿El que representan los intereses económicos comunes? Es insuficiente, porque las corrientes esas fluctúan, y si hoy favorecen una cohesión, mañana pueden favorecer lo contrario. Y no hay que hacer demasiadas llamadas a la Historia, sino llenar a nuestro pueblo de compromisos actuales, fecundos, que tengan su raíz y su fuerza en el presente vivo.

El imperio nace con las diversidades nacionales que obedecen y siguen los fines superiores de un Poder más alto. De aquí que la idea imperial sea la más eficaz garantía de respeto a la peculiaridad de las comarcas.

Ahora bien: España no es un pueblo que viva en torno de su eje, ensimismada en su persona, sino que requiere a la vez otro tipo de preocupaciones. Intervenciones decisivas de rango universal. Debemos recobrar el derecho a que la voz hispánica se oiga en Europa y signifique en el mundo una resonancia vigorosa y fuerte. Todo anda en fracaso por ahí, y España nace ahora con el compromiso de aportar nuevas eficacias.

Fracasa en Europa una concepción de la política, una estructura económica; se baten en retirada los viejos pueblos que tienen ante sí convulsiones ciegas, nacidas en los años que corren, y es España, la reserva de nuestro gran pueblo, quien puede obtener de sí el gesto, el brío y los valores triunfales que se precisan. Terminó ya la vergonzosa dependencia a que la vieja generación condenaba al país, convirtiéndolo en colonia europea, en esclavo sumiso de las culturas germanizantes y sajonas.

Para la realización de todos esos destinos que surgen, España tiene que ir en pos del imperio y acostumbrar su mirada a futuros gigantescos Ahí están nuestros vecinos, los portugueses, sometidos a una tiranía militarista que les deshonra, y, de otra parte, ante un peligro de sovietización. España tiene la obligación de impedir que el noble pueblo portugués sufra ambas traiciones, y debe conducir su política a que Portugal entre en el orden imperial hispánico, ayudándole a desasirse de los poderes que le oprimen. De cualquier índole que sean.

Ahí está la América hispana. Pueblos firmes, vitalísimos, que son para España la manifestación perpetua de su capacidad imperial. Nuestro papel en América no es, ni equivale, al de un pueblo amigo, sino que estaremos siempre obligados a más. Nosotros somos ellos, y ellos serán siempre nosotros.

La reaparición marxista

Sólo la depresión y la pereza que caracterizan a los últimos diez años aclaran esa aparente victoria marxista que hoy se denuncia. Todos los señoritos de cerebro enclenque descubren ahora la facilidad marxista y le entregan sus entusiasmos. El fenómeno es curioso, y confirma lo que siempre presumimos desde nuestro primer contacto intelectual con Marx: Que su entraña, ideología y afanes son específicamente burgueses. En efecto: se trata de una mediocre concepción de la Historia que confiere una pedantesca primacía a dos o tres intuiciones elementales. Poco importa, en realidad, esta o aquella idea de la Historia, y ello no habría traspasado el orbe de las cátedras de Filosofía si no se hubiese tenido la habilidad de añadirle unas cuantas consecuencias sociales de tipo revolucionario. Que ciertas masas obreras tragaron como un anzuelo.

Hoy advierte el más miope que las filas socialistas contribuyen al estancamiento burgués, son las más fieles guardadoras de las libertades políticas, esas libertades que a nadie benefician, sino a los burgueses. Los núcleos más inteligentes y aptos de la burguesía iban comprendiendo ya la necesidad de una movilización revolucionaria que liberase a nuestro tiempo de las ineficacias del tuberculoso siglo XIX. En tal coyuntura, los partidos socialistas -burgueses retrasados- reavivaron las gestas demoliberales, reconociendo como meta la anacrónica batalla del viejo siglo. Hoy los socialistas son liberales de izquierda, no otra cosa, y han perdido en absoluto la capacidad revolucionaria. Es la época en que el marxismo cautiva la atención de los señoritos perezosos.

Marxistas y burgueses son hoy el enemigo para los que centramos nuestra actuación política y social en estas dos únicas cosas: Prosperidad del pueblo, esto es, liberación económica del pueblo, y grandeza nacional, esto es, expansión imperial de España.

La ponzoña marxista destruye los afanes hispánicos del pueblo, desvirtúa la peculiaridad popular y ha traicionado las esperanzas sociales del proletariado. Los burgueses, de otra parte, impiden una estructura justa de los valores económicos y no reconocen como imperativo de la raza la tarea heroica y nobilísima de forjar una grandeza nacional. El egoísmo de los burgueses y la traición de los marxistas son hoy los responsables de la crisis hispánica.

El marxismo es extranjero e introduce en las sagradas fidelidades hispánicas el morbo de la deslealtad, de la traición y del error. Nuestro pueblo va a hacer hoy su Revolución, y debe impedir que se filtren en los recintos superiores las impurezas extranjerizantes. Nosotros somos nosotros, sangre de imperio y de fuerza. Para que las masas proletarias de España consigan la liberación económica a que tienen justísimo derecho, no es imprescindible que desprecien el espíritu de su país y se entreguen con vileza a los extraños. En este sentido, nos parecen de una honradez y una fidelidad más respetables -salvando, claro es, las radicalísimas diferencias que nos separan- las fuerzas de los Sindicatos únicos, que muestran cierta simpática inquietud por destacar la peculiaridad hispánica.

El marxismo reaparece ahora en los señoritos. En forma de frivolidad y de vaga literatura. Perturbando y desestimando las características grandiosas de nuestro pueblo. España debe levantarse airada contra estos traidores que interceptan la realización de nuestras glorias. Nos venden al extranjero, consumando la definitiva decadencia hispana, a base de rechazar, desacreditar e impedir las posibilidades históricas que se nos ofrecen.

Después del triunfo de la Revolución rusa de octubre, el marxismo maneja unas eficacias peligrosas. Ya no es sólo el vago extranjerismo de una cultura antinacional, sino que ahora, con los soviets, es el influjo concreto de un pueblo que enarbola su triunfo para introducir en los demás pueblos su peculiarísima originalidad revolucionaria. Todos los partidos comunistas que hoy existen en Europa están constituidos por minorías de descastados, infieles a la conciencia popular de su país, satélites del mundo ruso que les sugestiona y arrebata. Se impone, pues, en España, la tarea de organizar un actualísimo frente antimarxista que garantice y logre en las horas difíciles por que atravesamos la absoluta y rigurosa fidelidad nacional.

Ese frente no puede estar informado por un espíritu burgués. La burguesía no dispone hoy de vitalidad suficiente para impulsar la nueva era que se abre ante nosotros. Es de suponer que los hijos de los burgueses, llegados a la responsabilidad política con un repertorio de ideas y de actitudes muy diferente al de sus padres, restauren el auténtico espíritu creador que necesitamos. Pero es imprescindible también la colaboración proletaria. La lucha de clases es suicida y perturbadora. Y, claro es, que no puede desaparecer a cambio del predominio burgués. Hay que incorporar al proletariado a las supremas tareas nacionales y llevar su representación y su criterio a los puestos más altos.

Un pueblo no puede nunca poner en litigio su personalidad y su cultura. Tal cosa equivaldría a una aspiración a ser esclavizado. Los comunistas quieren hoy que adoptemos el patrón bolchevique y que nuestro pueblo reconozca como cosa propia las creaciones, las metas y las fórmulas -todo ello, sin duda, muy magnífico- que el pueblo ruso creyó algún día conveniente para sí. Hemos, pues, de leer los mismos libros, destruir las mismas cosas y entonar las mismas canciones que ellos. No ponemos en duda que el pueblo ruso se haya salvado gracias a su Revolución de octubre. Lo que sí impediremos, con nuestras propias vidas, si es necesario, es la pretensión traidora y vil de destruir la potencialidad hispánica, de reducirla a cenizas injertándola en Moscú. De ahí nuestro pasquín diario de que los comunistas deben ser considerados como traidores a la Patria.

Ahora bien: la otra vena marxista, la evolutiva y cobarde del socialismo, hace y pretende las mismas cosas en nombre de un internacionalismo bobo. Pero es menos peligrosa su actividad, porque, como antes dijimos, carecen de vigor y de fuerza revolucionaria.

La acción en Cataluña

Desde que llegó la República estamos empeñados en el compromiso firme de luchar contra la Cataluña de Maciá. No, pues, contra Cataluña. El señor Maciá convocó su Asamblea, que elaborará y traerá a Madrid un Estatuto. Podemos estar tranquilos. Esa Asamblea no representa a Cataluña y carece del mínimo de autoridad que se precisa para impetrar la aprobación de las soberanas Cortes constituyentes. Al ponernos frente a Maciá, lo hemos hecho por doble motivo. Uno es que su historia y sus propósitos denuncian en él con toda claridad el vivísimo deseo de originar la desmembración de la Patria. Siempre ha sido un conspirador vulgar contra España, al que antes de ahora debió castigarse de modo ejemplar. Pero otro motivo de que disponemos es que Maciá y su núcleo representan el sector más invalioso y absurdo de Cataluña. Poetas melenudos, gente anacrónica, sin idea ni sentido de las vigencias de nuestro tiempo. Desde hace diez años podía advertirse en Cataluña la inquietud de una generación nueva, nacida, sí, en contacto con aspiraciones de tipo regional, pero a la vez formada en una disciplina de responsabilidad y de eficacia más altas.

Maciá, que es un pobre anciano soñador, no pudo interesar nunca a esas juventudes valiosas, y hoy se rodea de los elementos más ingenuos e impreparados de Cataluña, los que gritan y dirigen miradas a la luna decimonónica. Nosotros nos entenderemos con los grupos y personas de Cataluña que se sitúen en nuestro siglo y vean el mundo en sus dimensiones exactas, sin alterar las perspectivas. Invitamos a estos núcleos de posibles dialogadores a que decidan una acción en Cataluña que les evite -y nos evite- las molestias que supondrá para todos el hecho de que no podamos entendernos.

Maciá es el obstáculo. Y con él, claro, los catalanes cucos que van y vienen. Esperamos que surjan en Cataluña gentes robustas que sepan liberarse de ellos. Aquí se les ayudaría, otorgándoles la confianza hispánica y la seguridad de que su problema había de resolverse bien. Necesita para ello el resto de España la garantía de que Cataluña, en vez de seguir rutas fracasadas y orientaciones viejas, busca, como nosotros, el pulso de este siglo.

(«La Conquista del Estado», nº 12, 30 - Mayo - 1931)

El radicalismo de esto o de aquello

Un Congreso divertido

Se celebra estos días en Madrid el Congreso de un partido político. Parece que los congresistas no se entienden ni están de acuerdo en nada. Se repite allí un poco lo de nuestro Gobierno provisional. La Prensa da la noticia de las discusiones tremendas que se originan, de tal cariz algunas, que el hecho de producirse en el seno de un grupo político homogéneo no se lo explica nadie por ahí.

El tal Congreso es el del *Partido republicano radical socialista*. Hay que fijarse bien en el nombre, porque él nos facilitará la clave de todo. Hemos hablado con algunos partidarios, asistentes al Congreso de ahora, y a los cinco minutos nos lo explicamos todo.

Acontece que ese partido es un curioso engendro del equívoco. Lo nutren afiliados de las tendencias más diversas, pues cada cual interpretó a su gusto la significación del partido, copia dominical del partido francés de Herriot.

Hay en él burgueses de la izquierda, socialistas de la derecha, templaditos, socialistas revolucionarios, radicales, marxistas de todos los colores, y algunos bastantes comunistas de bonísima fe. Además, claro, el gran número clásico de gentes que ni saben lo que quieren ni lo sabrán nunca.

Alguien dirá que cómo es posible que un mismo programa y un mismo nombre albergue tal variedad de catecúmenos.

Nosotros vamos a aclarar el enigma. Pues nos llegan a diario lamentaciones y frases de ingenuos afiliados de las provincias.

Como es sabido, la tendencia exacta del grupo político que acaudilla don Marcelino es la de un partido burgués de izquierda, con admisión de alguna que otra cosilla de sabor socialista. Ahora bien; el nombre de radical socialista hizo creer a un buen número de ingenuos que de lo que se trataba era de una tendencia socialista extrema, más allá del socialismo de la Casa del Pueblo. Esto es, socialismo radical.

El guirigay de los congresistas se explica, pues, perfectamente. Se trata de unos enemigos políticos que se encuentran juntos por pura burla.

Sobre este extremo, nosotros recibimos a diario cartas estupendas. Algunos grupos procedentes del radical socialista se han afiliado a LA CONQUISTA DEL ESTADO, y hemos podido comprobar lo que antes dijimos. Por eso nos sonreímos con el espectáculo congresístico de ahora. Pues estamos en el secreto. Un secreto de mosaico. Una torre de Babel. El bilingüismo de don Marcelino.

(«La Conquista del Estado», nº 12, 30 - Mayo - 1931)

¿Se retiran los japoneses de la Manchuria?

Los japoneses retroceden en la Manchuria

Una insinuación parecida habría sido acogida, hace dos años solamente, con una sonrisa de incredulidad. Hoy día, el hecho es lo suficientemente patente para ser proclamado, inclusive en la Prensa francesa. Y es sabido que, en materia de asuntos extranjeros es la peor informada.

En consecuencia, los vencedores de 1905 vuelven a perder, a toda prisa, las ventajas de una «decisiva victoria» -de veinticinco años fecha-. Los Tratados caducan en menos de un cuarto de siglo.

¿Por qué los japoneses se ven despojados, poco a poco, del más bello de sus feudos en China?

Las razones son concurrentemente políticas, demográficas y diplomáticas.

Políticas, en primer término. El Gobierno instalado en Tokio es, desde hace dos años, un Gobierno de izquierda, bastante análogo a los liberales ingleses. Los Gobiernos de izquierda son, por definición, opuestos a las aventuras coloniales. La ocupación japonesa en Manchuria es una expedición colonial que cuesta cara y reporta poco.

Razones demográficas, además. El Japón, como todo el mundo sabe, tiene un excedente de un millón de nacimientos por año. Encontrándose ya superpoblado el archipiélago, es preciso encontrar tierras libres para las colonias niponas. Desgraciadamente, el japonés adolece de una constitución física más bien frágil. Y la Manchuria está dotada con uno de los climas más espantosos del mundo. Siendo tórrido el verano, es glacial el invierno. Los súbditos del Mikado se abrasan o tiritan. Se cuentan como fenómenos los que permanecen y consiguen un puesto. Oficiales, funcionarios, industriales y banqueros, sí. Comerciantes, imposible, a causa de la competencia china. Obreros, campesinos, prácticamente, cero.

Además, el Japón, como país pobre que no puede colonizar con dinero, se ve precisado a colonizar con hombres. Sin embargo, desde el Tratado de Portsmouth, la prueba está hecha: *Una colonización de Manchuria por las masas japonesas es imposible*. El ciudadano del Sol Poniente es

valeroso. No retrocede jamás ante los cañones; pero aquí el adversario es mucho más peligroso: se llama el termómetro.

Razones diplomáticas, para terminar. Después de la muerte de Chang-So-Lin, asesinado en su tren especial por agentes japoneses, o, al menos, por individuos deseosos de agradar al Japón, la situación ha cambiado mucho en China. El clan nordista de los Fen-Yu-Siang y de los Yen-Si-Chan ha fracasado en su proyecto de establecer en Pekín un Gobierno contrario al de Nankín. Chang-Sue-Tiang, hijo de Chang-So-Lin, ha hecho fracasar, de acuerdo con el presidente Chan-Kai-Chek, esta veleidad de guerra civil.

La parte esencial de China se encuentra unificada bajo la autoridad del Kuo-Min-Tang. Los hijos del cielo, convertidos en nacionalistas, se comprometen a no ceder fragmentos de su territorio a «los demonios extranjeros», inclusive si son amarillos. Contra el Japón se han decidido a aplicar el método más feroz. Su fuerza, hasta ahora, residía, en el ferrocarril transmanchuriano. Pues bien, se construirá una vía férrea exclusivamente china, que conducirá de Pekín al Transiberiano sin utilizar los vagones japoneses. La suerte está echada. Las locomotoras chinas han llegado a Sitsikar, cerca de la frontera rusa. *Tokio ha perdido*.

Lo que parece curioso es ver a los chinos construir una vía férrea, cuando hasta ahora sólo han sido capaces de demolerlas. Para un observador, tan siquiera un poco perspicaz, aquí hay un enigma. Alguien debe manejar los bramantes del guiñol manchú. No creemos que sea Rusia; sus devociones por el Extremo Oriente se han extinguido por una temporada desde la deportación de Borodín. Pero hay financieros detrás de Nankín, nacidos a la sombra de Wall Street. Cuentan en Pittsburg con mucho material ferroviario por colocar. Así se explica toda una política.

Sin ruido, la diplomacia secreta prepara la guerra allá lejos. El conflicto japonés-americano se dibuja con precisión. Nadie habla de esta región de la tierra. Los durmientes con monóculo del muelle lo ignoran, entre tantas otras cosas.

El gran océano no será por mucho tiempo llamado *Pacífico*.

(«La Conquista del Estado», nº 12, 30 - Mayo - 1931)

Meteoros. Águilas y angulas

De vivir ahora mi paisanita Marianita Pineda, y siendo tan joven y tan zalamera o tan intrépida como en 1831, de seguro que el señor ministro de Justicia no hubiera podido empapar sus barbas doctorales de llanto liberal, ni el comandante Franco hubiera podido requebrarla románticamente desde las alturas.

Mariana sería una presa de la calle de Quiñones. Esto es, de la cárcel celular de mujeres. Yo sé que entonces nuestro común paisano *Fabián Vidal* no le dedicaría versallesco las páginas de *La Voz.* Que acaso redactase un fondo apocalíptico sobre la mogatacería de la hembra comunista... Porque, señores, yo siento muchísimo decirlo, pero Marianita Pineda, de vivir ahora y de estar mochales por algún perillán, sería nada menos que comunista. Coinciden los festejos de su centenario con la detención de la señorita Encarnación Fullola. A nadie se le habrá ocurrido enaltecer en la persona de la Fullola el espíritu de la Pineda. Y es que la gente confunde una revolución por amor con la revolución por un escaño del Congreso, y a la Marianita se la ha glorificado con el mismo criterio ramploncete de celebrar el triunfo de unas elecciones.

No debe permitirse la injusticia de piropear con retórica bastante barata a la Pineda y encerrar bajo siete llaves a la Fullola. Ambas se entregaron a faenas absurdas para la opinión contemporánea. La granadina bordaba una bandera sin permiso de la previa censura de Pedrosa y suspiraba por Álvarez de Sotomayor (no es nuestro amigo sindicalista de la calle de San Marcos). La comunista del radio de Madrid, en vez de irse los domingos al cine, se ha marchado a conspirar a los desmontes. No sé si también entre suspiros.

Señorita Fullola, conténtese con mi presente elogio, modesto y trivial. Usted se ha merecido una gran recompensa por parte del Gobierno. Ya que su actuación política significa el anhelo y el fervor

ascéticos de las mejores heroínas de España. Pero desdeñe el homenaje oficial y póstumo de mañana, pues tal vez dentro de un siglo usted será considerada como una deportista de la F.U.E. y reverenciada entre Callejo y Tormo. Los dos mártires de la enseñanza.

* * *

Torrubiano Ripoll, que sabe demasiado de órdenes religiosas, no quiere a Chapaprieta. Suponemos que le recriminará su falta de votos necesarios para ingresar en un partido político republicano que tiene algo de disciplina de convento. Claro es que nos referimos a los votos de pobreza, castidad, obediencia, etc., etc.

Chapaprieta es un intemperante. Chapaprieta es un díscolo. Chapaprieta ha negociado con D. Santiago Alba... Chapaprieta ha sido recusado hasta por el ex ciervista Azorín. ¡Pobre Chapaprieta! Si no tuviera tanto empeño D. Niceto y Maura con tenerle consigo, nosotros le entregaríamos la dirección de nuestras jóvenes falanges.

En esta hora de puritanismo chabacano. Adelante, Chapaprieta, en su celestineo con las mariposas monárquicas.

* * *

Alabemos, no el arrojo, sino la prudencia de Los sin Dios. A Dios hijo lo negó hasta San Pedro. Pero nadie se ha atrevido en España a meterse con la Virgen María, y ellos tampoco se deciden. Aquí, hoy, que el mismo Alcalá Zamora se arriesga a disgustarse con el Nuncio, respetar —como *Los sin Dios*— la tradición de nuestro país de la Santísima Virgen María —es un rasgo de profundo conservadurismo que elogiamos— sí señor, elogiamos y ofrecemos a la redacción de *El Debate.*

No nos gusta ser crueles con los ancianos. Además, Don Melquíades es un benemérito de la Patria. Debemos agradecerle que no nos gobernara y que conserve su virginidad de hombre de Estado en lo sucesivo. Su discurso del Palace valió mucho menos que el menú, y el menú bastante menos que las 30 pesetas.

Fue un acto incongruente. Convocar a un banquete donde el anfitrión no come. Cerrar las ventanas. Regalar un puro. Pedir otra vez la secularización de los cementerios. Y luego sincoparse antes de insultar a Maciá.

¡Vaya, vaya con los consejitos de Royo Vilanova!

* * *

El último alarido de moda son los pistoleros. Ya se oye en los cabarets lujosos. —Negro, cómprame un Pallás. —Tu Tarragó es más chulín que mi Feced.

¿Quién habría de decirlo? Después de algunos años, la actualidad más cobeada y apasionante de los periódicos son los muertos de Barcelona y los vivos de la frontera.

* * *

¿Qué simiente tendrán los mítines proletarios no socialeros que, cuando se celebran con República o con Monarquía, brotan en seguida a su alrededor las parejas de la Guardia de Seguridad a caballo?

* * *

Zulueta, que, conoce la mansedad evangélica mejor que el Pontífice, ha sido recusado por el Vaticano. Parece ser que allí estorban los santos que no sean de palo. Y Don Luis es de mazapán de Toledo.

* * *

Dicen que los palatinos quisieron linchar vengativamente a Romanones la tarde del 14 de abril. Mentira. Fue tan sólo el afán de llevarse como mascota cada uno un cachito del Conde al destierro. Para entrar en Francia con buena pata.

* * *

Confiesa Unamuno, y se esperaba con expectación estética, la revolución de los muchachos del Ateneo, y que la revolución no llegó sino el guirigay.

Don Miguel confundía, sin duda, todo aquello con el Teatro Martín; sin saber que los jóvenes ateneístas no sirven ni para enseñar las pantorrillas.

* * *

El buen burgués se asusta de que la nafta que vamos a gastar venga de los bolcheviques. Pero en cambio, le trae sin cuidado que nuestro hierro, nuestro cobre y nuestros teléfonos sean del yanqui, del inglés o del belga.

* * *

Los jesuítas que espantaron las hogueras del lunes rojo han comenzado a volver a Madrid. Ahora toman la forma de mosquitos. Después vendrán de diputados constituyentes.

* * *

A unas elecciones *rabiosamente sinceras* seguirán otras brutalmente neutrales (palabras de Maura). Dentro de poco ya sabremos quién es el bruto que rabió.

* * *

La revolución comenzada en Jaca se prosigue en los restaurantes céntricos. No faltó el concejal y gastrónomo señor Sánchez Román.

Padre nuestro, que estás en los cielos. ¿Cuándo dejará de girar la Historia de España en torno de unas barrigas satisfechas?

* * *

Salvatella, de comisario en Marruecos, es lo mismo que Casares Quiroga en Marina. ¡Ande la Orga, o ande la órdiga!

(«La Conquista del Estado», nº 12, 30 de mayo de 1931, pág. 2)

Las reformas del Ejército

Cuanto hace y dice el Sr. Azaña es de primordial interés. El tiene hoy en sus manos una de las más delicadas cuestiones, la que atañe a la defensa nacional, y en él tenemos fijos los ojos cuantos deseamos para España una eficiencia militar lo más perfecta posible. El señor Azaña no ha hecho hasta aquí cosa alguna que permita sospechar sus propósitos de fraguar la indefensión de nuestro pueblo. Al contrario, todos sus decretos cantan el deseo de crear un Ejército robusto, eficaz y valioso. He aquí por qué sus últimas reformas, a base de reducciones implacables, no deben preocupar a nadie. El ministro insiste en que persigue, no la destrucción del Ejército, sino su creación y su eficiencia ejemplar. Debemos creerle.

Hay pues, que esperar el fin de las reformas, y juzgar luego el grado de eficacia lograda. Hoy nos limitamos a apuntar que a una cuestión así no puede ser encomendada la creación de popularidades más o menos fáciles. Todo cuanto afecta a la defensa nacional escapa al influjo y al control de las multitudes, que carecen de información y de visualidad suficiente para un juicio grave y decisivo.

Ahora bien: un periodo revolucionario obliga a un pueblo a centrar su atención en sí mismo y desentenderse como preocupación inmediata de cuestiones de otro orden. Además, el Ejército puede pretender desviar la ruta revolucionaria, su fidelidad popular, y esto hace que hoy se le advierta con algún recelo. Ello es inevitable; consecuencia de quince años de intervención perturbadora.

Toda acción política por parte de los elementos armados es inmoral, y debe suprimirse. Pero el Ejército tiene derecho a que no se le escatimen los medios para lograr el máximo poderío guerrero. El señor Azaña parece pensar de este mismo modo, y a sus reformas no hay que oponer ningún género de reservas. Mas, no obstante, ¡atención!

(«La Conquista del Estado», nº 12, 30 de mayo de 1931, pág. 2)

NUMERO 13. 6 de Junio 1931.

Se desmorona el régimen liberal-burgués

La candidez demoliberal

Hay una segunda elocuencia, no sujeta a errores, que aparece con rotundidad inexorable cuando la elocuencia farisaica de los hombres traiciona a la verdad política: es la elocuencia de los hechos. En nuestro magnífico siglo XX, hay multitudes reaccionarias que rechazan la fisonomía singular de los nuevos tiempos. Pero en el orbe económico y político de las sociedades, las equivocaciones que surjan se pagan bien pronto en moneda de catástrofes.

No es hoy posible en ningún país del mundo la vigencia ortodoxa de un régimen liberal burgués, y sólo en pueblos de excepcional flexibilidad democrática cabe creer que persista un artilugio así. En los pueblos que después de todo lo crearon, con sangre de revolución y dolores de martirio. Es el caso de Francia y, un poco también, el caso de Inglaterra. Los dos países más lejanos de representar hoy el espíritu del siglo.

En España, una pseudorrevolución -pues la verdadera aún no se ha hecho- triunfante pretende que vivamos las horas fracasadas de Europa. Sin pena ni gloria. Equipar hoy a un pueblo con traje político demoliberal es condenarlo a zozobra perpetua, a que en él se concentren todas las ineficacias.

No disidencias, sino unanimidades, es lo que reclama la civilización de ahora. Pero lo contradictorio del liberalismo burgués es que necesita él mismo de una previa unanimidad. Coactiva y forzosa. La de que todos los grupos e individuos aprueben pacíficamente las decisiones que acuerden las mayorías. Basta la exclusiva actuación revolucionaria de algunos núcleos poderosos, que vivan al margen del acuerdo democrático, sin intervenir en su elaboración, para que las instituciones y los poderes renuncien a la practica liberal, si quieren subsistir.

Hoy la disidencia es disidencia armada, violenta, pues circulan por el mundo nuevas profecías que ponen en circulación entusiasmos recios. Está todo en crisis, y ello hace que surjan las capacidades revolucionarias, siendo natural que no se conformen con protestas líricas en los Parlamentos.

He aquí la legitimación de la violencia, a la que nos referíamos días pasados. Sólo la fuerza absoluta puede lograr la unanimidad que se invoca. Las rutas que consigan movilizarla son las verdaderas. Nada, pues, de respeto a las viejas formas demoliberales, ancladas en un retraso de cien años.

Dos meses de ligera vigencia del sistema han desmoronado ya las arraigadas convicciones de muchos. El liberalismo burgués se hundirá sin remedio, al más leve contacto de la protesta revolucionaria auténtica. Unos u otros le torceremos el cuello como a una supervivencia bobalicona. La candidez burguesa se encontrará un buen día con que todo se derrumba a su alrededor: economía, riqueza, cultura, entusiasmo del pueblo. Y otras multitudes, fieles a otros mitos de más entrañable calidad, dictaran su ley.

Una gran parte del pueblo vive hoy en el engaño. Pero no todo el pueblo. Existen vigías y existen organizadores atentos, que no tolerarán los fraudes. Despreciamos la lucha parlamentaria, y obligaremos a los diputados burgueses a salir de sus escondrijos nublando sus ojos con el resplandor victorioso de las bayonetas. Eso es lo que hay que hacer, y pronto, durante las primeras jornadas parlamentarias que se avecinan.

Profecía admirable de Ángel Pestaña

La democracia burguesa, dijo a un periódico este gran camarada sindicalista, no tiene ya nada que hacer. Esa es nuestra creencia desde el primer día, y por eso somos antiliberales y antiburgueses. Las palabras de Pestaña demuestran también que los sectores del proletariado son más sensibles que otros para percibir la verdad social y política de estos tiempos, y viven en más cercano enlace con la eficacia del siglo XX que los núcleos burgueses de la izquierda, de la derecha y del centro.

Ángel Pestaña habla en nombre de una fuerza obrera de indudable vitalidad. Y con afanes revolucionarios absolutos. Su verdad es legítima frente a la concepción mediocre que hoy triunfa, de burgueses arcaizantes que adoran las ideas, los gestos y los mitos de sus abuelos.

España sólo se salvará rechazando la blandura burguesa de los socialdemócratas y encaminando su acción a triunfos de tipo heroico, extremista y decisivo. Es necesario que lleguen a nosotros jornadas difíciles para utilizar frente a ellas las reservas corajudas de que dispone el pueblo hispánico en los grandes trances.

Las fuerzas sindicalistas revolucionarias se disponen a encarnar ese coraje hispánico de que hablamos y a actuar en Convención frente a los lirismos parlamentarios de los leguleyos. Hay, pues, que ayudarles. En esta batida fecunda contra los pacatos elementos demoliberales de la burguesía, les corresponde el puesto de honor y la responsabilidad de dirigir el blanco de las batallas. Todos los grupos auténticamente revolucionarios del país deben abrir paso a la acción sindicalista, que es en estos momentos la que posee el máximum de autoridad, de fuerza y de prestigio. A ella le corresponden, pues, los trabajos que se encaminen a la dirección de un movimiento de honda envergadura social. No a las filas comunistas, que venden a Moscou su virginidad invaliosa. El sindicalismo revolucionario está informado por un afán fortísimo de respetar las características hispanas, y debe destacarse como merece este hecho frente a las traiciones de aquellos grupos proletarios que no tienen otro bagaje ideológico y táctico que el que se les da en préstamo por el extranjero.

La democracia burguesa nos lleva a algo peor que a la catástrofe. Nos conduce a un período de ineficacias absolutas. Parece que hay derecho a pedir que nuestro pueblo entre en el orden de vigencias que constituyen la hora universal. Un régimen liberal burgués es la disolución y el caos. Si la sociedad capitalista no tiene suficiente flexibilidad y talento para idear e imponer un anticapitalismo como el que nosotros pedimos, debe desalojar los mandos y entregar sin lucha sus dominios a las nuevas masas erguidas que los solicitan. Pues, ¿qué se cree? Sería, desde luego, muy cómodo que los que discrepamos de modo radical de las estructuras vigentes nos aviniéramos a una discusión parlamentaria y libre. ¡Oh, la libertad!

La declaración escueta y terminante de Pestaña, negando beligerancia y posibilidades a la pimpante democracia burguesa de que disfrutamos, nos llena de optimismo y de alegría. Por fin, será posible articular en España una acción eficaz que busque dar en el blanco exacto.

Nosotros ayudaremos al sindicalismo revolucionario, y lo proclamamos, hoy por hoy, el único capacitado para dirigir un ataque nada sospechoso a las instituciones mediocres que se agruparán en torno a la política demoliberal de los burgueses.

El Estado colectivista. Ni un día más la lucha de clases

Contra lo que es corriente que se diga, el pueblo español tolera, admite y agradece una articulación social de tipo colectivista. Se ha exagerado mucho la tendencia anárquica de nuestro pueblo, presentándolo como el más individualista del mundo. No hay tal. La tradición hispánica está llena de fecundos ejemplos, a base de comunidades, corporaciones, concejos, en los que la entidad superindividual adquirió un magnífico desarrollo.

El fracaso del Estado liberal conduce a una política que destaca como entidades más simples a los organismos sindicales. Estos disponen el control de unos fines que escapan a las posibilidades del individuo. Fines que es imposible dejar sin realización si se quieren conseguir las máximas eficacias de nuestra época.

El Estado liberal proporciona al burgués unos privilegios de tal índole, que convierten al Estado en el auxiliar poderoso de una clase. Consecuencia de ello es la protesta proletaria, replegada asimismo en un orbe de clase, que mantiene con los burgueses una batalla perpetua. Ello redunda en anomalías económicas y en trastornos sociales que privan a nuestro tiempo de emprender conquistas más altas.

La lucha de clases sólo puede desaparecer cuando un Poder superior someta a ambas a una articulación nueva, presentando unos fines distintos a los fines de clase como los propios y característicos de la colectividad popular. Es decir, se hace necesaria la desaparición de las clases como núcleos que disfrutan unos privilegios determinados, y su substitución por organismos que garanticen una justicia distributiva de la producción.

Ello trae consigo un radical abandono del concepto clásico de «propiedad privada». Mientras se adscriba al individuo como un aditamento sagrado un dominio absoluto de las riquezas, nada será posible hacer. De ahí que surja la necesidad de que los fines de la producción superen las conveniencias individuales y se conviertan en objetivos de pueblo. Las economías privadas dejan, pues, paso a las economías nacionales, y éstas alcanzan una prosperidad segura sometiéndolas a disciplina de esfuerzo y de sistema.

Pero hay más. Nuestra época posee desarrollado en alta escala el sentido republicano de colectividad, de pueblo. República, en rigor, quiere decir fondo popular, nacional, de toda empresa pública. Está ya, pues, ganada la primera fase del nuevo Estado postliberal que se precisa. A su vera hay que plantar la eficacia sindical, corporativa, presentándola como garantía de cumplimiento social.

Las clases que hoy existen no reconocen nada fuera de ellas mismas. En su interior residen sus propios fines, y de ahí que todos los poderes que adviertan los ambicionen y acaparen. En ese aspecto, todas las clases encierran un vicio radical de exclusividad que hace de ellas poderes monstruosos y nocivos para los intereses del pueblo. A la postre, una clase u otra impera a la defensiva en un momento dado y secciona las ambiciones del pueblo, obligándole a limitar su esfuerzo en la consecución, gota a gota, de sucesivos avances.

Esto ha podido ser en un tiempo inseguro, en que hacían crisis las instituciones y no se veían muy claras las perspectivas políticas que proporcionaba la nueva realidad popular. Hoy ya es distinto. Tan sólo no ve aquel que se esfuerza en taparse los ojos. O se abre paso a la nueva política de tendencia colectivista y férreamente disciplinada, o al predominio de una clase sucederá el predominio de la otra, con las mismas incertidumbres, las mismas deslealtades al espíritu, y, por último, las mismas ineficacias.

Urge, pues, plantear las bases ofensivas de la nueva política que interprete el afán popular y encadene de modo unitario las aspiraciones culturales y económicas de nuestro tiempo.

Las corporaciones, los sindicatos, son fuentes de autoridad y crean autoridad, aunque no la ejerzan por sí, tarea que corresponde a los poderes ejecutivos robustos. Pues sobre los sindicatos o entidades colectivas, tanto correspondientes a las industrias como a las explotaciones agrarias, se encuentra la articulación suprema de la economía, en relación directa con todos los demás altos intereses del pueblo.

El asalto decisivo

La conquista del Poder por las fuerzas antiburguesas no debe, pues, tener el sentido de una suplantación de clase. Nosotros disentimos en esto de los camaradas exclusivistas que incurren en el mismo pecado burgués reclamando una dictadura de la «actual» clase proletaria. No hay fecundidad ni futuro efectivo para nosotros si no se logra descubrir en los horizontes unas finalidades distintas a las que hoy concentran la atención de la burguesía.

La hora española es magnífica para iniciar una urgente y rápida acción revolucionaria antiburguesa. Repetimos la exactitud de la frase de Pestaña a que antes hicimos alusión. En pleno fracaso y abatimiento la última fórmula de la burguesía decadente, que quiere detener con ofertas risibles la avalancha nueva. Hace setenta años era, sin duda, una gran conquista el logro del sufragio universal, de las discusiones parlamentarias y de la secularización de cementerios. Hoy nos parecen migajas anacrónicas, fraude revolucionario inservible.

Apetecemos el dominio de la producción y de la cultura. Los resortes de prosperidad auténtica, hoy arrebatados por mentes invaliosas que birlan al pueblo el disfrute máximo de la civilización del siglo. Dentro de muy poco, el régimen demoliberal llamará a la concordia parlamentaria, cantando las excelencias de la libre discusión, del charlatanismo y de la mugre burguesa. Hay que rechazar de plano esas ofertas y reunirse en Convención acusadora y rebelde las fuerzas que postulen la Revolución. No importa cuál sea ésta. A la postre, en los minutos revolucionarios predominará la más exacta interpretación popular, pues lo que se pide es la colaboración corajuda del pueblo, que en trance de victoria y de muerte no consentirá influjos ni copias de extranjería. Un poco de optimismo y de fe en el pueblo hispánico autorizan a tener optimismo y fe en los resultados finales de la Revolución.

El asalto guerrero al Poder debe, pues, articularse del modo que mejor logre la eficiencia revolucionaria. La acción debe ser rápida e intuitiva, pues dudamos atraviese un régimen minutos tan abatidos y débiles como el actual en esta hora. La fe y el optimismo de que antes hablamos nos garantizan que España obtendrá de la Revolución -que no debe ser ni blanca ni roja, sino hispánica simplemente- la eficacia nacional por que clama desde hace tantos siglos.

(«La Conquista del Estado», nº 13, 6 - Junio - 1931)

El traidor Maciá persigue a LA CONQUISTA DEL ESTADO en Cataluña

Nuestros lectores de Barcelona nos escriben protestando de que los esbirros del fusilable Maciá impiden allí la venta de LA CONQUISTA DEL ESTADO.

Nosotros, no sólo protestamos, sino que amenazamos. Si es preciso, irán a las Ramblas medio centenar de amigos nuestros a vocear en ellas la verdad hispánica y los criminales propósitos de Maciá y de sus huestes inmundas. Estos amigos no necesitan protección de nadie. No temerán a nada, y ellos mismos se garantizarán su propia defensa.

Y decimos al Gobierno provisional: ¿En nombre de qué poderes persigue Maciá a LA CONQUISTA DEL ESTADO? ¿No dice y afirma el señor Maura que el Poder Central no se ha desprendido de sus funciones en Cataluña?

Nuestro periódico circula legalmente por toda la Península. Si el Gobierno no ampara nuestro derecho a que circule sin trabas en Cataluña, declinamos toda responsabilidad, pues nosotros lo aseguraremos con nuestros exclusivos medios.

Queremos liberar a Cataluña de esa aventura reaccionaria y mediocre a que la impulsa esa minoría traidora, dueña del poder catalán para vergüenza de los hispanos y de los catalanes de alta mirada. Que son los más.

Desde el primer día hemos pedido el encarcelamiento de Maciá y que se aclare la actuación de alguna autoridad militar, sospechosa de transigencias con los separatistas en las primeras horas.

Ni persecuciones, ni sacrificios, ni nada nos impedirá que sigamos la campaña contra los enemigos de la Patria que se esconden en esa Generalitat vergonzosa, mediocre y melenuda.

Y ante el proceder canallesco de Maciá para con nosotros, ¿no caben represalias, comerciantes y consumidores del resto de España?

A la guerra se contesta con la guerra.

(«La Conquista del Estado», nº 13, 6 - Junio - 1931)

Los españoles emigrados

Esos millares de españoles que claman a la puerta de las Embajadas un pasaje gratuito que les reintegre a la Patria, necesitan y merecen atención urgentísima. Pero aquí, fuera de los telegramas de las agencias, nadie se ocupa de ellos.

Nosotros sentimos un dolor profundo ante la infelicidad de esos compatriotas emigrantes. Las calamidades interiores de su país, que todavía padece en esta hora republicana que vivimos, lanzó a esos hombres a tierras de ultramar en busca ciega de venturas problemáticas.

Hay que repatriarlos y hay que reglamentar con eficacia y sentido nacional todo cuanto se relacione con la emigración.

Si nuestro pueblo no estuviera en gran parte embrutecido por tiranías mostrencas y por demagogias disolventes, se mostraría sensible a problemas de la índole de éste que tratamos.

España, con veintiún millones de población, no puede ser un pueblo emigrante. Una política de robusta y sincera expresión nacional no permitiría que todos los años saliesen de España decenas de miles de hombres jóvenes. Pero la emigración ha sido siempre considerada en las alturas gobernantes como una magnífica huida de indeseables. Emigra, en general, aquel que se siente descontento, que pugna de algún modo con la vigencia política o económica del país en que vive, que cree desvalorizadas y rechazadas sus aportaciones.

Ese fermento inquieto que conduce a los pueblos a marchas salvadoras se traduce aquí en ciega, absurda e inmoral ruta emigratoria. Unos arrastran a otros, y prospera en las mentes sencillas el afán del viaje, que para ellos significa camino profético de promisión. Se van así multitudes desarmadas, en

gran parte analfabetas, incubadoras de odios contra la supuesta Patria mediocre, que les equipa con harapos tan miserables.

Los españoles -pocos o muchos- que vibramos ante las gigantescas sombras de las glorias de nuestro pueblo, estamos dispuestos a que en éste, como en otros problemas que afectan al honor nacional, se cambie rápidamente de actitud por el Estado.

En cinco años, por lo menos, no debe permitirse la emigración de un solo individuo. ¡Ah! Pero hay que hacer frente a las consecuencias. El único medio lícito de oponerse a la emigración es el de garantizar en nuestros territorios medios de subsistencia floreciente para todos los españoles que trabajan. Ello es bien fácil. No hay sino cambiar el sistema económico y social vigente por otro más racional y justo.

En general, emigra el español campesino. Los hijos de los pequeños propietarios de tierras, que resultan insuficientes para los nuevos brazos y las nuevas necesidades. Hay, pues, que facilitar tierra y atmósfera propicias a los entusiasmos mozos de los hijos del campo.

Las regiones que dan más porcentaje emigratorio son esas de la pequeña propiedad agraria. Pero en España hay buen medio de impedir esa clase de emigración. Bastará con señalarle las comarcas despobladas, enclavando en ellas la posibilidad económica que necesitan. Haciéndolas feraces por medio de riegos y de las atenciones que la ciencia agronómica señale.

Por hoy no decimos más de esto. Pero hemos de hablar mucho, porque la cuestión afecta tanto al honor como a la prosperidad económica del pueblo. Pedimos una ley inmediata que regule la emigración con un criterio de máxima valoración de los intereses hispánicos.

Y con urgencia, que se repatríe a esos millares de españoles infelices que claman en la puerta esquiva de las Embajadas por un pasaje gratuito que les permita el regreso a la Patria.

(«La Conquista del Estado», nº 13, 6 - Junio - 1931)

Meteoros. Águila y angulas

Don Indalecio Prieto iba para apóstol del Trabajo con hambre, y se ha quedado en estadista del Capital cauteloso. Del que no huye y cabecea como un murciélago borracho, sino del taimado que se queda y crece. Un futuro Millerand. Un próximo Briand, un Laval venidero. Pero nunca un García Cortés. Es un sacrificado. Gobierna para el Conde de Romanones y para el Marqués de Fontalba. Jamás desempeñó su función pública con gusto de los demás. Primero, de Echevarrieta; después, hasta el mismo Sr. Borbón. Fue taquígrafo cuando quería ser concejal y diputado parlanchín, cuando soñaba agitar la calle con barricadas y autor de una famosa nove-lita *El Fiscal,* cuando ni siquiera la escribió ni la cobró. Y luego ha sido ministro de Hacienda por pura chiripa. A ello debe el Sr. Martínez Barrio su cartera de peatón andaluz y el Sr. Borbón sus romerías a través de las Confederaciones hidrográficas.

Pero siempre don Indalecio Prieto se ha adaptado pronto. Sabe recalar con desembarazo el suelo que pisa. Inspira confianza a la gente que no tiene un botón y a la que le sobran los botones. Ayer comió campechanamente con un chauffeur, junto a las encinas de El Pardo. Hoy —ya mayor hombre de Estado— recela de la posible compañía de los sindicalistas en la vetustez de la Cámara jaculatoria. Mañana —¡quién lo duda!— dará su golpecito de 18 Brumario y saldrá orondo y victorioso. Es mucha cabeza la suya.

Es mucha casualidad la que le protege. ¡Oh las medidas fuertes de don Indalecio! La libra se repliega poco a poco en Gibraltar. Pero el mismo Don Indalecio va resultando un ministro de Hacienda demasiado admirable. Admirará bastante todavía. Por esa maravillosa carambola de su destino que le pudo llevar a la Silla Primada de Toledo.

Ya está don Miguel de Unamuno y Jugo hablando de sentido trágico y de dudas y de fe. Ya vuelve a ser nuestro don Miguel de siempre. El que nos hizo ser políticos y apocalípticos. Ya preparábamos una cruzada para rescatarlo. —Un Unamuno que aún vivía— de los leguleyos y de los ateneístas. Pues no nos atreveríamos a imaginar junto al sepulcro de Don Quijote el sepulcro de Don Miguel. Pues

si hubo un Tormo seductor y un Consejo de Instrucción Pública, el Arcángel vence las tentaciones y proclama su hambre de inmortalidad histórica. La que no se sacia con pesetas ni duros afínales. Ya está aquí don Miguel de Unamuno y Jugo y en trance proverbial de profecía. Ya reconoce con nosotros la necesidad pasional y religiosa del bolchevismo ruso, del fajismo italiano, del so-cialnacionalismo tedesco, del americanismo, del sindicalismo anarquista —claro es que faltan en la lista el socialismo de la Casa del Pueblo y el republicanismo archiburgués vigente—.

Porque ese neorrepublicanismo que apunta Unamuno en España que quema conventos y segará cabezas e ideas, es la verdad de nuestra juventud y nuestra generación. Todavía en busca del triunfo.

* * *

Don Alejandro el Magno (a) Lerroux, ha retornado, vencedor de sus conquistas extranjeras. Pero, ¡qué horror! No necesitamos ser la madame hechicera de París para adivinar su muerte próxima. La historia se repite. Los amados de Burgos Mazo mueren jóvenes. En esta Babilonia de la República lo van a apestar los canales putrefactos de la Asociación de la Prensa.

* * *

Ventura Gassol llamó en un discurso a los micrófonos corazones sensibles. ¿Llegarán las metáforas de estas melenas líricas a considerar a Ma-ciá como nieto de Garibaldi? Porque primo ya lo fue.

* * *

Ossorio y Gallardo, ante la derecha liberal etc., siente escrúpulos. ¿Qué vieja beata no los tiene? Pero tal cosa es un pretexto.

La verdad es que D. Ángel es una jamona que coquetea con todos los repúblicos y no se casa con ninguno. Pero que todos le paguen el piso.

* * *

Desde las elecciones del 12 de abril a las del 31 de mayo van, sobre poco más o menos, unos cuarenta días. Los antiguos monárquicos se han apresurado a pasar felizmente esa cuarentena. Ya todos somos unos...

Los gitanos votaron el día 12 por la supresión de la Guardia Civil. La cogida de *Gitanillo de Triaría* es un aviso de que están dispuestos a derramar sangre.

* * *

En adelante no se tratará de blancas. Que es un color borbónico. Pero las *morás* no hay quien se las quite a las tocayas de Venus. También la República necesita de ese pendón para su bandera.

* * *

Largo Caballero habla de las revoluciones normales con el mismo aplomo que pudiera hablar de los partos de nueve meses. Su preñez le llevó al ministerio del Trabajo. Los socialistas deben seguir colaborando. Es muy pronto para el destete.

* * *

Junto a las cotizaciones de la Bolsa de los valores existe la cotización de las cobardías. Baja el miedo al comunismo. Sube el pavor sindicalista. La que no sabe donde quedarse es la U.G.T., y pide mientras tanto a los guardias que se llevan las pistolas.

Noticia de última hora.— Por fin se ha nombrado alto comisario en Marruecos al idóneo republicano D. Juan La Cierva y Peñafiel. Se lleva de asistente al comunista Azorín, de nuevo reconciliado con D. Juan.

(«La Conquista del Estado», nº 13, 6 de junio de 1931, pág. 2)

Souto Vilas de propaganda a Galicia

Nuestro camarada Souto Vilas ha ido a Galicia a dirigir la formación de núcleos campesinos afectos a *LA CONQUISTA DEL ESTADO.*

Tenemos fe absoluta en sus propagandas, llenas de entusiasmo joven y de energía profética. Extenderá por Galicia nuestras iniciativas, y su alta calidad intelectual desvirtuará entre los grupos directores de esa región todas las patrañas que se han difundido allí contra nosotros.

En correspondencias semanales, el camarada Souto Vilas dará cuenta a nuestros lectores de los trabajos que efectúe.

(«La Conquista del Estado», nº 13, 6 de junio de 1931, pág. 2)

NUMERO 14. 13 de Junio 1931.

España, una e indivisible

La urgencia de una ambición nacional.
Se pretende la disolución de la Patria.
Hay que llevar a la conciencia del pueblo el deber de la protesta armada

La frase rotunda

He aquí nuestro grito: España, una e indivisible. Muchos republicanos españoles, tan amantes de la ejemplaridad de la Revolución francesa, olvidan que un grito así salvó a Francia y salvó a la Revolución. Hay que seccionar esa ola mediocre de localismos que hoy satura la atmósfera hispana e instalar revolucionariamente el deber de todos. La vejez cobarde, que hoy es dueña de los ministerios, asiste con apatía criminal a esa forja de decadencias que suponen las propagandas separatistas.

El abandono de las funciones de unidad señala una disolución irreparable. No se concibe cómo un pueblo, en el resurgir victorioso de una Revolución que triunfa, tolera fríamente los zarpazos desmembradores. ¿No habrá un hombre de temple que intuya con genialidad la palpitación del pueblo, hoy encadenada a la falacia de los traidores, y dé la orden de marcha contra los enemigos de la Patria? Porque es preciso que todos se den cuenta de algo, y es que el día en que la amenaza separatista abandone su actual escondrijo y se muestre ahí, ante el pueblo, éste pedirá a cualquiera -entiéndase bien, a cualquiera- que dirija los combates. Aun a costa de una tiranía.

La táctica de la minoría separatista de Cataluña que dirige Maciá es innoble y vergonzosa. Consiste en desorientar al pueblo con declaraciones contradictorias. Con hipocresía pura. A falta de valor y denuedo para sostener con las armas su loca pretensión, inician las tortuosidades que le permitan el ejercicio de un poder coactivo sobre el pueblo. De este modo, lo que hoy son sueños vanos de una minoría se convertirá, provocado por intereses y coacciones, en la voz de la región entera.

Para impedirlo, es urgente desalojar de los puestos directores de Cataluña a los separatistas emboscados y fusilar a Maciá por traidor. Toda la energía que se utilice es poca, si se tiene en cuenta la gravedad de los hechos. Las horas revolucionarias se distinguen de otras por la posible rapidez y eficacia en las intervenciones. Si se permite que adquieran robustez los actuales equívocos, serán luego más difíciles y más sangrientas las jornadas.

Los Estatutos regionales

De los tres proyectos de Estatutos regionales que hoy se elaboran, tan sólo el de Galicia va a ser, en cierto modo, discreto. El de Vasconia, de ingenuidad primitiva e intemperante. Y el de Cataluña, rencoroso, audaz y provisto de todos los gérmenes desmembradores.

La tarea de disciplinar esos Estatutos y la de rechazarlos corresponde a las Cortes Constituyentes. Pero no se olviden las amenazas de Maciá. El Gobierno provisional está en el deber de tomar medidas para el caso probabilísimo de que las Cortes rechacen el Estatuto separatista de los catalanes. Si no lo hace él, lo hará el pueblo, que se encargará de su propia movilización, así como de batir las rebeldías.

Hay que impedir que la disolución de España se lleve a efecto con música de aplausos, obligando a los disidentes a una actuación armada. A nosotros no nos importa la concesión de autonomías administrativas, pues esto favorecería quizá la eficacia del Estado. Pero sí denunciamos que no es eso ni nada que se relacione con eso lo que solicitan y quieren los separatistas. Existe todo un programa de asalto a la grandeza hispánica, al que colaboran los inconscientes de más acá del Ebro en nombre de la turbiedad democrática-burguesa que concede libertades y disuelve pueblos. La política separatista se propone realizar sus fines en tres etapas. Una, la actual, encaramándose a los puestos de influencia en Cataluña y desde ellos educar al pueblo en los ideales traidores. Otra, intervenir en la gobernación de España, en el Poder central, con el propósito firme y exclusivo de debilitar, desmoralizar y hundir la unidad de nuestro pueblo. Por eso decíamos hace quince días, que no hay que prestar sólo atención a lo que los catalanes pretendan y quieran para Cataluña, sino más aún a lo

que pretendan y quieran para España. Su segunda etapa consistirá, pues, en debilitar nuestro ejército, esclavizar nuestra economía, enlazar a sus intereses las rutas internacionales, propulsar los nacionalismos de las regiones haciéndoles desear más de lo que hoy desean, lograr, en fin, que un día su voluntad separatista no encuentre en el pueblo hispánico, hundido e inerme, la más leve protesta.

La tercera etapa, cumplida en el momento oportuno, consistirá en la separación radical.

Este plan lo hemos oído de labios de uno de los actuales mangoneadores de la Generalidad. Es indigno y cobarde. Denota una impotencia ruin, pues si un pueblo desea y quiere la independencia, la conquista por las armas. Pero es que no se trata del pueblo, del magnífico pueblo catalán, sino de una minoría bulliciosa que sabe muy bien no le obedecería el pueblo en su llamada guerrera. De ahí el plan, las tres etapas criminales que antes apuntamos.

España debe batir ese plan, que lleva consigo el propósito de reducir a cenizas la prosperidad de nuestro pueblo. Y hay que batirlo con estrategia. La más elemental indica que conviene acelerar ese proceso y plantear a Cataluña, en estos minutos de optimismo robusto para el pueblo español, por haber destruido el feudalismo borbónico, el problema de su hispanidad. Derrotar a mano armada sus pretensiones, obligarle a la lucha, provocar, en una palabra, la fase final del plan. Elegir el día y hora de la batalla.

El estatuto que hoy se redacta no representará sino la opinión parcial de Cataluña. La de los que ejercen allí y ahora el Poder coactivo. La legitimidad de esa asamblea o diputación deliberante es muy problemática. Quedan fuera la Lliga, los radicales (pues Lerroux fue bien expresivo al fijar en uno el número de sus amigos), la opinión socialista y el proletariado numerosísimo de la C.N.T.

Ese estatuto debe ser estudiado aplicándole toda serie de reactivos químicos, pues en él irán contenidas en germen las aspiraciones separatistas, y conviene, a ser posible, oponerse desde un principio a la táctica enemiga.

Las traiciones, las inconsciencias y las cobardías de aquí

Desde luego, una vez conocida la impotencia de los núcleos separatistas, se comprende que necesiten y busquen la complicidad inconsciente de toda España. Hasta qué punto está relajada en algunos la idea nacional, hay ejemplos a diario. Así el discurso reciente de Ossorio Gallardo -leguleyo nefasto a quien hay que impedir influya para nada en la República- en el Centro de dependientes de Barcelona. Por las enormidades que dijo, calculamos los aplausos que se llevaría ese voraz picapleitos, una de las figuras más inmorales de la política española, por las razones que algún día diremos.

Es comprensible, aunque errónea, la actitud de los separatistas. Pero la de esa opinión difusa que en el resto de España acoge con simpatía las aspiraciones desmembradoras constituye una traición imperdonable. Es quizá uno de los más fuertes síntomas de que amenaza a nuestro pueblo un tremendo peligro de decadencia. Las juventudes y los españoles sanos debemos iniciar con toda rapidez la tarea de levantar y exigir a todos la fidelidad más pulcra a la España una e indivisible.

Cataluña agradece esas traiciones y recoge de ellas el argumento máximo. Las contesta con falsa cordialidad, ocultando sus afanes íntimos, y de este modo introduce en España la atmósfera propicia que le «deje hacer» su plan. Véase cómo el cerebro elemental de ese poeta Gassol denunció en un minuto sincero los propósitos finales. Dijo textualmente en Manresa que él «ni era español ni quería serlo».

Lo que interesa sobre todo destacar es que los intereses separatistas de Cataluña se oponen a los intereses hispánicos, y que, bajo ningún concepto, puede España tolerar la fuga. Los separatistas catalanes sueñan con el Estado valenciano-catalano-balear y no se conformarán con menos.

El máximo temor, insistimos, reside en que España se degrade hasta el extremo de apoyar y ver con simpatía la conspiración minoritaria de los separatistas. Si esto ocurre es que España se hunde sin remedio. Pero nosotros no creemos ni podemos creer nunca tal cosa. España se levantará como un solo hombre contra el crimen histórico. Y garantizamos que habrá sangre de sacrificio, la nuestra, y que los separatistas se verán obligados a luchar. Porque interceptaremos su camino con fusiles.

¡Viva la España, una e indivisible!

(«La Conquista del Estado», nº 14, 13 - Junio - 1931)

El Bloque Social Campesino

Nuestras organizaciones

Llevamos unos tres meses auscultando la capacidad revolucionaria de nuestro pueblo. Una certeza es indiscutible: la de que se hace preciso movilizar revolucionariamente al español de los campos. Inyectarle sentido de protesta armada, afanes de violencia. El campesino español tiene derecho a que se le «libere» del señorito liberal burgués. El derecho al voto es una concesión traidora y grotesca que no sirve absolutamente de nada a sus intereses.

Hay que legislar para el campesino.

Hay que valorizar sus economías, impidiendo la explotación a que hoy se le somete.

Hay que saciarlo de tierra y permitirle que se defienda con las armas de la opresión caciquil.

LA CONQUISTA DEL ESTADO organiza con entusiasmo su propaganda entre los campesinos. Hemos creado el «Bloque Social Campesino», que se encargará de estructurar eficacísimamente a nuestros afiliados de las aldeas. Todas nuestra fuerzas de los campos engrosarán ese Bloque, que actuará completamente subordinado a la dirección política de nuestro Comité.

En Galicia cuenta ya el Bloque con miles de campesinos entusiastas, y en breve saldrán para Andalucía los camaradas Ledesma Ramos y Bermúdez Cañete en viaje de propaganda a esa región.

Nuestro gran deseo es lanzar la ola campesina contra las ciudades decrépitas que traicionan el palpitar vitalísimo del pueblo con discursos y boberías.

Nunca con más urgencia y necesidad que ahora debe buscarse el contacto de los campesinos para que vigoricen la Revolución y ayuden con su rotunda expresión hispánica a darle y garantizarle profundidad nacional. El campesino, hombre adscrito a la tierra, conserva como nadie la realidad hispana, y tiene en esta hora a su cargo la defensa de nuestra fisonomía popular.

Nuestro «Bloque Social Campesino» tendrá una meta agraria diversa en cada región española. De acuerdo con la peculiaridad del problema en las diferentes comarcas. Si bien le informará un común anhelo de nacionalización y de entrega inmediata de la tierra a los campesinos.

Ahora bien: junto a esa meta de eficacia y de justicia en la explotación, nuestro «Bloque Social Campesino» enarbolará una plena y total afirmación revolucionaria que le obliga a colaborar con nuestras organizaciones puramente políticas en el compromiso de apoderarse violentamente del Estado.

No debe olvidarse que nuestra fuerza se ha formado con estricta fidelidad a la hora hispánica, que requiere y solicita una exclusiva actuación revolucionaria. Quien logre hoy movilizar en España el mayor impulso revolucionario, alcanzará el triunfo. No, en cambio, las voces pacifistas, de buen sentido si se quiere, que se asustan de los gestos viriles a que acuden los hombres en los decisivos momentos de la Historia.

Hay que armar a los campesinos y permitirles ser actores en la próxima gran contienda. El «Bloque Social Campesino» no pretende sólo situar ante ellos la meta de redención, sino que también educará su germen revolucionario para garantizar la victoria. A la vez, pues, que descubrirles el objetivo, lanzarlos briosa, corajuda e hispánicamente a su conquista. He ahí su enlace con la totalidad de nuestra política, de nuestra fuerza, de la que el «Bloque Social Campesino» será una filial de primer rango.

(«La Conquista del Estado», nº 14, 13 - Junio - 1931)

Meteoros, Águilas y angulas. El ministro de la Gobernación no se reconoce con autoridad en Cataluña

Carta enviada a los periódicos por el director:

Distinguido compañero: Acudo a su periódico para denunciar una triste realidad que acontece en Cataluña. Contra las falsas cordialidades que hoy circulan, se alza el hecho de que los separatistas, obedeciendo órdenes del señor Maciá, según nos consta, impiden en Barcelona la difusión y venta de nuestro periódico LA CONQUISTA DEL ESTADO.

Coaccionan a los vendedores, queman los ejemplares en la calle, amenazan con incendiar los kioscos. Todo esto porque, en uso de las libertades vigentes -que allí, al parecer, no rigen-, nos permitimos defender en nuestro periódico una estructura unitaria del Estado, con amplias autonomías administrativas, pero no políticas.

Como no estamos dispuestos a que se nos despoje, en ningún territorio de la República, de los derechos que nos corresponden, hemos enterado de esta anomalía al ministro de la Gobernación, y sospechamos que no se reconoce con autoridad en Cataluña, pues nada ha querido hacer en este asunto. Ahora bien: nosotros tenemos suficiente número de amigos -pues no debe olvidarse que LA CONQUISTA DEL ESTADO no es solo un periódico, sino a la vez una fuerza política organizada- para no tolerar el atropello catalanista. Y con nuestros propios medios garantizaremos nuestra defensa, sea ésta en el terreno que sea, no aceptando la más mínima responsabilidad.

Le agradezco la publicación de estas líneas.

Cordialmente,

R. LEDESMA RAMOS

(«La Conquista del Estado», nº 14, 13 - Junio -1931)

Los Sindicatos Únicos. Congreso extraordinario de la C.N.T.

1919-1931

Junto al mundo que muere tenemos la compensación y el júbilo del mundo que nace.

Desde el 10 de diciembre de 1919, cuando la C.N.T., después de un período álgido de luchas y triunfos, se remansó un poco en el Congreso del Teatro de la Comedia de Madrid, antes de lanzarse como una pantera sobre el capitalismo español, hasta ahora -mes de junio del año 1931 republicano-, ha transcurrido mucha historia. Cayeron militantes audaces y valerosos. Surgió la estúpida Dictadura de don Miguelito. Hubo cárceles y destierro para el Sindicato Único. Vinieron las dictablandas de Berenguer y Aznar. Llegó la republiquita medrosa y burguesa, con su cortejo de frailes, banqueros y generales. Por encima de tales mostrencos sucesos, ha crecido y se ha granado la nueva generación hispánica, que es muy nacional y muy revolucionaria, que viene acuciada por Europa, y que pretenderá imponerse a la Europa cobarde, parlamentaria y ramplona.

Nosotros tropezamos ahora mismo con el casi millón de adheridos a la C.N.T., con el fenómeno sindicalista, y entonces nuestro interés más fecundo converge en las faenas de su Asamblea actual. Vamos forzosamente a buscarla y a comprenderla y a interpretarla con ojos amigos. Trae cerca de medio millar de delegados de los cuatro puntos cardinales de la Península; trae la fiebre ibérica por la creación y el ensueño futuros; trae los enormes problemas de la Tierra, de la Sindicación forzosa y del porvenir del país. Viene repleta de denuedo y de afán juvenil.

Hemos de estar junto a la C.N.T., en estos momentos de inmediata batalla sindical, en estos instantes de ponderación de fuerzas sociales. Así creemos cumplir con nuestro deber de artífices de la conciencia y de la próxima y genuina cultura de España.

(«La Conquista del Estado», nº 14, 13 - Junio - 1931)

La semana comunista

El feudo de Bullejos

En España hay una media docena de grupos comunistas. La meta actual de todos es controlar el posible movimiento comunista de nuestro país, apoderándose de su dirección. Batallan, pues, entre sí, como podrían hacerlo los caciques de un villorrio. Eso les condena a infecundidad absoluta, y les despoja de influencia en el proletariado, que es la base de toda organización de tipo comunista.

El domingo último se celebró en Madrid la consolidación de uno de esos grupos, el ortodoxo de la Internacional Comunista, que acaudilla José Bullejos. Le distingue de otros grupos el que se le premia su fidelidad a esa Internacional con unos billetes mensuales. Representa la ciega dependencia de Moscú, la enajenación de la peculiaridad nacional, sometiendo la ruta revolucionaria a fórmulas bolchevistas.

No es tiempo aún de conocer la mecánica de estos grupos, hoy dedicados a la tarea de desprestigiarse mutuamente. No controlan el extremismo social -hoy a cargo de la C.N.T., de los Sindicatos únicos- ni el extremismo político -que realizan con toda fidelidad las organizaciones de LA CONQUISTA DEL ESTADO. No obstante, la reciedumbre comunista es de tal linaje que una inexperiencia política prolongada en los Sindicatos pueden permitirle el acceso a la dirección revolucionaria.

Estos son los sueños, al parecer, de José Bullejos, el minúsculo Stalin que ha cabido en suerte a nuestro pueblo. Su agrupación en Madrid es irrisoria y sus intervenciones se reducen a bravatas infecundas que le transmite el teléfono ruso.

En su periódico *Mundo Obrero* piden un Gobierno obrero y campesino, y esto, lógicamente, debía llevarles a fundirse en las organizaciones obreras y campesinas ya existentes. Pues si no cuenta con la clase obrera y campesina, ¿no es absurdo que solicite para ellas el Poder?

Desengáñese el camarada Bullejos. Su actitud en las filas revolucionarias es contraproducente, abstracta e ineficaz.

La pirotecnia de Maurín

El comunista catalán Joaquín Maurín ha dado una conferencia en el Ateneo. Tuvo momentos felices, que aplaudimos. Tuvo otros de catástrofe, que hubieran justificado incluso una agresión personal. Pierde a Maurín su baile perpetuo sobre los hechos y las cosas reales, consecuencia de un intelectualismo perturbador de perturbado. A un esquema rotundo sacrifica la rotundidad de un hecho.

Su acierto máximo consistió en plantear la necesidad de que nuestra Revolución sea eminentemente hispánica, sin copiar ni seguir las rutas ya trazadas por los revolucionarios de otros pueblos. Pero entonces, decimos nosotros, no podía ser una Revolución comunista.

Ahora bien: su crítica de lo hasta aquí hecho por la Revolución democrática fue endeble y quisquillosa, pues no se le puede ocultar a su perspicacia que en el fondo razonaba como un «pequeño burgués» herido. Maurín demostró en su conferencia una preocupación absurda por victorias de tipo democrático burgués. Así su declaración criminal de separatismo catalán que fue oída con una impavidez más criminal aun por los pollos del Ateneo. La tesis no pudo lograr mayor grado de falacia. Declaró que era preciso desunir para volver a unir. El equívoco es patente: si la unidad nacional es falsa, artificiosa, según afirman los separatistas de campanario, esa prueba de desunir para volver a unir conduciría a la separación radical. Pero si no es falsa ni artificiosa, como creemos nosotros, es absurda la protesta que hoy se mantiene. La haya hecho el Estado, la haya hecho la libre manifestación nacional, si la unidad es necesaria, discutir sobre ella denuncia tontería plenísima.

La presión de Andrés Nin

En la misma tribuna que Maurín, habló al día siguiente Andrés Nin. Sus palabras dejaron atónitos a los «pequeños burgueses» del Ateneo. Nin expuso con certerísima claridad la ruta comunista. La implacable desnudez con que presentó sus tesis, el desprecio tan exacto a las preocupaciones democráticas de la burguesía, su defensa terminante de la dictadura del proletariado, todo, en fin, contribuyó a que su conferencia ostentara un auténtico y ortodoxo carácter comunista.

El aparente paseo triunfal de la acción comunista nace de la victoria rusa. Allí, en efecto, ha surgido una eficacia política y económica frente a las impotentes democracias europeas. El brinco de Rusia la sitúa en la legitimidad de nuestro siglo, dotándola de medios robustos para conseguir los

valores de esta época. Ha eliminado la bobería demoliberal e instaurado una disciplina de tal índole en la producción, que sus batallas económicas están por completo libres de peligro.

Pero es cobarde y ruin abandonar la salvación política y económica de nuestro pueblo a la hazaña de un pueblo extranjero. Las propagandas comunistas son en España traiciones imperdonables a nuestra originalidad revolucionaria.

Andrés Nin, en su conferencia, presentó con exactitud el problema: la revolución democrática es hoy puro anacronismo, y la burguesía tratará de entontecer al proletariado, señalándole como metas las libertades políticas.

Ahora bien, ¿olvidan los comunistas la posibilidad de que surja un bloque político-económico que enarbole la rota definitiva de la democracia liberal, haga por sí la revolución económica y presente a los pueblos como resorte de eficacia la grandiosa furia nacionalista?

Contra las fuerzas retrógradas demoliberales admitimos conexión y enlace con los comunistas. Pero impediremos con nuestras propias vidas que el comunismo se apodere del timón revolucionario.

(«La Conquista del Estado», nº 14, 13 - Junio - 1931)

falta!!

NUMERO 15. 20 de Junio 1931.

No hay autoridad constituyente

Las pandillas socialdemócratas se disponen a burlarse del pueblo. Nos unimos a los sindicalistas para sabotear la farsa electoral

Los residuos fantasmales

Nuestra independencia es fiera. No se olvide que al nacer LA CONQUISTA DEL ESTADO como fuerza política, el grito más firme fue el de no pactar jamás con los viejos traidores. Representamos una generación nueva, de inquietud nacional y revolucionaria. Ni la más leve ayuda que proceda del equívoco será aceptada por nosotros. Queremos el Poder para los jóvenes, pero sometiendo a éstos a la prueba de la conquista brava y heroica del Poder. Hay tan sólo un hecho real en la vida española de esta hora: la realidad de la Revolución. Nosotros seremos fieles a ella, y nuestras armas serán exclusivamente armas revolucionarias.

De ahí nuestro afán por llevar a las masas el despertar de la eficacia nueva. No elecciones, sino combates. Si el pueblo hispánico no adopta rápidamente un gesto durísimo contras las oligarquías irresponsables y desenfrenadas que se han apoderado del Poder de la República, nadie podrá evitar una ruta de catástrofes. Asistimos al desarrollo inmoral de las nuevas pandillas políticas. Los partidos republicanos que hoy usufructúan el Poder son los descendientes por línea directa de aquellos otros partidos nefastos de la Monarquía. Estos grupos republicanos aparecen hoy al desnudo con todas sus lacras repugnantes de explotadores del pueblo. Para salvar a España y salvar a la República es urgente iniciar una acción violenta y audaz que expulse del Poder a la ancianidad fracasada. El pueblo debe enterarse de que se ha realizado el advenimiento de legiones juveniles, de una educación política novísima, que poseen el secreto de las dificultades económicas y sociales que hoy surgen.

Mientras la ineptitud de los viejos cucos republicanos engaña al pueblo con frases falsas y opulentas, las juventudes a que nos referimos desprecian el tópico liberal burgués y sólo presentan al pueblo como ejemplo de su novedad radicalísima el deber de equiparse con bravura para el sacrificio de guerra.

Nosotros denunciamos ante el pueblo que los partidos históricos de la República son supervivencias o residuos de otras épocas, e impiden con su cazurra ignorancia que España avance y se dilate. Junto a ellos, los conversos recientitos quedan invalidados por la inmoralidad misma de la conversión. He ahí el panorama exacto de los partidos gubernamentales de la República. ¿Es que cree alguien que el pueblo hispánico puso en marcha la Revolución para que asumiesen definitivamente el Poder esos residuos incapaces y turbios?

La Monarquía fue arrollada, y el problema actual es debelar con igual estruendo de justicia a las oligarquías republicanas que la suplantaron. La conjunción republicano-socialista pretende tapar la boca al pueblo con la insulsa promesa de una democracia parlamentaria. No nos importa nada eso. Queremos para España un orden político que desencadene la era de las verdades hispánicas. A base de justicia económica, de fervor y optimismo en los destinos gloriosos que son posibles para nuestro pueblo. Quien le vuelva la espalda, quien crea que somos un apéndice de Europa, discípulos perpetuos de Europa, debe ser condenado al ostracismo radical.

Hay junto a nosotros unos millares de españoles que barrerán con coraje a toda la mediocridad ministerial. Los que se empeñan en que todo pare aquí y ahora, en medio del remanso burgués y de la satisfacción liberaloide, se equivocan. No pararemos hasta que se logre en nuestra Revolución la cúspide napoleónica que rodee de gloria triunfal a las aspiraciones del pueblo.

La farsa electoral

¿A quién se le encomienda hoy la tarea de estructurar la nueva Constitución? Debemos hablar claro en este punto. A un pequeño número de españoles encaramados a los comités artificiosos de los partidos. Nadie advierte la gravedad que esto significa. Las Cortes Constituyentes pretenden el fraude de la Revolución. Impedir su desarrollo, deteniéndola en la etapa inestable y anodina que hoy sufrimos. Esas Cortes, si constituyen algo, es un atropello a la fidelidad revolucionaria. Se las convoca con urgencia, como recurso contra la movilización del pueblo.

Para nosotros, la ruta es clara. En todos los casos, unas Constituyentes son la etapa final de la Revolución, cuando se plantea el problema de fijar y estabilizar las conquistas. Pero aquí no se ha conquistado nada. Vivimos aún la misma vida cansina y mediocre a que nos tenía condenados la Monarquía. ¿Cómo es esto posible? El pueblo debe sabotear las Constituyentes y exigir la marcha del proceso revolucionario, que por lo menos tendrá la virtud de acabar con la modorra secular de millones de hispanos.

No merece la pena iniciar una Revolución con el exclusivo objeto de obtener derechos electorales. Esto se reduce a que medio millar de parlamentarios asuman la trascendental misión de tomar el pelo a la soberanía popular. Pero se precisa algo más profundo que organizar una exposición de las medianías nacionales. Lo auténtico es que se tiende a destruir la capacidad revolucionaria de las masas. Suplantando su acometividad con la vieja retórica del morrión.

Pueblan las candidaturas nombres que significan la incompetencia nacional. Del mismo estilo y vitalidad que los viejos fantasmones de la Monarquía. Nadie se extrañe. Son su réplica, sus discípulos en ineptitud y marrullería. Igual que hace veinte años, la España joven y fuerte tiene ante sí como enemigo a la ancianidad reaccionaria. Pero hoy existe la gran virtud de que los tiempos no toleran la miopía de los fracasados. Pueblos que entregan los puestos directores a los incapaces son pueblos que caminan a la deriva, en busca de escollos y catástrofes.

La audacia de los grupos que hoy pretenden reunir las Constituyentes supera todos los cálculos. Grupos sin disciplina ni cohesión, que no han resistido sin protestas el reparto de mercedes hecho por el Gobierno provisional de la República. Gentes sin educación política, fieles a los intereses egoístas y cercanos que representan, sin resonancia popular ni visión alguna del momento universal en que operan. La hora es, pues, confusa, y nuestro voto decidido se encamina a obtener la suspensión de las Constituyentes. ¿Qué autoridad revolucionaria las convoca, y para qué? Las pandillas gobernantes asfixiarán la opinión sana del pueblo, obligándole a votar unas listas arbitrarias en cuya elaboración no intervienen los electores.

Es cosa de los partidos, se dirá. Pero, ¿quién habla hoy en serio aquí de partidos políticos? ¿Qué grandes rutas y propósitos aparecen vinculados a sus propagandas? ¿Qué masas y qué entusiasmos movilizan? Todo es farsa y conjura contra el pueblo, que a la postre, se libertará de esas oligarquías repugnantes con las tácticas vigorosas, de guerra, que nosotros le ofrecemos.

La tiranía socialdemócrata

El conglomerado gobernante aspira a seguir la ruta mediocre de la socialdemocracia alemana. Con el auxilio tiránico de dos o tres personajes que se creen hombres de energía porque den órdenes terribles a la Guardia Civil. La cosa es cómica y denuncia la irreparable tontería de media docena de ministros. Acontece, pues, que la situación socialdemócrata traiciona incluso su papel de asegurar un poco dignamente las libertades del pueblo. Por lo menos en Alemania ha cumplido ese papel con la relativa nobleza que puede ser exigida a la patrulla marxista sietemesina, esto es, gubernamental con la burguesía. Pero aquí lo esperamos todo de estos tiranuelos menos la seriedad suficiente para oír media docena de verdades. Y como los comunistas parecen dispuestos a decir las suyas, y nosotros no nos hemos de resignar a callarnos las nuestras, las verdades estarán en perpetuo orden del día.

Por ambos flancos estará batida la socialdemocracia, que dentro de dos meses almacenará todos los ánimos inservibles e invaliosos de España. Pretenderá hundir a nuestro pueblo en ramplonería pacifista, impedirá el desarrollo y potencialidad de ambiciones hispanas poderosas, nos reducirá al campo estricto y acotado de la Marsellesa y entregará los mandos de gobierno a los que proclamen en voz más alta el derecho y la libertad del pueblo a morirse de hambre.

La socialdemocracia es el último cartucho de la burguesía alfeñique y temblorosa, incapaz y reaccionaria. Pero hay que impedir que sus errores nos condenen a todos a hundirnos en la sima comunista. De ahí la urgencia de arrebatarle el Poder, instaurar un régimen de furia nacionalista hispana y proceder a la reforma radical de la economía por procedimientos dictatoriales y revolucionarios.

Todos los bríos que se movilicen serán pocos. El español vive oprimido y esclavizado a un sistema económico rudimentario e injusto que condena al pueblo a un límite insostenible de pobreza. Ese hecho influye en el tono general del país, adscrito a exiguas aspiraciones, sin capacidad ni coraje para emprender tareas colectivas de gran radio.

¡Hispanos! ¡Guerra a la socialdemocracia!

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 - Junio - 1931)

Ortega y Gasset y nosotros. He ahí lo actual

Tenemos el orgullo de ser la primera fuerza política que con moldes briosamente hispanos introdujo aquí las eficacias sociales y económicas del mundo nuevo.

LA CONQUISTA DEL ESTADO se nutre de la nueva era postliberal, antiindividualista y antiburguesa, y desde el primer número ha razonado el sentido interventor y profundo que corresponde al Estado en la política pujante de un pueblo.

Frente a las economías privadas, burguesas, colocamos una economía sistemática, de Estado, enderezada a fines nacionales. Frente a la bobería del morrión, que busca y pretende satisfacciones de radio individual y pequeñito, colocamos la grandeza de colaborar con los demás en realizaciones colectivas, de pueblo, cuyo sentido escapa a todos cuantos viven horas y emociones anticuadas.

Don José Ortega y Gasset, aunque para nosotros sea algo sospechoso de pacto con las ideas antiguas, ha escrito últimamente unos párrafos magníficos, donde vibra de verdad el espíritu que anima nuestras campañas.

Nos enorgullece el creer que nuestra actuación de cuatro meses, enarbolando esas ideas centrales, haya influido para que ahora el maestro Ortega y Gasset advierta en la atmósfera de la juventud hispana esos síntomas optimistas que él presenta con alborozo.

Escribe Ortega, y suscribimos íntegramente:

«EL ESTADO ANTE TODO

»Desde el primer instante debió el Gobierno hacer notar en cada uno de sus actos, palabras y gestos, su conciencia clara y resuelta de que la nueva democracia, no de una democracia individualista, de pueblo en la plazuela, sino una severa, acerada democracia de Estado.

»No se diga, pues, un día que no fue a tiempo hecha la advertencia. EL ESTADO ES LA IDEA QUE IMPORTA MÁS A LAS NUEVAS GENERACIONES. Este entusiasmo por el Estado, por la majestad del Estado, tiene, como todo en el universo, sus posibles excesos y peligros. Pero me parece indiscutible -no obstante, estoy a la disposición de los que quieran discutirlo- que lo esencial de ese estatismo es la sustancia misma de la historia que viene. Conste, pues: una democracia que no sepa colocar la seriedad y la inexorabilidad del Estado por encima de cualesquiera insolencias particulares, será arrollada por la juventud.

»Se trata de instaurar un Estado de todos y "porque" de todos, formidable ¡SERVICIO AL ESTADO!, es la palabra que siente más en lo hondo el tiempo nuevo. La democracia tiene que perder el aspecto polvoriento de turbas que van y vienen indecisas como trozos descoyuntados de un rebaño empavorecido. Ha de tener la limpieza, la exactitud y el rigor de un taller racionalizado, de una clínica perfecta, de un laboratorio en forma. Y ES INELUDIBLE QUE EL NUEVO ESTADO SEA ASÍ, PRECISAMENTE PORQUE LAS TRANSFORMACIONES POLÍTICAS Y SOCIALES A QUE ES PRECISO DAR CIMA SON TAN ENORMES -EN ESPAÑA Y FUERA DE ESPAÑA- QUE SIN ESE FUNCIONAMIENTO SERIAN POR COMPLETO IMPOSIBLES.

»Ahora no se trata, como en 1848, de conquistar o reconquistar los derechos individuales, sino de organizar en nueva anatomía el cuerpo inmenso de la sociedad, de reformar sus tejidos celulares más profundos, por ejemplo, el económico. La operación antigua se reducía a soltar los individuos, faena dramática, pero nada difícil, para la cual bastó con las barricadas. La nueva empresa, en cambio, exige una dirección y una disciplina de alto tecnicismo. No hay escape, amigos; hemos llegado al álgebra superior de la democracia.»

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 - Junio - 1931)

Hay que hacer frente a las procacidades de Maciá

El separatismo al desnudo

En nuestro último número quedaron suficientemente aclarados y denunciados los propósitos desmembradores. El Gobierno provisional derrotista sufre impávido el bombardeo de Maciá y se despoja cobardemente de toda autoridad en Cataluña. A los tres días de proclamarse la República, enterados de las extralimitaciones de Maciá, dijimos que frente al hecho revolucionario de Cataluña estaba asimismo el hecho revolucionario de España entera. Nosotros preveíamos que Maciá acentuaría a la postre el carácter revolucionario de su pobre gesta, y por eso pedíamos una urgente intervención revolucionaria que no se detuviera ni ante los posibles cuadros de fusilamiento.

Días pasados ha dicho, en efecto, Maciá que él se apoya en un hecho revolucionario. El Gobierno derrotista de Madrid no ha sabido responder con honor a esa procacidad. Ahora bien: sabemos que se acentúa la protesta del pueblo y que en toda España se prepara una ofensiva contra la minoría traidora que hoy sojuzga tiránicamente a Cataluña. Nosotros nos declaramos al servicio de esa ofensiva y procuraremos unificar los esfuerzos.

Pero hemos de salir al paso de una tendencia peligrosísima que con toda ingenuidad acepta un buen número de españoles. Indignados por la perpetua perturbación catalanista, exclaman un: «¡Que se vayan de una vez!» Esa pobre solución haría el juego rotundo a los traidores. Constituiría el éxito radical de los quinientos separatistas que hoy imponen sus gritos a Cataluña por la cobardía y la debilidad del Gobierno de Madrid. Nada de permitirse las fugas. Un pueblo que permite la desmembración de su territorio y que otorga sin lucha patentes de nacionalidad a los núcleos insumisos, es un pueblo degradado, hundido en la vileza histórica, sin voluntad alguna de conservación. Eso de «¡Que se vayan de una vez!» es una blasfemia, en la que incurren de buena fe un gran número de ingenuos.

El deber inflexible es otro. Cataluña no pertenece a un grupo de catalanes. Ni a la totalidad de los catalanes siquiera. Pertenece sí a España, es España, y los catalanes tienen derechos en Cataluña sólo en tanto son españoles. Conspirar contra España es conspirar contra sus derechos en Cataluña, es despojarse de su cualidad de catalanes.

Ni por sorpresa, ni por despecho, ni por las armas, consentiremos jamás la separación de Cataluña. ¿Conduce a eso una Revolución nacional, que debe tener como meta única la grandeza y la prosperidad de la Patria? ¿Se hace una Revolución para destruir la eficacia del pueblo, que es siempre eficacia de unidad? ¿Tolerará el coraje hispánico el suicidio de la Patria?

Es urgente iniciar la formación de núcleos combativos que se levanten a la primera voz de alarma. Suplantar la debilidad del Gobierno con acción directa del pueblo, que tome a su cargo, como otras veces en la Historia, la defensa última de su propio honor. Que se enlace con el pueblo catalán sano, al que suponemos ajeno a la conjuración perturbadora de los perturbados.

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 - Junio - 1931)

La expulsión del cardenal Segura

Hemos dicho repetidas veces que en nuestro programa revolucionario hay la subordinación de todos los poderes al Poder del Estado. (Claro que a un Estado nacional, al nuevo Estado que instauraremos, no a las pandillas inmorales de la socialdemocracia constituidas en Estado.) Así, la Iglesia, por muy católica y romana que sea, no puede jamás pretender soberanía alguna frente al Estado.

Ahora bien, lo menos que puede hacer el Gobierno provisional es conseguir que la Iglesia no sea ya nunca un peligro para la soberanía política del Estado. Nada más fácil que conseguir esto. Cuando la emoción religiosa del país -que merece todos los respetos y debe incluso alentarse- recobre su

función estricta, aparecerá como uno de los máximos valores de nuestro pueblo. Pero es execrable que la Iglesia haya sido muchos años sostenedora y amparadora de todos los abusos y de todos los crímenes contra la prosperidad y la pujanza del pueblo español. Creemos, pues, que el Gobierno está obligado a reajustar el papel de la Iglesia en la vida civil de nuestro país.

Pero lo absurdo es que lo haga con el espíritu de un volteriano de hace cien años. O con el de un inspector policíaco del siglo XX.

Cuando Berenguer puso en la frontera a Maciá, el traidor, debiéndolo meter en un castillo, la «conciencia jurídica» de los caballeretes que hoy gobiernan puso el grito en los siete cielos. Y hoy repiten la hazaña ellos mismos, poniendo en la frontera con igual protocolo al Cardenal Segura. Esto indica cómo estamos en presencia de una situación de tiranuelos vulgares, sin vigor ni originalidad alguna. Y el ministro de Justicia comentó aún la severidad y serenidad del Gobierno en este asunto.

Sólo nos interesa destacar aquí que lo hecho por el Gobierno no tiene ni pizca de revolucionario. Esta calidad se hubiera alcanzado si el Cardenal, en vez de ser llevado a la frontera, lo hubiera sido a una cárcel.

¿Es que la táctica del Gobierno consiste en la escaramuza? ¿Quiere entretener al pueblo, como la asquerosa Prensa burguesa llamada de izquierda, con luchas inofensivas en torno a afanes anacrónicos, para lograr que se desinterese del problema revolucionario, hoy de veras candente: la liberación económica?

Ataque de frente a la Iglesia, si es necesario. No nos parecerá mal. Pero evite el Gobierno las escaramuzas. El Cardenal Segura sólo puede tener dos residencias: el palacio episcopal de Toledo o un castillo expiatorio.

Nuestra formula es y será siempre: ¡Nada sobre el Estado! Y la mantendremos, aunque beneficie a los piratas.

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 - Junio - 1931)

Los viejos fantasmas

Por la derecha, por la izquierda y por el centro se encuentra el joven español con ancianidades invaliosas que le discuten el triunfo. Es terrible. Cada día resucita un viejo fantasma, con su voz cascajosa, sus ademanes cansados y su chalina.

La única verdad que admitimos en la hora española es que se trata de una rebelión de las juventudes. Pero a la vez núcleos jóvenes aplauden a los viejos caudillos y elogian los gestos fracasados. He aquí la contradicción. Los jóvenes medrosos son serviles, y se prenden a la cola del falso maestro o de la oquedad fanfarrona de los prestigiosos.

Ahí está aquel don Rodrigo Soriano, famoso mantenedor de gallardías decadentes. Ahí está, aspirante a la actualidad nacional, sin sentirse cadáver, discurseando y levantando polvaredas de -¿cómo se dice?- aplausos.

Pero, ¿en qué ha consistido la Revolución? Nosotros creíamos que, por lo menos, la conquista primera sería la de vernos libres de esas sombras finiseculares que ni saben, ni entienden, ni comprenderán nunca qué nuevos entusiasmos creadores llenan hoy el pecho de los españoles jóvenes.

Don Rodrigo viene del Uruguay, y ya en el Ateneo ha dicho muy serio que en esa minúscula República había que aprenderlo todo.

El truco es sencillo. Si hay que aprender mucho del Uruguay y don Rodrigo Soriano viene del Uruguay, la consecuencia es clara: encárguese al uruguayo don Rodrigo de la Presidencia del Consejo de Ministros.

¿Eh? ¿Qué tal? Esto es dialéctica.

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 - Junio - 1931)

La presidencia de la República

Ya andan por ahí los pronósticos. Hay que examinarlos con mucha atención. La ciencia de Freud puede descubrirnos cosas estupendas. Algunos claman por el nombre venerable del señor Cossío, a quien nosotros conocemos y estimamos muchísimo. Pero...

El señor Lerroux lo lanzó y ha rectificado. No podía ser menos. La minoría selecta, en cambio, lo sigue enarbolando con unción. ¡Pobre señor Cossío! ¡Convertido en fanfarria electoral para honra y provecho de la casta sacerdotal de la Inteligencia!

El señor Cossío está ya muy viejo. Lo saben los selectos. Dispone de unas virtudes que faltan, por lo común, a la casta. Es un magnífico candidato. Se moriría pronto y abriría paso a otro selecto más joven, jovencísimo. Todo está claro.

Los sueños, sueños son. Pero las pisadas del gigante impedirán los trucos. España necesita de fidelidades, no de vanidades. Los mandos deben ir no a los profesores, no a los doctores, no a los sacerdotes de aquí o de allí, no a los santos laicos, sino al jefe intrépido, de acción y de coraje, que recoja los anhelos hispánicos que hoy surgen.

Hace usted bien, señor Cossío, en no aceptar el honor que le ofrecen gentes tan sospechosas. Buscan la Presidencia para la casta. Creen llegada la hora. Y usted sería algo así como las mujeres, los ancianos y los niños que los cobardes colocan en vanguardia para detener la ola enemiga.

¡No permita usted, venerable señor Cossío, esa mala jugada de la minoría!

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 - Junio - 1931)

Meteoros. Águilas y angulas

He aquí, lector, un San Fermín anticipado. La primera marcha del campo sobre la ciudad. Los pacíficos pamplónicas que esperaban las fiestas del patrono, aún están corre que te corre, como si los siguiera una manada de reses bravas. Por el arroyo quedaron botas de vino, alpargatas con cintas y alguna novela de Urabayen. Venían demandados los hombres de la boina hacia la capital, relajada y viciosa por el violín de Sarasate y los radicales socialistas. Pamplona ya nos es la urbe amurallada, donde Baraja, pequeñín, se enamoró de una rubita y donde los canónigos tomaban el sol por la mañana y el chocolate por la noche. Pamplona iba a subirse la falda y a enseñar un poquito las piernas. Y eso don Jaime de Borbón no lo podía consentir. Mucho menos el espíritu del chupacirios Señante. Y movilizaron a sus energúmenos. No ha sido necesario que el Borbón abandone sus ocios y, como su padre, repita aquello de "Hoy, 2 de mayo día de la fiesta nacional. *Abaco el estranquero."* Bastó un telegramita y una plaza de toros. Como si dijéramos, una mezcla de la modernidad de *El Debate* con la ranciedad cuaternaria de *El Siglo Futuro.* Nada más. Los campesinos abandonaron sus faenas agrícolas, empuñaron sus garrotes, rezaron un Credo, luego se persignaron, y a continuación la marcha fue adelante, hasta Pamplona. Querían religión y fueros. Algo sólido y antiguo, cuya digestión se supiese de memoria y fuera tan sencillo y natural cual la granazón de la cebada. No querían las medias de seda ni las "Charlas al sol", de Heliófilo. Manjares putrefactos de la peor cocina liberal. Querían a *Cristo Rey.* Lo querían a voces. Hasta alguien ha dado su vida por quererlo. Es una lástima y un galardón. Pero ya se sabe que por un rey de baraja francesa hay siempre un infeliz dispuesto a hacer el Cristo.

* * *

Se ha roto la pareja. Conocíamos a varios pares de inseparables: Castor y Polux, Calígula y su caballo, Llapisera y sus botones. Ascaso y Durruti, la pareja anarquista que fue tan célebre en París cuando se organizaban atentados reales en la Embajada por Quiñones de León. Atentados que pagaban después los perseguidos pistoleros. Ahora aparece sólo Buenaventura Durruti en Gerona. ¿Dónde está Ascaso? ¿Acaso teme que lo confundan con un accionista del Banco de Gijón, de los contrabandistas de capitales, y continúa en Francia?

Ole por Durruti, por sus veleidades libertarias, por su intrepidez de inválido —le falta la mitad de su cuerpo—. Por su fama trapisondista, que ha rivalizado un momento con la candidatura de la *Esquerra catalana.*

Organicemos un homenaje al elector desconocido. Al elector que votará el 28 a la gente más conocida de la nación. ¡Oh, la santa democracia del voto! El humilde deber de aupar a los escaños del Congreso al nene de Bergamín o al chico de Ossorio. El sencillo trampolín de los funámbulos. Sin su existencia, antes de las Constituyentes sería la nada y después el Limbo. Los magníficos discursos dormirían empolvados en los anaqueles de la Retórica. Los azucarillos se derretirían solitarios. Por algo el régimen parlamentario te necesita como a los taquígrafos y a los generales Pavía. Por algo representas a la nación y simbolizas la libertad. Tú, paciente y cariñoso, que soportas a los cuneros y al encasillado. Ya no te vendes a los muñidores y vas a decidir la suerte hasta del cardenal Segura. Elector desconocido, ponte alegre, regocíjate; tienes en las manos un arma terrible. Es el voto. La papeleta del sufragio. Si no tienes que comer mañana, échala en el puchero. Pero elige bien: la de Lerroux da mucha más sustancia que la de Alcalá Zamora.

* * *

Tenemos Derecha liberal republicana ortodoxa y Derecha liberal republicana heterodoxa. Partido republicano liberal socialista girondino y Partido republicano radical socialista jacobino, Partido oficial comunista y Agrupación extraoficial comunista, Partido federal puro y Escisión impura de Barriovero, Confederación Nacional del Trabajo y Reconstrucción de la C.N.T., etc., etc.

Así es que en el maremagnum de los partidos políticos de España, como en el Arca de Noé, tenemos un par de animales de cada especie.

* * *

En caso de amarrar el globito de la peseta anda también metido el conde de Limpias. Seguramente se está preparando en París algún milagro de los suyos. Pero en este caso, quien hará los guiños será el contribuyente.

* * *

El partido de la juventud es la pandilla de don Melquíades. Cada día se alistan nuevos mozos. A Miguelito Villanueva, vacila el jefe entre nombrarlo cabo de gastadores o perro mascota del cuartel.

* * *

Como a algunos les persigue el remordimiento, a don Azorín le persiguen las erratas y los lapsus de imprenta. Tendrá que suicidarse antes de la implantación del comunismo.

* * *

Dicen que Martínez Anido se ha metido unos ajos debajo de la axila para tener fiebre y no venir. Otros dicen que está en Navarra organizando guerrillas. Pero, de todos modos, hasta aquí nos llega el olor de algo picante.

* * *

Ya se sabe que todas las cocineras del país están mochales por el ex sargento don Alejandro el Magno (a) Lerroux. Ya se sabe que si no se corta el flan lo harán presidente del Consejo. Y este guiso tampoco sabrá mal a las señoritas religiosas, desde que se insinúan un segundo camino de Damasco.

Antonio Mª Sbert no representará a la F.U.E. Ahora, con Maciá, quiere meter otro matute. Antonio Mª Sbert, antes que nada, es catalán. O mejor dicho, mallorquín. Un paisano de don Juan March. Esto es, un contrabandista valiente...

* * *

Don Manuel Azaña continúa comiéndose a los generales. En cambio, dicen que don Fernando está inapetente y no se atreve a meterle el diente a los obispos.

* * *

Hasta en mi pueblo ha repetido Jiménez Asúa que estuvo en Chafari-nas. Es la diezmillonésima vez. Acaso por eso lo habrá seducido el partido socialista. Para presumir de una víctima de sus virilidades subversivas.

* * *

—Ha sido una jornada muy gris para mí (nosotros escribiríamos morada) —susurra Alcalá Zamora. ¡Pobre don Nicetito. (Es que el nuncio le ha remitido la quinta nota).

* * *

El proyecto de Constitución, que aún no ha nacido, es ya una cosa apo-lillada, hecha de retazos, de sobras de remiendos: Presidente a la francesa, Proyectos regionales de 1914 y camboinos de 1918. Planes de Canalejas de 1911, Miedo del año de la nana a los votos de la mujer. Estamos viendo que hasta Burgos Mazo va a impugnar todo esto por demasiado viejo.

* * *

Por fin, el conde de Romanones no se arriesga como candidato. ¡Qué astucia la de don Alvaro o la fuerza de si no me votan, no me presento!

* * *

Denuncian que don Santiago Alba se ha hecho trapense. Lo dudamos. En todo caso, habrá sido hermano de la paz y de la caridad. Por si ajustician en Zamora a Maura.

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 de junio de 1931, pág. 2)

Opiniones de un nihilista sobre la política rusa

Hemos tenido ocasión de hablar en el Congreso de la C.N.T. con N. Lazarevitch, anarcosindicalista ruso, y nos parece interesante publicar sus opiniones sobre la Revolución de su país. No se olvide que la tendencia proletaria a que pertenece fue exterminada por el comunismo triunfante. En España se conocen muy mal los episodios sangrientos a que dio lugar esa lucha, y las declaraciones que siguen aclaran un poco su sentido.

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 de junio de 1931, pág. 5. Entradilla)

Un libro de ayer, un hombre de hoy. J.M. Salaverría: "La afirmación española", 1917

Grito de exaltación nacional. Campaña de afirmación nacional. He aquí dos cosas que sería inútil —y, mejor aún, contraproducente, si respetamos su carácter de prescripción medical— revelar con arreglo a una nomenclatura de patrioterismo en uso. En el presente caso, el grito de exaltación nacional tamizado por algodones hidrófilos pierde toda su prestancia him-naria, para ser garrapateado por el *doctor* Salaverría con premuras de receta urgente. Con urgencias de prescripción nacional.

España se encuentra enferma de pesimismo —neurastenia nacional— que emponzoña su intelecto con un morboso deleite masoquista. Y su campaña de afirmación deja un regusto creosotado de reconstituyente nacional; y así, su campaña es un régimen facultativo, y su afirmación española una perentoria vitaminación.

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 de junio de 1931, pág. 6)

NUMERO 16. 27 de Junio 1931.

Nuestras consignas. La movilización armada

Contra los caudillos vendidos al extranjero.

Contra la inercia gobernante.

Contra los internacionales marxistas que traman la disolución de la Patria

Inestabilidad y guerra

Ha de ser muy difícil a las nuevas oligarquías gobernantes realizar su misión traidora sin grandes choques con el pueblo. Esas Constituyentes que ahora se celebran son inoportunas y carecen de la tradición revolucionaria que se precisa para una reforma de ese estilo. Por tanto, el papel que corresponde a los núcleos de acción y de combate es el de declarar facciosas esas Cortes y proseguir la tarea con más firme empuje cada día. No se ventila ya el viejo pleito Monarquía-República; pero están en el aire, a merced de los brazos que triunfen, las rutas decisivas que haya de seguir el gran pueblo hispánico.

Aceptar las Constituyentes es aceptar que la República pertenece a las inmorales pandillas socialdemócratas de que hablábamos en nuestro número anterior. Ellas han convocado las Cortes, impuesto los candidatos, estructurado el censo, usurpado los poderes del pueblo. Las juventudes revolucionarias no deben pactar con esa ancianidad podrida, reclamando para sí el timón de la marcha. Más de una vez hemos dicho que la Revolución actual ha de ser entendida como una suplantación de generaciones. Los viejos farsantes no comprenden las eficacias de hoy y condenarán a la República a mediocridad perpetua. Hay que impedirlo.

Por fortuna, todo está ahí, como premio a las victorias que se obtengan. El liberalismo burgués no se consolidará, porque el pueblo revolucionario rechaza las pacificaciones que se le ofrecen. Por eso hablamos de inestabilidad y de guerra. Hacen falta capacidades heroicas que vibren de fervor nacional e identifiquen el hecho violento con una gigantesca afirmación de hispanidad. Sólo así, llevando la batalla al terreno vigoroso y auténtico, puede resaltar la ambición de las juventudes, que se ciñe a la elaboración rotunda de una España imperial y fuerte. No nos conformaremos sin dotar a nuestro pueblo de instituciones que respondan a las necesidades modernas, y menos aún sin llevar a cabo una reforma radical en la economía que asegure la riqueza y la prosperidad del país. La ramplonería gobernante se nutre de las ideas más viejas y vive ajena en absoluto a preocupaciones de gran porte. Hundida en el siglo XIX, queriendo repetir las hazañas marchitas del extranjero, recluye al pueblo en su expresión más inerme, sin hostigarlo a que se discipline y penetre en las eficacias de esta época.

Por eso nos alegra la inestabilidad que advertimos. Ella permitirá que la Revolución continúe, abriendo paso a las falanges más heroicas. España tiene que batirse, aceptar la prueba violenta que vengue las cobardías de los años mediocres. La socialdemocracia burguesa es hoy el enemigo. Mañana lo será el comunismo. De todo triunfaremos, destrozando lo que obstaculice la ascensión de la Patria. Urge, pues, movilizar aquellos elementos generosos que en esta hora de crisis estimen como superior y más alta la tarea de consagrarse a robustecer la expresión nacional que la caza de libertades burguesas. Queremos que el título de español no signifique liberación cobarde, sino servicio y disciplina, deber de lealtad y de fidelidad permanentes.

El coro repugnante de leguleyos babosea hoy las escalas del Poder e impedirá que surjan y triunfen los temperamentos de guerra, los que enarbolen con ambas manos el afán magnífico de hacer de España el pueblo más poderoso del mundo Esos leguleyos se opondrán a la Revolución porque son cobardes y odian la rotundidad y la eficacia de las batallas. Son, pues, el enemigo, el objetivo de la escaramuza preliminar.

Las milicias civiles -de disciplina militar, pero no militarista- que nosotros hemos comenzado a formar serán movilizadas muy pronto y su consigna es vigilar la conducta de los traidores. Sería vergonzoso que las horas revolucionarias no dispusieran de una organización que garantizase en las jornadas más críticas la fidelidad al espíritu supremo de la Patria. Los grupos provinciales ya constituidos, de acuerdo con las instrucciones que el Comité Central les habrá transmitido por otro conducto, deben apresurar los ejercicios tácticos, perfeccionar las marchas, robustecer la eficiencia de choque, pues todo cuanto ocurre aconseja apresurar la hora de situar nuestras milicias en la calle.

La violencia, primera misión

La prosa de LA CONQUISTA DEL ESTADO puede indignar a los retóricos. Sólo nos interesa la calidez y la eficacia. Las revoluciones se nutren de coraje, no de plañidos, y vence en ellas quien moviliza mayor dosis de esfuerzo en las peleas. Nosotros ambicionamos ser la organización política más revolucionaria que exista en España. Ante nada detendremos nuestro empuje ni la severidad de nuestras consignas. Ello es posible porque defendemos un programa revolucionario que concentra todas las aspiraciones del pueblo y nos moviliza un profundo afán idolátrico por servir a España hasta la muerte.

Todos los peligros reptilean ante nosotros. Se conspira contra la unidad de la Patria. Se rehuye la justicia social, amparando la estructura explotadora de la burguesía. Se entontece al pueblo con licor de festejo y discursos de tópico barato. Se cortan las alas a la ambición nacional, señalando como meta única la farsa estéril del Parlamento, la secularización de cementerios y otras zarandajas.

La emoción revolucionaria es hoy el primer deber y tiene que invadir a cuantos se sientan atraídos por un afán nacional y constructor. Cada hora histórica posee su secreto. La actual se nutre de himno revolucionario y de clarines de guerra. Se multiplica el enemigo con los disfraces más variados. Aquí separatistas, allí derrotistas, allá reaccionarios; en todas partes arribistas y leguleyos.

Hay, pues, que legitimar todos los recursos y aprovechar las horas revolucionarias para reclamar los procedimientos de violencia. Siempre es lícito llegar al atentado personal contra los traidores. Y lo son aquellos que conspiran o permiten la disolución nacional. Los que aprovechan las filas revolucionarias para propagar ideas extranjeras, destructores de la vitalidad hispánica. Los que defienden el régimen económico de la burguesía capitalista, de espaldas al interés del pueblo.

¿No es, pues, legítima la formación de falanges férreas que signifiquen en esta hora una garantía de hispanidad?

Nosotros adoptamos, pues, los procedimientos de violencia. Queremos la acción directa del pueblo, representada por cuadros civiles que posean una disciplina militar. Esa es para nosotros la más firme garantía de que durante la revolución no peligrará el destino superior de nuestro pueblo. Hay que oponerse a las propagandas extranjerizantes, que sojuzgan la libertad del pueblo con ideas antinacionales y derrotistas.

Hay que presentar, pues, ante las energías jóvenes del pueblo el deber de enrolarse en nuestras milicias. España se salvará si aparecen cien mil españoles jóvenes, disciplinados y armados, cuyo propósito único consista en barrer del escenario nacional la voz de los farsantes y de los traidores.

El primer deber es hoy, por tanto, un deber de guerra. Las plañideras pacifistas tienen que retirarse y admirar el empuje de los héroes.

La vitalidad nacional

Saben los lectores que el grupo político que se ha formado en torno a LA CONQUISTA DEL ESTADO sólo admite como afiliados a los españoles de veinte a cuarenta y cinco años. Otras edades son consideradas por nosotros incapaces de comprender y servir los imperativos revolucionarios que nos animan.

Hay que lanzar sobre España el culto de la fuerza y del vigor. Una política que se nutra de juventudes tiene que ser eso. Como réplica a la España setentona, liberal y pacifista que se desprendió cobardemente de los compromisos de honor.

Nada haremos como pueblo si los mejores, los más fuertes, no imponen a los demás la ruta victoriosa. Se escapó por fortuna el melindre demoliberal, en el que hoy sólo creen media docena de botarates. La política parlamentaria sirve tan sólo para seleccionar a los ineptos. La hora actual de España reclama otro género de actuaciones. Cuando la Patria atraviesa un período crítico, sin base ni sustentación definitiva, dedicarse a obtener libertades burguesas es criminal.

Nosotros, la vitalidad joven de la Patria, impediremos que la Revolución beneficie exclusivamente a los enemigos del pueblo. Los gritos de «Libertad, orden, etc., etc.» que dan los españoles sin sangre, los residuos de los años muertos, deben ser anulados por los gritos hispánicos que pregonen el derecho de España a forjarse una grandeza (con libertades o sin ellas), a hacer la revolución económica que concluya con los desmanes burgueses.

El pueblo debe apedrear a los oradores farsantes que le hablan de la libertad. (De libertad para morirse de hambre.) La libertad es burguesa, camaradas, y, por tanto, origen y fuente de tiranías.

Nuestro deber es engranarnos en un régimen hispánico que interprete e invoque el más puro afán constructor.

Hay que centrarse en la época y dejar paso a los entusiasmos nacionalistas, que son hoy la clave de las eficacias del pueblo. *Estado republicano* quiere decir, precisamente, eso: espíritu nacional, fidelidad nacional, servicio a la República.

Pero los invaliosos y los traidores interceptan las rutas. Por ello requerimos el auxilio armado. No debe escaparse la posibilidad que hoy se ofrece de que los españoles auténticos conquisten el Poder e impulsen al pueblo a una tarea constructiva de gran radio.

(«La Conquista del Estado», nº 16, 27 - Junio - 1931)

Juegos peligrosos

Es bien conocida nuestra actitud frente a los entusiasmos revolucionarios del Comandante Franco. De admiración radical. Si en España no brota un manojo de hombres así, con capacidad de sacrificio y de combate, bien poco haremos. Ahora bien, Franco carece en absoluto de sentido alguno nacional, y sus andanzas de los últimos días señalan en él un caso típico de inconsciencia.

Pone en circulación los ideales derrotistas y busca amparo en el domicilio de los traidores. Así su inclusión en las candidaturas de Maciá. Así también sus propagandas en Sevilla, a base de un grito pueril que a ningún andaluz se le ha ocurrido: «¡Viva Andalucía libre!»

No acertamos a ver la necesidad de nutrir las voces revolucionarias con gritos de ese carácter, que a poco que se les analice bordean las lindes gravísimas de la *alta traición*. Sólo una lamentable ceguera para la eficacia histórica de nuestro pueblo explica hoy el afán que sienten muchos por destruir la unidad de la Patria.

¿Se pretende obstruir la tarea del Gobierno republicano sacándole al camino problemas artificiales? Esa es la táctica de los comunistas, que con criminal sangre fría se declaran partidarios de los separatismos regionales. A nosotros nos repugnan esos procedimientos cobardes, y en nuestras campañas contra la situación gubernamental esgrimimos tan sólo la sana rotundidad de nuestra política.

Los objetivos revolucionarios deben ser directos. Hay que tener el arrojo de señalar las finalidades y lanzarse a su conquista de una manera inequívoca y audaz. Por eso, los que enarbolan e interceptan el problema separatista como auxiliar de su acción revolucionaria, nos parecen dignos de desprecio.

Es desde luego increíble que el comandante Franco se entregue a una tarea así, y pierda el timón verdadero de la grandeza de nuestro pueblo, que sólo puede alimentarse de un ciego respeto a la unidad nacional.

Pero no se trata sólo de esto. Desde hace veinte o veinticinco días el Comandante Franco hunde su auténtico prestigio de hombre valioso en la ciénaga de los grupos políticos más irresponsables y absurdos del país. Esos grupos de farsantuelos y de demagogos vulgares, que actúan a la sombra de la ingenuidad popular, ocultándole sus innobles taras. Esas candidaturas grotescas, en las que no falta nunca un artista chusco, un profesor cascarrabias y alguna señorita licenciada que merodea limosnas de vanidad.

El Comandante Franco es algo muy distinto a todo eso, y nos extraña que admita esa índole de fraternidades. Tiene derecho a ir a las Cortes sin necesidad de unirse a elementos invaliosos que juegan con el barullo y la farsa.

El Comandante Franco es un firmísimo valor revolucionario, al que esperan, sin duda, intervenciones de gran fuste. Pero disciplínese en una ruta política, póngase al servicio de las ambiciones nacionales más recias. Sin juegos peligrosos ni contactos mediocres con los espantapájaros del pueblo.

(«La Conquista del Estado», nº 16, 27 - Junio - 1931)

A nuestros lectores

Un cierre inesperado de los talleres donde imprimíamos LA CONQUISTA DEL ESTADO nos puso en el dilema de o no salir esta semana o publicar menos páginas de las que tenemos por costumbre.

Hemos preferido esto último para no perder estos días electorales la comunicación con nuestros lectores. Salimos, pues, con cuatro páginas, y quizá algún defecto de impresión, justificable todo ello por la premura con que nos hemos visto obligados a buscar nueva imprenta.

El próximo número saldremos, pues, con seis páginas como siempre.

Esperamos que los lectores se den cuanta del carácter involuntario de la anomalía y justifiquen las posibles deficiencias de este número.

(«La Conquista del Estado», nº 16, 27 de junio de 1931, pág. 1)

Una carta a "La Conquista del Estado"

Un señor que se dice comunista nos remite una carta singular. Publicamos a continuación los trozos más interesantes. Hemos suprimido algunos párrafos porque habla de nuestras organizaciones de un modo que revela su absoluto desconocimiento de ellas. Como verá el lector, su comunismo es de clase especial, y juraríamos que esta carta no la hace suya ningún comunista español. Su autor parece ser, pues, un solitario; esto es, lo menos comunista posible. Pero es hombre de prosa recia, que comprende bien algunos fenómenos políticos del mundo nuevo. Esto nos basta para estimarle. Vean ustedes:

(«La Conquista del Estado», nº 16, 27 de junio de 1931, pág. 4. Entradilla)

NUMERO 17. 4 de Julio 1931.

Después de las elecciones ¡Alerta a las Constituyentes!

Sobre todo, la gravedad del episodio de Cataluña.

Los próximos tres meses deben ser de alerta para el Pueblo. Si llega la ocasión y lo reclama el interés de la Patria, hay que movilizarse

El episodio de Cataluña

De nuevo el apoliticismo de los sindicalistas -que en este caso es verdadera incultura política- proporciona a Maciá, en Cataluña, una victoria absurda. Su actitud es indefendible, porque si votan a Maciá por su separatismo contradicen sus declaraciones de siempre, y si lo hacen porque tiene con ellos contactos de índole social y política, entonces reniegan de su tan cacareado apoliticismo. Los diputados de Maciá serán en el Parlamento representantes de los sindicalistas, y su significación, su mandato, tendrá un carácter de extremismo social, pero no catalanista.

De todas formas, el resto de España debe manifestar con energía su descontento por el deplorable episodio de Cataluña. Es raro que las montañas cercanas y el mar próximo no hayan curado de su histerismo a las masas de Cataluña. Pero España requiere esa curación y procurará el hallazgo de remedios eficaces. Sin detenerse ante nada, pues más allá del interés de la Patria no existen acusaciones. Todo puede hacerse y todo se hará.

Nosotros esperamos que las Cortes Constituyentes rechacen el famoso Estatuto que ahora se elabora en Cataluña. Veremos qué hacen entonces esas turbas reaccionarias de Maciá. Si apelan a la violencia, es el momento de aniquilarlas sin compasión. La grandeza de España no puede iniciarse con deserciones ni rebeldías, sino con disciplina y fervor para las rutas de la Patria, que es unidad de esfuerzo y de triunfo. Hay que vigilar las posibles traiciones que se avecinan y exigir los castigos más duros para los que pretendan explotar la errónea deslealtad de una parte de Cataluña. Ahí está como primer blanco el babélico Marcelino Domingo, el del bilingüismo, y sus huestes radicalsocialistas, que se emocionan ante la probabilidad de que los diputados traidores que vengan con Maciá se unan a ellos en la Cámara.

Marcelino Domingo, ministro del Gobierno nacional, apoya las estridencias de los separatistas, las halaga y justifica, para luego implorar el limosneo de sus diputados. Todo se reduce, pues, a egoísmo de partido, sacrificando los intereses más graves de España, a una ambición criminal que equivalga a reforzar su minoría parlamentaria. Puede presumirse la meta nacional que informará a hombres así que pactan con los traidores y hostigan las locuras para aprovecharse de ellas. Si como han insinuado los señores Domingo y Albornoz, los separatistas de Maciá se unen a ellos en el Congreso, habrá que declarar al partido radical socialista enemigo de la Patria, decirlo así a los españoles y cercar a sus hombres con las precauciones mismas que se toman con los leprosos. Desde luego, inhabilitarlos para toda función de gobierno.

Si, como en todas partes se dice, Cataluña va a obtener un régimen en cierto modo autonómico, ello debería traer como consecuencia la debilitación de los núcleos catalanistas, que una vez conseguida su pretensión tenderían a disolverse. Pero ello no ocurre, y he aquí un fenómeno que da plena razón a nuestras campañas. En Cataluña, el timón lo llevan los separatistas, y todo cuanto obtengan les servirá para avanzar más en sus pretensiones. El germen conducirá a la separación radical. Hay que darse cuenta de esto y no hacer luego gestos de extrañeza. Pero la separación es imposible mientras no la tolere el resto de España. Cataluña no es una nación que pueda reclamar derechos de esa índole. Aunque el clamor separatista de Cataluña fuese absoluto, esto es, que fuera unánime, sin una sola excepción, la petición de independencia, España podría y debería contestar con lenguaje de cañón. La separación de Cataluña necesita la voluntad conforme de todos los españoles, y es de suponer que no se degradará el hispanismo hasta el punto de permitir desmembraciones de ese linaje.

Si una mayoría de catalanes se empeñan en perturbar la ruta hispánica, habrá que plantearse la posibilidad de convertir esa tierra en tierra de colonia y trasladar allí los ejércitos del norte de África. Todo menos... lo otro.

El resto de España no ha hablado aún sobre el problema. Y su voz es la decisiva en este pleito.

El desenfreno socialdemócrata

Ahí están cien actas socialistas al servicio de la burguesía. No importa que vociferen y hagan gestos terribles. Sus votos proceden del conformismo español, del miedo al coco revolucionario, del burgués panzudo y mediocre. El sistema electoral Largo Caballero y la cobardía de los demás partidos son las causas del triunfo socialista. Triunfo, pues, artificioso que se desvanecerá en la primera ocasión. Nada bueno esperamos de los restantes grupos parlamentarios, nutridos todos ellos de gentes retrógradas que viven la emoción política de hace un siglo, pero los preferimos a ese rebaño extranjerizante de la socialdemocracia.

Ya surge entre ellos el apetito del Poder, y no les detiene la consideración de que sus cien actas fueron obtenidas en contubernio con los burgueses. No son, pues, actas de pureza socialista, y este detalle debiera hacerles más cautos. Les ilusiona eso de la «minoría más numerosa», y quieren lanzarse sobre el Poder como sobre las desmanteladas organizaciones obreras que controlan.

Por muy bajo que sea el nivel medio de los diputados constituyentes, pertenece sin duda al socialismo el honor de aportar los cernícalos más ejemplares. Hay que vigilar este peligro e impedir que exploten el argumento numérico que han obtenido por sorpresa. Estamos aludiendo a la tendencia gubernamental socialista que mantendrá Largo Caballero.

El equívoco primordial de la política española consiste en admitir una falsa localización de los partidos. En todas partes las exigencias económicas y las rutas vitales de los pueblos han hecho surgir fuerzas políticas que representan radicalismos de más sincera y fuerte realidad que los que aquí se proclaman ahora. El socialismo representa una trayectoria de gobierno fracasada en todos los países. Por dos razones: una, que su táctica conduce a todo menos a un régimen socialista; otra, y para nosotros la más esencial, que la eficacia económica que pueda conseguir un régimen antiburgués la logran entusiasmos de tipo nacional, que suplantan la discordia de clases con una integración de elementos productores. Es el caso de las economías de Estado, a que se acercan con rara similitud el régimen bolchevista de Rusia y el fascista de Italia.

El socialismo, por tanto, ha cumplido su vigencia histórica. De esas dos razones que enumeramos, la primera la esgrimen con eficacia los comunistas, y la segunda la enarbolamos los que unimos nuestro destino al destino nacional con un novísimo afán antiburgués y constructivo. Sería, pues, lamentable que en una hora así se abriera camino en España la decadencia socialista, cuyas filas son traidoras, según los comunistas, y reaccionarias, según nosotros. (En nuestra opinión, una fuerza política es reaccionaria cuando transcurrida su vigencia histórica se empeña en obtener el Gobierno de un pueblo.)

He aquí la realidad. Los socialistas deben ser bloqueados al menor gesto intemperante, porque significan una fuerza de reacción, y a última hora, un nido sospechoso de intelectuales sin sangre. No creemos que resulte muy difícil evitar el avance socialista, evitando a la vez que triunfe en nuestro pueblo el fraude revolucionario que ellos representan.

(«La Conquista del Estado», nº 17, 4 - VII - 1931)

A los lectores de LA CONQUISTA DEL ESTADO

Cada día es más difícil nuestra tarea. El régimen demoliberal bloquea a LA CONQUISTA DEL ESTADO, sometiéndola a persecuciones tiránicas. Es sabido que nuestro periódico no circula en Cataluña, pues los esbirros de Maciá intervienen en Correos todos nuestro envíos. Incluso los números de los suscriptores. Ello sin orden judicial, es decir, arbitraria y despóticamente. El Gobierno se cruza de brazos y permite que el tiranuelo Maciá impida, en nombre de la libertad, la circulación de LA CONQUISTA DEL ESTADO.

Ahora resulta que también el señor fiscal nos lee con lupa, y el número anterior fue denunciado, recogiéndonos gran cantidad de ejemplares, y es de esperar a correo seguido el procesamiento de nuestro director.

Todo esto indica que, como ya se nos había anunciado, las autoridades se disponen a batir nuestras propagandas. Bien. Hemos de equiparnos, pues, para la pelea. Que sostendremos hasta el final, sin retroceder un solo paso. Ahora bien; nuestra táctica será siempre la más eficaz y no vacilaremos en arrostrar las interpretaciones enemigas. Hasta aquí nos hemos dedicado primordialmente a la exposición de unas ideas políticas mozas, de sentido actualísimo y marca revolucionaria, y observamos ya la necesidad de revestir las propagandas de otra clase de alientos que los hasta ahora utilizados.

Equipos de camaradas nuestros irán por las ciudades y los campos con objeto de popularizar las metas ideológicas y tácticas que nutren hoy las páginas de LA CONQUISTA DEL ESTADO. De este modo surgirá un extendido movimiento popular, con una pujanza revolucionaria tal, que su actuación tenga por norma exclusiva el despertar violento del coraje hispánico.

Así, pues, en adelante profesaremos el método directo del mitin a la tarea de escribir cuartillas. Esto no equivale a suprimir la publicación de LA CONQUISTA DEL ESTADO. Es imperecedera; porque le corresponde destacar el espíritu político de la nueva generación, que nosotros representamos. Creemos suficientes cuatro páginas para comunicar semanalmente con nuestros lectores. Ello nos permitirá hacer frente, sin mucho quebranto, a las persecuciones policiacas que nos esperan. De todos modos, intercalaremos números de seis páginas cuando lo creamos oportuno.

No se ocultará a nuestros lectores que esta reforma responde a un afán de *eficacia.* Eficacia es la palabra sagrada del Diccionario. Nosotros sacrificamos todo a una ruta de eficacia. Ella nos ordena ahora reducir las páginas de nuestro periódico, y así lo hacemos. A la vez, disminuimos el precio, que será desde hoy de 0,20 pesetas el ejemplar.

(«La Conquista del Estado», nº 17, 4 - Julio - 1931)

Indalecio Prieto y Lerroux

A nadie puede extrañar esta especie de apoteosis de Lerroux. Es un hombre de talentos indudables, que permanecía en segunda fila injustamente. En los últimos años era norma de los jóvenes demoliberales burlarse un poco de la vejez ideológica de Lerroux, sin darse cuenta de que ellos eran de ideas, por lo menos tan viejas, pero sin la disculpa de los años que aquél tiene. Las circunstancias han permitido, sin embargo, que Lerroux adquiera ahora gran relieve y destaque las posibles cualidades de hombre de gobierno que posea.

En modo alguno podemos nosotros prestar al señor Lerroux el más mínimo aliento. Es hombre de otra época, ajeno a la peculiar emoción revolucionaria que informa al mundo nuevo. No obstante, nos explicamos muy bien su éxito entre los rezagados, a más de que su prestancia de caudillo, su auténtico porte de jefe, merecen nuestra simpatía. Al comentar la política española de hoy, no ha de olvidarse que sus hombres se mueven en un orbe de ideas totalmente caducas y que la ruta que se desea imprimir a la supuesta revolución realizada adolece de anacronismo perfecto. Lerroux se destaca precisamente hoy porque su adhesión a la política demoliberal es sólo teórica, pues todo el mundo sabe que en funciones de gobierno Lerroux actuaría con férrea autoridad.

Ahora se levanta Prieto e intercepta la ruta triunfal de don Alejandro. Nuestros lectores saben que en varias ocasiones hemos señalado en Prieto cualidades valiosas. Nos place, pues, verle en peleas decisivas, planteando de un modo audaz los problemas políticos. Prieto es hoy uno de los pocos hombres con talento y energía suficiente para dar cara con toda la responsabilidad a las situaciones más graves. Después de los juicios que antes expusimos sobre el partido socialista parecerá extraño a algunos que elogiemos a Prieto, que figura en ese grupo. La razón es bien clara. Indalecio Prieto no es hombre de emoción socialista -por fortuna para él, claro- ni sacrificará su acción política a una fidelidad cuyos imperativos no le hostigan, sin duda, muy profundamente. Por ello, nosotros presentimos para

en breve una gran escisión en el seno del partido socialista, que tendrá por eje una actitud grandiosa de Indalecio Prieto.

Ahí está ahora, frente a Lerroux, dando paso al primer gesto que ha conmovido a la política republicana. Es posible que las futuras intervenciones de Prieto originen en nuestro país dificultades imprevistas, que sean causa de amplísimas reformas en el estilo político que hoy prepondera. Así, lo natural para casi todos era en estos momentos un gobierno Lerroux. Prieto ha hecho tambalear el equilibrio con sólo unas palabras. No estamos conformes si Prieto pretende con ello encargar al partido socialista del Poder. Pero sea como quiera, basta con turbar el primer sueño de los buenos burgueses, que ya se prometían horas muy templaditas. Lo único fecundo hoy es plantear dificultades, impedir la facilidad y la salvación sencilla. No hemos dado cara aún a esos minutos tremendos que toda revolución alumbra, en los que se fragua la genialidad de la nueva política que en ella nace.

Por eso, todos los fenómenos que ahora advirtamos, representativos de una tendencia a petrificar el régimen, merecen repulsa unánime de los temperamentos revolucionarios. Prieto lo es, en opinión nuestra, y por ello esta pugna con Lerroux, en cuanto no signifique pugna socialista frente a quien les cierra las veredas, nos agrada de modo rotundo.

(«La Conquista del Estado», n.17, 4 - Julio - 1931)

Las reservas de Ossorio y Gallardo

El distinguido viejo político señor Ossorio y Gallardo, jefe de la leguleyería nacional, ha declarado a un periódico que los hombres nuevos deben buscarse en la Academia de Jurisprudencia.

Hay que salir al paso de creencias así, pues el abogadismo ramplón es el mayor culpable de todas las dificultades que obstruyen hoy la ruta hispánica. La supuesta Revolución que dicen se ha realizado fracasa porque fue faena de abogados, sin nervio revolucionario ni grandeza histórica. Se esgrimieron razones jurídicas, se hizo creer al pueblo que bastaba el resurgimiento del llamado derecho para garantizar la victoria de todo.

El primer deber de los nuevos y auténticos revolucionarios es superar esta etapa leguleya e implantar la vigencia de un orden creador, rechazando la cooperación de los charlatanes.

Las horas revolucionarias son imperiosamente ejecutivas, y no se puede tolerar que burlen su impulso las asechanzas de los abogados.

Lo primero es la acción. La virtud primera corresponde al hecho revolucionario, y sólo los hombres que hayan vivido esa emoción ejecutiva de la Revolución pueden luego intervenir en la elaboración del nuevo orden jurídico que de ella surja.

Nada de esas reservas que señala Ossorio. Son gente vieja, incapaces de comprender los imperativos revolucionarios de nuestro tiempo. Se opondrán al triunfo joven; nos petrificarán en las formas fracasadas. Son, pues, elementos reaccionarios que es preciso desenmascarar y destruir.

¿Pues qué dirá un leguleyo ante un deseo joven que consista no en liberarse del deber hispánico, no en aislar su particular destino del destinó nacional, sino en encontrar la disciplina grandiosa a que someterse? Es el milagro optimista del pueblo ruso, del pueblo italiano, del pueblo alemán, de todos los que han superado el régimen liberal burgués y realizan hoy su tarea colectiva, su plan magnífico, su aventura.

¡Abajo los leguleyos!

(«La Conquista del Estado», nº 17, 4 - Julio - 1931)

Meteoros. Águilas y angulas

El catalán es un producto lírico, sentimental y filarmónico como el guirlache. Su existencia, más que de las fábricas de tejidos, depende de cualquier orfeón. Esa es la democracia catalana, democracia de orfeón, que baila sardanas y se va de "aplecs". Así se ha ido reginando su naturaleza de tal modo, que ya no podía resistir sino el Gobierno operetesco de Maciá. También Maciá canta la "Santa Espina" y el ex seminarista Ventura Gassols se la tararea. Pero el buen catalán está contento, ya puede marcharse tranquilo de excursión y tragar bajo su porroncito. No hay que pensar en Lenines y mucho menos en Trotskys, cuando se tiene a un estadista tan revolucionario y además tan musical. El mismo Maurín, que es un aragonés catalanizado, defiende la política del Abuelo y los de la C.N.T. tropezaron con su ideal. El hombre puede retornar a la vida paradisíaca con una orquesta y con un ex-coronel de Ingenieros. Cambó era un terrible perturbador que mandaba traducir los clásicos grecolatinos y que viajaba en yate. Vuelve la Cataluña antigua de los frailuchos de Cervera y de la Marca Hispánica en poder de los carlovingios. El último triunfo electoral ha sido, en efecto, la reivindicación de Ludovico Pío. Sus enemigos fueron derrotados por un casi cura y un casi militar. En adelante, esperaremos a Luis el Tartamudo y a Carlos el imbécil.

* * *

R.I.P., Don José Martínez Ruiz *(Cándido, Arhimau, Azorín)* últimamente no firmaba sus artículos. Educado con los escolapios. Anarquista. Ex-maurista. Antiguo ciervista. Casi director de *La Nación.* Federal. Dramaturgo. Próximo a ser comunista. Sin hijos. Pequeño filósofo. Académico. Fue subsecretario. Nunca gastó paraguas rojo ni se atrevió a visitar la Santa Rusia. Le gustaban los dulces y las violetas, etc., etc.; ha fallecido de melancolía electoral, de remembranza de agua con azucarillos de saudade de Salón del Congreso... Era un alma tímida y ruborizable. Pudo ser un excelente ujier de las Constituyentes!

* * *

Antes de las elecciones: Expulsión de Segura. Expulsión de Marty. Expulsión de Duclós. El Sr. Maura, en vez de ministro de Gobernación, es una especie de pastillas de Santonina.

Cuando las elecciones: El aya Alcalá Zamora: "¿Qué os *paza,* ricos?".

Manolín Ossorio (gimoteando): "Beh, beh, beh. Yo *quero* ser diputado".

Falito Sánchez Guerra: "Y yo *tambén,* y yo *tambén".*

Alcalá Zamora: "Mardita *zea la Estampa* del que se acordó de vuestro *papas* y no de *vosotro,* ziendo tan monines."

* * *

Fabián Vidal parió la mohatrería y mogatacería. Estas dos doncellas han procreado un acta para las Cortes. Los futuros picadores del ruedo constituyente ya tienen caballos.

* * *

De las cinco actas que le sobran a don Alejandro el Magno (a) Lerroux, una será para Bullejos, otra para Senante, otra para Clavo Sotelo, otra para Campón, y la última, que es el acta de defunción, después de haber, de haber recibido los Santos Sacramentos.

* * *

Burgos Mazo, por Huelva; Villanueva por Logroño, y D. Melquíades Álvarez, por Valencia y por Madrid. ¡Y nosotros que no creíamos en la resurrección de la carne! Mas nos aseguran que se trata de la perpetuación de la mojama.

* * *

Los vascos piden Religión y Fueros. Maura pide luz y taquígrafos.

Prieto pide la cabeza de Salomé o los bigotes de Lerroux. Largo Caballero pide la extirpación de los sindicalistas. Nosotros pedimos banderillas de fuego para los mansos y la degollación de los santos inocentes.

(«La Conquista del Estado», nº 17, 4 de julio de 1931, pág. 2)

Los Hombres y la Guerra

Así, en el tono que lo hace Pierre Latercier, es lícito hablar contra la guerra. El régimen democrático burgués es el mayor enemigo de la paz. Por más que figure como su cultivador más constante. Sólo se evitará la guerra haciendo posible en la paz las grandezas humanas que la guerra simboliza. Inventando tareas constructivas, esfuerzos, que satisfagan la plenitud del hombre. Ya apuntan estas verdades en las avanzadas de la sociedad nueva. Un ejemplo es el artículo de Latercier, que traducimos de la revista *"Plans ",* oasis magnífico en la desértica democracia francesa. La pacifístería mediocre que padecemos no comprenderá quizá nuestras razones, y seguirá abogando por que los pueblos se hundan en una moral antiguerra, de cobardes, sin suplantación alguna.

N. de la D.

(«La Conquista del Estado», nº 17, 4 de julio de 1931, pág. 3. Entradilla)

Un libro sobre Galán

Dos escritores han publicado una biografía del capitán Galán. De tal modo falsa y mediocre, que si el lector no tiene del héroe otras noticias que las que le suministra ese libro, deduce que se trataba de un hombre absurdo y totalmente invalioso.

Los autores —Arderíus y Díaz Fernández— han volcado, pues, sobre el libro su peculiar ramplonería, que hiere de rechazo al héroe, al capitán Galán, atribuyéndole diálogos pobrísimos, de una estulticia abrumadora.

Además, los episodios revolucionarios en que intervino Galán se describen con antipática petulancia, presentándose los autores, con vanidad de circo, como auxiliares eficacísimos de las conspiraciones. Los hechos aparecen así falseados, con un tinte insoportable de retórica, y despojan de todo interés al libro, que es una fantasía desdichada.

Por tanto, ni las gestas ni los gestos del capitán Galán aparecen en la supuesta biografía. Algunos capítulos donde los autores quisieron aprisionar y exponer las ideas de Galán, sus sueños de carácter social y político, son de tan pobre agilidad conceptual que denotan la zafia incultura de quienes lo escribieron.

Lo artificioso de la biografía no beneficia, como pudiera creerse, la amenidad. El libro es pesado y carece de todo atractivo literario. Es lamentable y perjudica notablemente la memoria de Galán. Deseamos que no sea ésta la ruta que mañana utilice la Historia para fijar el prestigio revolucionario del capitán heroico.

(«La Conquista del Estado», nº 17, 4 de julio de 1931, pág. 3)

NUMERO 18. 11 de Julio 1931.

La tiranía liberal burguesa

Cada día es más notorio el fracaso del Gobierno.

Las filas revolucionarias deben proseguir su ruta.

Es preciso obtener la seguridad de un resurgimiento hispánico.

La hipocresía del régimen liberal burgués

Se comprende que por inercia histórica acepte y tolere un pueblo un retraso de cien años en la vigencia de sus instituciones públicas. Pero es increíble y absurdo que se movilice revolucionariamente para consolidar un anacronismo así. Es notorio que los avances políticos y sociales efectuados en nuestra época, ante la necesidad de lograr nuevas eficacias, tienen todos un sentido antiliberal y antiburgués. Pues bien, en España se tiende al restablecimiento de esas emociones fracasadas y, con la gravedad que supone el que ello se haga en un período revolucionario, se las presenta al pueblo como los resortes valiosos de la nueva política.

Incluso el partido socialista, que por su nacimiento postliberal, al calor de la desilusión democrática, podía adoptar hoy metas más actuales, se une al corro de los ancianos y representa a maravilla su papel zurdo de burgués que quiere ante todo y sobre todo libertades; esto es, que lo dejen en paz.

Pero las victorias de nuestro siglo se caracterizan precisamente porque no dejan en paz a nadie. Las revoluciones realizan el hallazgo de tareas formidables, a las cuales se lanzan con intrepidez y entusiasmo las energías del pueblo. En un momento así, en que el mundo anula y desprecia la cultura liberal burguesa, triunfa en España un conato revolucionario que la exalta y glorifica. El fraude tiene que ser denunciado en la voz más recia posible, y se impone sin pérdida de tiempo la organización de una fuerza revolucionaria auténtica que elimine todo peligro de reacción. Bien entendido que hoy son fuerzas reaccionarias las que orientan su ruta hacia conquistas de orden individual, antinacional y burgués.

Por mucho estrago que la farsa demoliberal haya hecho en las juventudes españolas, hoy las más reaccionarias del mundo, con excepción de pequeños núcleos comunistas y de otros afectos a LA CONQUISTA DEL ESTADO, hay que suponer que dispondrán de coraje revolucionario para alzarse contra la mediocridad victoriosa. Es conocida nuestra filiación anticomunista, pero consideramos que el verdadero enemigo en esta hora es el ambiente liberal burgués, que ahoga todo esfuerzo joven y destruye toda posibilidad de grandeza para nuestro pueblo.

A la desaparición de la monarquía deleznable, conquistaron el Poder unos núcleos invaliosos, educados en las normas políticas de la vieja democracia, que hoy tratan de que repitamos todas las experiencias fracasadas en Europa. El pueblo hispánico tiene sólo dos aspiraciones, ninguna de las cuales puede ser satisfecha por un régimen político demoliberal. Una es levantar en todo lo alto la ruta histórica de la Patria, afianzar sus destinos grandiosos, y la otra es la consecución de una economía próspera que corte de raíz las injusticias sobre que hoy se asienta la producción y el consumo.

Para conseguirlo hay que lograr la imposición revolucionaria de una tendencia en absoluto opuesta a la que hoy dispone del Poder. Hacen falta entusiasmos de tal magnitud, que sólo una intrépida sacudida de nuestro pueblo puede imponer ese triunfo. Si las juventudes desatienden este imperativo nacional, recluyéndose en un facilísimo circuito de ancianidades, y, de otra parte, el proletariado revolucionario no reconoce otras metas que unas quiméricas e imposibles obtenciones sociales de tipo catastrófico, nada podrá realizarse en el área hispánica que posea plenitud y envergadura revolucionaria.

Pero hay más. El anacronismo liberal burgués obliga al Gobierno a insinceridad perpetua. Su política es una sarta continua de falacias y engaños, que nacen del fracaso de los recursos que la ideología hoy triunfante pone en sus manos. Ello es, ni más ni menos, una inmoralidad vergonzosa. El pueblo, que se sabe engañado por unas oligarquías que explotan un mito infecundo, pedirá con rapidez las cabezas de los culpables. Es el acontecimiento que nos queda por ver, el que iniciará de verdad la ruta salvadora.

El régimen liberal, si quiere subsistir, se ve obligado a actuaciones tiránicas. Soportar una tiranía es la máxima degradación de un pueblo. Cuando nosotros hablamos de aniquilar el anacronismo liberal no hacemos, como al parecer creen los tontos por ahí, la defensa de la tiranía. Confundir un régimen tiránico con un régimen creador que obliga a los individuos a enrolarse en realizaciones de tipo nacional, colectivista, es propio de botarates. Así se comprende que aquí nadie logre entender el fenómeno fascista o la dictadura de Stalin, creyendo que se trata de tiranías vulgares, donde un déspota impone y realiza su particular capricho.

La tiranía auténtica es esta que padecemos aquí y ahora, o bien aquella otra de la monarquía. Unos grupos irresponsables suplantan los fines nacionales, atemperándolos a su propio nivel, e impiden las propagandas que hieran sus intereses. Analícense los actos del Gobierno y se verá cómo sus miembros actúan con todas las características y todas las taras de los tiranuelos. No poseen una concepción nacional, una ruta grandiosa que imponer de modo coactivo y, sin embargo, seccionan todo intento eficaz que les perjudique.

Los síntomas tiránicos

Si este Gobierno hubiera proclamado el día mismo de su elevación al Poder la dictadura revolucionaria, nos habría parecido un acto abusivo, porque el origen de su fuerza era un compromiso concreto de conceder al pueblo libertades políticas; pero por lo menos justificaría el proceder despótico a que hoy se entrega con furor. Todas sus actuaciones son de tipo gubernativo, arbitrario. Ahí está como ejemplo su acción contra los intrépidos conspiradores de Sevilla, que son fulminados como traidores y luego se les exime de responsabilidad judicial seria.

Días pasados, el inepto ministro de Fomento, señor Albornoz, entorpeció la marcha de la Confederación del Ebro con una disposición absurda, y porque el ingeniero director, señor Lorenzo Pardo, hombre de capacidad técnica digna de todo respeto, se permite publicar una crítica de la misma, aquel ministro liberalísimo se avinagra, como Primo de Rivera, y con el mismo protocolo que el dictador ordena la formación del clásico expediente.

A todo se resignan los pueblos, menos a no hacer nada. La política de alto estilo consiste hoy, como hemos insinuado antes, en presentar al pueblo planes ejecutivos de tal amplitud que requieran las energías nacionales todas. Si ello no acontece porque el Estado liberal abandona a los burgueses el deber de orientar las rutas económicas y a los corrillos intelectuales el de señalar el curso histórico de la Patria, surgen inevitablemente los conflictos, las dificultades, la paralización y el entorpecimiento de la vida del pueblo.

Ahí está también el síntoma electoral. Se le han impuesto al pueblo unas candidaturas, sin que las propagandas que se hicieron se refirieran para nada a los puntos capitales que abarca una Constitución. Se dirá que se votaban listas de los partidos. Pero es que nadie sabe aún qué piensan los partidos sobre los extremos constituyentes. Ni siquiera qué partidos son ésos. Sólo está clara una cosa: la presa del Poder. Para ello se valoran las minorías y se cuentan sus diputados, sin pensar que en las elecciones realizadas lucharon los grupos en conglomerado y que hay, por tanto, un entrecruce de votos que impide el que ninguna minoría asegure como debidos en rigor a sus partidarios los diputados con que cuente.

Cuando un Gobierno liberal actúa tiránicamente se justifica sólo con la necesidad de mantenerse en el Poder. Ello es intolerable, porque se trata de lo menos Gobierno posible y no tiene derecho a aspirar a que se le reconozcan consustancialidades con los supremos intereses del Estado. En un período revolucionario, el Gobierno liberal debe limitarse a servir de cauce a la ola triunfadora. Si interviene, comete delito de alta traición contra los intereses del pueblo, amparando la legalidad ilegal que precisamente se trata de destruir. Un Gobierno liberal puro fue el de Kerenski, en Rusia. El de Facta, en Italia. Y el desequilibrio alemán de hoy, cuando existen fuerzas jóvenes y revolucionarias que aspiran al Poder, procede de que la intervención extranjera impide que los partidos de Weimar cumplan ese papel histórico de dejar paso libre a la revolución fecunda.

Nuestra defensa del coraje revolucionario

Hay que aplaudir la rapidez con que algunos elementos que contribuyeron a la instauración de la República con las armas en la mano exaltan de nuevo la acción revolucionaria contra los usurpadores. Nosotros alentaremos todo entusiasmo revolucionario, porque sólo movilizando en las peleas las energías jóvenes del pueblo se conseguirá para España el episodio histórico salvador. A la vista de todos están ya la propagandas de la burguesía cobarde, que tienden a desprestigiar los esfuerzos

revolucionarios que surjan. El egoísmo liberal burgués sacrifica la necesidad nacional, que pide actuaciones heroicas, a sus intereses de clase y evita las dificultades fecundas.

Siempre temimos el aborto de la Revolución. Por eso, desde nuestro primer número mostramos disgusto por los poquísimos recursos revolucionarios que se utilizaban contra la Monarquía. Ahora se advierte la razón de aquellas críticas. Nosotros disentíamos de las exiguas metas que se señalaban, porque nos constaba su radical mediocridad. Hoy se precisa, pues, con toda urgencia la reorganización de las filas revolucionarias, adscribiéndolas a una ruta indesviable. Por nuestra parte, para subvertir el actual régimen liberal burgués, nos uniremos sin reservas a todos aquellos grupos de acción que, aun diferenciándose de nosotros en múltiples cosas, admitan, por lo menos, la necesidad de revalorizar la situación hispánica y una economía anticapitalista de base nacional, siempre que a la vez rechacen la ortodoxia comunista. No parece muy difícil una actuación orgánica de ese tipo, recogiendo los núcleos valiosos -y desde luego jóvenes, de veinte a cuarenta años, que es la edad de conquistar revolucionariamente el Estado- que todos los días aparecen desilusionados ante las torpezas y limitaciones del desgobierno liberal burgués.

En las últimas elecciones se ha perfilado ya con vigor rotundo una de esas actividades combativas que necesita el momento español. Nos referimos a la media docena de hombres jóvenes que han luchado en Sevilla con denuedo. Si se sabe prescindir del episodio superficial y se logra fijar en los hechos lo que en ellos hay de dimensión profunda, no podrá nadie negar que las propagandas de Franco, Balbontín, Rexach y sus amigos encierran un secreto de futuro. Estos hombres, con la simpatía cierta de elementos proletarios igualmente jóvenes, han mostrado en Sevilla que es fácil y posible orientar con fecundidad a la Revolución.

Es ahí, en el joven aviador, en el joven obrero, en todo aquel que supere las limitaciones del liberalismo burgués, donde aparece una posibilidad de resurgimiento hispánico. Hay, pues, que alentar la acción de estos núcleos, y si llega el caso, fundirse todos en una eficacia decisiva contra los usurpadores.

Para ello, lo primero es aceptar como recursos de lucha los procedimientos revolucionarios de calidad más alta y no asustarse de las similitudes que la decrépita ramplonería burguesa advirtiese y denunciase en ellos.

Desde el ministro de la Gobernación hasta el periodiquillo zurdo más insignificante han obstruido la ruta de las propagandas a que nos referimos. Pronto se hizo uso de bellaquerías, como esa de considerar a los revolucionarios enemigos de la República. Nosotros protestamos de esa mala fe que el Gobierno liberal de la República ha utilizado contra Franco y sus amigos.

(«La Conquista del Estado», nº 18, 11 - Julio - 1931)

La vergonzosa tiranía oficial contra LA CONQUISTA DEL ESTADO

Las horas revolucionarias se están convirtiendo en horas reaccionarias. Y aun algo más grave. En horas de peligro para la existencia misma de la Patria. Nuestro último número ha corrido la misma suerte que el anterior al último. Denunciado por el fiscal y recogido por la policía. Molesta al Gobierno nuestra campaña contra los traidores del separatismo catalán, pues él se sabe cómplice suyo, responsable por cobardía, del vergonzoso crimen histórico que allí se trama. Así acontece el hecho increíble de que un Estado nos persiga por defender su propia integridad. Hasta ese punto andan por los suelos los prestigios hispánicos. Resulta que el Gobierno de Madrid no sólo no nos defiende de los atropellos a que el despotismo de Maciá nos somete en Cataluña, sino que se dispone a torpedear nuestras campañas.

Las libertades políticas conseguidas por el pueblo parece que no alcanzan la robustez suficiente para oponerse con ánimo vivo a la desmembración de la Patria. Unos tiranuelos mediocres confunden los fines nacionales con los de su propio egoísmo, y con inconsciencia de perturbados favorecen las propagandas traidoras.

Nosotros esperamos para muy en breve un levantamiento del pueblo que lance a estos usurpadores y entregue el Gobierno a un auténtico Poder revolucionario. Ya se ve como respetan los

imperativos demoliberales que le dieron el triunfo. Persiguiendo con saña a los pocos periódicos que en medio de la cobardía general dicen con voz recia las verdades amargas. LA CONQUISTA DEL ESTADO reclama libertad del Estado liberal, y no creemos que ello equivalga a pedir peras al olmo. Nosotros, entiéndase bien, hemos superado radicalmente esa etapa decimonónica burguesa que se conforma con el disfrute de las llamadas libertades; pero no podemos otorgar el derecho a suprimirlas a un Gobierno cuya única fuente de Poder es el compromiso de dotar a nuestro pueblo de libertades políticas. Un Estado moderno que emprenda la realización de una gigantesca obra nacional, que actúe de cara a las nuevas eficacias de este siglo, puede, sin duda, sacrificar los afanes críticos y obligar al pueblo a la colaboración grandiosa. Pero un régimen demoliberal, un Estado anacrónico como el que padecemos, es incapaz de tareas así; sus hombres son hombres mínimos, que viven emociones quiméricas y en la práctica propenden al abuso de oponerse a las ideas que perjudican sus particulares intereses.

La persecución que hoy se efectúa contra LA CONQUISTA DEL ESTADO hace patente la hipocresía de los tiranuelos. Como no comprenden las actitudes postliberales de la gente moza, que rechazan sus melindres retóricos, tratan de aniquilar sus medios de expresión. No conseguirán esto los viejos reaccionarios. Nosotros somos inaniquilables. Si el Gobierno nos impide actuar dentro de la ley, persiguiendo despóticamente a LA CONQUISTA DEL ESTADO, nos queda aún el gran recurso grato, después de todo, a las juventudes: el de actuar revolucionariamente fuera de la ley.

(«La Conquista del Estado», nº 18, 11 - Julio - 1931)

La ruta de África

Como saben nuestros lectores, postulamos una orientación hispánica hacia tierras africanas. Entiéndase bien que ellos no supone una fusión ni una conquista. España debe hacer precisamente lo contrario de lo que es su misión oficial en Marruecos. Esto es, llevar a África una política antieuropea, despertar en los pueblos sojuzgados —Marruecos francés, Argelia, Túnez, Trípoli, Egipto— una conciencia nacional, una protesta contra los dominadores. Todo lo demás será pura consecuencia. El imperio hispánico se constituirá así, afianzando sus raíces en África. América, no. Porque son pueblos semicultos, que es la peor clase de incultura, y no soportarán la grandeza hispánica. Un redactor nuestro ha hablado de esto al arabista señor González Palencia, y no parece que haya comprendido nuestra idea africana.— N. de la D.

(«La Conquista del Estado», nº 18, 11 de julio de 1931, pág. 2. Entradilla)

Meteoros. Águilas y angulas

Trozos de novela por entregas del ministro de Economía: Conspiración... Ocultarse... Incertidumbre... Riesgos.

(Con un gesto de segunda noche de bodas).— Esto ya no puede producir entusiasmo. Indudablemente el señor Prieto castiga demasiado.

* * *

Ossorio y Gallardo hablaba en unas declaraciones con desprecio del señorito energúmeno. Ya sabemos que su debilidad son los señoritos de Jurisprudencia. Y que su fuerza señoritil son los retoños de los grandes papás.

Lerroux ha dicho en Salamanca, que Melquíades Álvarez será en el Parlamento un valor constructivo y estético, sin duda, aunque mucho más bailarina y poco menos palustre.

* * *

Chapaprieta ha sido derrotado. El bebé Ossorio Florit por fin ha triunfado. ¡Arriba la naranja y abajo el limón! Para nosotros, ni lo uno ni lo otro; después de exprimido el poquito zumo, la cáscara sólo sirve para que resbalemos.

Mola y Albiñana, Cornejo y D. Galo, vosotros sois los *sandwichs* de la República. Unos emparedados algo vergonzantes, porque os falta bastante jamón en medio. Por ejemplo, los capitalistas de los Monopolios, los negociantes, los banqueros.

* * *

Han estado a punto de regirse las Constituyentes por un reglamento del año 47. Del año de la Nana. De la época de Villanueva y D. Burgos. Sin embargo, ha prevalecido un criterio renovador: Se regirán por el Reglamento las Cortes de Cádiz. Pero les va a faltar la libertad.

* * *

Ya podrán casarse las telefonistas. Es el último homenaje de la Compañía a la telefonista de Ayerbe. Berenguer le había mandado la pulsera de pedida (o despedida). Y la pobrecilla no podía formalizar la boda.

* * *

Frases de Romanones: El dinero deja de ser arma eficaz en las elecciones...

D. Álvaro, muy agradecido al Gobierno por este ahorro, ha terminado diciendo: Después de ocho años de dictadura...

Con tal de no soltar una peseta, se confiesa tocayo de Primo. Ocho años de dictadura, ¿por qué no se le enchiquera?

* * *

A Pedregal, que ha sonado un poquito para presidente de la República, se le podría preguntar como a un antepasado en 1873: pero ¿quién es Pedregal?

* * *

Señoras: aquí tienen a *Crisol,* que está injuriando a su Señora la República: Por caro y por malo.

* * *

El residente francés en Marruecos ha querido recordarnos su prestigio y su poder. Ya llegará algún día en que le cantemos el Himno de Riego o La Marcha del Nuncio. O que le mandemos a los comunistas para que los colonice.

* * *

El Banco de Cataluña ha suspendido pagos. Sr. Maciá, éste es un aviso providencial del Altísimo. Cuando un banco se hunde, a cualquiera se le pueden quebrar las piernas.

* * *

Antes la Guardia Civil era tabú. Pero desde que han actuado de electoreros, cada noche el pueblo se carga a un tricornio.

Los jesuítas entran triunfalmente en Orihuela. Los otros jesuítas en la Institución Libre. Ni Papa negro ni papa color de rosa. Aquí hace falta un tío.

* * *

Todo el romanticismo dulzón y aguanoso como el ministro de Justicia, glorificaba al condenado a muerte. Pero también es cierto que glorificaba al verdugo. El que estaba próximo al garrote vil era objeto de delicadezas de solterona por parte de los poetas del momento. Desde Víctor Hugo a Zorrilla. Era ahorcado, pero sus últimos instantes transcurrían entre la tortilla con patatas, el puro con sortija y el padre capuchino; después y antes de la horca, caían sobre su humanidad pecadora quintillas, odas y romances. Hubo gente que comparaba tal carguito con el de reina de Juegos Florales. Y hasta algún presumido, adrede, asesinó a su costilla para que los periodistas le dirigieran preguntas tontas en el umbral de la muerte.

Ahora va a ser imposible toda esto; se suprime la pena capital y este rasgo tan humanitario de la República privará de realce a unos cuantos candidatos al finibusterre. Ahora cualquiera podrá ser asesinado por la Guardia Civil, pero no conseguirá ya nunca que le aprieten el pescuezo. Es una profesión que va a quedar vacante. Y es una lástima: primero, porque no sabemos a qué se han de dedicar de ahora en adelante los Hermanos de la Paz y la Caridad. Acaso ingresen en una compañía de circo para amaestrar focas; segundo, la gracia soberana del indulto con intercesiones del obispo de la diócesis, la Junta Protectora de Animales y las fuerzas vivas, perderá color y treme-bundez, y tercero, esa bandera negra que ondeaba en la Cárcel luego de la ejecución, desaparecerá para siempre como la de los antiguos piratas.

Por lo tanto no debemos felicitar a todos aquellos que tenían vocación de morir y triunfar en el garrote. Sino por el contrario, y considerándonos perjudicados por la sensibilidad burguesa del Estado, concederles una indemnización, y además, permitirles que pongan en sus tarjetas de visita: Fulanito de Tal, condenado a la horca, en situación disponible; o Menga-nito de Cual, reo de muerte, en la primera reserva.

Al lado del monstruo norteamericano de la Telefónica, el minúsculo sindicalista español, chiquitín y original por su pobreza, por su gesto valiente y absurdo. Sin embargo, gigante en entusiasmo, en violencia y en tozudez. El rascacielos yanqui mira de reojo despreciativamente al huelguista. Le parece ser una cosita microscópica, como una chinche, que le picase como un mosquito que la asaeteara. La Compañía está orgullosa de su influencia oficial, de su poder en los periódicos liberales y en los guardias de asalto. Con el huelguista sólo van el gandul de aquella esquina, el desocupado de la calle, la niñera del entresuelo y el zagalón de los barrios bajos. Buena gente castiza y desinteresada que le ayudan en chuflearse de los Romanones y en asustar un poco a los burgueses. Cuando nadie se acuerda de meterse con el capital extranjero, es un respiro y una compensación que las masas plebeyas le corten los bigotes a Sansón.

* * *

Dijimos que meterse con Dios no es aquí nada. Pues al fin y al cabo, Dios está en todas partes y ya se iba haciendo algo molesto. También dijimos que era muy diferente faltar a la Virgen. Que sólo está en Sevilla y que es la novia de todos los españoles y la confidente de todas las españolas. En efecto, mientras los *Sin Dios* siguen tan ateos y tan ilesos, el doctor Vallina ha ido a remojarse en una alberca al querer sabotear a María Santísima.

—Usted sabe, Vallina, que somos grandes camaradas suyos: por eso le aconsejamos que siga amenazando a los latifundistas, pero deje en paz a la Virgen, que la Virgen es capaz de aparecérsele una madrugada y convertirlo al bizkaitarrismo.

(«La Conquista del Estado», nº 18, 11 de julio de 1931, pág. 2)

La cuestión del "dumping" ruso

El escritor yanqui H. R. Knickerbocker termina de publicar un amplio y documentadísimo reportaje sobre la situación actual del comercio ruso. Publicamos la parte de él que habla del supuesto "dumping", pavor de los puertos comerciales europeos. Knickerbocker posee de todo cuanto escribe documentación directa, obtenida de "visu" durante su viaje por los centros productores de Rusia. Por eso sus trabajos alcanzan gran interés, el que les presta la seguridad de que no son una fantasía más de las que circulan sobre los problemas económicos rusos.— N de la D.

(«La Conquista del Estado», nº 18, 11 de julio de 1931, pág. 3. Entradilla)

La vergüenza de la Telefónica

La huelga de los empleados y obreros de la Telefónica pone a la orden del día esta bochornosa explotación del capitalismo extranjero. Se asustan las gentes cobardes de que propugnemos en esta hora una política de defensa nacional. No despierta su coraje ni este espectáculo de los teléfonos en manos de extranjeros, negocio criminal que proporciona a los colonizadores yanquis cien millones de pesetas, que hurtan a la economía de nuestro pueblo.

Sonroja de vergüenza contemplar cómo el Gobierno del pueblo (?) hispánico facilita a la compañía extranjera toda la coacción oficial de que dispone para ahogar las aspiraciones de los huelguistas. La prensa repugnante de la izquierda, que tanto presume de defender los intereses del pueblo, destaca las frases de desaliento y se calla la protesta clamorosa que debiera brotar de todos los pechos hispanos en ayuda de los españoles que luchan.

El negocio de los teléfonos, en las condiciones en que se ha hecho la concesión por el Estado, sería un intolerable abuso aun en el caso de que fuesen capitales españoles los favorecidos. Júzguese, pues, la iniquidad que representa el hecho de que sea la rapacería yanqui la que se aprovecha de nuestro suelo como de una colonia.

El Gobierno está en la obligación de declarar este asunto como algo muy directamente relacionado con el honor nacional, y debe intervenir en él con ímpetu revolucionario. Hiera los intereses que hiera, provoque las iras que provoque. Aunque ello suponga una visita de la escuadra yanqui a nuestras costas, pues veintidós millones de españoles sabrán rechazar la baba de los negreros.

Pedimos la inmediata rescisión del contrato con la Telefónica, y desde luego, que sin pérdida de minuto el Gobierno obligue a la Compañía a admitir las justísimas peticiones de los empleados y obreros en huelga.

Hay que iniciar en España la lucha heroica contra los explotadores, comenzando por aniquilar toda influencia extranjerizante. Ello no puede hacerse sino a base de una intervención revolucionaria de todos los elementos sanos de la Patria, que se agrupen en torno a la necesidad de robustecer y levantar los ánimos de nuestro pueblo.

Todos los que amparen o defiendan los intereses de estas grandes Compañías extranjeras deben ser declarados traidores y castigados con el máximo rigor. El honor nacional obliga a que se utilicen todas las armas, y el que no pueda de otro modo, que boicotee la Empresa, negándole su colaboración y su trabajo. Las organizaciones obreras que hoy luchan tienen derecho al auxilio de la nación entera, pues su esfuerzo simboliza la liberación del pulpo extranjerizante. El Gobierno y la prensa deben ser acusados de un delito de alta traición, porque en vez de favorecer y amparar los intereses de la Patria, ponen la fuerza oficial al servicio del enemigo, del extranjero despreciable.

(«La Conquista del Estado», nº 18, 11 - Julio - 1931)

NUMERO 19. 25 de Julio 1931.

Nuestra angustia hispana

Los elementos sanos y jóvenes de la Patria deben conquistar inmediatamente el Poder

El Estatuto separatista de Cataluña

Ya conoce toda España el Estatuto elaborado en Cataluña. Pues bien, esa consigna cobarde de «no crear conflictos a la República» ha interceptado sin duda las protestas. Así acontece el absurdo de que se invoque esa consigna para detener nuestras campañas contra el separatismo, y no se les ocurre, en cambio, a nadie invocarla con más oportunidad para que en Cataluña contengan sus exigencias hasta que se consolide la República. Si es un peligro para la República combatir el Estatuto de Cataluña, ¿no lo es también, y primordial, el hecho de que ese Estatuto se presente? Asistimos a una ola de cobardía que amenaza apoderarse de la situación política de nuestro país. Se eluden los problemas, aceptándolos tal y como se presentan, sin someterlos a disciplina nacional. El centenar escaso de personas que controla hoy los puestos directores es capaz de otorgar las concesiones más graves con tal de que desaparezca de su ruta una dificultad levísima.

En un momento así presentan su *ultimátum* los separatistas de Cataluña. Hasta hace un par de semanas creíamos en la posibilidad de que las Cortes rechazasen con indignación ese Estatuto, que equivale a una desmembración del territorio nacional. Hoy nos tememos que el crimen histórico sea consumado y que los traidores, de espaldas a los intereses de la Patria, firmen la disolución de nuestro pueblo. Porque es preciso llevar a la conciencia de todo español que no se trata de una simple autonomía regional dentro del Estado, sino de reconocer una nacionalidad, una soberanía política frente a la soberanía española. El Estatuto se despoja tan sólo de las atribuciones molestas y acumula para el Estado (¡!) catalán el control de toda lo que constituye la actividad fecunda de un pueblo: Enseñanza, justicia, tributación, poderes gubernativos, incluso el ejército, pues no se olvide su reclamación de que se nutran de catalanes los regimientos de Cataluña. (Tabores de policía indígena, como si dijéramos, al mando de oficiales españoles.)

Asistimos, pues, al triunfo del criterio separatista. Pero lo más grave del episodio no es a la postre la independencia de Cataluña, sino que ello se realice y consiga a costa de la vitalidad española. La cobardía gobernante ignora, a pesar de la estrategia de que presume el señor Azaña, que es facilísimo detener la audacia de los perturbadores. Existe un plan, ideado por los separatistas, para lograr sus anhelos íntimos de independencia. Sería suficiente bloquearlo con energía.

Acerca de este plan traidor escribíamos hace más de un mes:

«Existe todo un programa de asalto a la grandeza hispánica. La política separatista se propone realizar sus fines en tres etapas. Una, la actual, encaramándose a los puestos de influencia en Cataluña, y desde ellos educar al pueblo en los ideales traidores. Otra, intervenir en la gobernación de España, en el Poder Central, con el propósito firme y exclusivo de debilitar, desmoralizar y hundir la unidad de nuestro pueblo. Por eso sostenemos que no hay que prestar sólo atención a lo que los catalanes pretendan y quieran para Cataluña, sino más aán a lo que pretendan y quieran para España. Su segunda etapa consistirá, pues, en debilitar nuestro ejército, esclavizar nuestra economía, enlazar a sus intereses las rutas internacionales, propulsar los nacionalismos de las regiones haciéndoles desear más de lo que hoy desean; lograr, en fin, que un día su voluntad separatista no encuentre en el pueblo hispánico, hundido e inerme, la más leve protesta.

»La tercera etapa, cumplida en el momento oportuno, consistirá en la separación radical.»

Estamos, pues, ante un caso de defensa nacional. Nosotros pedimos que si el Gobierno no se atreve a hacer frente a la auténtica gravedad del episodio de Cataluña, recurra al pueblo, que éste sabrá defender con las armas la intangibilidad del territorio patrio.

Falta esta prueba a los catalanes separatistas: la del heroísmo. Carecen de ejecutorias guerreras, y por eso el resto de España debe obligarles a batirse.

Por nuestra parte, tenemos muy cercano el síntoma de que se les defiende bien aquí: una maniobra policíaca del Director de Seguridad me envía a la cárcel, sin intervención del juez, como preso gubernativo, por el nefando delito de defender la integridad del Estado. Ya llegará el momento

de nuestra justicia y la persecución implacable de los traidores, que no vacilan en obedecer las órdenes de Maciá; esto es, del enemigo iracundo contra LA CONQUISTA DEL ESTADO, por la irreductibilidad de nuestro gesto.

Todo esto conduce a la afirmación de que es precisa una segunda etapa revolucionaria. Con la máxima urgencia debe arrebatársele el Poder a las actuales oligarquías, que no tiemblan ni ante la probable ruina de la Patria. El pueblo se sabe ya defraudado y no será difícil movilizar sus ímpetus contra esta situación escandalosa, que para colmo de descrédito procede con despotismo monárquico para ahogar las voces disidentes.

La ruta a seguir frente al separatismo no puede ser otra que ésta: debe desmenuzarse su Estatuto en las Cortes y disminuir sus pretensiones en un ochenta por ciento. Para ello es suficiente un acuerdo de las fuerzas de Lerroux, las socialistas y derecha republicana. E imponer con energía la decisión de las Cortes. Es decir, entregar el pleito a la decisión suprema de la violencia.

El nerviosismo social. Las huelgas

Se ha hecho, a medias, una revolución política que es un puro anacronismo. Cuando la realidad de nuestro tiempo desaloja de todos los países a la reacción liberal burguesa, surgen aquí dos centenares de farsantes con la pretensión de que esas emociones anticuadas presidan la elaboración del nuevo Estado.

Distingue a la hora universal su carácter colectivista, de esfuerzo sistemático, y, por tanto, presentarse ante ella con equipo individualista y liberal, es caminar al fracaso con todos los honores del ridículo. El orbe social más sensible, que es el de las realidades económicas, canta ya con insistencia esa gran verdad. Las huelgas numerosas y la depresión enorme que se advierte en toda clase de negocios son tan sólo un leve chispazo de la auténtica catástrofe que hoy se incuba.

Si los microcéfalos gubernamentales, en vez de condenar las huelgas con melindres retóricos, se dedicasen a comprender y edificar una economía robusta, antiliberal y disciplinada, antiburguesa y nacional, advertirían el crasísimo error en que hoy andan revueltos. Pero no es posible, de un lado, halagar el espíritu burgués con esas grandes oquedades parlamentarias, y de otro, arrebatarle la libertad económica, que es la única que en el fondo le interesa.

El secreto consiste en el hallazgo de un tipo de Estado que anule las dispersiones económicas. Esto es, las indisciplinas de los productores. Hay que suplantar la función que hoy corresponde al capricho e intervenir las economías privadas con propósito de eficacia colectiva. Nosotros creemos muy saludable este reguero de huelgas, porque contribuirá a desequilibrar los falsos equilibrios. De otra parte, son movilizaciones revolucionarias, de las que nuestro pueblo está hoy más necesitado que nunca. La batalla social, a base de huelgas y choques con la reacción parlamentaria, puede proporcionarnos ocasión para entrenamientos decisivos. Frente a los burgueses timoratos que se asustan del coraje del pueblo, aplaudimos la acción sindicalista que, por lo menos, reanuda las virtudes guerreras y heroicas de la raza.

Comprendemos muy bien que las masas proletarias no tengan el menor interés en consolidar el régimen que ahora se inicia. Eso que se dice consolidar la República equivale, realmente, a la estabilización de los grupos oligárquicos que disfrutan hoy del Poder. De ahí que nosotros, hombres jóvenes que deseamos para España un régimen heroico, capaz de todas las audacias de nuestra época, y sobre todo exaltador hasta el fanatismo de las grandezas hispánicas, coincidamos en la protesta con los núcleos obreros que se insurreccionan. La consolidación de la vereda que hoy triunfa supondría para nosotros la pérdida de toda esperanza de resurgimiento hispánico. Están en el Poder las tendencias mediocres, decimonónicas, es decir, reaccionarias, capaces a lo sumo de hacer de España una repugnante democracia burguesa y parlamentaria.

Pero no necesitamos acudir a argumentos políticos para explicar la profusión de huelgas. El panorama gobernante no ofrece a las falanges obreras ni a elemento productor alguno garantías de eficacia para el porvenir. Un régimen puramente espectador que «deja hacer», sin prestar orientación genial a las energías del pueblo, es lo único que se advierte en el futuro del Gobierno. Por eso hay que eliminarlo.

Las huelgas son, pues, lógicas y el ímpetu revolucionario debe seguir a la orden del día.

El discurso reaccionario de Azaña

Ha de ser muy pasajera la popularidad de este señor Azaña, en quien nosotros denunciamos un manojo de afanes turbios. Estos intelectuales rumiantes, que viven con más de un siglo de retraso,

añorando las emociones más viejas, son quizá el máximo peligro para la flexibilidad de la República. Su discurso último, a base de tópico liberal y amargor de resentimiento, ha sido sin duda ninguna el fenómeno más reaccionario desde el 14 de abril. Su retórica de vieja gruñona, iracunda, cantando la «hermosa conquista de la libertad», es un verdadero atentado a la sensibilidad política moderna.

Todos los que estamos acostumbrados a dirimir contiendas políticas frente a hechos e ideas propios de este siglo, colectivista y antiliberal por antonomasia, al tener que oír -por radio, se entiende- discursos de la cavernaria ideología del señor Azaña, nos quedamos sorprendidos. Para nosotros -y en esto coincidimos con los comunistas, nuestros encarnizados enemigos-, un hombre que dice emocionarse ante la libertad, a secas -¡oh, la libertad!- o es un disminuido mental o es un farsante.

No nos cansaremos de decir que nuestra época encomienda a los Estados políticos la tarea de conseguir para el esfuerzo del pueblo una garantía de eficacia. En el siglo XIX se creyó con ingenuidad seráfica que el Estado cumplía su misión, haciendo posible la libertad de los individuos. El burgués necesitaba, es claro, la libertad para desenvolver sus negocios, de espaldas a los intereses del pueblo. La economía, las razones económicas, han sido las primeras en asestar a la concepción liberal burguesa un golpe decisivo. Por eso, el grito liberal es ya un grito reaccionario, cuyo triunfo equivale a marchitar las posibilidades grandiosas que pudieran dibujarse en el porvenir de un pueblo.

España necesita precisamente la victoria de una disciplina nacional que ponga en circulación a viva fuerza los ímpetus ocultos. Los liberales como el señor Azaña creen que lo primero es la satisfacción egoísta de los afanes de cada uno, y lo segundo cualquier otra cosa. Pero acontece -y ésta es la gran verdad de la época- que los individuos hoy no se satisfacen, sino sabiéndose colaboradores con los demás en alguna empresa de algún fuste. No hay alegría que supere a la del trabajador ruso al aportar su esfuerzo a la realización del plan staliniano. En Italia aparece el mismo fenómeno de modernidad, pues todo fascista se sabe engranado en la disciplina nacional que el fascismo impone.

Aquí, en España, tenemos en cambio que sufrir estas vejeces. Que, como han perdido toda eficacia política, se convierten en armas tiránicas contra el pueblo. A puro querer imponernos la libertad, el Gobierno liberal burgués de la República ametralla y encarcela al pueblo. El señor Azaña, a quien reconocemos cierta inteligencia, sabe de sobra que eso de «ciudadanos libres», tan repetidas veces celebrado en su discurso, es pura farsantería. Sin ir más lejos, podríamos citar el caso de la destitución de López Ochoa, seguida del «gesto democrático» del señor Azaña de negarse a explicar a los «ciudadanos libres» el motivo de la destitución. Y es que estos liberales cucos son todos ellos de un orgullo despreciable y tiránico. Cuando desde el Gobierno se vitorea mucho a la libertad hay el peligro de que ello se haga para que el pueblo tolere al gobernante la libertad de hacer lo que le venga en gana.

El señor Azaña alentó traidoramente en su discurso los afanes separatistas de Cataluña. Es la consecuencia última de la reacción demoliberal: si otorga libertad a los individuos, ¿por qué negarla a las regiones? He aquí un plan más rápido para conseguir la disolución de nuestro pueblo, entregados sus destinos al arbitrio cobarde de estos hombres, sin grandeza para encararse con un porvenir difícil y glorioso.

El señor Azaña preside un grupito de intelectuales que se identificó, al parecer, con su discurso. He aquí el triste papel de los intelectuales españoles: el de ir siempre rezagados. Hoy, que se precisa ir dibujando los contornos de una civilización postliberal, creadora de mitos colectivos, de pueblo, para lo que es imprescindible una vanguardia intelectual, tenemos aquí el triste espectáculo de una regresión, de un retroceso. Y tiene que ser el sindicalista ciego y anónimo, el luchador impenitente, quien marque una ruta de violencia, de creación y de gloria.

Pero el imperio hispánico surgirá.

Cárcel Modelo.

(«La Conquista del Estado», nº 19, 25 - Julio - 1931)

NUMERO 20. 3 de Octubre 1931.

Declaración ante la Patria en ruinas

Estamos aquí de nuevo, esgrimiendo con ambas manos la vibración nacional que nos sostuvo la primera época. Es imprescindible nuestra voz, porque yacen abandonados y traicionados los ideales supremos de la Patria. El Gobierno de la República sigue la ruta de los dos siglos borbónicos, siglos de deslealtad y de penuria, a pesar de lo fácil que habría sido ahora conectar el entusiasmo revolucionario del pueblo con los grandes alientos de la raza.

Nosotros -las juventudes revolucionarias y fervorosas- no podemos asistir callados a la consumación de los crímenes. El hecho de que se ofrezca a la generación nueva el crudo espectáculo de la disolución nacional, presentándola incluso como remedio a una era de catástrofes, lo entendemos sólo como una provocación que nos hace la caducidad miserable de los traidores. Estos grupos que se disgregan y abandonan los compromisos de unidad merecen nuestro desprecio, y frente a ellos y contra ellos levantaremos bandera de exterminio, amparados en el esfuerzo y el coraje que nos presta el sentirnos herederos responsables de una voluntad nacional única.

Nadie podrá comprender jamás que un pueblo identifique su meta revolucionaria con el logro de su exterminio. Los núcleos pseudorrevolucionarios que hoy gobiernan no han dado de sí todavía otro producto revolucionario que la destrucción de la unidad nacional. Alguien -téngase por seguro- responderá de modo bien concreto de la tremenda responsabilidad que ello significa. Ha empezado un nuevo ciclo de responsabilidades, con unos cuerpos de delito tan notorios que el más ciego advierte la proximidad de los castigos.

A la sombra de estas deslealtades, la propaganda comunista y anarquista consigue que sus fuerzas estén ahí en reserva, por si la socialdemocracia no logra ella sola efectuar la ruina nacional. Nada existe hoy en España que ofrezca garantías de que semejantes peligros van a ser batidos eficaz y heroicamente. Los núcleos más afectos a la Iglesia están invalidados; porque ésta, al fin, con tal de salvar ciertos intereses de cierto clero, pactará incluso con el demonio. Y los que conserven apego esencial a la Monarquía poseen el virus extranjerizante, antiespañol, que caracteriza a la dinastía borbónica.

Sólo resta, pues, la formación heroica de **Juntas de ofensiva nacional** que, apelando a la violencia, destruyan por acción directa del pueblo los gérmenes disolventes. Ahora bien; no puede olvidarse por nadie que ello es tarea revolucionaria, y, como tal, requiere el aprestarse a una acción de choque con las avalanchas enemigas. A la vez, una línea de reconstrucción nacional, que abarque y dé satisfacción a las exigencias económicas de nuestro pueblo. El fracaso rotundo de la plataforma liberal y parlamentaria favorece esta tendencia, que aparece en todas partes como la única posibilidad creadora y constituye el nervio de esa concepción nuestra -tan mal entendida- de un sindicalismo económico, de Estado, al servicio de fines exclusivamente nacionales.

Las fuerzas obreras viven hoy con angelical inconsciencia la aventura marxista, por lo cual sirven ingenuamente a los ideales traidores. Hay que propagar entre las filas obreras la rotunda verdad de que una sociedad socialista constituiría para ellas la esclavitud vergonzosa a una burocracia voraz e irresponsable. Nuestro frente no puede tolerar que la ingenuidad de los hijos del pueblo haga que identifiquen el logro de sus aspiraciones con la destrucción de la voluntad nacional.

La salud de la Patria exige, pues, el aniquilamiento de los partidos de orientación marxista, incapacitándolos para intervenir en la forja de los destinos nacionales. Nuestra actual promesa, nuestro compromiso de juramentados para garantizar un inmediato resurgimiento de la Patria, consiste en la afirmación de que no retrocederemos ante ningún sacrificio para sembrar en el alma del pueblo la necesidad vital que sentimos como españoles El marxismo es teóricamente falso, y en la práctica significa el más gigantesco fraude de que pueden ser objeto las masas. He aquí por qué se impone liberar a las masas de los mitos marxistas.

Las tácticas a que responderán las **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (J.O.N.S.),** que estamos organizando, se basan en la aceptación de la realidad revolucionaria. Queremos ser realizadores de una segunda etapa revolucionaria. Nos opondremos, pues, rotundamente, a que se considere concluso el período revolucionario, reintegrando a España a una normalidad constituyente

cualquiera. Hemos de seguir blandiendo la eficacia revolucionaria, sin que se nos escape la oportunidad magnífica que hoy vivimos.

Necesitamos atmósfera revolucionaria para asegurar la unidad nacional, extirpando los localismos perturbadores. Para realizar el destino imperial y católico de nuestra raza. Para reducir a la impotencia a las organizaciones marxistas. Para imponer un sindicalismo económico que refrene el extravío burgués, someta a líneas de eficacia la producción nacional y asegure la justicia distributiva. Esa es la envergadura de nuestras **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (J.O.N.S.),** a cuya propagación dedicaremos desde hoy toda la voluntad y energía de que dispongamos.

Esa es nuestra declaración jurada, al dar nacimiento hoy a una liga política que sólo admitirá dilemas de sangre y de gloria: O el triunfo, o la muerte.

(«La Conquista del Estado», nº 20, 3 - Octubre - 1931)

La dramática realidad de las Constituyentes

Ahí están esos cuatrocientos hombres laboriosos y monótonos. ¿Qué van a constituir? ¡España! Esta España nuestra, con dolencia de siglos, que hoy vive injuriada y traicionada como nunca. Es trágico observar ese panorama constituyente. Los supuestos elegidos desconocen la trayectoria triunfal de España, son ajenos a ella y maniobran en los recintos sagrados de la Patria para satisfacer egoísmos de tribu o resolver los tropiezos de cada día.

La Cámara propiamente no existe. Se entrega al último que habla, si éste es de los diez o doce oradores que allí gozan prestigio de genios. Sólo el bajísimo nivel de la Cámara explica los aspavientos y admiraciones con que se comenta alguna que otra intervención discreta. Parecen hombres recién llegados de la selva, que se sitúan por vez primera ante personas que discurren, y en cuanto a la mecánica de eso que allí llaman minorías parlamentarias es difícil hablar serenamente. Son grupos irresponsables, formados al azar, sin fidelidad a otra disciplina que la que imponga el interés del clan. Júzguense, si no, esos espectáculos tan tristes que allí se ofrecen. Una de las minorías más numerosas se convirtió en federal -es decir, dispuesta a votar una estructura federal de España- con el exclusivo objeto de enfrentarse con otra minoría enemiga. Ello en menos de diez minutos.

Con esa frivolidad se elabora la Constitución de España. No sabemos si sus artífices aspiran a una vigencia duradera. Al parecer, ello les importa bien poco. Hoy la faena de hacer -de estar haciendo- una Constitución no tiene otra finalidad que la de evitar que el Gobierno de la República salte en cien pedazos. Es absurdo que el miedo a una crisis imponga a los diputados una Constitución diferente a la que ellos desearían. Claro que este forcejeo tiene un cortísimo sentido.

El Gobierno es prepotente en la Cámara. La coacción inmoral que supone la amenaza de dimitir la utiliza sólo en los casos extremos. La mayor parte de las veces no tiene que llegar a eso. Les basta un cabildeo con los llamados jefes de minoría, que vienen a ser así como ministros de segundo o de tercer grado.

La amenaza de dimisión de algún miembro del Gobierno, como arma de eficacia en las Constituyentes, la descubrió el señor Alcalá Zamora. Luego, otros ministros la utilizaron también. Cuando la Cámara advertía la posibilidad de que explotara alguna cartera, se rendía sin condiciones. Ahora bien; el truco de las dimisiones falló en la famosa enmienda de Alcalá Zamora. Pues acontecía que si se aprobaba dimitiría el señor Maura. Y si no se aprobaba, los señores Domingo y Nicolau. Hubo, pues, necesidad de reforzar las reservas, y vino todo aquello de la sesión permanente y de la puñalada desmembradora de la Patria en el centro mismo de la Constitución.

A poco nervio que poseyese la Cámara, habría provocado una salida airosa a situaciones así. Llevando las cosas «a la tremenda». Por lo menos, esto es dinámico, y a la postre siempre fecundo. Prefiere, en cambio, el gesto modosito y obediente, hipotecando el valor y la sangre de España para sostener con vida un Gobierno tuberculoso. *Ni vencidos ni vencedores*, es la frase mediocre que hoy triunfa y que repite con inconsciente sonrisa el jefe del Gobierno.

A esto sólo cabe contestar con el ceño fruncido y la consigna revolucionaria: *Queremos que haya vencidos y vencedores*. Aunque en el momento decisivo seamos nosotros de los primeros. Que surja

una minoría heroica, capaz de los sacrificios más altos, y a la que se encomiende el deber de despertar en la masa cobarde los instintos de agresión y de defensa.

(«La Conquista del Estado», nº 20, 3 - Octubre - 1931)

¿Conquistamos a Portugal o Portugal nos conquista?

Nos llega de Portugal una voz magnífica. Voz de enemigo valiente, que garantiza a nuestros músculos la seguridad de un combate. Antonio Pedro es, como nosotros, antiliberal, antiindividualista y partidario de arrasar a sangre y fuego los residuos bobos de los llamados derechos del hombre. (¿De qué hombre?) Coincide plenamente con nosotros cuando afirma un sentido heroico de esta época presentando como consigna el sindicalismo económico y la política de dictadura. Y también, como nosotros, vive obseso en una gigantesca fidelidad: la grandeza de la Patria. Su patria, empero, es Portugal, no España, y sus ideales nacionalistas chocan con los nuestros en el eje mismo de su ser.

Se advierte fácilmente en esta carta que nos envía cómo se identifica el integralismo luso de Antonio Pedro con los ideales separatistas y traidores que aquí padecemos. Decimos, sin embargo, a este camarada portugués que ello es imposible, pues obligaría tal intento de Pacto localista a sacrificios de sangre que asustan a la cobardía probadísima de los traidores de aquí.

El futuro hispano es futuro imperial. Ante nada ni ante nadie abatirá España esa posibilidad de imperio, que a ella y a nadie más que a ella pertenece en esta hora. Nosotros esperamos, prevenidos, los hechos próximos, y cuando la cobardía disgregadora exaspere los afanes de nuestro pueblo nos lanzaremos heroicamente hasta el fin. Hágalo Portugal si se atreve. Es lo cierto que ni unos ni otros aceptaremos la degradada situación presente. Si en España triunfase contra nosotros este espíritu ramplón que hoy domina y cayese nuestra Patria en el deshonor y en la vergüenza de encomendar su destino a los traidores, entonces, ¡ah!, Portugal debe conquistarnos. No para establecer esas tres fajas suicidas de que nos habla Antonio Pedro, sino para arrebatar a nuestro verbo, a nuestra hazaña católica y a nuestra sangre el compromiso de constituir la vanguardia imperial de Occidente.

Pero si España encuentra su ruta eterna, en el momento de recuperar su soberanía territorial, en el mismo minuto, Portugal sería nuestro por auténtico y limpio derecho de conquista. Bien hace, pues, para su salvación, como soberanía, en enlazarse hoy con los separatismos ruines de aquí. Pero sepa que el combate que libere a Cataluña de la gesta sin espíritu y sin sangre a que la conduce Maciá, liberará también a Portugal de su *independencia* extraviada. El pequeño y bravo Portugal entrará en un orden hispánico, por el que clama sin duda el dolor neurálgico de estos años. Aquí está una casi profecía del gran Oliveira Martins, español de Portugal: «El odio de Portugal a España es falso. Lo supieron incubar algunos medradores a quien nuestra independencia les conviene. Estos serán los culpables de la sangre que ha de verse derramada el día en que grandes sucesos de carácter internacional hagan que España nos conquiste.» Esos sucesos de que hablaba Oliveira están ya aquí, con la única diferencia de que su carácter es nacional, bien centrado en las entrañas de la Patria: es el presunto éxito de los separatismos, de las deslealtades y traiciones a la unidad que se observa en las esferas provisionalmente directoras.

Vea, vea, pues, Antonio Pedro cómo es urgente que los que como él dispongan en Portugal de capacidad heroica se planteen la conveniencia de un cambio de metas, aceptando los fines imperiales que en España, y sólo en España, florezcan. Si Portugal conquista a España conquistaría también esos fines. Para su gloria. ¿Pero podemos hablar en serio de esa conquista cuando la tan manoseada «independencia» de los portugueses no les ha servido, a través de los siglos, más que para caer en una vergonzosa esclavitud a los designios de Inglaterra?

Antes, camarada Antonio Pedro, tendría, pues, Portugal que ser una soberanía auténtica. Su frontera enemiga es, por tanto, el mar. Por donde transitan las escuadras tiránicas que, como se ha visto ahora, no son tan fieras como los cobardes las pintan. Por el lado de acá, por la frontera de España, nuestros fusiles no serán para vosotros fusiles tiránicos, sino afirmadores también del imperio y de las glorias de Portugal.

Propagarlo así, camaradas lusitanos, es vuestro deber histórico en esta hora. En otro caso, bien dice Antonio Pedro que nos encontraremos arma al brazo en la frontera.

(«La Conquista del Estado», nº 20, 3 - Octubre - 1931)

A nuestros lectores

Es inútil que expliquemos aquí y ahora los motivos de nuestro veraneo. Fue veraneo forzado y forzoso. Reconocemos que para despertar la sensibilidad hispánica nos valimos de frases de tal temperatura que el manómetro oficial y leguleyo se vio precisado a amordazarnos.

Pero el veraneo terminó. Y aquí estamos, con la voluntad y energía de siempre.

Para hablar. Para hacer. Para gritar. Para agredir. Para todo.

(«La Conquista del Estado», nº 20, 3 de octubre de 1931, pág. 2)

---

13 angulas 13

¡Viva la Pepa!, dijeron los liberales del morrión.

¡Viva la Niña!, decían los federales de Pi.

¡Viva la Beatriz!, ha dicho don Julián— el de la verbena de los Palomos.

¡Ah! ¡Eh! ¡Oh! Siempre, siempre unos nombres de mujer como una incitación a que la violen.

*** * ***

"Crisol" se vende muchísimo menos que "Fray Lazo".

"Crisol" se vende bastante menos que "El Cencerro".

"Crisol" se vende demasiado menos que "La Traca".

"Crisol" se vende un poco menos que "El Siglo Futuro".

Pues, entonces, ¿para qué sirve "Crisol"?

Para volver loco al señor Urgoiti.

*** * ***

Por Clarita y Victoria se ha dividido la Clamara. Todavía no sabemos quién ha quedado encima.

*** * ***

Declara don Manuel Cordero en una conferencia: "Cuando la Monarquía éramos irresponsables de nuestros actos." Y este hombre preside a ratos la Comisión de Responsabilidades.

*** * ***

Don Fernando de los Ríos no quiere ser congolés. Nosotros no queremos ser suecos. ¿Y el pueblo? El pueblo quiere trabajar.

Dice un telegrama, de Sevilla, sobre la Feria: "Hubo menos concurrencia de ganado que otro año, excepto el de cerda que fue mayor que otras veces." Creíamos que la C.N.T. había acabado allí con todos los socialistas.

* * *

En toda Revolución

gritó la plebe inflamada:

"Pena de muerte al ladrón",

y aquí no ha gritado nada.

Por si llegase la mala

y acaso griten tal suerte.

Quitan la pena de muerte y cobran las mil del ala.

* * *

Preferimos sustituir el Olimpo por el Sinaí.

Unamuno será Jehová. Ortega y Gasset, Moisés. Sánchez Román, Las Tablas de la Ley. (Algo así como el Código Civil con rizos.) Pero Marañón no quiere ser el becerro. Se busca un sustituto.

* * *

A la hija de O'Donell le regalaron hace tiempo un leoncito. Que le acompaña siempre.

Acaso por esto, la han pretendido los sindicalistas. Pero ella ha contestado que nones, que no le convence esa Casa de Fieras sin Pérez Madrigal. Que seguramente ingresará en la minoría radical socialista.

* * *

Las mujeres ya pueden votar (medio día del jueves). Sin embargo, según el presidente de la Cámara, están algo asustados muchos de los que les concedieron el voto...

Y es que temerán que sus esposas les increpen furibundas: —¿Por qué nos consideráis tan imbéciles?

* * *

El debate de altura es como el clima de altura. Sólo lo resisten los tuberculosos y los cretinos.

(«La Conquista del Estado», nº 20, 3 de octubre de 1931, pág. 2)

NUMERO 21. 10 de Octubre 1931.

Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista

Por qué nacen las Juntas

La tremenda angustia de advertir cómo día tras día cae nuestra Patria en un nuevo peligro, aceptando la ruta desleal que le ofrecen partidos políticos antinacionales, nos obliga hoy a hacer un llamamiento a los españoles vigorosos, a todos los que deseen colaborar de un modo eficaz en la tarea concretísima de organizar un frente de guerra contra los traidores.

Invocamos esa reserva fiel de que todos los grandes pueblos disponen cuando se advierten roídos en su entraña misma por una acción disolvente y anárquica. Acontecen hoy en nuestro país cosas de tal índole, que sólo podría justificarse su vigencia después de un combate violento con minorías heroicas de patriotas. El hecho de que estas minorías no hayan surgido, nos hacen sospechar que entre los núcleos sanos de nuestro pueblo nadie se ha ocupado hasta hoy de propagar con pulso y coraje la orden general de ¡Servicio a la Patria!

Las **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista** nacen precisamente en virtud de esa sospecha nuestra de que no existe en el panorama político fuerza alguna que garantice la defensa heroica de los ideales hispánicos. No nos resignamos a que perezcan sin lucha los alientos de España, ni a que se adueñen de los mandos nacionales hombres y grupos educados en el derrotismo y en la negación.

Ahora bien; nuestro compromiso de entablar batalla violenta con las organizaciones enemigas no limitará nuestra acción a hazañas destructoras, sino que también aspiramos a ofrecer un manojo completo de soluciones a las dificultades de todo orden que impiden en esta hora la prosperidad del país.

¿Dónde está el enemigo?

Tal es el incremento que han tenido en nuestra Patria las propagandas traidoras, que no se requiere mucho esfuerzo para dar con él. Si bien la ola marxista es la que amenaza con más agresividad oponerse a la grandeza española, serán también considerados por las **Juntas** como enemigos todos aquellos que obstaculicen en España, por egoísmo de partido o fidelidad a ideales bobos y fracasados del siglo XIX, la propagación del nuevo Estado, imperial, justo y enérgico, que el nacional-sindicalismo concibe.

Los partidos marxistas -socialismo, comunismo- son algo más grave que una concepción económica más o menos avanzada. Una supuesta crisis de la sociedad capitalista, que nosotros señalamos más bien como crisis de gerencia capitalista, no autoriza a que unas hordas semisalvajes insulten los valores eminentes de un pueblo y atropellen la voluntad nacional. El resentimiento marxista es el máximo enemigo, y hay que aniquilarlo en nombre de la Patria amenazada.

No caben pactos con el marxismo. Es increíble que en España no se le hayan enfrentado réplicas rotundas. Sólo la desorientación que hoy se extiende por todo el área nacional, nublando los ojos de las gentes, justifican esas victorias electorales que las provincias otorgan al socialismo.

Las **Juntas** denunciarán también como enemigos de la Patria a todos los que en el trance difícil por que atraviesa el país se permitan obstaculizar el avance de las organizaciones nacionales. Nunca más justificados que ahora los posibles excesos en que éstas incurran, a la vista de los crímenes y las deslealtades con que no se vacila en herir la sagrada unidad de España.

Ahí está la desmembración nacional y la triste cosa de ver cómo se entregan a un sector exaltado de traidores catalanes jirones de soberanía. Ahí está la atmósfera deprimente, el elogio de la transigencia y de la cobardía, la exaltación de una España fraccionada, los llamamientos hipócritas a la concordia, medios todos ellos de reprimir la protesta y el coraje de los españoles.

La actuación de las Juntas

A las **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista** se le ofrecen, naturalmente, varias tácticas para luchar contra sus poderosos enemigos. Desde luego rechazan la táctica electoral y parlamentaria, sin que esto quiera decir que no la utilicen de un modo ocasional. Son más adecuados y eficaces a sus propósitos los métodos de acción directa, y puesto que acusan al Estado de no vigilar con suficiente

intensidad las maniobras de los enemigos de la Patria, subsanarán con sus propios medios las deficiencias que adviertan.

No se olvide que nuestro nacional-sindicalismo acepta con alegría la realidad revolucionaria. Creemos que la Revolución es aquí imprescindible y debe hacerse. Pues no estamos dispuestos a que los medios insurreccionales, con su gran fecundidad creadora, sean exclusivamente utilizados por los charlatanes de izquierda. De otra parte, el hecho de que las **Juntas** se denominen de **Ofensiva,** señala con claridad nuestro carácter revolucionario, es decir, que nos reservamos la aspiración de subvertir el actual régimen económico y político e implantar un Estado de eficacia española.

Es indudable que la tendencia liberal y parlamentaria que hoy asfixia a la vitalidad del país, procurará por todos los medios desprestigiar e inutilizar nuestra acción. Las esferas «provisionalmente» directoras hacen hoy todo lo posible por desvitalizar al pueblo, despojándolo del heroísmo proverbial de nuestra raza. Se pretende reducirlo así a la impotencia, supliendo con esbirros dóciles la actuación ejecutiva del pueblo patriota. Hay castigos, como los que merecen los separatistas, los anarquizantes y todos los afiliados a partidos antinacionales, cuya ejecución no debe ser encomendada a mercenarios, sino al pueblo mismo, a grupos decididos y generosos que aseguren con su acción la integra salvaguardia de la Patria.

La acción directa que las **Juntas** proclaman como su método predilecto de lucha, no ha de entenderse como una práctica exclusiva de la violencia. Más bien como una táctica que prescinde del actual Estado liberal-burgués, como protesta contra la inercia de éste frente a las audacias de los grupos antinacionales.

Pero la acción directa es asimismo violencia. El hecho de que la decrepitud pacifista imponga hoy en España que sólo la Guardia Civil pueda batirse contra la anarquía y rechace con pavor análogo al de una virgencita el uso viril y generoso de las armas contra los enemigos de la Patria, este hecho, repetimos, no puede ni debe influir en la táctica de las **Juntas.**

¿Quiénes deben formar parte de la J.O.N.S.?

Naturalmente, las **Juntas** que estamos organizando no son incompatibles con la República. En nada impide esta forma de Gobierno la articulación de un Estado eficaz y poderoso que garantice la máxima fidelidad de todos a los designios nacionales. Los partidarios del nacional-sindicalismo pueden, por tanto, reclutarse entre todos los españoles que acepten sin discusión la necesidad de lograr a costa de todos los sacrificios el inmediato resurgimiento de España.

Toda la juventud española que haya logrado evadirse del señoritismo demoliberal, con sus pequeños permisos y salidas al putrefacto jardín marxista, y sienta vibrar con pasión la necesidad de reintegrarse al culto de la Patria.

Todos los que comprendan la urgencia de encararse con la pavorosa tristeza del pesimismo español, señalando metas de gloria al descanso secular de nuestra raza.

Todos los que adviertan el crujir de las estructuras sociales hoy vigentes y deseen colaborar a un régimen económico antiliberal, sindicalista o corporativo, en que la producción y en general la regulación toda de la riqueza, emprenda las rutas de eficacia nacional que el Estado, y sólo él, indique como favorables a los intereses del pueblo.

Todos los que posean sensibilidad histórica suficiente para percibir la continuidad sagrada de los grandiosos valores hispánicos y se apresten a defender su vigencia hasta la muerte.

Todos los que sufran el asco y la repugnancia de ver cerca de sí la ola triunfal del marxismo, inundando groseramente los recintos de nuestra cultura.

Todos los que logren situarse en nuestro siglo, liberados del liberalismo fracasado de nuestros abuelos.

Todos los que sientan en sus venas sangre insurreccional, rebelde contra los traidores, generosa para una acción decisiva contra los que obstaculicen nuestra marcha.

¡¡Todos, en fin, los que amen el vigor, la fuerza y la felicidad del pueblo!!

¿Qué pretende el nacional-sindicalismo?

El nombre de **Juntas** que damos a los organismos encargados de la acción de nuestro partido, alude tan sólo a la estructura de éste. La palabra **Ofensiva** indica, como hemos advertido ya antes, el carácter de iniciativa revolucionaria que ha de predominar en su actuación.

Ahora bien. ¿Y el nacional-sindicalismo? El carácter hispano, nacionalista si se quiere, de nuestro partido, es algo que advierte el más obtuso en cualquier párrafo de nuestras campañas. El motor primero de nuestro batallar político es, efectivamente, un ansia sobrehumana de revalorizar e hispanizar hasta el rincón más oculto de la Patria.

Asistimos hoy a la ruina demoliberal, al fracaso de las instituciones parlamentarias, a la catástrofe de un sistema económico que tiene sus raíces en el liberalismo político. Estas verdades notorias, que sólo un cerebro imbécil no percibe, influyen naturalmente en la concepción política y económica que nos ha servido para edificar el programa de nuestro nacional-sindicalismo. Es de una ingenuidad seráfica estimar que el uso del vocablo sindicalismo nos une a organizaciones proletarias que con ese mismo nombre se conocen en nuestro país y que son lo más opuestas posibles a nosotros.

El Estado nacional-sindicalista se propone resolver el problema social a base de intervenciones reguladoras, de Estado, en las economías privadas. Su radicalismo en este aspecto depende de la meta que señalen la eficacia económica y las necesidades del pueblo. Por tanto, sin entregar a la barbarie de una negación mostrenca los valores patrióticos, culturales y religiosos, que es lo que pretenden el socialismo, el comunismo y el anarquismo, conseguirá mejor que ellos la eficacia social que todos persiguen.

Es más, esa influencia estatal en la sistematización o planificación económica, sólo se logra en un estado de hondísimas raigambres nacionales, y donde no las posee, como acontece en Rusia, se ven obligados a forjarse e improvisarse una idea nacional a toda marcha. (Consideren esto y aprendan los marxistas de todo el mundo.)

¡VIVAN LAS JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL-SINDICALISTA!

(«La Conquista del Estado», nº 21, 10 - Octubre - 1931)

El separatismo de Cataluña

Nuestra oposición radical a los intentos desmembradores es bien conocido. Estimamos que sólo en Cataluña reside un germen gravísimo contra la integridad de España. Han sucedido ya en Cataluña suficientes cosas para que deba entregarse el pleito a la solución violenta del pueblo en armas. En vez de esto, prefieren algunos la vergüenza de las concesiones, de los regateos y de los pactos.

Al triunfo de este criterio derrotista contribuye decisivamente la inercia de un Gobierno despojado de autoridad nacional, bloqueado por compromisos intolerables que atentan a la soberanía de la Patria.

Cuando se aprobó en las Cortes la enmienda que impuso el señor Alcalá Zamora -el máximo responsable del despojo catalán, y este hecho no puede ser olvidado porque muy en breve alzaremos bandera de responsabilidades para los delitos contra la unidad nacional, que hoy se perpetran- los partidarios de Maciá no ocultaron su gran alegría. Los cándidos diputados que creían haber hecho aquí una saludable poda en las pretensiones catalanas debieron quedarse de una pieza al contemplar la felicidad de los traidores de Cataluña.

Y es que el solo hecho de que figuren en la Constitución unos artículos que hablan de Estatutos y de tales y tales concesiones, bastará mañana para que nadie pueda impedir la aprobación del Estatuto catalán. Que es, no hay que ignorarlo, separatista, hipócrita y antinacional.

Hace ya más de treinta años que el problema catalán es una continua perturbación para la política española. Pero hoy acontece que una de las razones más esgrimidas contra la unidad, contra la unificación, es ahora en todo el mundo rechazada. Aludimos a las famosas descentralizaciones económicas. La eficacia de una economía nacional se consigue tan sólo tendiendo a un control, a una sistematización o regulación severísima de toda la producción nacional. Es lo que comienza a llamarse la economía planificada.

Precisamente la Rusia soviética, que en teoría es un conjunto de Repúblicas federadas, en la práctica, para conseguir la realización del Plan quinquenal de reconstrucción, así como la eficacia pública del mando único, concentra cada día más sus poderes.

Aquí en España la lluvia de estatutillos iba a anclar nuestro régimen económico a las más viejas estructuras. Estas razones, que ya expone Bermúdez Cañete en sus últimos artículos, se acumulan a las otras grandes razones de que España es una y son intolerables los gérmenes de disolución. ¡Nada de pacto con los traidores!

(«La Conquista del Estado», nº 21, 10 - Octubre - 1931)

La vida política

La habilidad intolerable de Lerroux

En pleno período constituyente, cuando tenían actualidad y realidad inexorables tres o cuatro problemas fundamentales para la vida de España, el señor Lerroux ha permanecido en Ginebra todo el mes de septiembre. Insistimos en este hecho porque lo creemos sintomático de la sensibilidad política que rige hoy los destinos de nuestro pueblo.

Con ese viaje, el señor Lerroux ha conseguido sencillamente «escurrir el bulto». Esto supone una inmoralidad política notoria y denuncia cómo el señor Lerroux no era digno de la expectación y el triunfo con que durante el primer mes de la República se paseó su nombre por España. Hoy es sencillamente, y sólo, el hombre que quiere gobernar a toda costa. Dispuesto a afirmar, negar o inhibirse de todo, según convenga a esa meta personalísima a que aludimos. Ello nos parece intolerable. Pues si realmente posee talla política, debe tener el valor de bracear con los hechos y las dificultades, sin eludirlas de un modo cuco.

Es el drama del nuevo régimen republicano. Sus hombres son los mismos hombres de siempre, adscritos a una técnica política que no cuenta para nada con la conveniencia nacional. Identifican sus fines particulares y egoístas con los fines del pueblo, con lo cual resultan siempre traicionadas las ilusiones de éste.

Ahí está Lerroux, reclamando el Gobierno, dirigiendo una minoría parlamentaria numerosa, con unos compromisos de partido y unas propagandas que en todas partes son un bagaje representativo de firmeza y de lealtad a la ruta elegida. Pues bien, sus amigos en la Cámara favorecieron todo cuanto les fue posible la enmienda separatista de Alcalá Zamora, y en su actuación han revelado tales incoherencias que hoy Lerroux y sus huestes carecen totalmente de norte seguro que ofrecer a la República.

Ha sido, sin duda, muy cómodo para Lerroux permanecer en Ginebra, sin gastarse, al margen de la pelea constitucional, tratando de arreglar la cuestión china; pero todos los que actuamos en la política española fuera del orbe de influencia de las pandillas gobernantes, cumplimos hoy el deber de denunciar ante el pueblo este afán de «adquirir perspectiva» que ha sentido el señor Lerroux.

Mientras Lerroux hacía a España en Ginebra el gran servicio de arreglar el conflicto chino, las Cortes constituyentes, con el voto entusiasta de los diputados radicales -exceptuemos como se merece la actitud digna de Emiliano Iglesias-, aprobaban aquí el hacer jirones la soberanía nacional, destruyendo -o tratando de destruir, porque aún no hemos sido vencidos los españoles en otro terreno que el parlamentario- la unidad indiscutible de España.

Los 29.000 votos de Primo de Rivera

El movimiento republicano se llevó a efecto con una pasmosa ausencia de estilo. Ni nobleza en la crítica del régimen ni idea clara alguna sobre lo que era urgentísimo hacer en nuestro país. Así no puede nadie sorprenderse de que hoy, a los cinco meses del triunfo, yazcan en el descrédito las ortodoxias de la supuesta Revolución.

No han surgido hombres. No se han descubierto ambiciones nacionales sobre las que lanzar el entusiasmo de los primeros días. Todo es ahora gris, aventura pesimista, desilusión.

Las elecciones parciales celebradas en Madrid el último domingo, después de «cinco meses dignos», prueban con elocuencia pitagórica esto que decimos. A la fuga de los electores gubernamentales correspondió una prieta y numerosa falange de oposición.

Es decir, que el supuesto Gobierno revolucionario, en la etapa ejecutiva de la Revolución, se encuentra desautorizado por el pueblo. Eso indica hasta qué punto los ideales revolucionarios que se esgrimieron eran tan sólo marea resentida, sin fecundidad ni futuro posible.

La candidatura de Primo de Rivera, aun con la timidez de sus plañidos, obtuvo, pues, un gran triunfo que nosotros celebramos sinceramente. Porque fueron votos de tendencia nacional, aun con todas las máculas que corresponden al antiguo upetismo, y frente a la traición y a las rutas antiespañolas que caracterizan al actual Gobierno, son de un valor más alto.

En modo alguno pueden entenderse esos 29.000 votos como una adhesión a un futuro régimen de dictadura paternal, liberal y de carambola, como el que impuso Primo de Rivera. Aquello se consumió en la llama más pálida, sin pena ni gloria. Sería un error que todavía hoy pensaran ciertos sectores en dictaduras así, fáciles y en bandeja, sin germinación violenta en las calles contra enemigos auténticos de la verdad nacional.

A la conquista del Poder por una minoría heroica, que se proponga imponer sin contemplaciones una solución en momentos gravísimos de crisis, es obligado que preceda un período de lucha y de captación popular, pues ante la disolución y el caos todos los pueblos ponen en frente de combate un gran número de reservas.

En España asoma ya una coyuntura histórica que reclama intervenciones de este tipo heroico a que aludimos. Hacerle frente con dictaduras paternales y fofas es completamente inútil. Nosotros con nuestras **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (J.O.N.S.)** nos proponemos organizar esa política heroica y eficaz que reclama hoy de un modo imperioso la triste existencia de la Patria amenazada.

Es lo único que tenemos que decir ante los 29.000 votos de Primo de Rivera.

La degeneración pacifista

Por muy varios conceptos, la Constitución que se aprueba y discute en las actuales Cortes va a merecer el calificativo de antiespañola. Unos señores, infectados de peste marxistoide, logran introducir en ella tales afirmaciones que en caso de regir convertiría a nuestro gran pueblo en una lucidísima vaca lechera, de esas que pastan y florecen en los contornos suizos.

Así el artículo vergonzoso de que España renuncia a la guerra. Sólo una generación de eunucos, de gentes cobardes que desconocen la gran fecundidad de los recursos heroicos, puede comprometer el porvenir de la Patria con indicaciones de esa índole. ¿Qué otros procedimientos sino los guerreros se esgrimieron contra España para arrebatarle su poderío, sus colonias y su papel preeminente en el mundo? Habría de darse el caso de que los demás pueblos, felices en su actual abundancia, hubieran expresado sinceramente esa renuncia, y todavía era explicable que España se reservase aceptar un compromiso así.

¿Cómo se atreve nadie a hipotecar el futuro de la Patria, achicando sus ilusiones y sus propósitos, impidiendo la fortaleza y la voluntad de dominio con educación plañidera y cobarde?

Podría tolerarse que la opinión pacifista, dueña hoy de las rutas nacionales, ejecutase una política de previsión contra la guerra, procurando esquivarla en lo posible, pero de ahí a la renuncia solemne de acudir a la guerra, dista el mismo trecho que hay de un pueblo en pie, vigoroso y capaz, a un pueblo en ruinas, asustadizo y mediocre.

Precisamente ahora, cuando las dificultades mismas interiores requieren la intervención de gentes decididas, dispuestas si es preciso a empuñar las armas para destruir los gérmenes de disolución, en este momento, repetimos, es cuando la ola pacifista y ramplona trata de envenenar y destruir el coraje del pueblo.

Sólo así, en pleno triunfo del achicamiento y del derrotismo, se pueden permitir unos señores el crimen histórico de provocar la desmembración de la Patria. En otro caso, el solo intento hubiera provocado un inmediato y ejemplar castigo.

Bien saben los actuales dominadores que una vez impuesta la ruta boba pueden impunemente hacer con el cuerpo de España todas las maniobras que deseen. ¡Nadie se levantará! ¡Nadie pedirá soluciones heroicas, de guerra! Sólo miradas pánfilas, incapaces, desoladas, contemplando el páramo.

La minoría vasco-navarra y su Estatuto

De continuo se hostiliza en las Cortes a ese par de docenas de diputados que forman la minoría vasco-navarra. Los representantes de Vizcaya tienen derecho al máximo respeto nacional, y sorprende

que se les califique con adjetivos de índole regresiva, a ellos, elegidos por una de las regiones más cultas de España.

Nada nos importan los Estatutos si no es para poner de manifiesto su absoluta improcedencia. Pero ya que la Cámara constituyente es tan propicia a satisfacer los afanes desmembradores y a proclamar el famoso hecho diferencial de las comarcas, no comprendemos su gesto equívoco ante los diputados vasco-navarros.

Por muy pocas ideas que se tengan acerca de las características regionales de nuestro país, aparece de un modo diáfano que la unidad nacional peligra tan sólo en Cataluña, donde la opinión autonómica es un separatismo solapado que espera cobardemente su hora.

El pueblo vasco es de una nobleza y de una lealtad tan notorias que convierte su pleito regional en una reclamación inofensiva e ingenua.

Es, por tanto, injusta e intolerable la actitud del Gobierno y de la Cámara con las pretensiones vasco-navarras. Somos partidarios de que se rechacen todos los Estatutos, absolutamente todos, pero ya que el Gobierno provisional se ha inhibido en Cataluña, haciendo dejación vergonzosa de su poder, y favoreciendo así el incremento de la furia separatista, dueña desde hace cinco meses de todos los mandos y resortes coactivos, sorprende que frente al clamor popular de Vasconia acuerde tan sólo el envío de agentes provocadores.

Es un síntoma más del carácter sectario y antinacional del Gobierno. La emoción religiosa del pueblo vasco frente a la tendencia laizante de la República no es suficiente motivo para ahogar peticiones que se ajustan al rigor democrático que hoy priva. Que hoy priva, por lo menos en teoría.

(La Conquista del Estado, n. 21, 10 - Octubre - 1931)

---

13 angulas 13

La Dictadura tuvo a Niní Castellanos. La República también tiene a la suya. Que es Don Niceto Alcalá Zamora. —Ni vencedores ni vencidos—; es decir, la segunda señorita Niní.

* * *

Cuando los socialistas quieren expulsar violentamente a las Órdenes religiosas como a una solitaria, se les opone un solitario: Unamuno. Y Unamuno recuerda la frase de Cromwell —al arrojar del Parlamento a los diputados: In the name of God... go! (¡En el nombre de Dios... largo!)

* * *

El presidente de la Cámara —sentimental y supersticioso— ya tiene entre los diputados constituyentes una Margarita que deshojar en los entreactos... Sí... No... Sí... No...

Nos aseguran que su primera pregunta a los pétalos será sobre el color más a propósito para las combinaciones de las diputadas.

* * *

Cual la tiple vejestorio
que se ve sin protección,
CRISOL presume de historia,
de amor y colaboración...
No te sirve este camelo,
"Crisol", tú serás "Crisuelo".

* * *

Los anarquistas han llevado, desde Torrejón a las escalinatas del Congreso, la cruz dedicada a la muerte de Morral. Hay quien supone que detrás de la cruz estará el diablo.

Ustedes se equivocan. Detrás de la cruz está el sacerdote que vota con los Ugetés.

* * *

Ramón Franco ha vuelto a fracturarse la pierna.

Esto se llama empeñarse en tener mala pata.

* * *

Alcalá Zamora se revuelve airadísimo contra quien pretende que vaya a convivir con el presidente de la Comisión constitucional, señor Jiménez Asúa. En esos líos nosotros no nos metemos.

* * *

¿Al servicio de la República, o al servicio de la Viceversa? Don José fulmina olímpicamente: "Aunque hemos votado en contra, esto no quiere decir que estemos disconformes." La cuestión es cobrar las mil pesetas mensuales.

* * *

Comienza la conversión del señor Cordero. Dentro de poco ingresará en la Cartuja de Miraflores. Por lo pronto ha aceptado la presidencia de la Comisión de Responsabilidades. Una tarea franciscana: Dirigir la palabra a los acusados. —Hermano perro... —Hermano lobo... —Hermano chacal...

* * *

Se habla de fundar un nuevo partido político entre Prieto y Sánchez Román, o entre Sánchez Román y Maura. El socialdemócrata. No se sabe cuál de cada no pone lo social y cuál pone lo demócrata. Seguramente que quien lo pondrá todo será el elector y el presupuesto.

* * *

Clasificaciones absurdas que proponemos: Diputados con muleta, diputados con muletilla, diputados con chalina, diputados que se acuestan a las ocho, diputados que no se levantan nunca.

Romanones muere, pero no se rinde. Es uno de la antigua guardia. Con una consecuencia mucho más impertérrita que la de los jovencitos alfonsinos. El todavía no es un viejo V.E.R.D.E.

(«La Conquista del Estado», nº 21, 10 de octubre de 1931, pág. 2)

Genial discurso de Unamuno en Salamanca

Habría de hundirse España en los perores extravíos, renegando sus gobernantes o directores accidentales de todas las características grandiosas de nuestra Patria, y sólo la voz del gran don Miguel de Unamuno bastaría para conquistar de nuevo la fidelidad perdida.

Su discurso en Salamanca, al abrir el curso universitario, constituye para nosotros la más profunda y gloriosa comunión ante la Patria. El hecho de que España entera haya aplaudido ese discurso de don Miguel es nuestro único optimismo en esta hora, braceando contra la traición y la deslealtad del ambiente.

Guardamos esas grandes palabras de Unamuno para los ritos más difíciles de nuestra lucha. En las jornadas heroicas que gravitan sobre nuestro coraje, cuando los enemigos de la Patria asalten bárbaramente lo más sagrado de nuestro pueblo, la austeridad y la fidelidad gigantescas de esas palabras, nos multiplicarán y venceremos.

¡Oh, Unamuno! ¡Grande y santo Unamuno, voz de la raza, sean eternos tu aliento y tu gloria! ¡Y eterna y gloriosa será España!

(«La Conquista del Estado», nº 21, 10 de octubre de 1931, pág. 3)

NUMERO 22. 17 de Octubre 1931.

Ante el Gobierno Azaña

Algún día habrá que exigir a los jefes republicanos la tremenda responsabilidad de haber hecho la campana pseudorrevolucionaria sin ideales hispánicos de reconstrucción. Se perdió para España esa oportunidad, y ahora bailotea el régimen entre problemas de artificio, necesitando sostener la adhesión de la plebe a base de concesiones sectarias, puramente negativas, que hieren la conciencia de millones de españoles. Si la República hubiera traído consigo un verdadero plan revolucionario, de emoción española y no masónica, es seguro que hoy contaría ya tras de sí etapas gloriosas, adscritas a realizaciones nacionales, y no, como ahora acontece, una ruta mediocre de deslealtades, fanatismos y fraudes contra los clamores auténticos del pueblo.

La exaltación de Azaña a la jefatura del Gobierno es una prueba más de ese carácter antinacional y masónico que, al parecer, prefiere la República para su futuro. Estamos en presencia de una posible etapa de dictadura, y esto, que como medio de gobierno no nos asusta, merece ahora nuestra repulsa más fiera, pues equivale a imponer a España, sin compensación en orden alguno de intereses superiores, una política en franca oposición con su alma histórica.

Ciertos núcleos republicanos ven con satisfacción la jefatura de Azaña, porque advierten en él capacidad de mando y energía. Ya está aquí claro el típico carácter liberal de la pseudorrevolución. Llega la etapa tiránica; se insinúa bien clara en algunas frases que gusta de pronunciar el nuevo jefe del Gobierno en sus discursos. No han tardado mucho, pues, los que gritaban «¡Abajo los tiranos!» en proporcionar a la acera de enfrente la oportunidad de gritar el mismo grito.

Los discursos recientes del señor Azaña, a los que debe su actual jerarquía, contienen frases y amenazas que deben ser comentadas con firmeza y serenidad. Parece que a estas alturas debía dejarse a un lado la República, como algo que permanece por cima de las polémicas de grupo, sin enemigo serio a la vista, y entender las dificultades de Gobierno como originadas por posibles errores de los gobernantes. Pero ya se ve cómo estos señores prefieren identificarse con la República, y a la postre concluirán por hundirla en el fatal hundimiento que a ellos les espera.

Hay ya de un lado la exageración intolerable de confundir a España con la República, y además confundir a la República con una República antinacional, fraccionadora y masónica, como la que postulan y defienden los actuales gobernantes. El señor Azaña amenaza terriblemente a los que alcen la mano contra él, aunque él dice «contra la República». Pero es tener bien pobre idea del coraje y capacidad de sacrificio de los españoles patriotas creer que la amenaza del fusilamiento detendría su rebeldía, cuando ésta suponga salvar a España del deshonor y de la ruina.

Comienza, pues, la lucha, y nosotros, mejor dicho, las **Juntas**, se atendrán a su programa para situarse. Creíamos nosotros que nuestra batalla sería posible dentro de la República, sin herirla lo más mínimo, y con esta creencia fundamos las **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista;** pero se nos presenta la contrariedad de que los grupos gobernantes desean identificar con la República su ruta liberal, burguesa y antiespañola. Decimos esto, porque alguien creerá antirrepublicanas nuestras campañas y nuestras críticas; pero la responsabilidad íntegra de ese equívoco la dejamos al Gobierno *consubstancial* que padecemos.

El señor Azaña en la Presidencia parece significar una tozuda decisión de imponer a rajatabla una serie de ideas y propósitos de muy dudoso respeto a lo más sagrado de nuestro pueblo. Ello indica que la confabulación masónica, antiespañola, sacrifica incluso los principios liberales que le son tan gratos ante la posibilidad de triturar con más eficacia la grandeza de la Patria. Hubiera sido por lo menos de cierta nobleza para este régimen liberal-burgués el confiar la supuesta reforma de las leyes a las ventajas mismas de la libertad. Lejos de esa experiencia, temerosos de sus resultados, la situación gobernante prefiere imponerse con gesto feroche y ademán tiránico.

Están, pues, en peligro los valores más eminentes de España. Se consumará la disolución nacional, pues conocida es la tesis del señor Azaña, que cree suficiente haber encontrado una España unida para que ahora se estructure a base de separatismos. Se impondrá a España una política casera, burocrática, de pequeño burgués rabiosillo, sin ambición nacional, pacifista y mediocre. Se evitarán realizaciones revolucionarias auténticas, como es una amplia transformación económica, siguiendo como hasta aquí esquilmado y mediatizado el pueblo que trabaja. Se cultivarán los gritos

fáciles, adormeciendo en el pueblo su afán creador y obligándole a seguir fiel a los infecundos mitos de nuestros abuelos. Ahí está el ejemplo de la batalla religiosa. Esos cuatrocientos señores diputados de las Constituyentes se han visto en la necesidad de despertar en el pueblo el odio al catolicismo, porque se vieron incapacitados para servir a ese pueblo metas revolucionarias de más realidad y más urgencia. El pueblo ingenuo ha caído en el lazo, celebrando lo que él cree su victoria *contra el clero*. Ahí está el partido socialista, que llenó de pasquines las calles, tocando a rebato su marxismo los días en que las Cortes discutían el problema religioso, y, en cambio, asistió muy calladito a la discusión del artículo 42, que trataba de la posibilidad de socializar y de dar un golpe auténtico a la economía capitalista. ¡Farsa, farsa!

Las **Juntas** harán, pues, labor de oposición al Gobierno Azaña, como a todos los que anuncien proseguir la tarea antiespañola, de reacción liberalburguesa, a que éste quiere dedicarse. Sin miedo a frases ni a amenazas. A ver si es posible levantar con un ejemplo generoso la protesta decidida del pueblo patriota. La política de tendencia liberal-burguesa no consigue en esta época otro resultado que el de desembocar en el comunismo, a quien es suficiente hinchar los mismos discursos ministeriales para su propaganda eficacísima.

Jacobinismo es hoy bolchevismo. O algo que dejará a éste franco y libre paso. Y el señor Azaña es sencillamente un político jacobino. (Sin el carácter unitario, de Patria una, que era lo único que los jacobinos franceses tenían de bueno.)

Pero el señor Azaña parece a la vez hombre inteligente y quizá, a pesar de todo, pueda salvarse y salvarnos. Esperemos.

(«La Conquista del Estado», nº 22, 17 - Octubre - 1931)

La vida política. El predominio de los anarquistas en la C.N.T.

No nos asusta ni nos pasma la actuación espectacular de la F.A.I. Desde el primer número venimos exaltando la necesidad de la violencia para toda política joven y española de hoy. Creemos que la revaloración de nuestro país dependerá de una temperatura cálida, de una serie de actuaciones enérgicas y heroicas. Pero la violencia que aquí se defiende ha de ir controlada por un plan, por una rigurosa intervención de los supremos intereses hispánicos; y nunca podrá ser la solitaria, cobarde -quien después de disparar huye- y desparramada puntería del pistolero. Por otra parte, tampoco quedamos estupefactos y perplejos ante la apostura estrafalaria e inactual de los anarquistas. Hombres medianamente normales y de ningún modo contemporáneos. Que se anudan con frecuencia en el cuello una chalina y que acostumbran a nutrir su cerebro con residuos de don Ramón de Campoamor y candideces de artículo de fondo de 1885.

Sin embargo, lo cierto es que esta gente tan anacrónica y energuménica se ha adueñado por sorpresa de los mandos de una Central obrera de la importancia de la C.N.T. y, por lo tanto, forzosamente ha de gravitar sobre el porvenir de España. El resultado de la reciente Asamblea regional de Sindicatos únicos catalanes, ha dado la victoria a Alaiz, a García Oliver y a Durruti; es decir, a la fracción más irresponsable y al mismo tiempo la que mejor maneja las trampas y los ardides de entre bastidores, a los que saben amañar -como ha acontecido ahora- un ruidoso triunfo político. Lo cual es una paradoja tragicómica, puesto que ellos presumen a cada instante de su apoliticismo y de su estrategia opuesta a las trapisondas de las pandillas burguesas. Claro es que en el fondo no son otra cosa que una extremosidad pequeño burguesa, y esta condición suya nos explica sus contradicciones y sus absurdos, tanto teóricos como prácticos.

Constituyen el último grado de la sandez demoliberal, el pantano a donde desembocan todos los desenfrenos del individuo, del pequeño ciudadano de los derechos inalienables y soberanos. Una prueba de tal suposición nos la presenta su actitud sobre el problema religioso. Y esta vez se empeñan, junto con el comunismo, en no querer lo que les conviene. A pesar de los consejos de un Sorel o de un Lenin -nada sospechosos de agentes de la reacción-, nuestros anarquistas y comunistas caminan del brazo de la burguesía radical, masónica, por la senda del anticlericalismo, olvidando o despreciando sus propias reivindicaciones. Por ejemplo, cuando se discutió en las Constituyentes el

artículo acerca de la propiedad, nadie, ningún comunista ni anarquista, se preocuparon de organizar mítines y manifestaciones de protesta. Seguramente, para su opinión, aquello no interesaba a las masas. Pues bien; la mayor parte de la masa de trabajadores -la C.N.T.- será conducida en adelante por un criterio tan mezquino y tan poco coherente como el representado por Alaiz y compañía. Desde este momento denunciamos esta desviación pequeño burguesa de la C.N.T., que la llevará fatalmente a la dispersión y a la derrota. ¡No son los hombres de mente liberal o superliberal quienes han de regir el mundo! Mucho más eficaces para la C.N.T. han sido los viejos militantes: Pestaña, Peiró, Clará, etc., que en los años de verdadera batalla sindical y societaria consiguieron construir un organismo potente y robusto. La única meta constructiva, creadora de los anarquistas de la F.A.I., afirman los interesados, será el *comunismo libertario*. Nosotros conocemos muy bien cuánto valen esas dos palabras: NADA. Sabemos que se forjaron en Francia como transacción con los marxistas con el fin de permanecer en sus sindicatos. El anarquismo se confesaba comunista -aunque comunista libertario- para satisfacer algunas exigencias socializantes de sus enemigos y que lo dejarán vivir en paz.

Los anarquistas -dueños actuales de la C.N.T.- nos ofrecen la nada, siguen la trayectoria liberal, egoísta y panzuda de los políticos gobernantes. La grandeza imperial y futura de nuestra Patria nos exige que los combatamos implacablemente.

El problema anticlerical

Tenemos bien probada nuestra fidelidad a las supremacías civiles, nacionales, que en nuestra Patria, por fortuna, no se presentan en pugna -aunque otra cosa digan los mentecatos- con las fidelidades católicas. El guirigai anticlerical, suscitado por las filas reaccionarias de izquierda, nos parece rotundamente intolerable. Por su culpa, aparece ahí de nuevo el problema -que ya no es problema clerical, sino anticlerical-, contribuyendo a que los españoles sigan peleándose en torno a peligros fantasmales, sin realidad alguna, desentendiéndose en cambio de las finalidades revolucionarias propias de esta época.

Hay que acusar a los embaucadores que birlan al pueblo las conquistas positivas y lo envenenan luego bestialmente con apetencias de carácter ilusorio. Claro que el fantasma clerical -y más fantasma desde que el régimen republicano existe en España- tiene que ser utilizado por esos partidos energuménicos para justificar sus agitaciones. Si a los cuatrocientos diputados constituyentes les privamos de sus gestos anticlericales, en sus cabezas no queda absolutamente idea alguna firme sobre nada.

Creemos que la Iglesia española ha cometido errores grandes, y a muchos fieles catolicísimos hemos oído expresar su ferviente deseo de que por la Iglesia misma se lleve a efecto una depuración justiciera. El que esto sea auténtico no justifica que la microcefalia gubernamental nos desembuche todas sus reservas de anticlericalismo bufo.

Es sintomático de la campaña anticlerical que colaboren a ella con gran furia los partidos marxistas. Se trata de colmar la satisfacción revolucionaria del pueblo con abalorios inofensivos y baratos. El odio burgués contra los curas lo explotan los partidos socialistas con las mismas palabras y las mismas imputaciones burguesas. Pero cuando en las Constituyentes se discutía el artículo 42, artículo vital para el futuro de nuestra economía, que se reflejaría luego naturalmente en la prosperidad del pueblo, los partidos marxistas, traidores una vez más a su significación, no se creyeron obligados a llevar sus exigencias a la calle ni a reclamar la intervención de las masas.

Los partidos masónicos tratan al pueblo como trataban a los indios de América algunos desaprensivos en el siglo XVI. A cambio de fruslerías invaliosas, de objetos raros de madera o de papel, sacaban a los indios todo su oro. Hoy, a costa de que renuncie el pueblo a aspiraciones revolucionarias de honda resonancia, se le entretiene con el fantasma clerical para que royendo el hueso se le desgaste la dentadura.

Al escribir esta nota nada sabemos de la solución que dé la Cámara constituyente al problema religioso. Sólo nos interesa ahora destacar la simplicidad de los partidos que se llaman anticlericales. Teniéndola en cuenta, sabiendo que necesitan tremolar todavía en el futuro la cuestión clerical, casi afirmamos que votarán una fórmula modestita, para no agotar el filón de frases y discursos que ellos encuentran en ese gran problema.

El día que la vaciedad mental masónica de nuestros liberales se encuentre con que no hay clericalismo, ¿cuál va a ser el tema de sus charlas, de sus gritos y de sus mítines?

Y repetimos, para nosotros la cosa va ya pasando la raya, y vamos a permitirnos denunciar un nuevo problema: el problema anticlerical.

La muerte de don Jaime

El culto a la tradición española se había refugiado casi en su totalidad, durante los últimos cincuenta años, en las filas entusiastas del carlismo. De tal modo acaparaban ese culto, que el resto de los españoles vivió alegremente de espaldas a toda preocupación nacional, deshispanizándose, incubando la opereta de una pseudorrevolución con gorro frigio francés y Marsellesa.

De otra parte, la faena de velar con pulcritud las grandes tradiciones impidió a los carlistas capturar el secreto de los tiempos nuevos, apareciendo cada día más invaliosos para una conquista franca del Poder. Aun así, casi totalmente alejados de las preocupaciones concretas de la política, su actitud se conservaba solemne y admirable.

Nadie puede negar que han militado en el tradicionalismo, poblando los requetés carlistas, grupos de españoles que representaban por su decisión y su entereza las mejores virtudes de la raza. E incluso algún período heroico -en que frente a la anarquía hubo que movilizar por Gobiernos mediocres, sin estilo ni carácter, energías fieles- se nutrió del coraje y de la ciega adhesión a la Patria que demostró un sector joven del jaimismo.

Ahora con la muerte de don Jaime, sin sucesión ni régimen monárquico en España, pero amenazada nuestra Patria por los peligros mayores, en plena y magnífica coyuntura de reconstrucción, es de gran importancia observar la ruta que adopten los núcleos tradicionalistas a que aludimos.

Será absurdo su aislamiento, recluidos en fidelidades innecesarias. Su acción, en cambio, es hoy precisa para evitar la consolidación de este conato demoliberal que padecemos, para engrosar las filas militantes que se formen en torno a la Ofensiva de la Patria, para lograr la victoria de una política nacional, de tipo heroico, que impida la explosión arrolladora del marxismo.

Es hoy más urgente que nunca imponer a la política de nuestro país un sentido profundamente español, que contenga la deslealtad de los fraccionadores, y para ello sería lamentable no conseguir el concurso activo de los grupos tradicionalistas. No es legítimo sustraer energías jóvenes, sensibles a la emoción de la Patria, del área donde tienen efectividad los combates de la época. El enemigo no es el mismo de hace sesenta años ni adolece de los mismos puntos vulnerables. Por eso, frente a su táctica hay que oponer otra eficacísima que la supere.

El culto a la Patria está a la orden del día, y sólo los miserables descastados pueden sonreír ante una afirmación así. Por eso nosotros, que luchamos revolucionariamente por conseguir para España un régimen de grandeza, anclados en nuestro tiempo, equipados con sus armas, sin permitir a nadie que presuma de ser más moderno ni más actual que nosotros, saludamos hoy con cariño y emoción a los sectores tradicionalistas, amantes fervorosos de nuestra España, que lloran la muerte de su caudillo.

Y les pedimos la reintegración inmediata al puesto de lucha que requiere la gravedad del minuto español. A nuestro lado y aceptando nuestras consignas.

El comunismo avanza

La flojedad ideológica que caracteriza a los actuales gobernantes y su incapacidad para esgrimir los auténticos resortes políticos de nuestra época, hacen que España esté hoy indefensa ante cualquier audacia comunista.

En las elecciones parciales celebradas últimamente los candidatos comunistas han triplicado sus fuerzas. Muchos creen que el hecho de que el comunismo no controle en España ninguna Central sindical le invalida para una acción revolucionaria. Se equivocan. En la hora decisiva, los sindicatos obreros favorecerían un golpe de mano comunista, aunque sólo fuese con la intención de hacer posible esa Arcadia anárquica con que sueñan ingenuamente.

Los grupos comunistas cultivan hoy con todo desparpajo la acción insurreccional. Se disponen a sorprender al país con un golpe de audacia. Su táctica es proseguir la reclamación de aspiraciones de tipo democrático-burgués que la República ha dejado insatisfecha. Esto para asegurarse la colaboración inconsciente de la pequeña burguesía.

Contra la avalancha comunista no caben razones. Son cerebros estrechos y fanáticos que obedecen sus consignas sin discusión. El Estado vigente es incapaz de presentar batalla a un enemigo así que juega con la táctica de llevar a sus últimas consecuencias las timideces de aquél. De aquí que la tarea de abatir las líneas comunistas corresponda a grupos adversarios, al margen de toda acción oficial, que posean firmeza y coraje suficiente para responder en todos los terrenos a las provocaciones antinacionales de los rojos.

Nuestras **Juntas de Ofensiva** tomarán inmediatamente a su cargo en toda España la acción eficaz contra los comunistas. Los contenidos revolucionarios de las **Juntas** necesitan que su victoria vaya precedida por la derrota del enemigo rojo. El hecho de que fracase de un modo rotundo la situación democrática que advino al Poder con la República no puede autorizar a los comunistas a destacarse ahí como reserva. Ante el descalabro demo-liberal no cabe sino que los grupos nacionales se apoderen de las riendas revolucionarias, y cumplan con toda energía el deber de ir rectos a la imposición coactiva de un plan de reconstrucción nacional.

Si esto no se efectúa, si no surgen robustamente grupos heroicos que suplanten la inercia del Estado, la incapacidad del Estado, España estará a merced de cualquier tentativa traidora que organicen los comunistas.

Nosotros señalamos estos peligros y a la vez que nos disponemos a bloquearlos, robusteciendo el área de la acción de las **Juntas,** pedimos a aquellos españoles que deseen oponerse a la ola roja se inscriban en nuestros organismos de combate. ¡Hay que defender a la Patria amenazada!

(«La Conquista del Estado», nº 22, 17 - Octubre - 1931)

NUMERO 23. 24 de Octubre 1931.

Nuestras consignas. Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista

Conviene aclarar que las **Juntas** (J.O.N.S.) se disponen a actuar en la vida política española, desentendiéndose de una serie de simbolismos fracasados. Las **Juntas,** que son enemigas del sistema liberal burgués hoy dominante, no pueden unir su suerte a las peripecias de reconquistas invaliosas. Tenemos ante nosotros dos fines supremos: Subvertir el actual régimen masónico, antiespañol, que ahoga la vitalidad de nuestro pueblo, hoy indefenso e inerme frente a la barbarie marxista. Imponer por la violencia la más rigurosa fidelidad al espíritu de la Patria.

Todo lo demás es de segundo rango para nosotros. La política es actualidad y eficacia. La defensa de aquellos dos fines no tiene nadie derecho a complicarla con apetitos secundarios. El sentido de nuestras **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista** está informado por la ambición joven de dotar a España de un espíritu fiel y de unas instituciones modernas que logren definitivamente el resurgimiento de la Patria. Contra el egoísmo disperso, oponemos la obligación de formar en las **Juntas.** Contra el marasmo y la cobardía públicas, presentamos la moral de **Ofensiva.** Contra la traición de los miserables, la idea Nacional. Y frente al fracaso de las estructuras económicas vigentes, un sindicalismo o corporativismo de Estado, que discipline la producción y la distribución de la riqueza.

La acción y la propaganda de las **Juntas** requiere el auxilio de consignas eficaces, que encierran en la realidad de sus clamores el secreto del triunfo. Hoy iniciamos aquí la exposición de esas consignas, y nuestros afiliados deberán proceder a difundirlas con tenacidad y coraje.

La Patria amenazada

Hoy predominan en el Gobierno, bien los partidos antinacionales como el socialista, bien los grupos de más tibio carácter nacional, como la masonería extemporánea que representan los demás ministros. Esta situación es insostenible, y de ella se aprovechan los enemigos mayores, los que aguardan en la sombra la oportunidad para asestar el golpe comunista.

Acontece, pues, que se encuentran en plena indefensión los ideales nacionales. No existe hoy fuerza alguna que ejerza, en cierto modo, un contrapeso a las propagandas traidoras y se imponga el deber heroico de castigar los crímenes contra la Patria. No es posible contener la ola marxista sin esgrimir la santa fidelidad a la Patria y sin movilizar en torno a esta suprema idea nacional las más sanas reservas del pueblo. Nosotros aceptamos que la situación gobernante es sinceramente enemiga del comunismo -¡como que se trata de burguesía liberal medrosa!-; pero frente a los asaltos bolcheviques y anárquicos sólo dispone de fuerza policíaca, no de recursos creadores ni de barreras fecundas, que es lo único eficaz contra esos salvajes que creen flamear una nueva civilización.

Por esto, damos hoy el grito de la Patria amenazada, requiriendo a los españoles para organizar un frente de ofensiva que haga imposible la victoria comunista. Y a la vez para influir de modo inmediato en las tendencias actuales del régimen, que no duda en rodearse de medios tiránicos para atropellar la conciencia nacional.

Contra el Estado liberal y el parlamentarismo burgués

Sólo quien disponga de grandes caudales de hipocresía, esto es, de fórmulas criminales para burlarse del pueblo, puede hoy aceptar las instituciones democrático-parlamentarias. Hoy vemos como se ensalzan por las oligarquías desaforadas de las Constituyentes las ideas liberales y luego cómo se introducen con gesto solapado los recursos de la tiranía. Las **Juntas** combatirán la hipocresía liberalburguesa, proclamando de una manera limpia la necesidad de una dictadura nacional, que elimine a los traidores.

No podemos aceptar otros derechos que los de la Patria, y toda la retórica liberal, con sus putrefactos derechos individuales, merece nuestro desprecio. Si hay algún momento histórico en que España requiere el sacrificio generoso de los españoles, es este de ahora, y frente a su llamamiento deben prohibirse como inmorales todos los derechos descubiertos o por descubrir.

La momia liberal, fracasada en todas las latitudes del universo, pretende hoy arrancar de los designios de España los afanes de grandeza. Quiere sujetar nuestro futuro a una existencia risible,

pacifista y boba, a la que se le cierren todas las veredas triunfales. No pueden admitir espera los alientos de la raza, y por eso las **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista** hacen desde hoy promesa firme de liberar a la Patria del liberalismo traidor que obstaculiza su ruta. Además, la posición liberal es de una ranciedad que apesta a todo espíritu moderno. Sólo un farsante o un cretino puede a estas alturas defender la formula demoliberal, propia de setentones sin sangre.

Todas las traiciones y todos los egoísmos se consuman en los Parlamentos. Son poderes irresponsables que se escudan en su origen democrático para cometer las mayores vilezas contra los intereses de la Patria. La política parlamentaria es forzosamente mezquina y contribuye a que usufructúen el Poder oligarquías mediocres, sin enlace alguno con los imperativos históricos de la raza. Jamás podrá reconstruirse un pueblo a base de recetas parlamentarias. Los diputados suelen ser hombres sin pasión nacional, leguleyos enemigos de la acción y del coraje, gentes sin fe ni confianza alguna en los destinos de la Patria.

La mecánica política de nuestro siglo obedece a la lógica dictatorial de los partidos nacionales. Un grupo fuerte y audaz, que logre el auxilio de los más puros sectores del pueblo, debe imponer su verdad a los extraviados. Por eso las **Juntas** abandonan la mística parlamentaria y se constituyen en defensoras de una franca política de dictadura, que ponga al servicio de la Patria todas las energías del país.

La disciplina y el coraje de una acción militar

Una consigna permanente de las **Juntas** es la de cultivar el espíritu de una moral de violencia, de choque militar, aquí, donde todas las decrepitudes y todas las rutinas han despojado al español de su proverbial capacidad para el heroísmo. Aquí, donde se canta a las revoluciones sin sangre y se apaciguan los conatos de pelea con el grito bobo de *¡ni vencedores ni vencidos!*

Las **Juntas** cuidarán de cultivar los valores militares, fortaleciendo el vigor y el entusiasmo guerrero de los afiliados y simpatizantes. Las filas roja se adiestran en el asalto y hay que prever jornadas violentas contra el enemigo bolchevique. Además, la acción del partido necesita estar vigorizada por la existencia de organizaciones así, disciplinadas y vigorosas, que se encarguen cada día de demostrar al país la eficacia y la rotundidad de las **Juntas.**

Nuestro desprecio por las actuaciones de tipo parlamentario equivale a preferir la táctica heroica que puedan desarrollar los grupos nacionales. Del seno de las Juntas debe movilizarse con facilidad un número suficiente de hombres militarizados, a quienes corresponda defender en todo momento el noble torso de la Patria contra las blasfemias miserables de los traidores.

A todas horas, favorecidos por la inmunidad, se injuria a España por grupos de descastados, que se sonríen de nuestra fe en la Patria, que medran con la sangre del pueblo que trabaja, acaparando esos sueldos que les permiten dilapidar el tiempo en las tertulias antinacionales. Esos grupos, esas personas, esos periódicos que calumnian a España, que odian su espíritu secular y su cultura, merecen el más implacable castigo, que debe ejecutarse supliendo la inacción del Estado con la acción violenta de una cuantas patrullas heroicas.

La capacidad económica del Nacional-Sindicalismo

Algo hay indiscutible en nuestra época, y es la crisis capitalista. Ya hemos dicho alguna vez que esta crisis es para nosotros mas bien de gerencia capitalista. Han fracasado las estructuras de la economía liberal, indisciplinada, y también los grandes «trusts» o «cartels» que trataron de suplantarla. Pero ha de entenderse que las dificultades económicas tienen hoy un marcado carácter político y que sin el hallazgo de un sistema político es imposible toda solución duradera a la magnitud de la crisis económica.

Sólo polarizando la producción en torno a grandes entidades protegidas, esto es, sólo en un Estado sindicalista, que afirme como fines suyos las rutas económicas de las corporaciones, puede conseguirse una política económica fecunda. Esto no tiene nada que ver con el marxismo, doctrina que no afecta a la producción, a la eficacia creadora, sino tan sólo a vagas posibilidades distributivas.

Esto del nacional-sindicalismo es una consigna fuerte de las **Juntas.** El Estado liberal fracasará de modo inevitable frente a las dificultades sociales y económicas que plantea el mundo entero. Cada día le será más difícil garantizar la producción pacífica y contener la indisciplina proletaria. La vida cara y el aumento considerable de los parados serán el azote permanente.

El nacional-sindicalismo postula el exterminio de los errores marxistas, suprimiendo esa mística proletaria que los informa, afirmando, en cambio, la sindicación oficial de productores y acogiendo a los portadores de trabajo bajo la especial protección del Estado.

Ya tendremos ocasión de explicar con claridad y detenimiento la eficacia social y económica del nacional-sindicalismo, única concepción capaz de atajar la crisis capitalista que se advierte.

(«La Conquista del Estado», nº 23, 24 - Octubre - 1931)

La vida política. La Ley de defensa de la República

De todo lo que se ha dicho y comentado en torno a esta ley, nos interesa destacar unas frases del señor Azaña, en las que manifestó que sin disponer de atribuciones como las que señala esta ley, son imposibles las tareas de gobierno.

Defiéndase cuanto sea preciso a la República, pero guarden con cierto pudor las formas. Aquí no hubo catástrofes ni revoluciones sangrientas como en Alemania, ni tampoco existen fidelidades cesáreas de gran fuste. ¿A qué, pues, esta ley? Desde luego es muy cómodo gobernar así. Legalizando los resortes tiránicos. Invocando la defensa del régimen para que se aplaudan las cadenas.

Resulta, pues, que unos señores que se han pasado su vida gritando contra los tiranos, llegan al Poder y descubren que las libertades políticas son imposibles y que los derechos del hombre son pura bobería. Algo es algo. Nosotros no hemos de salir a defender esas monsergas. Hágalo, si quiere y puede, el espíritu zurdo del país.

De todos modos, es interesante denunciar las mascaradas. Se comprenden las dictaduras creadoras que embarcan a sus pueblos en afanes un poco más robustos que el de conseguir esas pobres y esquivas libertades. Son dictaduras de reconstrucción, que justifican sus excesos en nombre de la genial tarea histórica que acometen. Es el caso del fascismo. Y si nos apuran, el de la tragedia bolchevique.

Pero suprimir las libertades para afianzar la libertad es una especie de homeopatía política bastante inadmisible. Esas son las tiranías vulgares. Aquellas cuya finalidad es sostenerse, húndase lo que se hunda.

Una cosa es, pues, defender la República y otra defenderse a sí mismo. Una cosa es la serenidad del gobernante y su fidelidad a los principios que le dieron el Poder y otra son las rabietas resentidas y los desmanes patológicos en el ejercicio del mando.

¡Atención a la tiranía demoliberal!

La conferencia de Ossorio y Gallardo

Ante un público de industriales y comerciantes, ha explicado el señor Ossorio lo que en su opinión debe ser una actitud conservadora dentro de la República. Mantuvo unas afirmaciones tan absurdas e improcedentes que nos mueven a comentarlas hoy aquí con todo rigor. Cuando nuestro país es objeto primordial de atención para quienes patrocinan la revolución comunista, cuando es de máxima urgencia proveernos de instituciones eficaces y de margen revolucionario para una reconstrucción nacional que haga imposible toda amenaza marxista, no se le ocurre al recalcitrante leguleyo señor Ossorio otro recurso que el de volverse de espaldas a los tiempos entonando arias a la libertad.

La revolución comunista no puede ser batida más que oponiéndole una revolución creadora, de tipo nacional y heroico, que movilice en torno a la Patria amenazada las más sanas reservas del país. No comprenden esto las viejas mentalidades políticas educadas en el liberalismo marchito, como el señor Ossorio, y sus propagandas resultan sumamente perturbadoras.

¡Estaríamos frescos si contra la avalancha marxista no pudiéramos lanzar otras consignas que las virtudes de un demoliberalismo desmedrado! Al contrario de eso, los movimientos de ofensiva nacional están a la orden del día y disputan a la furia roja la posesión de la eficacia revolucionaria.

Nosotros combatiremos con ardor todas las posiciones políticas que tiendan a conservar en España una ilusión tan boba e inactual como es la ilusión democrática. De ese modo iremos delimitando nuestra línea de pelea contra los asaltos rojos, sin descuidar una ruta de afirmaciones positivas que ponga en nuestras manos la eficacia reconstructora que España necesita.

El triunfo de una concepción política como la que expuso y defendió el señor Ossorio en el Círculo Mercantil supondría el estancamiento político y social de España, sujeta a fidelidades y ortodoxias del siglo XIX, y lo que es aún más grave, supondría la victoria comunista en menos de dos horas.

Es absurdo cerrar los ojos a la realidad. España atraviesa un período revolucionario, y debido a ello la dinámica política adquiere una aceleración tal que escapa a los cerebros acostumbrados a ritmos lentos.

Hay, pues, que oponerse a las prédicas democrático-liberales de Ossorio. Se mueve este señor en un círculo de ineficacias absolutas que pondrían en grave riesgo el futuro de la Patria. Frente a él hay que afirmar con rotundidad nuestro derecho a oponer la violencia nacional a la violencia roja, y forjar un Estado radicalmente coactivo, que aniquile y destruya todo cuanto se oponga a la reconstrucción de la Patria. Sin reconocer las libertades burguesas y egoístas.

Siempre han carecido de grandeza las actitudes demoliberales. Hoy suman a eso la cobardía y el desplazamiento que suponen en quien las mantiene. Sólo, pues, la inconsciencia de los leguleyos, a quienes repugna por sistema toda acción heroica, puede hoy dedicarse a cantar las excelencias de una política así. Es la moral del cobarde que se siente débil y pide y ruega que lo dejen en paz, que lo respeten. Pero como ello equivale a desentenderse de las ejecuciones colectivas, a sabotear la ruta común que requiere el espíritu de la Patria, esas cobardías deben ser aplastadas sin ninguna consideración. La salud y la decencia políticas lo exigen.

¡Auténtica voz cavernícola, liberal, la del señor Ossorio!

Las huelgas revolucionarias

Todos los núcleos de agitación comunista que hay en Europa dirigen su mirada sobre nuestro país. Creen llegado el momento de una acometida central y esperan que un golpe de audacia otorgue el Poder a los comunistas. Desde hace quince o veinte días la atmósfera social de España se ensombrece de consignas rojas, aprovechando el desconcierto de las masas y la crisis económica que surge.

Los grupos comunistas que actúan en España suplen la existencia de un partido numeroso con la acción -sobre todo en Andalucía- de millares y millares de proletarios inquietos y febriles, lanzándolos despiadadamente a la explotación del campo revolucionario. He aquí la causa inmediata de los furores desencadenados estos días.

Existe, de un lado, la incapacidad del régimen liberal-burgués para sostener a flote nuestra economía. De otro, la continuada perturbación comunista, que amenaza devastar la riqueza del país. Ello es insostenible, y antes que abandonar indefensos los valores nacionales, urge una acción contra la audacia del enemigo.

Nuestras **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista** (J.O.N.S.) nacen con esa tarea urgente que realizar. La transformación económica que requiere nuestro país no puede hacerse con criterio marxista, que pondrá en peligro de muerte la existencia misma de la Patria. Sólo unos poderes nacionales, de honda raíz popular, pueden acometer hoy en España la reforma Otros intentos equivaldrán a una perturbación continuada, sin freno ni norma, que haría imposibles las soluciones de eficacia.

Esas huelgas son hoy ensayos de movilización comunista, pruebas de capacidad revolucionaria. El Gobierno las contempla sin comprender esa función que le asignamos y las va resolviendo como puede, debilitando sus fuerzas de choque.

No es difícil presentir las próximas movilizaciones. Sólo es posible detener la ola roja venciéndola. Otras tácticas son infantilismo candoroso. Nosotros preguntamos qué planes y defensas tiene el Gobierno para impedir el asolamiento de la Patria por los comunistas. Porque nuestra sospecha es de que vivimos en absoluta indefensión y de que corresponde a la acción heroica de los grupos nacionales proceder a garantizar esa defensa.

Hay que abatir el actual sistema liberal-burgués, que con sus hipócritas deslealtades mantendría al pueblo en una funesta predisposición al comunismo. Las huelgas reivindicatorias nos merecen respeto, pues es la única posibilidad de actuación social que admite la fracasada economía vigente.

Pero nosotros aspiramos a un régimen económico donde las huelgas sean innecesarias e inútiles, donde la producción adquiera el rango supremo de ¡servicio a la Patria! y donde el elemento prestador de trabajo no sea «a priori» un sector rebelde a los deberes

Más sobre el separatismo de Cataluña

En la tramitación del problema de Cataluña se advierten responsabilidades gravísimas. La que más se destaca es el decreto de Alcalá Zamora, señalando la ruta del Estatuto. Pues el hecho de que se hiciese aprobar plebiscitariamente por el pueblo de Cataluña, lo que debió llegar a las Cortes en forma de un simple dictamen, encierra el más criminal abandono de soberanía.

¿Qué sentido cabe adscribir a ese plebiscito? Sin duda se creyó por sus organizadores que podía constituir una formidable coacción sobre unos poderes como los que hoy rigen, de tipo liberal y parlamentario. Si ello es así, no cabe otra consecuencia que la de lamentar el triunfo de unos poderes tan enclenques, tan dóciles a la maniobra traidora.

Pero el plebiscito es ilegal y rotundamente nulo. Lo de menos es que se realice sin pulcritud ni limpieza. Ha de ser recusado en sí mismo, como atentatorio a la dignidad de la Patria, pues es inconcebible la teoría autodeterminista esa que esgrime el separatismo catalán. Cataluña es tierra española y corresponde a los españoles todos, tanto como a los catalanes, el derecho a intervenir y fijar los destinos de Cataluña. Habían de conseguir los separatistas un plebiscito cien por cien, es decir, la totalidad de Cataluña, y sus pretensiones carecerían aún de fuerza legítima para obligar al resto de España.

Es conveniente que esto no se olvide por el pueblo, pues quizá se acerca la hora de ir puntualizando las traiciones consumadas. Los catalanes, con la complicidad del Poder público y de la Prensa servil, lograron hacer atmósfera para que el problema catalán apareciese ante el pueblo ingenuo como un problema de reivindicaciones justas.

El carácter inmoral de la política catalanista que se desentiende de los problemas nacionales para recluirse en su particular egoísmo, debe merecer hoy la repulsa unánime de todos los españoles. Esa repulsa debe tener coraje suficiente para iniciar una acción que salve y libre a Cataluña de los predominios bobos que hoy sufre.

Sólo rescataremos el amor de Cataluña ayudándola heroicamente a expulsar de su seno a ese manojo de orates que la conducen al deshonor. Ello no puede realizarse sino aceptando la necesidad de que el pleito separatista se dirima por la violencia. Hay ya un imperativo, a más del que alude a la sagrada integridad de la Patria, y es el imperativo generoso de salvar a Cataluña.

Debemos suplir la cobardía oficial con acción directa del pueblo patriota. Durante muchos meses, mientras se incubaba la trayectoria del Estatuto, hemos sufrido persecuciones por no doblegarnos al criterio desmembrador del Gobierno. Las dificultades que surgen ahora, las vergonzosas cesiones constitucionales, exasperan muy justamente a España, que adquiere cada día más clara idea de la traición dominante.

Los Gobiernos han favorecido las ilusiones catalanistas. Hasta tal punto, que hoy no caben ya sino dos soluciones extremas: o acceder indignamente a pactar con los separatistas, perdiendo a Cataluña, o rescatar la soberanía, rescatar la colaboración y el patriotismo de Cataluña por medio de un combate.

Todo lo demás, es cobardía, miedo y candor.

(«La Conquista del Estado», nº 23, 24 - Octubre - 1931)

La acumulación de cargos en la República

No es que creamos una intolerable inmoralidad lo que acontece. Pero es cierto que ciertas abundancias van tomando estado de opinión, mereciendo del pueblo las más acerbas críticas. El triunfo de la República ha equivalido al ascenso al Poder de una gran cantidad de menesterosos y es,

desde luego, muy humano que se aproveche la situación para calmar las voracidades de la nueva burocracia.

No obstante, nos interesa dibujar el fenómeno con un poco de precisión, pues es sintomático de la verdad de nuestras tesis sobre el actual momento. Todos los regímenes que se descomponen se rodean a última hora de un árbol burocrático frondosísimo. La corrupción se encarga así de sostener las adhesiones que se desgajan. Los últimos años de la Monarquía tuvieron fatalmente este carácter y no fue este hecho silenciado por la campaña contra el régimen. ¡Cuántas veces no se hablaría de los despilfarros, de las prebendas inmorales y de los enchufes vergonzosos de la Dictadura.

Pues aquí llega lo verdaderamente aleccionador de todo esto. La nueva situación de gobierno, en vez de detener esa sangría inmoral de los presupuestos procediendo a la poda implacable de los enchufistas, conserva todos los cargos, fueran artificiosos o no, crea multitud de ellos más y ofrece así al país el espectáculo deprimente de la creación, a fuerza de sueldos, de unos nuevos ricachos que exasperan muy justamente las iras del pueblo que trabaja.

Haría mucho la República por su prestigio y firmeza suprimiendo de raíz los escalafones de enchufistas. De otro modo, lo que hoy es sólo en parte crítica malévola, alimentada por los inevitables pedigüeños postergados, puede llegar a convertirse en argumento revolucionario de gran fuerza contra la explotación inmoral que suponen estos abusos.

Lo decimos sinceramente al Gobierno. No seríamos nosotros los que menos nos aprovecharíamos de ese flaco del régimen liberal burgués para combatirlo, si persiste en mantener tal vergüenza presupuestaria. El pueblo productor tendría derecho a medidas radicales. Y la protesta adquiriría hondo relieve. La solución es bien fácil: no permitir más que un sueldo, cuando éste alcance a veinte mil pesetas. No tolerar el virus social del enchufismo, que prospera a base de destinos innecesarios. Desterrar al pedigüeño y al vago, que alimenta luego la vana politiquería estomacal de las tertulias.

(«La Conquista del Estado», nº 23, 24 - Octubre - 1931)

Contra la "Tiranía del interés"

Gottfried Feder es el creador del nuevo sistema económico que postula el nacional-socialismo hitleriano. Es también uno de los siete heroicos fundadores de esa potentísima fuerza política, y asistió, por tanto, a las tremendas dificultades de los primeros meses, cuando decir Patria, en Alemania, tenía los mismos riesgos que van apareciendo aquí con el monstruoso dominio marxista. En España no se conocen bien las teorías económicas del movimiento hitleriano, y por eso creemos oportuno publicar el siguiente artículo, en el que el mismo Feder explica el nudo de sus concepciones:

(«La Conquista del Estado», nº 23, 24 de octubre de 1931, pág. 1. Entradilla)

Nuestra protesta

En Burgos ha ocurrido un hecho sintomático, que indica claramente cómo está España al borde del abismo marxista. Nuestros camaradas de Valladolid hacen un periódico, "Libertad", y en uso de un perfecto derecho se propusieron hace breves días vocearlo en Burgos, presentándolo al público con el más adecuado calificativo, esto es, como "periódico antimarxista".

O en España se ha perdido toda noción de respeto a la patria, o esa propaganda tiene que ser respetada en las calles. Lejos de acontecer esto, los socialistas y comunistas de Burgos, con la cobardía que caracteriza a esta gentuza, persiguieron a los jóvenes nacionalistas de Valladolid, presentándolos a las iras burguesas como monárquicos. Júzguese la cobardía y vileza que eso significa, pues, repetimos, nuestros amigos voceaban "periódico antimarxista".

Pero hay más; las autoridades de Burgos, lejos de proteger la venta lícita del periódico, encarcelaron a los heroicos muchachos, no sin haberlos dejado antes inermes ante las masas furiosas. Además, se les puso una multa de 500 pesetas.

Nosotros protestamos, y ante los hechos gritamos con todas nuestras fuerzas: "¡Abajo la canalla marxista!".

(«La Conquista del Estado», nº 23, 24 de octubre de 1931, pág. 3)

---

13 angulas 13

¿**E**xpulsión de los jesuítas? No. Expulsión de Alcalá Zamora y de Maura.

El Charlamento es radicalista. Sobre todo en materia de expulsiones. Primeramente echó fuera de sí a los micrófonos de la radio. Después arrojó a los maceros. Por último ha vacilado en aplicar su furia de purgante económico a las órdenes religiosas; pero al fin cambió de opinión. Los expulsados fueron los ministros católicos.

* * *

Pueden ustedes asustarse. Hay ya alguna gente que se atreve a tirar al monte. En Sevilla y en Carabanchel la Policía ha sorprendido unas partidas... Dirán que es cosa de juego. Pero, por algo se empieza.

* * *

Siguen las apariciones en Ezquioza. Ahora la vidente es la joven Ramona Olazábal. ¡Un nombre evocador!

A propósito de esto, parece ser que los diputados Pérez Madrigal y Antonio de la Villa —con el fin de amenizar las sesiones de las Constituyentes— están gestionando de don Julián su permiso para cantar a dúo el bonito cuplé:

Ramona, como una dulce aparición, etc.

* * *

Para "Crisol":

El pequeño "Crisuelo"

se puso de espanto lelo

al conocer nuestras JONS.

Pero será su recelo

mayor y así su canguelo,

si ve nuestras JONS con copete.

* * *

El gobernador de Sevilla dice que la industria corchotaponera está amenazada de muerte por la actitud del Sindicato.

Señores ¡Qué lástima! ¡Cómo no se cansan los sindicalistas de perjudicar a los alcornoques de... la U.G.T.!

* * *

14 de abril. 14 de diciembre. 14 de octubre. A don Niceto le persiguen los catorces, como a nosotros nos va a perseguir la Ley de Defensa a las minorías. Existe una estratagema eficaz contra el peligro. ¿Suicidarse? ¿Entrar en un "catorce"? De ningún modo.

Pedir el ingreso en Acción Republicana.

* * *

Don Alejandro el Magno y su cuadrilla han toreado en la plaza de Santander.

El escándalo resultó mayúsculo.

Porque el bicho, como siempre, fue el Poder; Lerroux lo llamaba el capote, pero el marrajo ha embestido por detrás del presidente.

* * *

Giménez Asúa ha dicho en un acto público: "Es necesario dejar de ser señoritos, de ser intelectuales, para ser únicamente obreros."

¡Qué cosas tiene don Luis! Si le quitamos lo de señorito, y la miaja de intelectual, se va a quedar en paños menores. Y esto es un delito, ¡ay! de deshonestidad.

* * *

Hildegart Rodríguez marcho a Bilbao a hacer propaganda pro divorcio.

Hildegart pesa 240 libras.

El matrimonio sin divorcio es una carga, según las vírgenes socialistas. Aunque a la postre nadie se arriesgará a cargar con Hildegart, aunque fuese a prueba.

* * *

Después de la ley de Defensa de la Beatriz, ¿qué van a hacer los que se pusieron a servirla?

El papel de botones, Charlot, Llapisera y Compañía.

* * *

Frase de Sbert: "Los estudiantes están en pie de guerra en defensa de la Universidad".

Pero también están en pie de guerra en defensa de la integridad de España. ¡Qué no se te olvide, compañero!

* * *

Un diputado asturiano que atiende por Pepín ha querido meterse con misticismo. Sin duda cree Pepín que todos vivimos del bacín.

* * *

Rodolfo Llopis ha repetido por diezmillonésima vez lo de "Hay que apoderarse del alma del niño".

En la coyuntura de echar la mano a algo sus amigotes se han apoderado ya de las prebendas de los Patronatos.

(«La Conquista del Estado», nº 23, 24 de octubre de 1931, pág. 4)